

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION

1875

DIRECTOR

D. ADELARDO DE CARLOS

Carretas, 12.

MADRID



800 ph

MIGUEL MIRANDA

SAN PEDRO. 7
TEL. 429 45 76
28014 MADRID

27156

Y.V.

R. 2062

ALMANAQUE

DE

LA ILUSTRACION

PARA 1878,

ESCRITO POR LOS SEÑORES

BLASCO (D. Eusebio), BUSTILLO (D. Eduardo),
 CAMPILLO (D. Narciso), CASTELAR (D. Emilio), CUETO (D. Leopoldo Augusto de),
 ECHEGARAY (D. José), FERNANDEZ DURO (D. Cesáreo),
 FERNANDEZ FLOREZ (D. Isidoro),
 FERNANDEZ GRILO (D. Antonio), GARCÍA CADENA (D. Peregrin), HERRANZ (D. Juan José),
 MARTINEZ DE VELASCO (D. Eusebio), NUÑEZ DE ARCE (D. Gaspar),
 PALACIO (D. Manuel del), PEREZ ECHEVARRÍA (D. Francisco), PEREZ GALDÓS (D. Benito), QUEROL (D. V. W.),
 REVILLA (D. Manuel de la), VALERA (D. Juan) y ZORRILLA (D. José),

Y ADICIONADO CON CUATRO PIEZAS DE MÚSICA COMPUESTAS EXPRESAMENTE PARA ESTE LIBRO

POR LOS SEÑORES

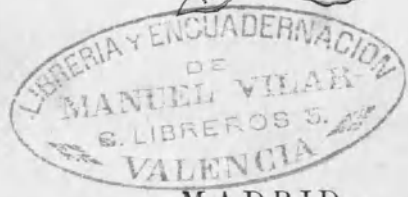
ARRIETA (D. Emilio), FERNANDEZ GRAJAL (D. T.) y ZUBIAURRE (D. Valentin).

~~~~~

AÑO V.

~~~~~

26 FEB 2001



MADRID,
 IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.^a
 (SUCESESORES DE RIVADENEYRA),
 IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
 calle del Duque de Osuna, número 3.

1877.

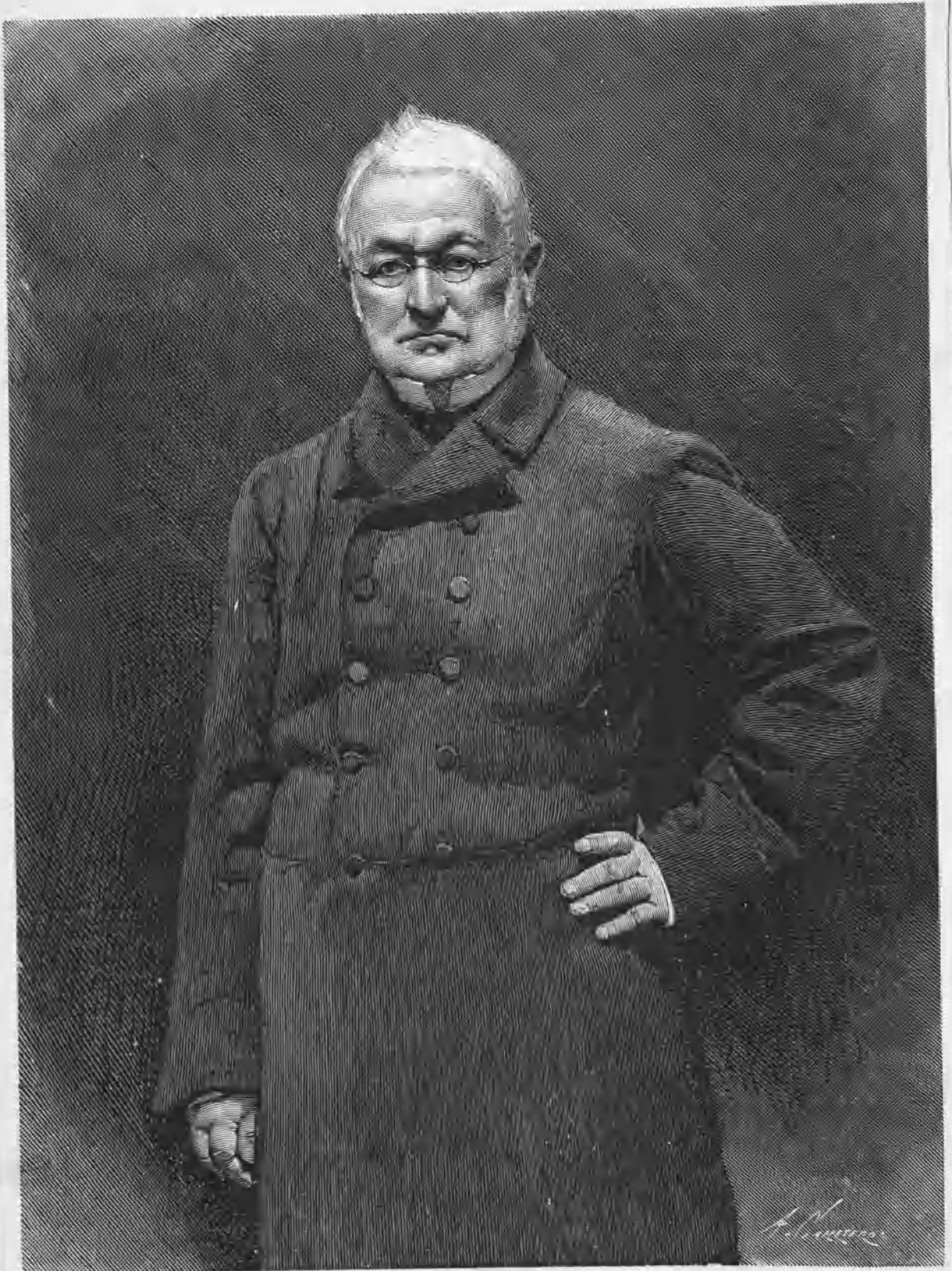
Es propiedad de los editores. Queda
hecho el depósito que marca la ley.

ÍNDICE GENERAL.

TEXTO.	<u>Páginas.</u>	GRABADOS.	<u>Páginas.</u>
Índice general.....	3	Retrato de Luis Adolfo Thiers, copia del cuadro de M. Leon Bonnat.....	4
Preliminares.....	5	Homero, copia del busto que existe en la Academia de Bellas Artes.....	6
Medida del tiempo, por D. Cesáreo Fernandez Duro.....	7	Lección de piano, cuadro de D. L. Franco y Salinas.....	12
Enero : santoral y efemérides.....	13	Buenos Aires : <i>La Piedra movediza</i> en las cercanías del Tandil.....	16
La Chimenea campesina, por D. Antonio F. Grilo.....	14	Caupolicán, estatua en bronce de D. Nicanor Plaza.....	22
Febrero : santoral y efemérides.....	17	La Plegaria, composición y dibujo de D. A. Perea.....	38
Febrero (fantasía carnavalesca), por D. Eusebio Blasco.....	18	Claustro de la catedral de Oviedo.....	43
Familia Real de España y Consejo de Ministros.....	21	Campana del Kremlin, en Moscú.....	48
Marzo : santoral y efemérides.....	23	La Carta de recomendación, dibujo de V. Becquer.....	64
La Hija del viento, por D. Juan José Herranz.....	24	Trazado de las curvas que representan sobre la superficie de la isla de Cuba la marcha de la sombra lunar en el eclipse de sol que debe suceder el 29 de Julio de 1878.....	72
La Primavera, por D. Juan Valera.....	27	Fragmento de construcción árabe en la <i>Casa del Plamillo</i> , en Alfaro.....	74
Abril : santoral y efemérides.....	39	El Rey de los cañones, existente en el Kremlin de Moscú.....	80
La Fiesta de Venus, por D. V. W. Querol.....	40	Aniversario LXXIII del combate de Trafalgar : retratos del Excmo. Sr. D. Federico de Gravina, almirante de la escuadra española, y lord Horace Nelson, de la inglesa.....	92 y 93
Mayo : santoral y efemérides.....	44	Solar de la casa del Cid, en Búrgos.....	100
Las Flores de Mayo, por D. Manuel del Palacio.....	45	Ruinas del histórico castillo de Montesa.....	106
Junio : santoral y efemérides.....	49		
Junio, por D. José Zorrilla.....	50		
El Verano, por D. B. Perez Galdós.....	54		
Principales familias Reales de Europa.....	63 y 79		
Julio : santoral y efemérides.....	65		
Idilio, por D. Gaspar Nuñez de Arce.....	66		
Agosto : santoral y efemérides.....	75		
Hacer su agosto, por D. Francisco Perez Echavarría.....	76		
Resumen de los principales soberanos reinantes en Europa.....	79		
Setiembre : santoral y efemérides.....	81		
Las Emigraciones, por D. Eduardo Bustillo.....	82		
El Otoño (fragmento), por D. Emilio Castelar.....	85		
Octubre : santoral y efemérides.....	94		
La Rusalka, por D. Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar.....	95		
Noviembre : santoral y efemérides.....	101		
Al caer de las hojas, por D. José Echegaray.....	102		
Principales órdenes civiles y militares del mundo.....	105 y 110		
Diciembre : santoral y efemérides.....	107		
La Muerte de Lanuza, por D. Narciso Campillo.....	109		
El Invierno (cróquis y recuerdos), por D. Isidoro Fernandez Florez.....	111		
El Año cómico en España de 1876 á 1877, por D. Peregrin Garcia Cadena.....	122		
Jefes de los Estados de América.....	125		
El Movimiento intelectual en España en 1876 y 1877.....	126 y		
		<i>Nota.</i> — A cada uno de estos grabados acompaña la explicación correspondiente, por D. Eusebio Martínez de Velasco.	
		PIEZAS DE MÚSICA.	
		La Primavera, canción ; letra de D. A. F. Grilo y música de D. Emilio Arrieta.....	32
		Tarde de Estío, canzonetta, por D. T. Fernandez Grajal.....	57
		El Otoño, balada ; letra de D. Manuel del Palacio y música de D. Valentin Zubiaurre.....	88
		El Invierno : El cuento de la abuelita, nocturno para piano, por D. T. Fernandez Grajal.....	116
		Catálogo de las obras de la <i>Biblioteca selecta de Autores contemporáneos</i> publicada por la Empresa de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.....	132

ERRATA.

Una material se ha cometido en la pág. 18, línea segunda: donde dice *carnavelescu*, debe decir *carnavalesca*.



LUIS ADOLFO THIERS.

CUADRO DE M. L. BONNAT EXPUESTO EN EL *Salon* DE 1877. (Véase la pág. 131.)

MEDIDA DEL TIEMPO.

Perfectamente definido *el tiempo* en el erudito artículo que sirve de ingreso al *Almanaque de LA ILUSTRACION* del año anterior, natural es que el presente ofrezca una idea de los medios discurridos para medir esa cosa que los antiguos representaron por una serpiente mordiendo la cola, para simbolizar que se reproduce sin solución de continuidad.

Ofrecióse á la contemplacion del hombre primitivo la bóveda celeste, sembrada, por la benéfica providencia del Criador, de puntos luminosos. En la línea aparente que limita la superficie que habitaba vió aparecer el Sol, elevarse hasta cierta altura, descender desde ella y ocultarse en el lado opuesto del *horizonte* para reaparecer por el mismo sitio, y la repetición de este fenómeno, al cual debía acomodar las necesidades de la vida, por la sucesion de la luz y la oscuridad que produce, le brindó con el intervalo que llamó *día*, para la referencia de los sucesos. Luz y oscuridad lo dividían naturalmente en dos partes distintas, de las que la primera tenía fácil subdivision, porque desde que abre Aurora las puertas del Oriente al carro abrasador del Sol, hasta que Febó lo sumerge en las ondas del mar, hay un momento en que la sombra señala sobre la tierra el punto culminante de la carrera diurna, ó lo que es lo mismo, el *mediodía*.

Durante la noche aparecen sucesivamente tambien en el horizonte las estrellas, y siguen una marcha parecida á la del Sol, como si todo el cielo girase de Oriente á Occidente, que es lo que los primeros astrónomos creyeron, engañados por el sentido de la vista, como el viajero que desde el coche de un ferro-carril mira los árboles y otros objetos que *pasan* ante su ventana.

Si la bóveda celeste, si los astros que en ella observamos se moviesen alrededor de nuestro planeta, el Sol, para no entrar en otras consideraciones de orden más elevado, tendría que describir en un día un círculo de 34 millones de leguas de radio, lo cual representa una velocidad de 2.500 leguas por segundo, y esta es nada comparado con el camino que habrían de hacer las estrellas, para atunarse de las cuales, situadas en el Ecuador, resultaría la inconcebible marcha de 517 millones de leguas por segundo. Sin embargo, el testimonio engañoso de la vista, la interpretación literal de las Sagradas Escrituras, y tambien el orgullo de la humanidad, que todo quiere subordinarlo á su albedrío, rechazaron las fundadas teorías de Copérnico y de Galileo hasta una época relativamente próxima á nuestros días, en que quedó fuera de discusion la verdad demostrada de que es la Tierra la que gira de Occidente á Oriente sobre una línea de direccion constante que pasa por sus polos, rotacion que produce la aparente de la bóveda celeste en sentido contrario, y el fenómeno del día y de la noche.

Midiendo con toda la exactitud de que son susceptibles los instrumentos modernos la amplitud de los arcos descritos por las estrellas en intervalos fijos, se advierte que aquéllos son siempre iguales, ó lo que es lo mismo, que el movimiento giratorio de la Tierra es uniforme y constante, de modo que puede servir realmente de unidad de medida del tiempo si á partir del momento de la *culminacion* ó paso por el meridiano de una estrella se cuenta el intervalo que transcurre hasta que la misma estrella vuelve

á pasar por el meridiano de la observacion, duracion de que se sirven los astrónomos y que distinguen con el nombre de *día sidéreo* (1), dividiéndolo en 24 horas, la hora en 60 minutos, el minuto en 60 segundos, ó sea el día en 86.400 segundos de *tiempo sidéreo*, que áun se subdividen en décimos para las observaciones delicadas.

Si la Tierra no tuviera otro movimiento que el de rotacion, el intervalo trascurrido entre dos pasos sucesivos del Sol por un mismo meridiano, que se llama *día natural*, *día solar* y *día verdadero*, tendría la misma duracion que el día sidéreo y la condicion de invariabilidad necesaria para medir el tiempo con exactitud, con la cual y por la influencia que el Sol ejerce sobre nuestra existencia, sería el día verdadero la unidad fundamental; pero á la vez que gira sobre su eje, se traslada de lugar la Tierra, describiendo alrededor del Sol una curva elíptica, y este nuevo movimiento de traslacion, que no produce variacion sensible en la observacion de las estrellas por la inmensidad de la distancia á que se hallan de nosotros, tratándose del Sol, hace que el observador, creyéndose en reposo, atribuya su propio movimiento á dicho astro, y lo vea describir en el mismo tiempo una órbita igual á la de la Tierra. La combinacion de ambos movimientos ocasiona alteraciones en la duracion del día solar ó verdadero, mientras que la del día sidéreo es invariable. Como la Tierra avanza durante las 24 horas de este tiempo que emplea en el movimiento giratorio para que el Sol pase dos veces sucesivas por el mismo meridiano, es necesario que, despues de la vuelta completa, gire un poco más; así que el día solar ó verdadero se define por *el tiempo que emplea la Tierra en hacer una revolución alrededor de su eje y en describir á más un arco igual al movimiento diario en ascension recta*. Este último movimiento no es uniforme, y por tanto son desiguales los días verdaderos; mas para no perder las ventajas que resultan de poder apreciar el tiempo por el movimiento aparente del Sol, han ideado los astrónomos el *día medio*, que es el tiempo que trascorriría entre dos pasos sucesivos del Sol por un meridiano, si el movimiento aparente del Sol sobre el Ecuador fuera uniforme, ó sea la duracion media en todo el año del día verdadero. Dividido el día en 24 horas, se llamó *tiempo medio* al que se aprecia por esta convencion, que es la que sirve para el arreglo de los relojes.

Por lo dicho se advierte que el día sidéreo es menor que el día medio, y que éste, como promedio de la duracion variable del día verdadero, es mayor unas veces y menor otras. La diferencia entre el día verdadero y el medio se llama *ecuacion de tiempo*, y los observatorios publican la correspondiente á cada día para el que necesita hacer reducciones de un tiempo al otro. Hace algunos años se ponía en determinados edificios públicos un cañoncito que disparaban los rayos del Sol al estar en el meridiano, señalando de este modo el medio día verdadero: hoy los dichos observatorios indican con mecanismos eléctricos, como la bola de la Puerta del Sol, el momento del mediodía medio, que es al que se arreglan los servicios públicos.

Entre dos observadores, el que está más al Oriente ve

(1) De *sidus sidereus*, estrellas.

salir el Sol antes que el otro, como consecuencia del movimiento giratorio de la Tierra en direccion de Occidente á Oriente; antes pasa, naturalmente, por su meridiano, y cuenta por tanto más horas ó tiene su reloj adelantado con relacion al otro. La diferencia de horas es tanto mayor cuanto lo es la distancia oriental: si viven en meridianos opuestos, al ser mediodia para el uno sonará la media noche del otro. De aquí y de ser igual la diferencia de horas á la de las longitudes terrestres se sigue que, si el observador se aleja de su meridiano hácia el Oriente para reducir su hora á la del punto de partida, deberá restar la diferencia de longitud que ha caminado; y si por el contrario se ha dirigido hácia Occidente, ha de sumar la diferencia de longitud á su hora para conocer la del referido punto de partida.

Más claro? el viajero que al oír las doce del día en el reloj de Puerto-Rico quiera saber la hora que cuenta en aquel instante la familia que dejó en Madrid, habrá de sumar las cuatro horas de diferencia de longitud que próximamente está aquel punto al Occidente de la Córta, y hallará que en ésta son las cuatro de la tarde. Si el viajero estuviera en Rumania presenciando las operaciones bélicas de los rusos, tendría que hacer la operación contraria, restando de su hora las dos y media que viene á estar Madrid al Occidente.

El movimiento de traslación de la Tierra ocasiona otros fenómenos que igualmente se utilizan para medir el tiempo.

Nuestro planeta describe en el espacio una curva curvada alrededor del Sol en 365 días, 6 horas, 9 minutos, 10 segundos y 75 céntimos de segundo. El radio medio de la curva ó distancia al Sol es de 153.500.000 kilómetros, dato que aprecia la longitud de la curva entera en 964 millones de kilómetros, ó sean 241 millones de leguas. La velocidad media de la Tierra sobre esa línea es de 30.550 metros por segundo, que equivalen á 27,500 leguas por hora; de modo que no sólo giramos sin cesar describiendo alrededor del eje terrestre arcos de extension variable, según la latitud del lugar, que para los del Ecuador alcanzan á 464 metros, sino que también, sin darnos cuenta, atravesamos el espacio á razon de 8 leguas por segundo con tan enorme vehiculo.

Queriendo buscar un término de comparacion que fije las ideas acerca del movimiento prodigioso de nuestro planeta, dos físicos contemporáneos, Helmholtz y Mayer, trataron de calcular qué sucedería si la Tierra se detuviera bruscamente en su camino, y espantados, dedujeron que la detencion, equivalente á un choque, desarrollaría calor suficiente para fundir en totalidad el globo y para reducir una gran parte al estado de vapor.

Pero como ha de seguir, mientras Dios quiera, ejecutando ese vals de dos tiempos en que le acompañan los otros cuerpos de nuestro sistema planetario y otros sistemas que en número casi infinito pueblan la inmensidad del espacio, los hombres se han servido de su marcha para establecer otra unidad de tiempo, que han llamado *año*, significando con esta palabra el intervalo que transcurre desde que la Tierra está en un punto determinado de su órbita hasta que al mismo vuelve. Este punto arbitrario diferencia en algo la medida, como sucede con los días. Si se cuenta el tiempo que transcurre desde que se ve el Sol en el perihelio hasta que vuelve á verse en ese mismo sitio, se llama el año *anomalistico*. Si se considera el término desde que el Sol pasa por un meridiano determinado juntamente con una estrella hasta que vuelve á pasar simultáneamente con ella, se denomina el año *sidéreo*, y si se atiende al tiempo que se consume desde que se ve el Sol en uno de los puntos equinocciales hasta que vuelve á alcanzarlo, se nombra el año *tópico*.

La duracion de estos años es desigual por movimiento propio de los puntos que sirven de comparacion: el mayor es el año *anomalistico*: antes he apuntado la duracion del *sidéreo* como tiempo que emplea la Tierra en la carrera de su órbita, y réstame decir que el más corto de todos, el

año *tópico*, tiene 365 días, 5 horas, 48 minutos, 47 segundos y una fraccion de éstos.

Adoptada la nueva unidad año, para fijar un suceso basta citar la *fecha*, que es el tiempo trascurrido desde un origen convencional ó *Era* hasta la ocurrencia que se quiere mencionar, admitiendo que los años se suceden sin interrupcion, y distinguiéndolos con un número ordinal; mas para ello es preciso que los años tengan número completo de días, y como ni el *sidéreo* ni el *tópico* están en este caso, por la fraccion de un cuarto de día que aproximadamente tienen uno y otro, por verdadera unidad idearon los astrónomos, como habian hecho con el día medio, el *año civil*, compuesto de 365 días justos y dividido en doce meses, con nombres distintos y con número cabal de días cada uno. Los días del mes se diferencian por un número de órden progresivo, con lo cual año, mes, día y hora marcan cualquier momento histórico.

La fraccion de día que en el año civil se suprime, compone un día entero al cabo de cuatro años, y para relacionarlo con el año *tópico*, que es el que determina el principio de las estaciones, tan influyente en las producciones de la Tierra y en los trabajos del hombre, se ha determinado que cada período de cuatro años se cuenten tres años comunes, ó de 365 días y un bisiesto, ó 366, añadiendo este día al mes de Febrero.

Queda todavía un pico de 11 minutos y 12 segundos, que produce 44 minutos y medio de diferencia en la entrada de las estaciones cada cuatro años, y éstas se anticiparían tres días y algo más de dos horas al cabo de cuatrocientos, si no se emendase la cuenta omitiendo tres bisiestos en este período. Aun así avanza el dicho principio de las estaciones, pero en una cantidad tan pequeña, que serían necesarios cuatro mil años para que la fraccion componga un día.

El primer año de nuestra época (que es el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo) fué primero después de bisiesto, por lo que, dividiendo la cifra de un año cualquiera por 4, indica el residuo 1, 2 ó 3, si es primero, segundo ó tercero después de bisiesto. Los años seculares, como 1400, 1500, 1600, serían todos bisiestos por esta regla general sin la excepción antes indicada; y para que exista otra regla fija que marque los bisiestos suprimidos, se ha concertado que sean bisiestos aquellos cuyos millares y centenas, consideradas como unidades, sean exactamente divisibles por 4, y por ello ha sido bisiesto el año 1600 y comunes los 1700, 1800, como lo será el 1900.

Tales son las bases del Calendario moderno, con las cuales el valor medio del año civil en un largo intervalo de tiempo viene á ser precisamente igual á la duracion del año *tópico*. Para fundarlas se han sucedido en el estudio muchas generaciones, porque la Astronomia, como las otras ciencias de observacion, ha tenido que atravesar, antes de llegar á la altura de los descubrimientos que hoy atesora, los trabajosos períodos de la infancia y de la adolescencia. El año establecido por Numa Pompilio en Roma se regía por los movimientos de la Luna, y tenía 355 días, distribuidos en doce meses, que sirvieron para la cuenta hasta que la experiencia fué enseñando sus inconvenientes. Julio César ordenó una primera correccion, seguida por la del papa Gregorio XIII, en términos ya explicados por el *Almanaque de LA ILUSTRACION* para 1877, y que sería ocioso por tanto repetir; de modo que sólo data del año 1582 el sistema que, á excepcion de Rusia, rige en todas las naciones cristianas.

El uso común admite otra division del tiempo que no está relacionada con el mes ni con el año, y que no figura por tanto en la indicacion de las fechas. El período de siete días ó *semana* sólo sirve para dar nombre á los días y para señalar el que la Ley Divina destinó al descanso. El origen de esta division es, pues, remotísimo, procediendo los nombres de los siete planetas que los antiguos conocieron, comprendidos el Sol y la Luna.

El orden de sucesion es el de las distancias, que estimaban por los intervalos que los astros empleaban para reaparecer en un mismo signo, empezando por Saturno, que es el más lejano y el que daba nombre al día primero de la semana (el *sábado* de los hebreos), y siguiendo como indica el distico:

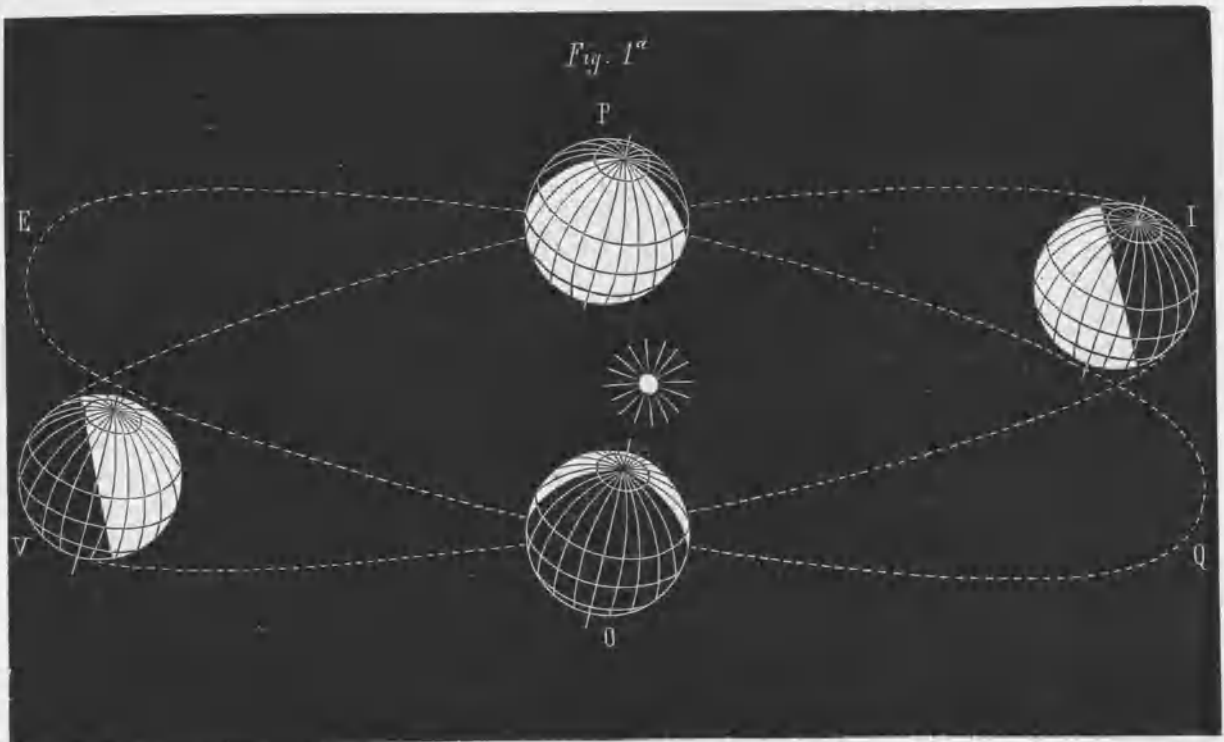
*Saturnus, deus Jovis, hinc Mars, Solque, Venusque,
Mercurius, cui sic ultimo Luna subest.*

Los egipcios tenían la costumbre religiosa de consagrar cada una de las horas del día á las divinidades adoradas con los nombres de estos planetas. La primera hora del sábado estaba dedicada á *Saturno*, y por el orden expresado, la segunda á *Júpiter*, la tercera á *Marte*, etc. *Saturno* presidia otra vez á la octava, *Júpiter* á la novena, y así sucesivamente; de manera que la hora 25 ó primera del siguiente día, domingo, debía consagrarse al *Sol*. Siguiendo siempre el mismo orden en la sucesion de las 24 horas de este día, corresponde la primera del lunes á la *Luna*; la del martes, á *Marte*; del miércoles, á *Mercurio*; del jueves, á *Júpiter*, y del viernes, á *Venus*, de donde quedó el nombre á los días hasta hoy, sin otra variacion que la de domingo (*Dominica dies*) entre algunos pueblos cristianos que no comprenden á los ingleses, conservadores del día del Sol (*Sunday*).

Las estaciones, sólo nombradas hasta ahora, dividen al año en cuatro periodos distintos, por efecto de uno de los más notables fenómenos del doble movimiento de nuestro planeta.

Viva en ciudad, en el campo ó sobre las aguas del mar, no hay hombre que haya dejado de observar por sí mismo que el Sol se eleva más y menos sobre el horizonte; que los puntos del Oriente y Occidente por donde sale y se pone no son siempre los mismos; que al mediodía es más ó ménos larga la sombra que el astro proyecta, y que los días y las noches tienen duracion desigual y variable, cambiando con ella las condiciones de temperatura y las producciones del suelo. Toda esta variedad, dicho está, es hija del movimiento simultáneo de la Tierra; mas existe otra circunstancia especial, sin la que las estaciones diferirían mucho de lo que son. Su explicacion exige las figuras 1, 2 y 3.

Las dos elipses de la figura 1 representan los planos del Ecuador EQ y de la eclíptica ú órbita de la Tierra VPI, con la posicion de nuestro planeta en diversos puntos de esta curva. El eje de rotacion es perpendicular al plano del Ecuador, está inclinado sobre el plano de la órbita en ángulo de unos 23 grados y 28 minutos, y esta inclinacion es constante, porque el eje se mantiene paralelo á sí mismo en todas las posiciones, con variacion insignificante.



El día 21 de Marzo ocupa la Tierra el sitio P de su órbita, llamado primer punto de Libra ó Equinoccio de Primavera, porque empieza la estación del mismo nombre. En ese momento coinciden ó forman un mismo plano el Ecuador terrestre y el del Sol; los polos del planeta se hallan simétricamente colocados con relacion á este plano, y por tanto, el círculo que separa al hemisferio iluminado del hemisferio oscuro se confunde con los meridianos.

La figura 2 lo demuestra con más claridad: todos los puntos de la superficie describen en la luz la mitad de la circunferencia que les hace recorrer la rotacion del globo, y en la oscuridad la otra media circunferencia; por ello en

la época del Equinoccio es igual la duracion del día á la de la noche, ó sea de 12 horas cada una para todos los habitantes de la Tierra. Los de los polos ven al Sol en el horizonte durante toda la revolucion; los del Ecuador lo tienen en el cenit ó sobre la cabeza al ser mediodía, y no hacen sombra en aquel momento; los del hemisferio Norte lo ven hácia el Sur, y sus sombras se proyectan en direccion contraria, y los del hemisferio Sur dan la sombra hácia su polo y ven el Sol hácia el opuesto.

Desde el punto P de la figura 1 marcha la Tierra hácia el V durante los meses de Abril, Mayo y Junio; á medida que se aparta de dicho punto, como el eje que se mantie-

no paralelo á sí mismo, se va inclinando el polo Norte hácia el Sol y separándose el opuesto, con lo cual va creciendo la duracion del dia y disminuyendo la de la noche en aquel hemisferio, á la par que disminuye el dia y crece la noche en el austral.

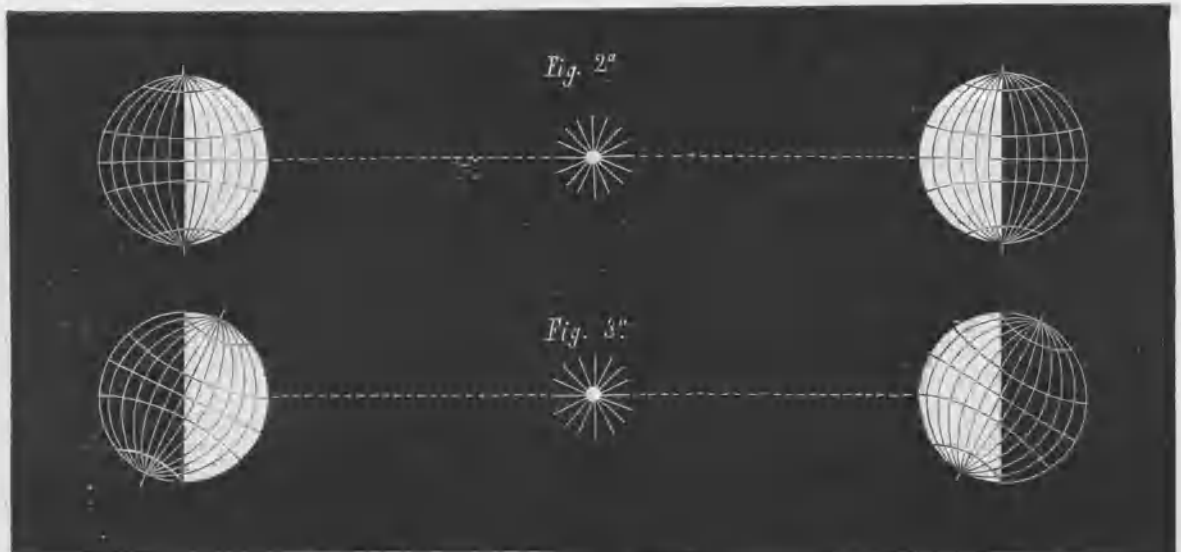
La mayor diferencia ocurre el 21 de Junio, en que la Tierra llega á V, primer punto de Capricornio ó Solsticio de Verano. La Tierra está iluminada ese dia, como indica la figura 3.

Desde el 21 de Junio al 23 de Setiembre pasa la Tierra desde el Solsticio V (figura 1) al Equinoccio de Otoño O. El polo Norte se mantiene inclinado hácia el Sol, pero las alternativas del dia y la noche se suceden durante el Verano en orden inverso á las de Primavera: esto es que va disminuyendo la duracion de la luz para los habitantes del hemisferio septentrional, al paso que aumenta para los del Sur. Al llegar al Solsticio recibe otra vez la luz nuestro planeta, como indica la parte de la derecha de la figura 2, siendo de 12 horas el dia y la noche para todos sus habitantes.

Durante los seis meses que comprenden las estaciones de Primavera y Verano, los habitantes de las regiones polares árticas ven continuamente al Sol, permaneciendo en la oscuridad los del otro polo. Sólo los del Ecuador tienen el dia igual á la noche en todo tiempo.

Desde el Equinoccio O de Otoño (figura 1) hasta el Solsticio de Invierno I, adonde llega la Tierra el 21 de Diciembre, y desde este punto al Equinoccio de Primavera P, es el polo Sur el que se inclina hácia el Sol, estando iluminada la Tierra, como se vé en la parte derecha de las figuras 2 y 3, repitiéndose, aunque en orden simétrico inverso, los fenómenos de la primera mitad del año; de forma que el Otoño y el Invierno del hemisferio boreal son Primavera y Verano en el austral, donde es la mayor la duracion del dia.

Estos fenómenos no se suceden con la regularidad con que teóricamente quedan expuestos, porque la órbita de la Tierra no es un círculo, sino una elipse; porque el Sol ocupa uno de los focos, y porque el diámetro mayor no pasa exactamente por los puntos solsticiales. El movimiento de



traslacion de la Tierra no es uniforme: se acelera un tanto á medida que se aproxima al foco ocupado por el Sol, en razon á la mayor atraccion que entónces experimenta, y se retarda durante las estaciones del estío, en que se encuentra á la mayor distancia; por tanto, es desigual la duracion de estos cuatro periodos, calculándose su promedio como sigue:

Primavera	92/9 dias.	Otoño	89/7 dias.
Verano	93/6 »	Invierno	89/9 »

Fijando la atencion en la circunstancia de hallarse la Tierra en el *Afelio* ó en la máxima distancia del Sol en los primeros dias de Julio, y de llegar al *Perihelio* ó distancia mínima á fines de Diciembre, se advierte que no es la aproximacion del astro vivificante la que influye más en el aumento de la temperatura en un lugar determinado de la superficie del planeta nuestro. Las causas principales estriban en que durante la Primavera y el Estío del hemisferio septentrional es la duracion del dia tanto mayor que la de la noche cuanto más cerca está del Solsticio: el arco diurno descrito por el Sol se eleva cada vez más desde el Equinoccio de Primavera hasta el Solsticio de Verano, en que empieza á disminuir hasta el Equinoccio del Otoño. Los rayos solares atraviesan la atmosfera ménos oblicua-

mente que en Otoño é Invierno, y la intensidad del calor enviado crece, disminuyendo la oblicuidad, como que son más tenues las capas atmosféricas que tienen que atravesar.

La misma explicacion es aplicable al hemisferio austral durante las estaciones de Otoño é Invierno, que son para él las de Primavera y Verano; pero como entónces se halla la Tierra en la mínima distancia del Sol, la intensidad del calor es allí mayor y el frio es tambien más intenso.

Influyen en la variacion de la temperatura otras muchas causas ajenas á los fenómenos astronómicos, como son la elevacion y configuracion del terreno, la proximidad de los mares y de sus corrientes, y se comprende que los máximos de calor y de frio no se sientan en los mismos solsticios sino algun tiempo despues, en Julio y Enero, porque la Tierra, calentada por los dias de la Primavera, continúa recibiendo del Sol durante el dia más calor del que pierde durante la noche, y al contrario, desde el 21 de Diciembre, enfriada la Tierra por las noches largas del Otoño, continúa en decrecimiento, porque pierde más calor durante la noche del que recibe en el dia.

Tampoco son iguales las estaciones en todos los lugares de un mismo hemisferio; ántes pasan por grados insensi-

bles desde el intenso calor del Ecuador al frío extremado del polo, que se distinguen y clasifican dividiendo la superficie del globo en cinco zonas ó climas.

La *zona tórrida* comprende, al Norte y al Sur del Ecuador, todos los países que se extienden hasta 23 grados de latitud, y está, por consiguiente, limitada por los trópicos de Cáncer y de Capricornio.

Las dos *zonas templadas* se extienden desde los trópicos hasta la latitud de 66 grados en uno y otro hemisferio, ó lo que es lo mismo, hasta los círculos polares. La extensión de ambas, la más apropiada para la vida del hombre, ocupa más de la mitad de la superficie de la Tierra, mientras que las dos *zonas glaciales* ó circumpolares, en que la duración del día y de la noche varía entre 24 horas y 6 meses, y el frío las hace inhabitables, se extiende desde los círculos polares á los polos en pequeña fracción de la superficie terrestre.

Esta ligerísima exposición de los fenómenos producidos por los movimientos de rotación y de traslación de la Tierra, por la inclinación y paralelismo de su eje, y por la forma y dimensiones de la órbita que traza en el espacio, encierra el origen del *año*, de las *estaciones*, *meses*, *semanas* y *días*, que son las principales medidas del tiempo que la mitología pagana simbolizaba en Saturno devorando á sus hijos, y á veces como anciano volando con la ampolleta en una mano y la guadaña en la otra, para recordar incesantemente: por el vuelo, que los momentos pasan y no vuelven; por la ampolleta, que la vida se desliza y consume como los granos de la arena; por la guadaña, que la muerte siega y destruye sin excepción todo lo existente.

Lustra, *Década*, *Ciclo*, *Siglo* son períodos múltiples del año, de aplicaciones particulares, é innecesarios para la fijación de las fechas y para las necesidades primordiales del hombre. Lo que éstas exigen desde un principio era la división de la unidad *día*, que se consiguió, como las otras, con el auxilio de la Astronomía, utilizando el movimiento giratorio de la Tierra. Los hebreos acertaron á construir *cuadrantes solares* ó relojes de sol, cuyo gnomón indicaba las horas, y con este punto de partida fué discurriendo el ingenio egyptodras, ó relojes de agua, y ampolletas, ó relojes de arena, que día y noche cumplían con el objeto, en tanto que el adelanto de las Matemáticas, con la Mecánica y la Física, consentían la construcción del reloj de Strasburgo, que remeda los movimientos de los astros, y la de los relojes astronómicos que en los observatorios marcan sin discrepancia *medios segundos* $\frac{1}{62,172,100}$ de año!

El movimiento de traslación de la luna alrededor de la Tierra, como satélite suyo, ha servido también y sirve

para medida del tiempo, pero como el mes lunar ó lunación no tiene más que 29,53 de tiempo medio, para relacionar los años con las estaciones hay que agregar de vez en cuando un mes supletorio décimotercero; de modo que al cabo de cierto número de años que constituyen el *ciclo*, coinciden con el principio las mismas circunstancias astronómicas. El año medio, contado de este modo, tiene 365 días y un cuarto como el otro, pues aunque *lunar* en el detalle, viene á ser *solar* por el conjunto. Lo emplea la Iglesia católica para determinar la época de las *fiestas móviles*, y sirve de única medida en los pueblos orientales del Indostan, China y Japon. También lo usan los hebreos desde los tiempos de Esdras en que lo tomaron de los caldeos, corrigiendo su sistema anterior, defectuoso é irregular. Adoptando el período de intercalación, empezaban el día á las seis de la tarde y el mes en cada novilunio, teniendo alternativamente 30 y 29 días. El año alcanzaba, por tanto, 354 días, y para concordarlo con el solar, intercalaban siete meses en un período de 19 años; esto es, añadían un mes décimotercero, llamado *Veador ó Adar*, á los años 3.^o, 6.^o, 8.^o, 11.^o, 14.^o, 17.^o y 19.^o del período.

Distinguían los judíos dos especies de años: el *sagrado* ó *santo*, que empezaba en la primavera por el mes de *Nisan*, y el *civil*, que tenía principio en el otoño por el mes *Thisri*. El nombre y duración de otros meses eran:

AÑO CIVIL.	AÑO SANTO.	DÍAS.	CORRESPONDENCIA.
1 Thisri.....	1 Nisan.....	30	Marzo y Abril.
2 Marchesvan.....	2 Iar.....	29	Abril y Mayo.
3 Kaslon.....	3 Siban.....	30	Mayo y Junio.
4 Tbeth.....	4 Thamus.....	29	Junio y Julio.
5 Sclerath.....	5 Ab.....	30	Julio y Agosto.
6 Adar.....	6 Elul.....	29	Agosto y Septiembre.
7 Nisan.....	7 Thisri.....	29	Septiembre y Octubre.
8 Iar.....	8 Marchesvan.....	29	Octubre y Noviembre.
9 Siban.....	9 Kaslon.....	30	Noviembre y Diciembre.
10 Thamus.....	10 Tbeth.....	29	Diciembre y Enero.
11 Ab.....	11 Sclerath.....	30	Enero y Febrero.
12 Elul.....	12 Adar.....	29	Febrero y Marzo.
	13 Veador ó Adar II.	29	Marzo.

Entre todos los pueblos, los mahometanos son los únicos que hacen uso del año exclusivamente lunar. Dan á los meses duración desigual para que su principio coincida próximamente con el de la luna, y el año medio tenga sobre 354 días y ocho horas. Este año no está, pues, relacionado con las Estaciones.

CESAREO FERNANDEZ DURO.

HOMERO.

REPRODUCCION DE LA PAG. 63

Bien está entre los primeros grabados que figuran en este ALMANAQUE, especialmente consagrado á las letras y las artes, el busto del insigne autor de la *Iliada*, copia del que se guarda con religioso cuidado en la Academia de Bellas Artes: detrás de Homero, nadie se creará humillado; en compañía de Homero, todos recibirémos quizás algún tenue reflejo de la purísima aureola de gloria que rodea la frente del inmortal poeta griego.

¿Qué diremos de aquel genio colosal que ya no sepan nuestros ilustrados lectores? Y sin embargo, la envidia creó contra Homero un Zoilo (*Homocronastia*, el azote de Homero), y el gran genio poético de la Greciaapuró hasta las heces, en esta vida miserable, el cáliz de la amargura.

También le apuraron después otros genios—triste destino del genio!—porque la envidia azuzó contra ellos nuevos Zoilos.

LA LECCION DE PIANO.

(REPRODUCCION DE LA PAG. 12.)

En la Exposición general de Bellas Artes celebrada en Madrid el año último, figuró con el núm. 97 el cuadro de D. Luis Franco y Salinas, que reproduce nuestro grabado de la página 12, según dibujo del mismo autor.

Lección de piano es el título de esta bella obra de arte. Dos hermosas jóvenes, profesora y discípula, ensayan al piano una pieza de música: aquella, elegantemente vestida con traje de visita, aparece en actitud de pasar sus ágiles y lindas manos por el teclado del armonioso instrumento; ésta, envuelta enancha bata de transparente batista, observa atentamente y escuchaba embelesada.

El autor de este lindo cuadro, afortunado discípulo de Ferrandiz, ganó merecido premio en el mismo concurso por sus otros cuadros titulados: *Cambio de parejas* y *Una boda valenciana á últimos del siglo pasado*.



LECCION DE PIANO.

Cuadro de D. L. Franco y Salinas, presentado en la Exposición artística de 1876.—(Véase la pág. 11.)



ENERO.

SOL.		SANTORAL.	EFEMÉRIDES.	LUNA.	
Salte.	Se pone.			Salte.	Se pone.
H. M.	H. M.			H. M.	H. M.
7.14	4.56	1 Márt. † LA CIRCUNCION DEL SEÑOR, y Sta. Martina, vg.	1818.—El general O'Higgins proclama la independencia de Chile.	5.33 ^m	2.49 ^a
7.14	4.57	2 Miérc. San Isidro, ob., y san Macario, ab.—(Abrense los Tribunales.)	1871.—Entra en Madrid el rey D. Amadeo I de España, y visita el cadáver del general Prim, depositado en Atocha.	6.32	3.46
7.14	4.57	3 Juév. San Antero, p. y ME., y santa Genoveva, vg.	1871.—Batalla de Bapaume, ganada por los prusianos.	7.22	4.47
		☉ Luna nueva, á las 1 h. y 38 m. de la tarde.			
7.13	4.38	4 Vier. Stos. Gregorio, Tito y comps., mrs., y san Aquilino.	1245.—Fernando III manda deshacer la Puebla del Burgo.	8.04	5.50 ^m
7.13	4.39	5 Sáb. San Teodoro y san Simeon Stylita y Sta. Emilliana.	1887.—Muere D. Pedro IV de Aragón (<i>Rey del Puigdel</i>).	8.39	6.52
7.13	5.00	6 Dom. † LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES.	1788.—Muere en Sevilla el escultor Sebastián Morán.	9.08	7.52
7.13	5.01	7 Lún. San Raimundo de Peñafort, ab., san Teodoro, monje, y san Julián.—(Abrense las relaciones.)	1480.—Escritura de Pablo Ortiz para labrar dos sepuleros de alabastro en la Catedral de Toledo, capilla de Santiago.	9.34	8.50
7.12	5.02	8 Márt. San Luciano y cps., mrs., y stos. Severino y Máximo.	1336.—Muerte del ilustre pintor Giotto.	9.37	9.47
7.12	5.03	9 Miérc. San Julian y santa Basilia, mrs., y san Marcelino.	1042.—Fallecimiento del insigne astrónomo Galileo.	10.19	10.43
7.12	5.04	10 Juév. San Nicanor, mr., y san Gonzalo de Amarante.	1871.—Batalla de Mans, perdida por los franceses.	10.31	11.30
7.12	5.05	11 Vier. San Anastasio, p. y ME., san Dignio y san Teodosio.	1560.—Muere en Lugo Sor Isabel de Granada, hija del rey Roabdil.	11.05	12.39
		☽ Cuarto creciente, á las 6 h. y 22 m. de la noche.			
7.12	5.06	12 Sáb. Stos. Benito, Arcadio, Honorio y Victoriano, mrs.	1772.—Primera sesion del célebre congreso provincial de Lima.	11.31	3.39
7.12	5.07	13 Dom. Stos. Gumerstado y Servideo, mrs., y san Leoncio, ab.	1575.—Francisco I de Francia decreta la abolición de la imprenta.	12.01	1.31 ^m
7.12	5.08	14 Lún. San Hilario, ob., y san Félix, conf.	1826.—Último combate entre españoles y chilenos, en Chile.	12.28	2.45
7.11	5.09	15 Márt. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, ab.	1049.—Famoso motin de estudiantes en Santiago de Galicia.	1.24 ^a	4.51
7.11	5.10	16 Miérc. San Marcelo, p. y mr., y san Fulgencio, pat. de Murcia.	1654.—Muere el pintor holandés Pieter Potter.	2.21	4.56
7.11	5.11	17 Juév. San Antonio, ab. y cf., y santa Rosalia, virgen.	1809.—Entrada de los franceses invasores en Santiago.	2.29	5.57
7.10	5.12	18 Vier. La Cátedra de san Pedro en Roma, y stas. Prisca y Librada, mártires.	1793.—Muere el pintor Gonzalez Velazquez, director de la Academia de San Fernando.	4.42	6.51
		☉ Luna llena, á las 11 h. y 48 m. de la noche.			
7.10	5.13	19 Sáb. Stos. Capeto, Mario, Ponciano, Gumerstado y cps., mrs.	1871.—Derrota del general Faidherbe, en Saint-Quentin.	5.59 ^m	7.56
7.10	5.14	20 Dom. San Fabian y san Sebastian, mrs.—(Sol en Acanario.)	1814.—El general Lastra es elegido Supremo Director de Chile.	7.15	8.13
7.10	5.15	21 Lún. El Dulce Nombre de Jesus, y sta. Lucía y comps. mrs.	1391.—Fallecimiento del rey de Granada Mahomad VI.	8.29	8.46
7.09	5.16	22 Márt. San Vicente, diácono, patron de Valencia, y santos Gaudencio, ob., Anastasio y Lufrolo, mrs.	1788.—Nace en Londres el insigne poeta Lord Byron, que murió joven aun, peleando por la independencia de Grecia.	9.41	9.15
7.08	5.17	23 Miérc. † SAN ILDEONSO, arz. de Toledo, pat. de la diócesis.	1656.—Claudio Coello es nombrado pintor del rey D. Carlos II.	10.52	9.43
7.08	5.18	24 Juév. Nuestra Señora de la Paz, y san Prudiliano, mr.	1826.—Capitulacion del Callao.	12.02	10.12
7.07	5.19	25 Vie. La Conversion de San Pablo, ap., y sta. Elvira, viuda.	1313.—Solicitud en Granada contra Mahomet IV Atenazar.	9.3	10.43
		☽ Cuarto menguante, á las 3 h. y 25 m. de la tarde.			
7.06	5.20	26 Sáb. San Policarpo, mr., sta. Paula, viuda, sta. Batilde, reina, y san Teogenes, mr.	1603.—Felipe III concede una pensión vitalicia de 100 ducados mensuales al escultor Pompeo Leoni.	1.12 ^m	11.18
7.06	5.21	27 Dom. San Juan Crisóstomo, dr., y san Julian y comps. mrs.	1510.—Encaméntase á Egue la cruz de la Catedral salmantina.	2.21	11.58
7.05	5.22	28 Lún. San Julian, obispo.	1823.—Es depuesto del poder el general O'Higgins, en Chile.	3.26	12.45
7.04	5.23	29 Márt. San Francisco de Sales, conf., y san Sulpicio, mr.	1579.—Fundacion de la Bolsa de Londres.	4.26	1.39 ^a
7.04	5.24	30 Miérc. Santa Martina y san Hipolito, mrs., y san Lesmes, ab.	1816.—Brevé de Pio VII á América en favor de España.	5.19	2.38
7.03	5.25	31 Juév. San Pedro Nolascio, fund., y santa Marcella, viuda.	1824.—Aparecen partidas de constitucionales cerca de Almería.	6.03	3.40

ENERO.

LA CHIMENEA CAMPESINA.

Era una tarde de Enero ;
Se oía el viento bramar,
Y en el anchuroso hogar
Chisporroteaba el tuero.

(GARCÍA GUTIERREZ.)

Del Bétis cristalino
Junto á la orilla ;
De Córdoba en los bellos
Alrededores,
Hay una casa blanca,
Pobre y sencilla,
Que siempre me recuerda
Tiempos mejores.

El nogal extendido,
La enredadera,
El álamo frondoso
Con el granado ;
La punzadora pita,
La verde higuera,
Tejen la densa urdimbre
De su cercado.

Honrados campesinos,
Entre sus muros,
Viven al mundo ajenos,
En dulce calma ;
Brinda el campo á sus ojos
Goces más puros,
Y en el trabajo encuentran
La paz del alma !

Una tarde de Enero
Llegué á la puerta
De aquella casa blanca,
Pobre y sencilla,
Que para el caminante
Siempre está abierta,
Del Bétis cristalino
Junto á la orilla !!

Saltó el lebrél gozoso,
Fiel vigilante
De la heredad aislada
Que ama y defiende ;
Me señaló la senda ;
Seguí adelante
Como el que ve un amigo
Que le comprende.

Bajo las negras vigas
De humilde estancia,
Libre ya de las lluvias
Y el torbellino,

Aspiré los efluvios
De esa fragancia,
Que tiene el techo ahumado
Del campesino.

Una hortelana, de esas
Que el campo cria,
Morena como el trigo,
De labios rojos,
En vez de saludarme
Se sonreía,
Lo mismo con la boca
Que con los ojos.

Todo era paz en ella ;
Todo ventura ;
Y entre el sayal humilde
De tosca lana,
El tesoro envolviendo
De su hermosura,
Era de aquella huerta
La soberana.

Blanco como la limpia
Piel del armiño,
Con dos ojos rivales
De dos luceros,
Velaba el sueño dulce
De un tierno niño,
Rubio cual las mazorcas
En los graneros.

Feliz, más que entre perlas
Que el mar regala,
Y más que el potentado
Con su fortuna,
Andaba de puntillas
Sobre la sala,
Para no hacer ruido
Junto á la cuna !

Abre la hoguera al humo
Salida franca ;
Al hogar escondido
Su calor presta,
Y de la protectora
Campana blanca,
Con su benigno fuego
Los bordes tuesta.

Rojo cual los botones
De las granadas,
El leño que crujiente
Chisporrotea,

A intervalos aviva
Sus llamaradas
En el hueco que forma
La chimenea.

De la vaca obediente
La mansa ayuda,
Al agua cristalina
Da movimiento,
Y afuera, en eco grave,
O en voz aguda,
Alterna con la noria
La voz del viento.

El dolor por el mundo
Gritos arranca;
La guerra es permanente;
Firme el encono;
Y allí, en aquella humilde
Casita blanca,
Una mujer y un ángel
Tienen un trono.

Va cayendo la tarde
Tras las montañas;
La nieve en los caminos
Borra el sendero,
Y ella junto á aquel fruto
De sus entrañas,
Ve llegar del trabajo
Su compañero.

Hércules de los surcos
De sus mayores,
Tiene los francos ojos
Llenos de vida;
Y en la eterna faena
De sus labores,
Por el sol y los aires
La piel curtida!

El niño se despierta
Y el lebrél salta:
No hay más que un pensamiento:
Mirar al niño;
Para hallar la ventura
¡Qué poco falta
En el hogar sereno
Donde hay cariño!!

Para lograr las dichas
De la fortuna,
Basta un poco de fuego
Y un aire sano;
Un niño que despierte
Sobre su cuna,
Y la blanca vivienda
De un hortelano.

Las llamas perezosas
Que allí ondulaban,
En movibles penachos
Se sucedían;
Y ante aquellos amores
Que se besaban,
De envidia en la ancha hoguera
Se retorcían.

Calor de los esposos,
Nido de fuego,
Que á la santa inocencia
Prestas abrigo;

En la solemne calma
De tu sosiego,
Con lágrimas ardientes
Yo te bendigo!!

Estufa campesina,
Que tanto adoro,
No de mármol y jaspes
Finges tus vallas;
Ni aprisionan tus leños
Rejas de oro,
Ni bordadas de flores
Ricas pantallas.

¡Cuántas de las que alumbren
Muros de seda
No lograrán á veces
Matar el frío!
Pues no hay fuego en el mundo
Que vencer pueda
El hielo pavoroso
Que da el hastío!!

Pronto vendrá la noche;
La blanca luna
Verterá sus reflejos
Sobre la tierra,
Y ante la flor tardía
Que está en la cuna,
Se hablará del hermano
Que está en la guerra.

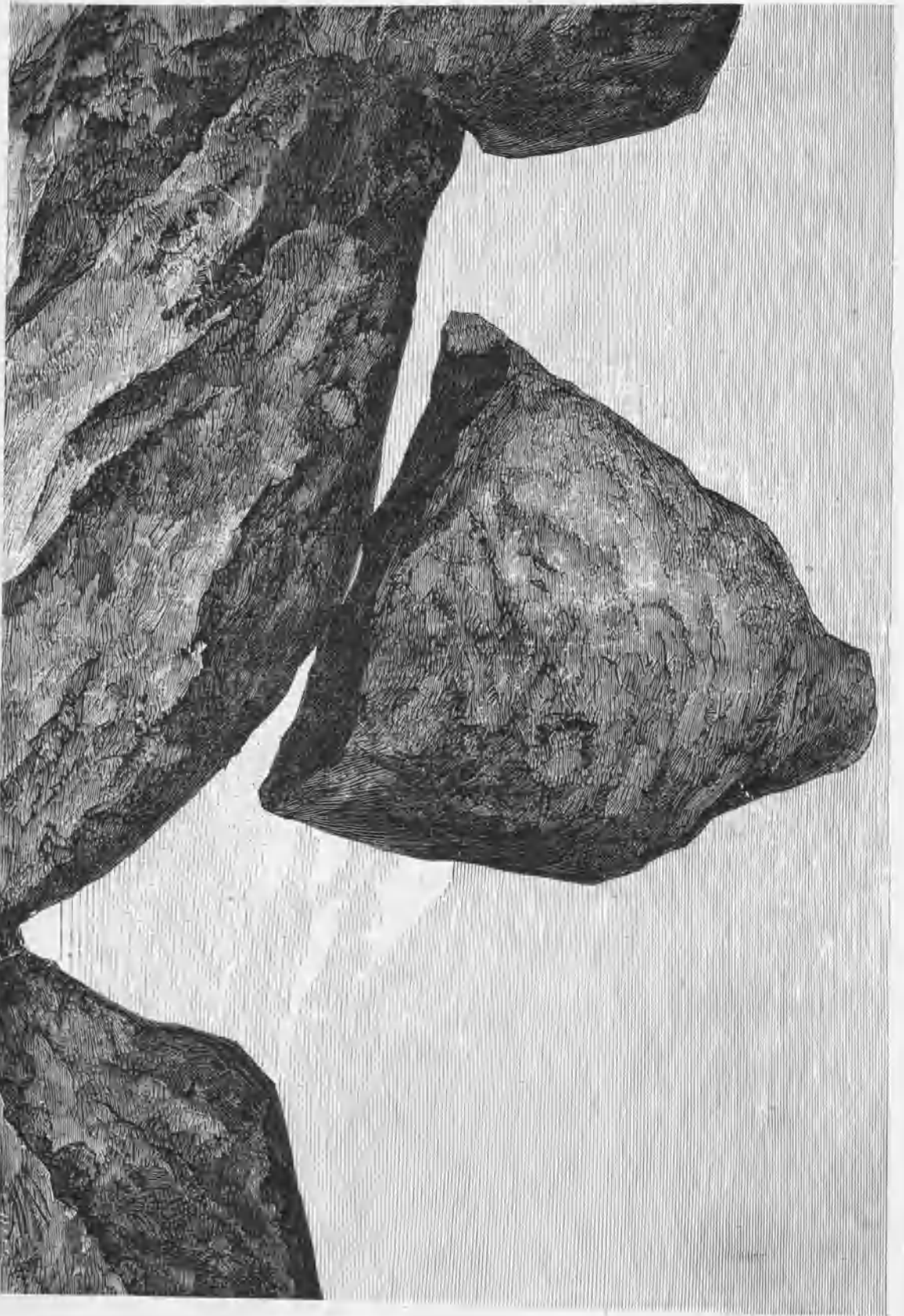
Se hablará de las aguas;
Aguas jugosas,
De la tierra, á las lluvias
Agradecida,
Que dará olor al aire
Y al prado rosas,
Mieles á los racimos
Y al campo vida!

En alegre velada
De encantos llena,
Tú eres luz y regalo,
Música y germen;
Y al nutrir con tu fuego
La frugal cena,
Cuando sola te apagues,
¡¡Será que duermen!!

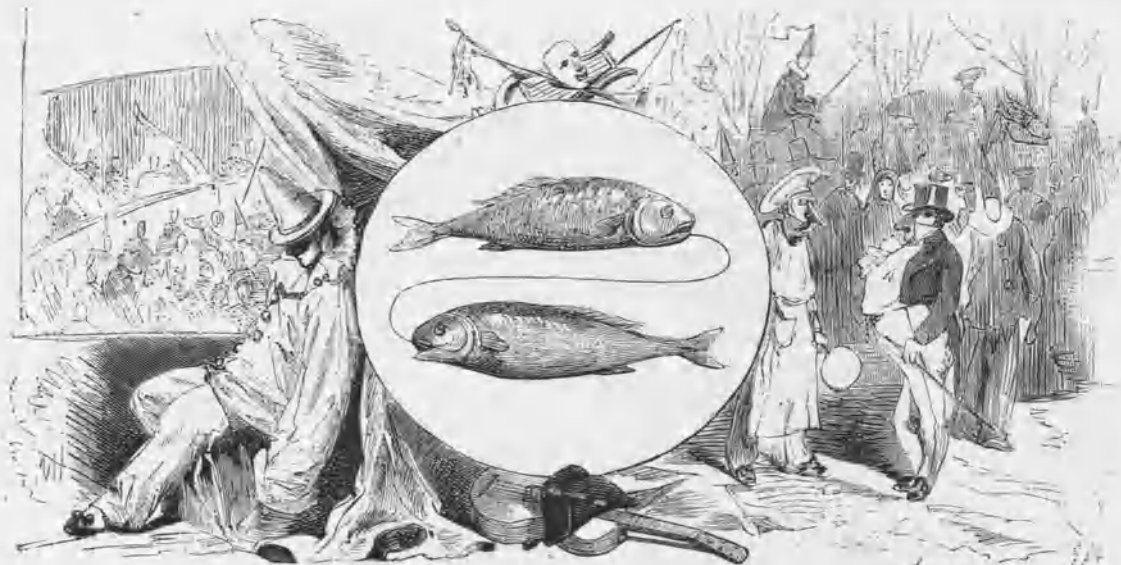
¡Adios: de tí me alejo
Con paso grave;
Y el calor de tus llamas
No trocaría,
Mas que por ese dulce
Calor suave,
De un alma que sintiese
Como la mía!!

Hoy al són de los aires
Y el aguacero,
Cuando envuelto entre nubes
El sol no brilla,
¡¡Quién olvida la tarde
Del mes de Enero,
Del Bétis cristalino
Junto á la orilla!!

ANTONIO F. GRILLO.



BUENOS-AIRES.—LA PIEDRA MOVEDIZA, EN LAS CRUJIAS DEL YSSOU.—(Vasee la pag. 20.)



FEBRERO.

SOL.		SANTORAL.	EFEMÉRIDES.		LUNA.	
Sala.	Se pone.		Sala.	Se pone.		
H. M.	H. M.			H. M.	H. M.	
7.02	5.20	1 Viér. San Ignacio, ob. y mr., y santa Brigida, vg.—(Abstinencia.—Eclipse de Sol, invisible en España.)	1798.—Un marino inglés encuentra á John Selkirk en la isla de Juan Fernandez, abandonado cuatro años antes.	6.39 ^m	4.42 ^a	
7.01	5.27	2 Sáb. † LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA.	1802.—Fallecimiento del ilustre Conde de Camponanes.	7.10	5.43	
7.00	5.28	3 Dom. San Blas, ob., san Patricio, mr., y san Cipriano, ob.	1820.—Toma de Valdivia por el almirante Lord Cochrane.	7.37	6.41 ^m	
		☉ Luna nueva, á las 7 h. y 52 m. de la mañana.				
6.59	5.30	4 Lún. San Andrés Corsino, ob., san Donato, mr., y santos Aquilino y Gilberto.	1584.—Muere en Alcalá el insigne arzobispo de Toledo, don Alonso de Fonseca.	8.01	7.39	
6.59	5.31	5 Márt. Santa Agueda, vg., y san Felipe y comps. mrs.	1789.—Nace en Santa Maria de Trovo el general Bolil.	8.23	8.35	
6.58	5.32	6 Miér. Santa Dorotea, vg. y mr., y san Antonio, mr.	1794.—Horroroso incendio en el Arsenal del Ferrol.	8.45	9.32	
6.57	5.33	7 Juev. San Romualdo, ab., y san Ricardo rey de Inglaterra.	1832.—Ejecucion del regicida Martin Mucino, en Madrid.	9.07	10.29	
6.56	5.34	8 Viér. San Juan de Mata, conf., y san Ciriaeo, mr.	1642.—Muere D. Juan de Velasco, ministro de Felipe IV.	9.32	11.29	
6.55	5.35	9 Sáb. Santa Polonia, vg. y mr., y san Nicóforo, mr.	1643.—Es decapitado en Londres el rey Carlos I de Inglaterra.	10.00	12.30	
6.54	5.36	10 Dom. Santa Escolástica, vg., san Guillermo, duque de Aquitania, y san Sabino, ob.	1810.—Motin popular en el Ferrol, y asesinato del general Vargas, capitán general del Departamento.	10.34	» »	
		☽ Cuarto creciente, á las 12 h. y 52 m. del día.				
6.53	5.37	11 Lún. San Saturnino y comps., mr.	1626.—Paz entre Carlos I de España y Francisco I de Francia.	11.14	1.34 ^m	
6.52	5.38	12 Márt. Santos Eudalia y Eagonia, mrs., y san Gaudencio, ob.	1541.—Fundacion de Santiago de Chile por el español Valdivia.	12.04	2.38	
6.51	5.39	13 Miér. San Benigno, mr., y santa Catalina de Rixis, vg.	1812.—Primer número de La Aurora, primer periódico chileno.	1.04 ^a	3.39	
6.50	5.40	14 Juev. San Valentín, conf., el beato Juan Bautista de la Concepcion, y san Zenon.	1871.—Primera sesion ordinaria de la Asamblea nacional de Francia, reunida en Versalles.	2.14	4.36	
6.48	5.41	15 Viér. Stos. Faustino y Jovita, mrs., y N.ª S.ª de Guadalupe.	1798.—Pío VII huye de Roma y es proclamada la república.	3.20	5.24	
6.47	5.42	16 Sáb. San Julian y comps., mrs.	1847.—Es nombrado Director de Chile el general O'Higgins.	4.46	6.05	
6.46	5.43	17 Dom. (Septuagésima.) San Julian de Capadocia, mr.—(Eclipse de Luna, invisible en España.)	1839.—Fundacion de la Caja de Ahorros de Madrid.—1874: Toma de Vinaroz por el jefe carlista Vidles.	6.08	6.40	
		☉ Luna llena, á las 10 h. y 52 m. de la mañana.				
6.45	5.44	18 Lún. San Simeon y san Eladio, confs.—(Sol en Pléide.)	1558.—Fusilamiento de varios generales carlistas, en Estella.	7.18 ^m	7.12	
6.44	5.45	19 Már. San Gavino, mr., san Alvaro de Córdoba, conf., y santos Conrado y Marcelo.	1809.—Batran los franceses en la heroica Zaragoza, reducida á monton informe de cadáveres y ruinas.	8.32	7.42	
6.43	5.46	20 Miér. Santos Leon, Eleuterio y Nemesio, mrs.	1835.—Gran terremoto en el Sud de Chile: 500 víctimas.	9.45	8.11	
6.41	5.47	21 Juev. Santos Félix, Maximiano y Severiano.	1811.—Abrense al comercio extranjero los puertos de Chile.	10.58	8.42	
6.40	5.48	22 Viér. San Pascasio y la Cátedra de S. Pedro en Antioquia.	1168.—Fernando II de Leon pensiona al maestro Mateo.	12.10	9.17	
6.39	5.49	23 Sáb. Santas Marta y Margarita de Corcona, vgs., y santos Pedro Damian, ob. y dr., y san Policarpo, ob. y mr.	1874.—Accion de la Solva, ganada á los carlistas por el batallon cazadores de Buns.	» »	9.56	
6.38	5.50	24 Dom. (Sexagésima.) San Matías, ap., y san Torcuato, mr.	1876.—Son indultados en Pamplona tres batallones carlistas.	1.38 ^m	10.42	
		☽ Cuarto menguante, á las 2 h. y 48 m. de la mañana.				
6.36	5.51	25 Lún. San Cesáreo, conf., y santa Elena, vg. y mr.	1874.—Accion de Monte Abanto, perdida por Moriones.	2.21	11.35	
6.35	5.52	26 Már. San Alejandro, conf., y san Faustino, ob.	1120.—Bula de Calisto II en favor de la Catedral de Santiago.	3.16	12.32	
6.34	5.53	27 Miér. San Baldomero, conf., y san Leandro, ob.	1675.—Fallecimiento del pintor italiano D. Ramon Borzognier.	4.02	1.33 ^a	
6.32	5.54	28 Juev. San Roman, ob. y fund., san Macario y comps., mrs., y santos Cayo, Justo y Rufino.	1809.—Combate de Pontevedra: la guarnicion francesa es rechazada por fuerzas de Peñador y Amlil.	4.41	2.35	

FEBRERO.

(FANTASÍA CARNAVELESKA.)

I.

VIENTO.

«¡Oh campo yermo y pálida llanura
De cierzos invernales azotada!
¿Qué fué de vuestra espléndida verdura
Y alfombra engalanada?
El tiempo esteriliza y anonada
Cuanto encuentra á su paso igual y eterno;
Huyó el otoño y avanzó el invierno,
Y del campo las galas y primores
Trocó el implacable en soledad sombría
Y téticos rumores
Del viento helado y de la escarcha fría!»

Tal exclamaba un día
Nublado de Febrero
El poeta menguado que suscribe,
Y que cantando sus pesares vive.
Y harto de no encontrar fuera de puertas
Ni flores ni canciones,
En las planicies tristes y desiertas
De estas incomprensibles poblaciones
(Que otros suelen llamar plazas abiertas),
Volvió á su hogar, y en torno á la *candela*
Que del tétrico invierno le consuela,
Del hondo asiento en el rincón hundido,
Viendo la lumbre, se quedó dormido.

II.

LLEVIA.

Presto un chasquido que insistente suena
Interrumpe su sueño placentero,
Y es el agua del cielo que nos manda
La lluvia de Febrero.

«¡Oh lluvia que ora escucho indiferente!
Murmura bostezando,
Un tiempo fuiste música sonora
Y arrullo dulce y blando;
Que en las horas de invierno riguroso
La lluvia es un arrullo cariñoso
¡Llueve! (dice el amante) ¡Oh qué bendita
La lluvia cadenciosa,

Que da pretexto á prolongar la cita
Y á ser feliz junto á la prenda hermosa!
¡Llueve! (dice el marido) ¡horror! mal haya
La lluvia inconveniente,

Que cayendo me impide que me vaya
Dejando á mi curiosa impertinente!

La lluvia es melodía
Ó ruido de tenaz monotonía;

Para el amor, arrullo cariñoso;
Para el hastío, sononete odioso.
¡Ay, dicha pasajera,
Nube fugaz de lluvia en primavera!

III.

CREPÚSCULO.

En tanto estos ayes del pecho exhalaba,
La tarde moría, la noche avanzaba.....
Yo aguardo estas horas postreras del día
Que el alma me inundan de triste poesía,
Mirando en los rojos, crujientes carbones,
Candentes figuras y extrañas visiones,
Y el alma en sus giros y dulces engaños,
Se pierde y se lanza por mundos extraños.
Y en esos momentos de sombra y de calma
Yo evoco á mis solas recuerdos del alma.
De niño á estas horas al valle volvía,
Mirando los rayos del sol que se hundía,
Cautando esperanzas y dichas y amores,
Trayendo á mi madre manojos de flores.
La veo á la sombra del ancho madroño,
Que ya deshojaron los aires de otoño;
Recuerdo la mesa que juntos pusimos
Colmada de frescos fragantes racimos;
La brisa y las hojas en dulce concierto,
Las auras del río, las tapias del huerto....
Comparo con tedio que el alma devora,
Las dichas de entónces, las penas de ahora....
Y en tanto la llama se extingue y refleja,
Se hiergue y se humilla, y avanza y se aleja,
Su luz derramando con plácida calma,
Y bento misterio sembrando en el alma.

Con vuelo incansable la audaz fantasía
Se lanza en las brumas postreras del día,
Y salva distancias, y cruza los mares,
Y va recorriendo comarcas y hogares;
Contemplo del campo las muertas labores;
Veo á las cabañas volver los pastores,
Y al puerto acogerse del viento al empuje
La barca en que el remo sonante recruje,
Las blancas gaviotas en anchas bandadas
Se alejan rozando las ondas rizadas;

Del valle en el fondo, con s6n funerario,
 La esquila resuena llamando al rosario.
 All6 entre la bruma, con negra guedeja,
 Se ve el humeante vapor que se aleja,
 Llevando en su seno y 6 climas lejanos
 Amantes y esposos y padres y hermanos.
 Tal vez 6 estas horas en triste aposento
 La esposa suspira con hondo lamento.
 La casta doncella con alma doliente
 Solloza en la sombra llorando al ausente.
 En mil soledades del mundo ignorados
 Se ven 6 estas horas los enamorados,
 Del d6a espirante la luz tibia aspiran,
 Estrechan las manos y amantes se miran.
 Contando las horas el triste enfermero,
 Se duerme olvidado del ¡ay! lastimero.
 Yo en tanto, en la sombra, y en r6pido giro
 Visiones hermosas est6tico miro,
 Recuerdos que pasan de a6ejos pl6ceres,
 Im6genes bellas de amantes mujeres;
 Aquella es la sombra que en s6n lastimero
 Murmura en las noches del mes de Febrero,
 Y en torno 6 mi almohada cual c6firo gira,
 Y el alma sedienta su ambiente respira.
 ¡Oh mes de Febrero, de eterna memoria,
 Tu nombre en mi mente despierta una historia;
 Esp6ritu amante, secreto misterio,
 ¡Yo canto tus glorias y an6nimo imperio!

IV.

LA MANO OCULTA.

Era un baile; y entre el ruido
 De la org6a y del placer,
 Una sombra, una mujer,
 Envuelta en velo tupido,
 «Que me recuerdes te pido,
 Como te recuerdo yo»,
 Dijo; y leve desliz6
 Entre mis manos su mano,
 Y despues, cual humo vano,
 Para siempre se alej6.

No supe m6s; m6s no vi,
 Pero a6n siento temblorosa
 Aquella mano ardorosa
 Que entre las mias sent6.
 A6n con loco frenes6
 La quiero llevar al pecho;
 A6n con efusion la estrecho
 Contra el coraz6n herido,
 Y ora la aprieto rendido
 O la estrujo con despecho.

Desde aquella noche triste
 De eterno recuerdo amante,
 La mano en afan constante
 Tenaz en llamarme insiste;
 Formas mil vagas reviste,
 Y en mi tormento empe6ada,
 Siempre la siento callada
 Dirigiendo mi destino
 Y marc6ndome un camino
 Entre la sombra velada.

Cuando rendida al pesar
 Triste el alma al cielo implora,

Ella, del bien precursora
 Viene el dolor 6 calmar;
 Rauda la siento bajar,
 Del cielo se precipita,
 Y haciendo una cruz bendita
 Con sus dedos sonrosados,
 De los labios abrasados
 Beso amante solicita.

La llama el afan creciente;
 Y cuando de sed se abrasa
 El alma y la noche pasa
 Velando la inquieta mente,
 Sobre la ardorosa frente
 Celeste lumbre derrama;
 En amor el pecho inflama,
 Y con los dedos unidos
 Viene 6 contar los latidos
 Del coraz6n que la llama.

Si enfermo en desierto lecho
 Sufro en queja prolongada,
 Ella, enfermera callada,
 Pulsa el fatigoso pecho;
 Febril y amante la estrecho,
 Y ella pasa horas enteras
 Parando las minuterias
 Y las p6ndolas vecinas,
 Ya corriendo las cortinas
 O entornando las maderas.

Cuando 6 una mujer hermosa
 Con afan miran mis ojos,
 La mano en mudos enojos
 Viene 6 cubrirlos
 Cuando en mi sed amorosa
 Me siento capaz del crimen,
 Y coraz6n y alma gimen
 Llorando dichas ausentes,
 Siento unos dedos candentes
 Que en el cerebro me oprimen.

A otro m6s cr6dulo asombre,
 Con torpe asombro profundo,
 La gloria y poder que el mundo
 Logra por mano del hombre.
 Mi sue6o no tiene nombre,
 Mas ya lo llego 6 entender,
 Y he venido 6 comprender,
 Persiguiendo una mentira,
 Que el mundo incesante gira
 Por mano de la mujer.

Por ella al mundo venimos
 Y el mundo ciego corremos,
 Amamos y aborrecemos,
 Y matamos y morimos.
 Somos, ser6mos y fu6mos
 Siempre esclavos de tu fe.
 ¡Ay, mano oculta! ya s6
 Porque mi vida consumes,
 Que en tus misterios resumes
 Cuanto ser6 y es y fu6!

Humana forma aquel d6a
 Te juzg6 el loco deseo,

Y ora cual eres te veo,
Misteriosa alegoría.
Sin razon te suponía
Realidad de sér humano,
Y eres, misteriosa mano,
Con tu secreto profundo,
La oculta fo que en el mundo
Mueve al sentimiento humano.

Dicha, dolor y placer,
Cuanto se piensa y se sientó,
Todo lo inspira el ambiente
Del amor de una mujer.
Gloria, ambicion y poder,
Inquietud, zozobra y calma,
Aureo laurel, seca palma,
Ella es la fuerza del sino,
Mano oculta que el camino
Le va señalando al alma.

Alma mujer, yo te imploró,
Tú eres el tiempo y la historia;
Ya en ardiente sed de gloria,
Ya en impia sed del oro,
Por tí su gloria ó desdoro
Logra el corazon humano,
Pues tú eres la oculta mano
Que en la sombra el alma estruja
Y á todo bien nos empuja
Con impulso soberano.

Márcame, pues, mi destino,
Que velada ó descubierta,
Ya sé que mi vida incierta
Gobernarás de continuo;
Feliz ó fatal destino
Por tí espero merecer,
Pues miéntas aliente un sér
Que de humano tenga el nombre,
¡Siempre irá impulsando al hombre
La mano de una mujer!

V.

PULVIS EST.

Así del mes en que el amor se oculta
Bajo el disfraz de loca algarabía,
Cantaba el pecho la memoria grata
Que el alma consumía,
Pasó Febrero con su alegre ruido;
La loca orgía del placer pasó;
Todo pasa, las dichas y las penas,
Pero el recuerdo, no!
¡Oh Carnaval eterno de la vida,
Incesante ilusion de lo que fué!
¡Mes alegre, por algo eres más breve....
Porque eres el placer!

EUSEBIO BLASCO.

LA PIEDRA MOVEDIZA, EN LAS CERCANÍAS DEL TANDIL, EN BUENOS-AIRES.

(GRABADO DE LA PÁG. 16.)

Extraños fenómenos presenta á veces la naturaleza al exámen de la humana inteligencia, y ésta los admira y apenas acierta á explicarlos.

Uno de ellos, interesante por demas, es el que se conoce en la República Argentina con el gráfico nombre de *Piedra movédiza*, de la cual dará una idea bastante exacta el grabado que publicamos en la pág. 16, copia de una prueba fotográfica que ha tenido la atencion de remitirnos el Sr. D. Ramon F. Goldar, compatriota nuestro avecindado en Cármen de las Flores (Buenos-Aires).

Hállase la *Piedra movédiza* en las inmediaciones del pueblo El Tandil, en la sierra, á unas 75 leguas al Sud de la capital de la provincia, y apareciendo sostenida en su base por un eje invisible, presenta un movimiento oscilatorio de Este á Oeste, es decir, de dentro á fuera de la sierra, bastando la fuerza de un hombre ó el ímpetu del viento para imprimir á aquella mole enorme el movimiento indicado.

El cerro en cuya cima tiene su asiento está formado de otras gigantescas masas graníticas, entre cuyas grietas crecen algunas cardas y se retuercen enredaderas de anchas y aplomadas hojas, y al pie del mismo yacen en fangoso lecho pelados peñascos que indudablemente rodaron desde la cumbre.

Hacia la parte Oeste de este cerro, cortado sobre un abismo de 140 piés de profundidad, hállase arrogante la *Piedra*, que

se balancea al borde del precipicio; inclínase hacia él, como empujada por brazo poderoso aunque invisible, y cuando el observador juzga que la enorme masa, arrastrada por su propio peso, debe caer rodando, cual avalancha destructora, hasta el fondo de la hondonada, alzáse la *Piedra* majestuosamente, y se inclina sobre el lado opuesto.

Las dimensiones de ésta son las siguientes: ocho varas de altura, trece de longitud y seis de latitud, representando en volumen un total de 216 varas cúbicas, con peso (segun cálculo aproximado) de 46.440 arrobas; tiene figura cónica irregular, y descansa al parecer en una base, tambien de forma cónica, de unas diez pulgadas de diámetro, y es de notar especialmente que cuando el viento Sudoeste sopla con violencia, la *Piedra* se balancea acompasadamente, cual si fuese la copa de un árbol frondoso.

Cuéntase entre los naturales del país que hace algunos años hubo un hombre bastante rico, pero mucho más estúpido, que concibió el miserable proyecto de destruir aquella portentosa obra de la naturaleza: efectivamente, hizo rodear la piedra, por su base, de gruesas maromas, y aseguró éstas á varias yuntas de bueyes que fueron hostigados con brutal fiera; mas la *Piedra movédiza* no cedió un punto de su asiento, y, como si se burlase de pretension tan ridicula, continuó, y aún continúa, balanceándose sobre el abismo.

FAMILIA REAL DE ESPAÑA.

ALFONSO XII, Rey Católico de España, nació en 28 de Noviembre de 1857. Fué proclamado en 30 de Diciembre de 1874.

Hermanos.

María Isabel, Francisca de Asís, Cristina, Francisca de Paula, Dominga, Princesa de Asturias, viuda del Conde de Girgenti, nació en 20 de Diciembre de 1851.

María del Pilar, Berenguela, Isabel, Francisca de Asís, Cristina, Sebastiana, Gabriela, Francisca Caracciolo, Saturnina, Infanta de España, nació en 4 de Junio de 1861.

María de la Paz, Juana, Amalia, Adalberto, Francisca de Paula, Juana Bautista, Isabel, Francisca de Asís, Infanta de España, nació en 23 de Junio de 1862.

María Eulalia, Francisca de Asís, Margarita, Roberta, Isabel, Francisca de Paula, Cristina, María de la Piedad, Infanta de España, nació en 12 de Febrero de 1864.

Padres.

Isabel II, nació en 10 de Octubre de 1830; proclamada Reina de España en 29 de Setiembre de 1833; casada en 10 de Octubre de 1846 con

Francisco de Asís, María, Infante de España, nació en 13 de Mayo de 1822. Declarado Rey en 10 de Octubre de 1846.

Abuela.

María Cristina, viuda de Fernando VII, hermana de Fernando II de las Dos Sicilias.

Tios.

María Luisa Fernanda, Infanta de España, nació en 30 de Enero de 1832, casada en 10 de Octubre de 1846 con

Antonio María, Felipe, Luis de Orleans, Duque de Montpensier, Infante de España.

Luisa Teresa, Infanta de España, nació en 11 de Junio de 1824. Josefa, Fernanda, Luisa, Infanta de España, nació en 20 de Mayo de 1827.

María Cristina, Infanta de España, nació en 5 de Junio de 1833, viuda de Sebastian María, Gabriel, Infante de España.

Amalia, Felipa, Pilar, Infanta de España, nació en 12 de Octubre de 1834, viuda de Adalberto, Guillermo, Príncipe de Baviera.

Hijos de los Infantes Duques de Montpensier.

María, Isabel, Francisca de Asís, Infanta de España, nació en 21 de Setiembre de 1848, casada con Luis Felipe de Orleans, Conde de Paris.

María Cristina, Infanta de España, nació en 23 de Octubre de 1852.

María de las Mercedes, Infanta de España, nació en 24 de Junio de 1860.

Antonio María, Infante de España, nació en 23 de Febrero de 1866.

Hijos de la Infanta Doña María Cristina y del difunto Infante D. Sebastian.

Francisco María, Isabel, Gabriel, Pedro, Sebastian, Alfonso de Borbon y Borbon, nació en 20 de Agosto de 1861.

Pedro Alcántara, María de Guadalupe, Teresa, Isabel, Francisco de Asís, Gabriel, Sebastian, Cristina de Borbon y Borbon, nació en 12 de Diciembre de 1862.

Luis, Jesus, María, Isabel, José Francisco de Asís, Sebastian de Borbon y Borbon, nació en 17 de Enero de 1864.

Alfonso María, Isabel, Francisco de Borbon y Borbon, nació en 15 de Noviembre de 1866.

Gabriel, Jesus, María, Alberto de Borbon y Borbon, nació en 23 de Marzo de 1869.

CONSEJO DE MINISTROS ⁽¹⁾.

PRESIDENTE: Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Subsecretario: D. Saturnino Estéban Collantes.

MINISTRO DE ESTADO: Excmo. Sr. D. Manuel Silvela.

Subsecretario: D. Rafael Ferraz, Ministro plenipotenciario de primera clase.

MINISTRO DE GRACIA Y JUSTICIA: Excmo. Sr. D. Fernando Calderon Collantes.

Subsecretario: D. Victor Arnau.

MINISTRO DE LA GUERRA: Excmo. Sr. D. Francisco de Ceballos y Vargas, Teniente general.

Subsecretario: D. Marcelo de Azcárraga y Palmero, Mariscal de campo.

MINISTRO DE MARINA: Excmo. Sr. D. Juan Bautista Antequera y Bobadilla, Contraalmirante.

Subsecretario: D. Ramon Topete y Carballo, Contraalmirante.

MINISTRO DE HACIENDA: Excmo. Sr. D. Manuel de Orovio, Marqués de Orovio.

Subsecretario: D. Fernando Cos-Gayon.

MINISTRO DE LA GOBERNACION: Excmo. Sr. D. Francisco Romero y Robledo.

Subsecretario: D. Lope Gisbert.

MINISTRO DE FOMENTO: Excmo. Sr. D. Francisco de Borja Queipo de Llano, Conde de Toreno.

MINISTRO DE ULTRAMAR: Excmo. Sr. D. Cristobal Martin de Herrera.

Subsecretario: D. Francisco Rubio.

PRESIDENTES DE LOS CUERPOS COLEGISLADORES.

DEL SENADO: Excmo. Sr. D. Manuel de Barzanallana, Marqués de Barzanallana.

DEL CONGRESO: Excmo. Sr. D. José de Posada Herrera, ex-ministro de la Gobernacion.

(1) En 15 de Julio de 1877.



CAUPOLICAN.—ESTATUA EN BRONCE, DEL ESCULTOR CHILENO D. NICANOR PLAZA.



MARZO.

SOL.		SANTORAL.	EFEMÉRIDES.		LUNA.	
Salida.	Se pone.		Salida.	Se pone.		
H. M.	H. M.			H. M.	H. M.	
6.31	5.55	1 Viér. El Santo Ángel de la Guarda, y san Bernardo, ob.	1793.—Fallace el pintor Ramon Bayen y Subias, en Avinjón.	5.13 ^m	3.36 ^l	
6.30	5.56	2 Sáb. San Lucio, ob., san Simplicio, p., y san Carlos mr.	1871.—Época revolucionaria de la <i>Commune</i> , en Paris.	5.41	4.35	
6.28	5.57	3 Dom. (<i>Quincuagésima</i> .) San Eusebio y san Celedonio, mrs.	1795.—Célebre motin en la Maestranza del Ferrol.	6.06	5.32	
		☉ <i>Luna nueva</i> , á las 2 h. y 35 m. de la mañana.				
6.27	5.58	4 Lún. San Casimiro, rey y confesor.	1603.—Muerte de Villacastin, primer aparcador del Escorial.	6.28	6.29	
6.26	5.59	5 Martí. Stos. Eleuterio y comps., mrs., y san Nicolás Factor.	1809.—Combate entre los paisanos de Vigo y los franceses.	6.50	7.25 ^m	
6.24	6.00	6 Miérc. (<i>Ceniza</i> .)—Santos Victor y Victoriano, mrs.—(<i>Abstinencia</i> .)	1493.—Llega á Liebon el insigne Colon de regreso de América, y antes de presentarse en Barcelona.	7.13	8.22	
6.23	6.01	7 Juev. Santo Tomás de Aquino, dr., y sta. Perpetua, mr.	1640.—Felipe IV nombra pintor de Cámara á Mateo Soñez.	7.36	9.21	
6.21	6.02	8 Viér. San Juan de Dios, fr., y san Julian.—(<i>Abstinencia</i> .)	1734.—Nace el pintor Bayen y Subias, en Zaragoza.	8.05	10.21	
6.20	6.03	9 Sáb. Santas Francisca, viuda, y Catalina de Bolonia.	1695.—Nace en Pontevedra el célebre <i>P. Sarmiento</i> (Gambosa).	8.34	11.23	
6.19	6.04	10 Dom. <i>I de Cuarema</i> .—Santos Meliton y comps., mrs.	1526.—Matrimonio de Carlos V con Isabel de Portugal.	9.11	12.26	
6.17	6.05	11 Lún. San Eulogio, mr., y sta. Aurea, vg.	1544.—Nacimiento del admirable poeta Torrenato Tasso.	9.56	9 0	
		☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 3 h. y 36 m. de la mañana.				
6.16	6.06	12 Martí. San Gregorio el Magno, p. y dr.—(<i>Anima</i> .)	1801.—Asesinato del emperador de Rusia, Pablo I.	10.50	1.27 ^m	
6.14	6.07	13 Miérc. San Leandro, arz. de Sevilla, y san Rodrigo, mr.	1815.—Suicidio del sabio matemático D. José Mendoza y Ríos.	11.53	2.23	
6.13	6.07	14 Juev. Santa Matilde, reina, y sta. Florentina, vg.	1590.—Memorable batalla de Ivry, ganada por Enrique IV.	1.04 ^l	3.13	
6.11	6.08	15 Viér. San Raimundo, ab. y cl.—(<i>Abstinencia</i> .)	1843.—Incendio en Valparaíso que ocasionó grandes desastres.	2.18	3.56	
6.10	6.09	16 Sáb. Santos Julian y Chirico, mrs.	1529.—Se pone la primera piedra de la Catedral de Granada.	3.33	4.34	
6.08	6.10	17 Dom. <i>II de Cuarema</i> .—San Patricio, ob., y stos. Teodoro y Alejandro, mrs.	1562.—Orden de D. Felipe II para ensanchar el Real Alcázar de Madrid por los terrenos adyacentes al Rio.	4.48	5.07	
		● <i>Luna llena</i> , á las 8 h. y 42 m. de la noche.				
6.07	6.11	18 Lún. San Gabriel, arcángel, y San Braulio, ob.	1871.—Son fusilados los generales Thomas y Lecompte, en Paris.	6.03	6.38	
6.05	6.11	19 Martí. San José, esposo de Ntra. Sra., y san Marcos, mr.	1814.—Combate del Quilo, ganado á los españoles por O'Higgins.	7.18 ^m	7.12	
6.04	6.12	20 Miérc. San Ambrosio de Siena, cf. y sta. Eufemia, mr.—(<i>Sol en Arica</i> .— <i>PRIMAVERA</i> .)	1814.—Fecha de la famosa batalla del Montebland, ganada por los chilenos á los españoles.	8.34	7.50	
6.01	6.13	21 Juev. San Benito, ab. y fund., y san Plácido, mr.	1630.—Felipe III crea una Escuela de Navegación.	9.49	7.12	
6.00	6.14	22 Viér. San Deogracias, ob., y san Buenvenido, cf.—(<i>Abstinencia</i> .)	1797.—Nacimiento del actual emperador de Alemania Guillermo I.	11.02	7.50	
5.58	6.15	23 Sáb. Los Dolores de Nuestra Señora.—(<i>Anima</i> .)	1771.—Proyecto de la iglesia de Santa Fé, por Ventura Rodríguez.	12.10	8.35	
5.57	6.15	24 Dom. <i>III de Cuarema</i> .—San Agapito, ob., y san Segundo.	1814.—Decreto para trasladar los restos de Daulz y Volarde.	9 9	9.27	
5.55	6.16	25 Lún. † LA ANUNCIAÇÃO DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNAÇÃO DEL HIJO DE DIOS, y san Dijas.	1665.—Descubrimiento del satélite <i>Titan</i> , de Saturno, por el astrónomo Huygens.	1.09 ^m	10.25	
		☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 1 h. y 25 m. de la tarde.				
5.54	6.17	26 Martí. San Félix, ob., san Basilio, ob. y cf., y san Castulo, mr.	1794.—Descubrimiento del satélite <i>Tritón</i> , de Urano.	2.00	11.26	
5.52	6.18	27 Miérc. San Ruperto, ob., san Juan, erul., y san Isacio, mr.	1813.—El general español Paroja se apodera del Sud de Chile.	2.42	12.28	
5.52	6.19	28 Juev. San Sixto, p., y san Doroteo, mr.	1809.—Victoria de los paisanos en Vigo: huyo el general Chalon.	3.46	1.29 ^l	
5.51	6.20	29 Viér. San Eustasio, ob., y san Siro.—(<i>Abstinencia</i> .)	1788.—Nacimiento de D. Carlos M. Isidro de Borbon.	3.45	2.28	
5.49	6.20	30 Sáb. San Juan Chisaco, ab., y san Quirino, tribuno y mr.	1707.—Muerte del ilustre ingeniero francés Mariscal de Vauban.	4.10	3.26	
5.48	6.21	31 Dom. <i>IV de Cuarema</i> .—Santa Balbina, vg., y san Andrés.	1834.—El español Gambosa funda la ciudad de San Felipe.	4.33	4.22	

MARZO.

LA HIJA DEL VIENTO.

A CAMPOAMOR.

Duerme el árbol el sueño del invierno,
 Que es un sueño pesado,
 Aunque no es sueño eterno;
 Duerme también tranquilo y sosegado
 El arbusto que en sí la flor encierra;
 Duerme la planta tímida y sencilla,
 Y duerme la semilla
 Cubierta con el manto de la tierra.
 Se necesita un brazo poderoso
 Que venga á perturbar tanto reposo,
 Y manda Dios al viento
 Que agite bien al árbol soñoliento,
 Que conmueva al arbusto,
 Y que aligere á la semilla blanda
 El manto en que se abriga tan á gusto:
 El viento lo hace así, como Dios manda,
 Y la naturaleza,
 Despertada por él, se desmereza.

Duermen también las almas, cuando duermen,
 Sin soñar en amores,
 Y llevan dentro el gérmen
 De sus tallos, sus hojas y sus flores:
 La pasión, que es el viento, las azota;
 Se sienten conmover y el amor brota.

Hecha la introducción ó sinfonía,
 Paso á contar la historia
 De la hermosa Lucía;
 Donde verá el lector, si tiene calma,
 Una verdad notoria:
 Que ni el campo ni el alma,
 Adquieren desarrollo y lozanía
 Si detrás de aquel viento
 Que les vino á sacar del sueño frío,
 No reciben calor, vida y aliento
 Con la lluvia de Abril y el sol de estío.
 Verá también quien siga esta lectura,
 Con trabajo ó sin pena,
 Que hay huracán que cura
 Y brisa que envenena:
 Verá que puede un aire
 Derribar la virtud en un momento:
 Verá cómo un desaire
 Suele arrastrar la fe de un juramento:
 Verá acaso palabras de donaire:
 Verá..... lo que verá, que allá va el cuento.

Dicen que era Lucía
 Una hermosa muchacha;
 Muy alta, muy esbelta,
 Sencilla, vivaracha,
 Decidora, resuelta,
 Toda luz y alegría,
 Y rubia como el sol de Mediodía.
 Sé de su nacimiento
 Este dato de peso y de calibre;
 Que nació al aire libre
 Para vivir tan libre como el viento.
 Su madre, una española,
 Se convirtió de pronto en saboyana,
 Porque, sin duda alguna,
 Le compró el organillo á una italiana,
 Que vino á Madrid sola,
 Trayendo sobre ruedas su fortuna:
 O no se lo compró, pero en el acto
 Que cogió el organillo,
 Sobre aquel artefacto
 Soltó su vestimenta de manola,
 Tomó un traje sencillo,
 Y dejando en su barrio su salero,
 Se fué corriendo calles y callejas
 A destrozarse orejas
 Con un aire inocente y extranjero.
 La historia de su padre es más oscura:
 Para mí es un arcano,
 Pero hay quien asegura
 Que fué un pobre escribiente
 De un pícaro escribano;
 Y áun afirma la gente,
 Para probar que al hombre conocía,
 Que el padre repetía,
 Sin que viniese á cuento:
 «En el nombre de Dios», á cada instante,
 Lo mismo que quien copia un testamento:
 Y pudo, Dios mediante,
 Hacer el estribillo,
 Según la gente opina,
 Que el hombre y la mujer del organillo
 Tuvisen una chica tan divina.
 ¿Fué su padre? ¿No fué? De todos modos
 El caso es que nació: se sabe cuándo,
 Y que nació llorando
 Como nacemos todos.
 Iba la madre haciendo su camino
 De un pueblo á otro vecino,
 Y, hallando acaso la jornada larga,
 Aligeró su carga
 Al lado del otero

De una frondosa viña,
Y el viento fué el primero
Que acarició la frente de la niña.

Un labrador piadoso,
Con buena voluntad é intencion sana,
Dió á la madre reposo
En su casa cercana;
Pero sé, por origen no dudoso,
Que ántes de la semana
Pidió la madre al labrador un cesto,
Lo ató sobre los ejes, con harapos
Hizo en él un colchon, cogió unos trapos
De campestre blancura,
Envolvió á la criatura,
La colocó en su puesto,
Y, arrastrando las ruedas de aquel arte,
Echó á andar, como siempre, á la ventura,
Y se fué con la música á otra parte.

De ciudad en ciudad, de villa en villa,
Corrieron medio mundo conocido;
La madre maniobrando, y la chiquilla
Sintiendo á cada instante en el oído
Un ária de Petrela,
La canción del *Piruta*,
Un trezo de zarzuela
Y el vals de la *Traviata*.

Así pasaron años, y Lucía,
En lugar de morir á la crudeza
De la horrible intemperie en que vivía,
Aquirió desarrollo y fortaleza;
Y la lluvia, el calor, el viento, el frío,
Le dieron su belleza;
Y fué lánguida y mansa como el río
A quien le presta el sér lluvia tranquila;
Tuvo luz y calor en su pupila
Como el sol del estío;
En su airosa cintura
Dejó su ondulacion el viento leve,
Y en su limpia blancura
Tendió el invierno el manto de su nieve.

Todos la amaban mucho, pero el viento
Fué siempre el elemento
Más paternal que acarició su vida:
Él recogió su aliento
Cuando la halló dormida;
Él, dulce y cariñoso,
Rizó con el vaiven de su oleaje
Aquel pelo sedoso;
Él arregló los pliegues de su traje,
Y cuando sus amantes atrevidos
La quisieron decir algo afrentoso,
Él se llevó en sus ondas el ultraje,
Para que no ofendiera sus oídos.

¡Y cuánto trabajó, por vida mia,
Con paternal ternura!
Porque cuando bailaba su Lucía
Un vals de agitacion y de locura,
Y sus piernas de acero
Saltaban á un compas desenfrenado,
Y repicaba en alto su pandero,
Dejando al aire el cuerpo codiciado,
Un grito muy nutrido
Lanzaban los amantes corazones,
Y en lugar de un aplauso, era un rugido
Aquel coro de voces de pasiones.

Lucía no escuchaba las promesas
De criminales bocas,
Ni las quimeras de las almas locas
Que en sus redes de amor quedaban presas.
Será una cosa extraña,
Pero como es verdad la dejo escrita,
Y eso que anduvo errante por España,

Que es patria del amor. ¡Patria bendita!

Hija y madre vinieron á la Côte
Con mucho mejor porte
Que salió de Madrid la madre sola
Renunciando á su traje de maolá.
En la calle del Viento, alto, escondido,
Encontraron un nido,
Y lo vistieron, sin meterse en gastos,
Con muchos tiestos y con pocos trastos.
En el hueco del pié de la escalera
Guardaba el organillo la portera,
Porque estaba tan alto el aposento
De la calle del Viento,
Que el primer rayo de la luz del día
Era para las flores de Lucía.

La madre, ya achacosa,
Hablaba á su hija de buscar esposo,
Y ella cortaba el diálogo enojoso
Cantando cualquier cosa;
Pues, dormido el amor dentro del alma,
Y la ambicion dormida en su cabeza,
Vivia en dulce calma
Sin amor ni riqueza,
Hasta que una mañana tibia y pura,
La niña candorosa de mi cuento,
Que era humana criatura,
Sintió á su corazon dar un latido
Al cortar una lila en su ventana,
Y aquel sacudimiento,
Que al corazon dejó tan dolorido
Una tibia mañana,
Fué el desperezo del amor dormido.

¿A quién amó? A cualquiera:
Que el amor en las almas está en germen;
Llega la primavera,
Y despierta su soplo á los que duermen.

Un vecino flautista
Realizó la conquista.
¿Tal vez porque tocando la miraba?
¿Quizás porque el muchacho era un artista?
¿Acaso por la fe con que soplabá?
El curioso lector por si se entere
Respecto á estas cuestiones amorosas;
Yo no gasto mi tiempo en tales cosas,
Se quiere *porque sí*, cuando se quiere.

Pero el flautista aquel, en amor lego,
No supo que quien ama,
Si logra del amor prender la llama,
Debe echar leña al fuego,
Sopló y sopló, y soplando
La llama del amor se fué apagando.

Después de aquel vecino
Que despertó en Lucía la primera
Pasión, aunque sentida, volandera,
Se cruzó en su camino
Un jóven oficial.... de abaniquero,
Que se llamaba artista,
Y, sobre hacer más viento que el flautista,
La juraba un amor más verdadero;
Porque lloraba tanto,
Que sus promesas las bañaba en llanto;
Pero el hombre lloraba tan en frío,
Que era Marzo y Abril, viento y rocío,
Y no encontrando el alma de Lucía
En su pasión el fuego del estío,
Fué también este amor, amor de un día.

Ya no estaba en su centro;
Ya empezaba su vida á hacerse larga,
Cuando un dichoso encuentro
La decidió á ofrecer la dulce carga
De aquel amor que le pesaba dentro.
Yéndose á descansar con su organillo,

Vió bajar por el aire una figura,
Que, colgando de un mundo en miniatura,
Deslumbraba los ojos con su brillo.
Era aquella vision un aereonauta,
Lleno de talco y de bruñido acero,
Que al tocar tierra desbancaba al flauta
Y al lloron oficial de abaniquero.

Lucía le miró de abajo arriba,
Él tambien la miró de arriba abajo;
La madre se distrajo
Y signió su camino pensativa.
Él dijo alguna cosa
Al ángel puro que encontró en el suelo,
Porque ella contestó muy ruborosa
A aquel amante que cayó del cielo.
Despues Lucía aceleró su paso,
Llegó á su madre y la besó en la frente;
Y aquel beso inocente
Refirió á la manola todo el caso.
El nuevo César recogió su globo,
Radiante de alegría;
Mirando al aereonauta como un bobo,
Batió el público palmas,
Y el sol, que en occidente se escondia,
Tres rayos de su luz dejó en tres almas.

La hermosa hija del viento
Halló un galán constante,
Tal como le soñó su pensamiento:
Era el blando rocío,
Era la brisa amante,
Era el sol del estío;
Y aquella alma ya triste, aquel desierto,
Por fin rindió el tributo,
Y retoñó el amor que estaba muerto,
Y dió flores y fruto.

Aquí extender mi relacion pudiera
Pintando una pasion tan verdadera;
Mas como allí no habia la esperanza
De un dote ni una herencia en lontananza,
Ni se brindó un padrino
Con regalar al novio un buen destino,
Ni pensó nadie en gajes,
Ni se soñó en unir los dos escudos,
Porque eran nuestros nobles personajes
Una Eva y un Adán casi desnudos,
Para pintar lo mucho que se amaron
Bastará con decir que se casaron.

Ya por aquellos tiempos era moda
Que hiciese todo nuevo matrimonio
Una excursion de boda,
Y á nuestros héroes les tentó el demonio
Con el raro deseo
De hacer en globo el viaje de himeneo.
Ninguno de los dos era cobarde,
Y dejando la Corte,
Un sábado de gloria por la tarde
Salieron para el Sur con viento Norte.

En aquella plazuela
Más próxima á su casa
Tomaron la flotante carretela,
Y les fué á despedir el barrio en masa.
Iba el novio colmado de fortuna,
Y la novia sencilla
Se hallaba acurrucada en la barquilla

Como en el cesto aquel que fué su cuna.
Despues de despedirse y conmoveirse,
Desataron la nave voladora,
Y se les vió subir, subir, perderse
En la region azul.... y ésta es la hora
En que nadie ha sabido á ciencia cierta,
Si vive la pareja ó si está muerta.

Hay quien afirma que en el mar cayeron
Los felices esposos,
Muriendo entre tormentos horribosos;
Hay quien dice que fueron
A parar á una tribu tan salvaje,
Que crudos y sin sal se los comieron,
Y hay quien dando este término al viaje,
Con datos asegura
Que al verles descender del alto cielo
Amaron los salvajes su hermosa
Hincados de rodillas en el suelo,
Y que son semi-dioses, semi-reyes,
Que reciben incienso y dictan leyes.

Mas yo acepto por sana
La opinion de la madre de Lucía,
Que, loca de dolor en su ventana,
Estas frases decia
Contemplando el espacio noche y dia:

«Lo sé muy bien: el viento,
Que es padre cariñoso y buen amigo,
Para expresar su dicha y su contento
Se los llevó consigo,
Y les ha dado casa en el palacio
Que tiene en las llanuras del espacio.

»Allí nada es estrecho,
Y viven con tal lujo que me asombra;
Tienen la verde tierra por alfombra,
Y el azul de los cielos es su techo.

»No es verdad, como dicen los vecinas,
Que naufragó de amor el aereonauta....
Y tienen que volver, por más que el flauta
Me cante sin cesar *las golondrinas*.

»¡Hija, no has de volver! Si yo te veo
Cómo bajas y subes,
Cuando vas á paseo
Tendida en las espaldas de las nubes.

»No se ha muerto: es mentira....
Aun tienen fuego sus pupilas bellas,
Y de noche me mira
Con la brillante luz de las estrellas.

»Hija, que no te olvides con tus galas
De las galas de amor que en mi alma tienes,
O formaré con plumas unas alas,
Y te saldré á buscar si tú no vienes.»

Pasó uno y otro dia
Y no volvió Lucía;
Y desde aquella altura
Que al corazón aterra,
En alas de su amor y su locura
Tendió la madre el vuelo,
Y dando el cuerpo frágil en la tierra,
Halló el alma á sus hijos en el cielo.

JUAN JOSÉ HERRANZ.

LA PRIMAVERA.

Nada hay en el hombre tan grato á Dios como el arrepentimiento; pero en ciertas cosas, tal vez en las más, nada hay tampoco humana y terrenamente tan inútil. Lo que al hombre le importa es no hacer nada de que despues haya de arrepentirse. Y yo, lo confieso, hice algo en este género al prometer que escribiría, para este ALMANAQUE, un artículo sobre la Primavera.

Y no porque yo me crea incapaz de percibir, sentir y estimar en todos sus quilates el valor y la belleza de la estacion florida. Nada ménos que eso. Yo presumo de muy sensible á los encantos naturales. Me apuesto con el más pintado á sentir honda y poéticamente la gala de las fértiles praderas, la lozania de los verjeles, el apartamiento silencioso de los sotos umbríos, el aire embalsamado por el aroma de las violetas, la sierra pedregosa cubierta de tomillo y romero, el blando murmullo de los arroyos, los amorosos gorjeos del ruiseñor, el lánguido arrullo de la tórtola y los trinos alegres con que las aves saludan á la blanca aurora cuando abte con dedos de rosa las puertas del Oriente.

Por desgracia, una cosa es sentir y otra expresar bien lo sentido. De este segundo dón es del que carezco.

El asunto es de sobrado empeño para mí. ¿He de salir del paso repitiendo en mala prosa lo que ya dijeron en todas las lenguas vivas y muertas, con número y melodía, los poetas buenos y medianos, desde Hesíodo hasta Gracian y desde Virgilio á D. Gregorio de Salas? Yo no quiero hacer un centon tan deplorable. Yo quiero cojer vivas las aves, las flores, cuanto tiene sér en la estacion vernal, y trasladarlo á este papel, y de este papel á la imprenta: operacion más difícil de lo que se imagina.

La Primavera es como fiesta espléndida que dan los espíritus elementales, como sagrada orgía, en que el aire, la tierra, la luz, el agua y cuantas inteligencias ó misteriosos genios en el seno de los elementos viven ocultos, lucen su hermosura, se revisten de sus más ricos adornos, y se enamoran, y se acarician, y cantan y bailan. ¡Vaya usted á describir esto sin conocer los nombres de dichos genios, ignorando sus lances de amor y fortuna, y no acertando á distinguirlos bien unos de otros!

Lo que más se parece á la Primavera, en mezquino y pobre trasunto, por artificio humano realizado, es un bonito baile. Pues declaro que yo no sé describirle. Los nombres de las señoras más lindas y elegantes se me borran de la memoria no bien tomo la pluma, y sólo sé decir que me gustan, lo cual es muy *subjetivo*, sin atinar á describir los trajes que llevan, los diamantes que fulguran en sus cabezas airosas, las perlas que cifan lascivas sus desnudas gargantas, y todo aquello, en suma, que las determina y diferencia. Así es que, no pudiendo yo empezar por este analítico y circunstanciado estudio, no llego jamás á la síntesis, esto es, á dar una idea cabal, exacta y adecuada del baile.

Si esto me sucede con un espectáculo que no dura más de algunas horas y que se limita al breve recinto de uno ó dos salones, ¿qué se puede esperar de mí como describidor del baile divino, al aire libre, que dura meses, que se extiende por todo un hemisferio del mundo, y donde cantan y bailan los inmortales al són de la concertada armonía de las esferas? Está visto, yo tengo que hacerlo muy mal.

Hasta el mismo entusiasmo, hasta el mismo semi-religioso fervor con que miro el asunto, es en mi daño y me le hace más difícil. Si yo le mirase con frialdad, ya me las compondría, tomando de aquí y de allí, no del natural, sino de libros, que me servirían de guía y modelo; ya la compaginaría y arreglaría todo lo ménos mal posible. Por desgracia mi entusiasmo es grande y no me deja acudir con serenidad á mi escasísima ciencia.

Lo primero que no sé es qué plan seguir; dentro de qué términos encerrarme. Porque, á la verdad, si el más rastreiro de los seres humanos da suelta á su imaginacion y la echa á volar por esos campos verdes y por ese cielo sereno, durante los meses de Abril y Mayo, sólo Dios sabe dónde su imaginacion irá á parar, y qué rico botín traerá cuando vuelva á casa, si vuelvo y no se queda embobada, de estrellas y flores, de mariposas y calandrias, de perfumes y armonías, de luz y sombras, de amores y de cánticos, todo tan en desórden y tan enmarañado, que no habrá manera de cifrarlo en un libro en fólio y mucho ménos en 20 ó 30 cuartillas.

Al considerar esto me entra temblor como de calentura, y pido al número método y plan para mi obrilla; pero al número le incomoda el método, y lo que es yo por mí no le trazo sino muy vulgar, sin atinar á aveturarme por nuevos caminos, y sin resignarme á seguir los muy trillados y seguidos por todos.

Para saber el día en que empieza y el día en que acaba la Primavera remito al lector á otro lugar de este ALMANAQUE. Para saber la causa inmediata y natural de su vuelta periódica, le remito á cualquier compendio de Astronomía.

¿Qué me queda, pues, que decir acerca de la Primavera?

¿Sacaré á relucir las manoseadas y trivialísimas moralidades de que dicha estacion responde á la juventud en nuestra vida, y de que conviene no gastar las flores á fin de que haya luego sazonados frutos en el otoño? ¿O daré leccion de política ó de filosofía de la historia, con ocasion de la Primavera, afirmando que las naciones tienen tambien la suya, ó sea su juventud, durante la cual aman y cantan y dan flores; pero que, no bien llegan á su otoño, ó digase á su edad madura, deben dejarse de tales devaneos y trabajar mucho, que esto es dar el fruto que importa, á fin de pagar las deudas y proporcionarse las comodidades y el bienestar que el invierno y la vejez reclaman?

Imposible. Esto sería lo peor que se me pudiera ocurrir. Esto sería un sermón inaguantable. Hablemos, pues, de la Primavera, aunque sea sin órden. ¡Ojalá tuviese yo á mano al Pegaso ó al Hipógrifo, para imitar á Perseo ó á Atalfo, montar en él, y correr á rienda suelta á donde y por donde el monstruo quisiera llevarme.

En otras tierras más al norte que la nuestra, la Primavera, fuerza es confesarlo, si no es, parece más hermosa: el cambio de escena tiene mayor rapidez y doble hechizo; la mudanza hiere más la fantasia; se nos presenta como súbita y milagrosa resurreccion de los seres. A orillas del Rhin ó del Elba, la Primavera nos da concepto superior de la potencia creadora, de lo que debió de ser el nacer, el aparecer de la vida sobre nuestro globo. En nuestros climas más cálidos apenas hay mutacion, ó es tan lenta

que no se percibe. En las huertas de Murcia y Valencia, en la hoya de Málaga, en las márgenes del Guadalquivir y hasta en la misma vega de Granada, la Primavera se desliza, se esfuma con el invierno: es una primavera difusa ó barto desvanecida.

Donde viene de repente, donde la rigidez del invierno la hace más deseable, es donde se muestra con más pompa y estruendo, donde dá más alta razon de sí, donde resplandece más benigna en el trono de su gloria, donde más se la admira y donde merece ser más admirada. El hielo que cubre los ríos se quebranta, se rompe, y baja en gruesos témpanos hácia la mar con descompuesta furia. Casas, palacios, chozas, árboles y cielo, vuelven á mirarse con ansia y con amor en el líquido espejo de las aguas, velado ántes y empañado por el frío. La cándida diádemá que ciñe las cimas de los montes se derrite, aumentando las corrientes cristalinas. Los árboles, desnudos del verde follaje, brotan de improvviso frescos pimpollos y renuevos lozanos, vistiéndose de tiernas y relucientes hojas. Los pájaros acuden á bandadas, guiados por infalible instinto. Turban las grullas el silencio de la noche con sus agudos gritos, cuando vienen avanzando en falange simétrica y bien ordenada. Las golondrinas y mil aves cantoras, al volver de su larga emigración, saludan con blando pio, ó con chirrido alegre, ó con trinos variados, sus antiguas conocidas viviendas. La cigüeña zancuda inmigra de Oriente ó de Africa, y busca el nido en el viejo torreón ó en el alto mirador de la alquería. Tal vez allí la rubia y jóven campesina alemana le puso al cuello, ántes de que se fuese, una cinta con algun romántico letrero. Cuando vuelve, se pasma la muchacha de ver que le contesta algun muftí del Cairo ó algun santón de la Meca con otro letrero escrito en arábigo. Entre tanto, se ha liquidado la escarcha apretada que cubria los prados, y la hierba y las flores, como si hubiesen estado oprimidas bajo aquel peso, surgen por ensalmo. La anémóná nemorosa es una de las más tempranas que abren por allí su cáliz para anunciar la Primavera. Pero otras mil flores, más olorosas y no ménos bellas, aparecen despues, llamando y excitando al céfiro á que respire los aromas que exhalan.

El céfiro viene, semejante al atrevido príncipe del cuento de hadas, y atraviesa por la esquivá floresta, y penetra en el silencioso palacio, y llega hasta el lecho de la encantada y dormida princesa, y le da un beso de amor. Entónces se desbarata el maldéico hechizo, el silencio y el reposo de muerte se truecan de súbito en movimiento, música, agitación y vida. Como si fuesen á celebrarse divinas bodas, todo se antapiza y hermosea. Se abren los tesoros, se despliegan las galas, se ponen las mesas y aparadores del régio banquete, y luce sobre el ancho tálamo la cubierta de púrpura, esmeralda y oro. Los convidados peregrinos ya hemos dicho que acuden de léjos cruzando los aires. Otros, que no peregrinan, despiertan de prolongado sueño, se revistan de sus vestimentas más ricas, y acuden también. Todos, como buenos vasallos, procuran imitar á los príncipes. Y como los príncipes están enamorados y van á casarse, todos se enamoran y se casan. Se diría que apenas hay sér vivo que no se embriague con el zumo de mágicas hierbas ó con el perfume de extrañas flores, las cuales mueven al amor, al delirio y al regocijo, induciendo á la vida para que se acreciente y se difunda y abra nuevos caminos de sér. Ciertas ficciones poéticas parecen que tienen entónces realidad, y se cree en el *Audoin*, que buscaba Raquel harta de ser estéril; en el *loto*, que hacía olvidarse de todo á los compañeros de Ulises, y en el *repentea*, que alegraba el alma, y que dió á Telémaco Elena.

Claro está que al decir yo todo esto de los climas del Norte no niego igual ó mayor belleza á la primavera del Sur: lo que insinúo es que quizás la rapidez del cambio hace que por allí se sienta mejor.

Pero aquí se renueva también la vida, y llega la esta-

cion de los amores, y los gérmenes dormidos se agitan, y nacen las larvas, y, despues de sus completas metamorfosis, les brotan alas de gasa de colores diversos, y elicitras metálicas y resonantes, y trompas ligeras con que recojen la miel de las flores. Aquí también las plantas desnudas, los álamos, los chopos, las acacias y otros mil árboles de sombra vuelven á vestirse de hojas verdes, y florecen el almendro y la higuera y los demas frutales, y nos dan el fruto con la poesia de la esperanza.

Todo esto es cierto; pero lo es también que los hombres del Norte sienten ahora con más profundidad, describen y retratan mejor la primavera que los del Mediodía.

¿Será, como hemos dicho, porque la primavera viene por allí con más impetu, ó porque los hombres están por allí más cerca de la naturaleza y más en comunión con ella; porque llevan ménos siglos de civilizaci6n; porque están ménos gastados; porque no es entre ellos tan marcado el divorcio y tan crudo el antagonismo entre el mundo de los espíritus y el mundo de los cuerpos?

Profunda cuesti6n es ésta. Yo no quisiera entrar en ella, pero se me pone por delante á pesar mio.

Yo veo desde luego que en las antiguas edades sientan los hombres del Mediodía y celebraban, por lo ménos con igual entusiasmo que hoy los del Norte, la vuelta de la primavera. Atis resucitado, Osiris resucitado y Adonis resucitado lo atestiguan. Los misterios de Samotracia y de Eléusis eran en el fondo inspirados por la primavera. Cuando renacia la vegetaci6n, cuando brotaban las hierbas y las flores, cuando las selvas se cubrian de pompa y de verdura, cuando subia la savia por los troncos, era cuando la madre desconsolada enjugaba sus lágrimas y desechaba el traje de luto, porque la hija, hundida en las entrañas lóbregas de la tierra, surgia fecunda, hermosa y resplandeciente de inmortales fulgores; porque Cora, fugitiva del tenebroso amante que la habia tenido aprisionada en sus brazos, aparecia de nuevo á bañarse en las ondas de luz del sol enamorado, quien, por contemplarla y besarla, se detenía más tiempo sobre nuestro horizonte, é iba difundiendo por más horas y con mayor tino y eficacia, en este hemisferio boreal, la lluvia dorada de sus rayos ardientes.

Si esto se sentía con tal profundidad, y ya no, es sin duda porque nos hemos hecho muy espirituales. Desdefiamos la naturaleza por amor del espíritu. ¿Qué vale la selva florida, qué vale el árbol más lozano y eminente, al lado del árbol místico, de quien dice el himno sagrado:

*Cruis foliis, tater omnes
Arbor una nobilis:
Silex talen vultu profert
Pronda, flore, germenat*

No es en el florecimiento de la primavera, no es en el árbol más fecundo, no es en el huerto más feraz donde recordamos el perdido Paraíso, donde más nos maravillamos, bendiciéndolas, de la potencia del Altísimo y de su bondad infinita, es en aquel árbol que sirve como de sólido al mismo Dios:

*Albor decora et fulgida,
Omnia Regis púrpura,
Erecta digno stipe
Tum astra membra tangere.*

Pero yo no me inclino á creer que sea el misticismo ó el espiritualismo cristiano quien nos haga tan poco sensibles á la naturaleza y nos lleve tanto en pos del espíritu.

El amor de Cristo lo comprende todo, sin excluir la naturaleza material. Con él y por él subió al cielo la carne purificada y gloriosa. El miró con afecto á todas las criaturas. El no desdenó los ramos floridos de oliva y las gallardas y vencedoras palmas con que le recibieron el día de su triunfo. Sus fieles, más sencillos y candorosos, aman

los objetos materiales por amor suyo, y rodean de rosas y de hierbas de olor, en los días primeros de Mayo, ese árbol sagrado, que fué su patíbulo; y cuando, ya más adelantada la primavera, en el momento más rico del desenvolvimiento vernal, celebra su Iglesia el sacrosanto misterio en cuya virtud quiso El comunicarse á nosotros, infundiéndose en el licor que alegra los corazones y en el pan que nos alimenta, el pueblo cristiano alfombra con gayumba olorosa y verde y fresca juncia la vía por donde pasa, y las mujeres vierten una lluvia de flores sobre el artístico y áureo templete, arca de la nueva alianza, donde va El custodiado.

Menester es confesarlo: es infundada, es injusta la acusación de los impíos. No vino la doctrina de Cristo á condenar ó á endiablir la naturaleza. Los tres enemigos capitales de esa doctrina no tienen menor influjo, jurisdicción y mando en el reino del espíritu que en el de la materia. También siguiéndolos pueden las gentes ser espirituales. No hay sólo concupiscencia en la carne: la hay en el espíritu. Y si hay espiritualismo divino, no deja de haberle diabólico, y más común y frecuente por desgracia.

Ahora bien: yo entiendo que este espiritualismo diabólico, y no el divino, es el que nos aparta de la naturaleza y de su amor inocente.

Aunque es me acuse de pánfilo, de sobrado benigno, de querer disculparlo todo, voy á declarar aquí una cosa, en confianza.

A mí ver, hasta el propio diablo no nos seduce y extravía así de repente y sin más ni más. Se guardaría muy bien de hacerlo; no le traería cuenta ninguna. El diablo se funda al principio en algo razonable; nos lleva por buenos términos y caminos, hasta que llegamos á cierto punto, donde ya, con mucha suavidad, empieza aquel maldito de Dios á engolosinarnos llevándonos por los atajos, y así nos extravía y nos pierde.

En el caso del espiritualismo, á que nos referimos, es evidente que no son malos los principios y fundamentos. La naturaleza hizo mucho por el hombre; pero el espíritu ha venido á completar la obra natural, tornándola más propia, más bella, más útil y más ajustada á nuestras necesidades y aspiraciones. Al hombre, más débil y más inerte que el cordero, el espíritu, convertido en herrero y en pirotecnico, le ha dado armas y fuerzas mil veces mayores que las del león; al hombre, más desnudo que el perro chino, el espíritu, convertido en tejedor, en sastre, en zapatero y en sombrerero, le ha vestido más primorosos trajes que al pavón, al colibrí y al papagayo; al hombre, poco más listo que el topo ó el mochuelo en punto á ver, el espíritu, convertido en fabricante de catalejos, le ha dotado de vista más penetrante que la del águila; al hombre, que jamás hubiera hecho natural é instintivamente algo que valiese media columna, el espíritu, convertido en arquitecto, le ha enseñado á construir alcázares soberbios, torres esbeltas, pirámides ingentes, columnas airoosas, cómodas viviendas, catedrales, teatros, y en suma, ciudades maravillosas; al hombre, que en el estado de naturaleza selvática es propenso á comerse á sus semejantes, y que se regalaba, y aun suela regalarse en algunas regiones, con ásperas bellotas, con cigarrones machacados ó con pescado crudo y putrefacto, el espíritu, convertido en cocinero, le prepara artísticamente manjares agradables, hasta á la vista, y hace que uno de los actos que más le recuerdan lo que tiene de común con el animal sea un acto solemne, de corbata blanca y euddecoraciones, donde tal vez se celebran los triunfos más trascendentales de la religión, de la ciencia, de la filosofía y de la política; al hombre, en fin, que después del pecado, se entiende, y en el estado de naturaleza y ya sin gracia, debió de ser casi tan feo como el mono, y más sucio que el cerdo, y más pestífero que el zorrillo, el espíritu, convertido en ortopédico, en pescador de esponjas, en fabricante de baños, en civilización para decir-

lo en una palabra, le ha hecho limpio, oloroso, aseado y bastante bonito para servir de modelo á la Minerva y al Júpiter de Fidias, al Apolo del Vaticano y á las Vénus de Milo y de Médicis.

Sería cuento de nunca acabar el ir refiriendo aquí cuanto ha hecho el espíritu para completar, hermosear y ensalzar la obra de la naturaleza.

Así es que, á ojo de buen cubero, bien se puede asegurar, sin recelo de ser exagerado, que hasta en las cosas que más naturales parecen, la naturaleza, si bien se examina, ha hecho de seis partes una, y el espíritu del hombre ha hecho las otras cinco. ¿Podría, por ejemplo, alimentar nuestro globo, en estado de mera naturaleza, doscientos millones de hombres? Yo me temo que no. Es así que hay, á lo que dicen, pues yo no los he contado, 1,200 millones; luego mil millones son hijos del arte, pura creación del espíritu, producto de nuestro fecundo ingenio.

Pongamos, pues, que una sexta parte de cuanto hay, y quizás sea mucho poner, lo ha dado, lo ha regalado la naturaleza. Las otras cinco sextas partes han costado mucho trabajo al espíritu. Y este trabajo del espíritu, este complemento á la naturaleza, es lo que tiene valor y precio, y se mide y se representa y se mueve bajo la figura redonda de la moneda metálica, ó bien toma la traza de unos papeluchos mugrientos que se llaman billetes; los cuales, así como los discos ó tejuelos de metal, vienen á ser encarnación del espíritu, lo más sutil y animado y circulante de su valor, la esencia imperecedera de su trabajo secular acumulado.

Hasta aquí las cosas van bien; pero ya aquí el diablo, como vulgarmente se dice, empieza á meter la pata. El espiritualismo nos induce y excita á querer, á adorar casi esta encarnación, ó mejor expresado, esta empapelación y metalización del espíritu. Por este espiritualismo y no por el cristianismo, desdeñamos lo natural: no sentimos toda la hermosura de la primavera. Si no tienes, ni en tu arca, ni en tu bolsillo, algunos de esos tejeletes ó algunos de esos papeluchos espirituales, todas las flores te parecerán abrojos, y la primavera, invierno; los claveles te apstarán como la flor de la sardina; el almoraduj, el serpol, el toronjil y la albahaca, te inficionarán como la ruda; las hojas aterciopeladas de la begonia te punzarán las manos como si fuesen cardos borriqueros; al tocar la mimosa púdica creerás tocar aligars y ortigas; serán para ti como tártago la hierbabuena y la manzanilla; la caña dulce te amargará el paladar como retama; á la roja flor del granado preferirás el jaramago amarillo; confundirás el canto delruiseñor con el de la rana; se te antojarán cuervos las tórtolas y buhos las palomas; y las pintadas y aéreas mariposas, y los esbeltos caballitos del diablo, y los fulgentes cocuyos y luciérnagas y la aromática mosca macuba te causarán más asco que los gorgojos, cucarachas y escarabajos peloteros.

Una vez dominado el hombre por el susodicho espiritualismo, aborrece la vida rústica y el idilio y la égloga. Aminta y Silvia, Dafnis y Cloe, y Baucis y Filemon le parecen antes insufribles.

Lo que se opone, pues, á lo natural es lo artificial. Lo que tira á destruir el encanto poético del mundo es el espíritu de la industria, no el de la ciencia, ni el de la religión, ni el de la filosofía.

Mil veces lo tengo dicho y nunca dejo de pensarlo: los más ladinos y sutiles sabios experimentales no descubrirán jamás el secreto de la vida; siempre escapará á sus análisis químicos la fuerza misteriosa que une, traba y combina los átomos y crea los individuos; el amor, la conciencia, el pensamiento, la causa de moverse, de crecer orgánicamente, de sentir y de representarse en uno á los demás seres, no quedará jamás en el fondo de las retortas ni saldrá por la piqueta de los alambiques. ¿Qué red delicadísima inventará el sabio para pescar ondinas, cazar silfos ó sacar á los infatigables gnomos de las entrañas de la tierra? La

única razón que tendrá para negar su existencia será que no logra cogerlos: que se sustraen á la inspeccion de sus groseros sentidos. Por lo demas, las ninfas, las diosas, todos los seres sobrenaturales, que poblaron el aire, la tierra y el agua en las primeras edades del mundo, pueden vivir y es probable que vivan ahora como entónces.

La ciencia no despuebla la naturaleza, ni penetra en sus más íntimos arcanos. El misterio sigue y seguirá siempre. Isis no levantará jamás el velo que la cubre.

El misticismo, que busca por camino más breve, á su Dios, en el abismo de nuestra propia alma, no aspirará á tenerle allí incomunicado. Su Dios estará en el abismo del alma, y en aquel centro se unirá el místico con Dios por estrechísimo lazo; pero Dios estará también por todo el universo, y todo El estará en cada cosa y todas las cosas estarán en El. El misticismo psicológico no excluirá, sino implicará la teosofía naturalista.

El axioma capital de esta ciencia sublime será que la inteligencia infinita no es el término último, sino el principio de las cosas, sin dejar por eso de ser su fin y el centro hácia donde gravitan, y el punto en donde sus discordias hallan paz, y su agitacion reposo, y solucion sus contradicciones, y unidad perfecta sus calidades y condiciones diferentes.

En este alto sentido, toda ascension de las cosas hacen mayor bien y más perfecta vida, toda evolucion progresiva de cierto linaje de seres, dentro de un espacio marcado y de un periodo de tiempo mayor ó menor, es una primavera. Las cosas, miradas en su totalidad, se mueven, sin duda, en círculo y vuelven al punto de donde partieron. En el todo no cabe progreso. Con él, si fuese total, podríamos suponer algo añadido á la gloria de Dios. Aunque allá, en lo profundo de su ser, esté y viva la idea con todos sus futuros desarrollos y perfecciones, mientras ésta vaya de lo menos á lo más con proceso sin término, parecerá como que crece la gloria divina, como que Dios es más creador ahora que ántes, como que sus obras van dando cada vez más claro y cumplido testimonio de su saber y de su omnipotencia.

Es, por consiguiente, innegable que no hay progreso total. La inmutabilidad de la perfeccion infinita de Dios implica la inmutabilidad total de la perfeccion del universo, que es obra suya. Cabe, sin embargo, mudanza en los parmenores, y de ahí el progreso parcial ó temporal de esto á de aquello.

Ya que me he engolfado en meditacion metafísica, añadiré, con el debido respeto (no á Dios, para quien sería absurdo y ridículo salir con esta salvedad, sino al parecer de otros meditadores), que la riqueza divina no crece ni mengua; no es cantidad: es lo infinito. Dios está siempre creando, y siempre lo tiene todo creado. Si crease un átomo más, sería más creador; si le aniquilase, sería menos; si mejorase en algo toda la obra, se corregiría, en cierto modo, á sí mismo.

Así, pues, vuelvo á sostener que el progreso de nuestro planeta es parcial y transitorio, está compensado por la decadencia á fin de otros mundos, y está limitado en el tiempo, aunque se dilate centenares de miles de años, y en el espacio, aunque abarque todo el sistema solar á que pertenecemos, y hasta un grupo completo de soles, de que nuestro sol sea mínima parte.

Considerando ahora esta evolucion de la vida, dentro de tan ancho espacio, bien podemos declararla año máximo, del cual vivimos, por dicha, en la Primavera.

La primavera de este año máximo empezó, según sabios muy acreditados, hace veinte millones de años menores y usuales. Entónces apareció el primer ser organizado. Desde entónces trazan los sabios con la mayor escrupulosidad nuestro árbol genealógico. Empieza el árbol en un ser que llaman *monera*, término medio entre lo inorgánico y lo orgánico; gérmen, embrión, elemento primordial de la vida; dotado de una fuerza, de un prurito, de una propension

índistinta á ser vegetal ó á ser animal. Va extendiéndose luego el árbol, y van las formas desenvolviéndose y diferenciándose, hasta que, al fin de la edad *paleolítica*, ya nuestros antepasados han conseguido elevarse á la categoría de lagartos ó medios peces. Durante la edad *mesolítica* ó secundaria, progresamos más. Al ir á llegar su término, en el periodo *cretáceo*, somos *marsupiales*, esto es, tenemos, como los cangurús y los jerbos, una bolsa, dando nuestros hijitos se esconden. En el periodo *eoeno* de la edad terciaria, logramos obtener la dignidad de monos; somos *catarrinios*, ó dígase monos con las ventanillas de las narices hácia abajo y con cola. En el periodo *mioceno*, ya la cola se nos cae, y nos asemejamos al gorilla, al orangutan y al chimpancé. En el periodo *plioceno* somos casi hombres, aunque *pithecoides* y *alalos*, ó sea sin palabra y sin entendimiento, como cualquiera mico. Por último, en la edad cuaternaria, en el periodo llamado diluviano, se nos desata la lengua; cepezamos á charlar, y somos verdaderos hombres. Desde este momento, los sabios menos exagerados y más tímidos y económicos en sus cronologías, ponen hasta el día de hoy unos 25.000 años. La raza *alala*, los *antropiscos*, los casi hombres, como si dijéramos, salieron del centro de Africa ó de un continente austral llamado Lemuria, que ya se hundió en el mar, como la Atlántida, y que estaba entre el Africa y el Asia. Estos *antropiscos* eran negros como la tizne, y vivian en manadas ó rebaños para defenderse de las fieras. Así fueron extendiéndose por el mundo. Durante la dispersion y emigracion, inventaron los idiomas, y de aquí que no puedan reducirse todos á un tipo primitivo. A la raza morena, que viene despues, y á la que pertenecen los egipcios, se le da una antigüedad de 15.000 años, naciendo por mejora de la raza negra. Sale luego á relucir la raza amarilla, cuyos representantes más ilustres son los chinos y japoneses. Su origen se pone 10.000 años hace. Y se muestra, al cabo, la raza blanca, arios, semitas, caucasicos, etc., á la cual se concede una antigüedad de 8.000 años lo menos. A esta raza tenemos la honra de pertenecer, pero nadie nos asegura que no aparezca aún otra superior que nos deje postergados y tamañitos, lo cual será muy desagradable. Sea como sea, á pesar de los veinte millones de años que hace que apareció la *monera*, no se ha de negar que estamos aún en el periodo primaveral de este año máximo de que hemos hablado. ¿Qué progresos, qué maravillas, que nuevas creaciones no deben esperarse aún? Apenas si la humanidad ha nacido. Yo he leído en un libro muy docto esta sentencia, que no olvidaré nunca: «La humanidad, en su vida colectiva, no ha nacido aún.»

Todo este largo pasado que llevamos ya, el vivir en la primavera del año máximo y el columbrar un extenso porvenir, esplendoroso y fecundo, no debe, sin embargo, alegrarnos en demasia, ni menos ensobrecernos. Comparados nuestros veinte millones de años ya cumplidos, más otros veinte millones que por lo menos durará aún la primavera de este planeta, con otras primaveras y años máximos de otros planetas y de otros más grandes sistemas solares, tal vez parezca más breve dicha primavera que la ordinaria y menuda del año vulgar, que sólo dura tres meses.

Cavilando ya dias pasados sobre este asunto, y hallándome en el campo en soledad amena, en hondo valle circundado de rocas escarpadas, donde había silencio, frescura y mil plantas, hierbas y flores, tuvo despierto un sueño que parecía vision espiritual ó intuicion pura de algo real, aunque para mí materialmente imperceptible.

Dentro de la superficie de un kilómetro cuadrado entendí que había ciertas emanaciones sutiles de cierto fluido mil veces más tenue que el aire; fluido que penetraba el aire todo, infundiéndose en los vacíos é intersticios que dejan sus moléculas. Este fluido, que el hombre no verá, ni pesará, ni sentirá jamás con sus sentidos, no se eleva más allá de un kilómetro. Tenemos, pues, un kilómetro cúbico

lleno de este fluido tenue, desleído en el aire como perfumes ó efluvios. Figuréme, pues, mi kilómetro cúbico como un mundo aparte, y vi que estaba poblado de un linaje de silfos tan diminutos, que, si por descuido se tragase cualquiera de ellos la más ruin molécula de aire, dicha molécula se le atragantaría y quizás le ahogaría como á cualquiera de nosotros un hueso de melocoton. Mi linaje de silfos respira, pues, el fluido tenue de que he hablado. Con las moléculas del aire hacen los silfos mil primores, y hasta juegan cuando son muchachos, disparándolas por medio de enormes cerbatanas.

Fuera del kilómetro cúbico está para mis silfos lo infinito desconocido é insondable. Viven una hora; pero su inteligencia es tan rápida y tan sutil, que en esta hora tienen tiempo de sobra para instruirse, enamorarse, propagarse, seguir una carrera, elevarse á las más altas posiciones, legar un nombre ilustre á su legítima prole, y hasta cansarse de la vida y apelar al suicidio. Un minuto para cualquiera de ellos es mucho más que un año para cualquiera de nosotros. Sus poetas componen versos desesperados y desengañados á los quince minutos de nacer, y sus sabios inventan los más profundos y alambicados sistemas de filosofía á los treinta minutos.

La voz de mis silfos es tan delgada, que sólo el fluido susodicho puede transmitirle en ondas sonoras. Sus palabras van tan prontas, que en un segundo refiere un silfo una historia que el más conciso de nosotros tardaría tres ó cuatro horas en contar. Todo lo que entre nosotros es extenso, es intenso entre los silfos. En las veinticuatro horas de cualquier día se extiende la historia de los silfos, y es tan fecunda en revoluciones, cambios, guerras y progresos, como la nuestra en los mil ochocientos setenta y pico de años que median desde la Era cristiana hasta el momento en que escribo.

Mis silfos tienen figura humana. Yo entiendo que toda alma, todo pensamiento que informa un cuerpo, grande ó chico, le da esta figura, por ser la más hermosa.

La hermosura de mis silfos es tal, que si lográsemos fabricar un microscopio bastante poderoso para llegar á verlos, envidiaríamos á los varones y nos enamorariamos desesperadamente de las hembras.

Están muy adelantados en civilización. Han tenido muchos profetas y fundadores de religiones; pero ya va pasando entre ellos la edad de la fe, y rayando la aurora de la edad de la razón.

Sus conocimientos históricos, sin mezcla de fábula, aquello que la crítica más severa da por cierto, se remontan á más de noventa días, lo cual equivale á más de tres mil sucesivas generaciones. Y como un minuto para ellos viene á equivaler á un año para nosotros, puede afirmarse que ellos hacen subir la antigüedad de su civilización á más de 129.600 años. Más allá, yendo contra la corriente de los tiempos, los silfos no ven claro; pero si entre ellos hay un Darwin ó un Haeckel, sin duda colocará la aparición de la primera *monera* del mundo silfidio á una distancia proporcionalmente mucho mayor.

El concepto que forman del Universo es muy distinto del que formamos nosotros. Y no porque su razón no concuerde con la nuestra, sino porque son otros los datos de sus sentidos. No llegan con la vista al sol, ni á la luna, ni á las estrellas, por donde los torrentes de luz ardorosa que lanza sobre ellos el primero, y la luz tibia y plateada en que los baña la luna, proceden para ellos de un manantial oculto. Así es que forman mil hipótesis para explicarlo. Claro está que hay largos periodos históricos de una luz, y largos periodos históricos de otra.

En su mundo hay seres animados, de proporciones tan gigantescas, que nosotros ni siquiera las concebimos. Una avispa para ellos es más que lo que sería para nosotros el Nevado de Sorata, si arrancándose él mismo de suaje, animándose y echando alas, se pudiese á volar y se nos mostrase por el aire. Por fortuna, la excesiva pequeñez de los silfos y su agilidad portentosa los salvan de tales monstruos.

Claro está que lo infinito es siempre lo infinito, así en la mente de un silfo como en la mente de un hombre. En este punto, si nos contraemos á la especulación racional, nuestros conceptos son iguales; pero en contar, en extenderse á mayor número, en notar mayor cantidad, los silfos nos ganan; penetran con sus sentidos, y ven y perciben abismos de extensión, de tiempo, de volumen y de duraciones en lo infinitamente pequeño, por donde lo mediano, lo mezquino para nosotros, su universo de un kilómetro cúbico, es más ingente para ellos que toda la inmensidad de los cielos para nosotros. Y no dejan por eso de poner más allá de su universo lo infinito inexplorado.

Andan todos ellos muy soberbios con su cultura y con sus progresos, que juzgan sin límites. Así como cuentan ya un pasado larguísimo, esperan un porvenir más largo aún. Y es lo cierto que no se equivocan. Ellos nacieron con esta última primavera y acabarán al fin del próximo otoño. Ahora, que es verano, están en todo el auge de su grandeza. Lo mismo nos sucede á nosotros.

¿Quién sabe si habrá seres, en comparación de los cuales seamos nosotros lo que para nosotros son mis silfos? Y si alguno de estos seres llega á averiguar que existimos, como yo he llegado á averiguar que existen silfos tales, ¿no se reirá, ó nos compadecerá, al ver que esperamos aún tan largo porvenir? Los millones de años que llevamos de vida y los que esperamos vivir aún, serán para él una primavera. Acaso, cuando vuelva él de veranear ó de bañarse en algunos baños de su mundo, encuentre ya el nuestro desolado y hecho ruinas, y extinguida nuestra efímera raza. Pero no tendrá razón. Lo importante es la inteligencia, la cual no se mide por varas, ni por kilómetros, ni por diámetros terrestres. Su actividad, cuando es fecunda, puede condensar en un minuto más hechos, más ideas, más creaciones, más gloria y más infierno, que otra inteligencia reacia, perezosa y torpe, durante siglos de siglos.

Última moralidad. Todo es relativo, como decía D. Hermógenes. No hay ménos ni más. En el tiempo que he tardado yo en escribir este artículo para cumplir mi imprudente promesa, un hombre de ingenio fecundo hubiera sido capaz de escribir la historia de toda la raza humana; y, en ménos tiempo, mis silfos son capaces de realizar lo más importante de su propia historia. No lo daré por muy seguro, porque no he llegado á enterarme bien y no gusto de fantasear, pero es posible que mientras yo he estado afanadísimo componiendo todas estas candidices é inocentadas, á fin de salir del paso, mis silfos hayan fundado nuevos imperios, creado constituciones, inventado filosofías y máquinas, y erigido monumentos, en su sentir, impercederos.

Tal consideracion me avergüenza y humilla, en vez de llenarme de vanidad; y, aunque no sea de silfos, sino de hombres como yo, el público que ha de leerme, todavía lo presento con grandísima desconfianza este escrito, que no he tenido reposo, ni humor, ni tiempo para hacer más breve.

J. VALERA.

LA PRIMAVERA.

CANCION.

LETRA DE D. ANTONIO F. GRILO Y MUSICA DE D. EMILIO ARRIETA.

Andante. M. de M. $\text{♩} = 112.$

8^a

PIANO.

pp Sumamente delicado.

cres

ff

8^a

Adagio. M. $\text{♩} = 100.$

(Eco.)

Espressivo.

sf

ppp

pp

un poco agitado.

cresc.

Co - mo son -

Tranquilo.

p

p

rall.

pp

- ri - sa de los que - rn - hes o - tras las nu - bes I - ris gen - til bordando en

M. Iz.

sf

sf

Red.

*

f

flo - res su cabe - lle - ra la Prima - ve - ra vuel - ve á lu - cir bor -

eres

pp

sf

eres

pp

- dando en flores su cabel - ra la Pri - ma - ve - ra vuel - ve á lu - cir

p

f

tr

pp

pp

f

Più mosso.

Ya las don-ce - llas e - na - mo - ra - das van en la -

pp sf sf p

- za - das el templo á honrar y an - te la Vir - gen

pp sf pp sf

de los Do - lo - res der - ra man flo - res flo - res sobre el al -

p sf

- tar y an - te la vir - gen de los Do - lo - res

sf (Eco.) pp sf

para fabricar telas ricas y joyas que habian de llevar en su nombre. Gomez de Espinosa y Juan Sebastian aprovecharon tan buenas disposiciones para firmar con el rey Almanzor un tratado de amistad y comercio, y hubieran prolongado de buena gana una estancia tan beneficiosa para los enfermos de la armada; mas supieron que, irritado el Rey de Portugal por aquella empresa, en que se habian mezclado sus vasallos, habia enviado bajeles para cortarles el camino, y acordaron que, siguiendo viaje la *Vitoria* al Occidente, en tanto que carenaba la *Trinidad*, marchara ésta por Oriente en busca de la Nueva España, lo cual no llegó á realizar.

Hé aquí el momento en que el maestro que fué de la nao *Concepcion* vino á recoger la autoridad heredada del insigne Magallanes y el cargo responsable de las reliquias de la expedición con tanto entusiasmo preparada. Los mares que tenia que surcar no eran de los velados por el misterio; tiempo hacia que los portugueses habian encontrado su camino; pero éstos lo guardaban como enemigos, y un casco viejo y averiado, cuyo velamen orientaban con trabajo brazos enfermos, teniendo que arrostrar los temerosos apaches del *Cabo de las Tormentas* y el crucero de los enconados discípulos de Vasco de Gama, no era instrumento para manos inhábiles. Tanto vislumbraban los marreantes de la *Vitoria* la grandeza de la resolución á que se entregaban, que hicieron á la Virgen de aquella advocación y á la de *la Guia* el voto solemne de la peregrinación á sus santuarios, acordando otro de completa confianza á la inteligencia y corazon del hombre de mar que habia de dirigirlos.

Con lágrimas y cañonazos se separaron los compañeros de penalidades, dando al viento sus velas la *Vitoria* el 21 de Diciembre de 1521. Fuerza es abreviar el relato, omitiendo la homérica resistencia al viento, á la mar, al hambre, de aquellos hombres de hierro; cada semana cesaba de sufrir alguno de ellos, bajando al fondo del mar envuelto en el sudario, y en las islas del Cabo Verde, donde pensaron hallar refrescos, acultando la procedencia, fueron detenidos doce hombres que bajaron á tierra en el batel, teniendo que escapar á toda vela la nao, para resistir todavía la contrariedad de los tiempos, y para trabajar con las bombas en mantener á flote las tablas, que pugnaban por desahirse. El 6 de Setiembre de 1522, á los tres años ménos catorce dias de la salida de aquel puerto, entraban, dicho queda, por la barra de Sanlúcar, dando al olvido todas las penalidades, con la compensación de pisar la tierra patria, cuyo amor sólo saben apreciar los que la han llegado á considerar perdida.

El César, que residía por entonces en Valladolid, mandó que Juan Sebastian, con dos compañeros de su elección, pasara á la corte á darle noticia al pormenor del viaje, encargando que de su cuenta se les provyese de vestidos y cuanto hubieran menester; le felicitó cordialmente por ser el primer hombre que habia rodeado el globo terrestre, y á fin de que nunca se borrara la memoria de suceso tan grande en los fastos geográficos, diólo asoude de armas, cuyo yelmo tenia por cimera el mundo, con el hermoso y oportuno lema: *PRIMUM ME CIRCUMDENSIT*, con otras mercedes, no muchas ni tan señaladas, empero, como á juicio de la opinion pública merecia, pues se cuenta que, habiéndole pasado á Italia con uno de los tripulantes de la *Vitoria*, sabia la gente á su encuentro para mirarle como á cosa fenomenal. Una de las concesiones otorgadas por el Emperador fué la de poder llevar armas ofensivas y defensivas, él y dos hombres que fueran en su compañía, en razon á que habia personas que le querian mal, y revelaba que le heririan, matarian, liarian ó horrian otro mal, daño ó desaguisado, de donde, con fundamento, se ha supuesto que los celos, la envidia ó otra mala pasion amargaron su vida, siempre amenazada. La muerte me ha deparado la lectura de otras Reales cédulas, una de ellas expedida por el mis-

mo Emperador, el año de 1562, á favor de D. Miguel de Oquendo, general que fué de la Armada, en que se repiten idénticas palabras, y esta circunstancia me inclina á creer que fueran de fórmula de Cancillería, para justificar concesion que constituia privilegio, sin que en realidad existieran asechanzas ni temores por la seguridad de la persona del circunnavegante.

Más adelante, sin cumplir tres años de reposo, se ofreció perspectiva más de su gusto con la preparacion de nuevas Armadas con que el Emperador trataba de tomar asiento en las Molueas, á pesar de las reclamaciones del embajador de Portugal. En la Coruña se disponia una de siete naves, que al mando del Comendador don Garcia Lope de Louisa habia de ir por el mismo camino que la de Magallanes; ninguno como Juan Sebastian reunia á la aptitud la práctica de derrotero del Estrecho, primera precaucion y aun garantía de la expedición, y por natural resolución fué nombrado capitán de la nao *Sancit Spiritus*, con los cargos de piloto mayor y segundo jefe de la Armada. Los bajeles eran mayores y más fuertes que los de la anterior; reunian 450 hombres de tripulacion; entre los cuales iban no pocos hombres de distincion ganosos de honra; los víveres, pertrechos y recursos correspondian á más altos empeños, como las esperanzas puestas en el logro, que hacian risueña la partida el 24 de Julio de 1525; pero los humanos propósitos se estrellan allí donde ménos se presume. Jamas expedición tan desdichada salió de las costas ibéricas, tan pródiga de hierro y de madera para dar carga al Océano, y de la vida de sus hijos, empleada en rasgar el velo de sus secretos. Antes de hallar la entrada del Estrecho, separó á las naos un terrible temporal que algunas corrieron hácia el Sur, viendo un promontorio que pareció á los marineros *el acabamiento de la tierra*, y era ciertamente la extremidad de la Tierra del Fuego ó Cabo de Hornos; otras vararon en la costa y arrojaron al agua la artillería con otros objetos, tocando peor suerte á la de nuestro piloto mayor, que se estrelló en las piedras, ahogándose nueve hombres. Juan Sebastian se trasladó á la *Anunciada*, esperando dentro del Estrecho, donde nuevos desastres le esperaban. Desertaron dos naos, que perecieron; sufrieron las otras repetidos tiempos, que las diseminaron otra vez en el mal llamado mar Pacifico, y hallándose sola la capitana, con los dos jefes á bordo, inundada de agua, acortada la racion, la gente enferma y trabajada, llegó su hora al Comendador Louisa, acongojado por tantas desdichas. Su muerte fué muy sentida, porque habia sabido captarse las voluntades de todos, y abriendo los pliegos reservados del Emperador, escritos para este caso, se vió que nombraba por sucesor en el mando á Juan Sebastian del Cano; á un cadáver más bien, que sólo cuatro dias tardó en seguirle á otro mundo, habiéndose dispuesto á ello como permitian las circunstancias, redactando su disposicion testamentaria.

El 4 de Agosto de 1526 se agrupaban los marineros en la borda, la gorra en la mano, húmedos los ojos; se oyó el ruido de un cuerpo arrojado al agua; despues, el murmullo de un *Pater noster*; eran los funerales del primer circunnavegante.

Facsimile de la firma.

Juan Sebastian del Cano



DON JUAN DE AUSTRIA

CAPITAN GENERAL.

BATALLA DE JEPANTO. — 7 DE OCTUBRE DE 1571.

Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes. Palabras del Evangelio son éstas que, en el momento de sorpresa y alegría causadas por la nueva de la victoria del Generalísimo de la Santa Liga, fueron repetidas por el Pontífice Pío V, con el convencimiento íntimo de la predestinación del caudillo venturoso que cedió al mundo desengaño del error en que estaba, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Con el Príncipe de los ingenios españoles, soldado de tal general en la famosa jornada que dió tan hermosas frases, todos á porfía, los que con él hicieron el viaje al Parnaso, forjaron otras, dignas del objeto y de la persona y

simpática y querida, que, sin mancha ni sobra, resplandecerá perpétuamente en nuestra historia. La bibliografía de Don Juan de Austria ocuparía más espacio del que á sus empresas marítimas concede el limitado espacio de esta reseña colectiva; pero tampoco fuera necesario más, si yo supiera aprovecharlo, para traer á la memoria lo que todos saben.

No es tan evidente el origen ó nacimiento del Príncipe, que se ha dicho ocurrió en Ratisbana el año de 1546, siendo su madre una doncella de condición oscura, llamada Bárbara Blomberg. Hay motivos para sospechar que esta dama hizo el sacrificio de su reputación á otra de más alto rango con quien el Emperador, después de viudo, tenía relaciones amorosas. Ello es que, retirado el César en el monasterio de Yuste, fué llevado allí con misterio un niño que apadrinaba su mayordomo D. Luís Quijada, y que en calidad de paje entretiene la vida sossegada de D. Carlos. Eficacísimamente lo recomendó en el testamento al rey Felipe II, que le dispensó un afecto excepcional en su carácter, sin descubrir por entónces su régia stirpe: hasta el año de 1559, en que regresó á España, había continuado el niño bajo la tutela de Quijada, y al presentarlo al Rey en el monasterio de la Espina, como le hiciera el acatamiento de vasallo, le levantó con bondad, ciñóle por su mano la espada, y poniendo en su cuello el Toison de Oro, le dijo: « Buen ánimo, niño mío, que sois hijo de un nobilísimo varón. El emperador Carlos V, que en el cielo está, es mi padre y el vuestro.»

Desde el momento fué instalado en la corte y familia del Rey, con casa y estado propios, y recibió los honores y distinciones con el nombre de D. Juan de Austria, como descendiente de la familia imperial de Hapsburgo. Su padre pensó dedicarlo á la Iglesia, y respetando las indicaciones que sobre el particular hizo al Rey, cuidó éste de completar la educación literaria que se había empezado en Alemania; pero el Príncipe se mostró decididamente inclinado á las armas, sobresaliendo por su destreza en todos los ejercicios que en aquella época se consideraban indispensables para desempeñarla dignamente. Era galán, bizarro, apuesto en su persona, y el primero en las justas y fiestas de la juventud, mostrando el espíritu caballeresco, reflejo del de su padre, al extremo de salir secretamente de la corte, camino de Barcelona en 1565, con la idea de acudir en auxilio de los caballeros de Malta, sitiados por los turcos. Don Felipe II contuvo su ardor, sin contrariar las disposiciones belicosas que se iban manifestando; ántes se propuso abrirles campo y utilizarlas en provecho de la monarquía, depositando en la persona de su hermano una confianza merecida por la cordura de su proceder, barto difícil en el trato con el príncipe D. Carlos. La ocasión de empezar sus servicios se presentó con los achaques del veterano D. García de Toledo, que le obligaban á declinar los cargos de Virrey de Sicilia y de Capitan general de la mar, y para este último se extendió título al Príncipe con fecha 15 de Enero de 1568, diciendo entre otras cosas: « Siendo este cargo de la calidad, confianza y importancia que es, habemos determinado y acordado de elegir y nombrar á vos el ilustrísimo señor don Juan de Austria, nuestro muy caro y muy amado hermano, por nuestro Capitan general del mar Mediterráneo y Adriático, así de las galeras nuestras que al presente están armadas y se armaren adelante, como de las sesenta que se arman y han de armar con el subsidio eclesiástico, y de otras cualesquier navios de alta bordo, fustes, galeotas y bergantines que mandásemos hacer y juntar por mar con las dichas galeras ó parte dellas, para cualquier empresa y ocasión que se ofrezca; siendo como somos ciertos que, por ser como sois, á Nos tan junto en sangre y amor, por el crédito y satisfaccion que tenemos del ánimo, valor, y otras muchas y singulares virtudes que en vuestra persona concurren, correspondiendo á quien vos sois y conformes al gran celo que habeis siempre tenido y mostrado á las cosas de nuestro servicio, nos serviréis en el dicho

cargo con el amor y fidelidad y diligencia que negocio de tanta importancia requiere. »

Por lugarteniente general se nombró á D. Luis de Requesens, Comendador mayor de Castilla, hombre de experiencia y de valor; por jefes y capitanes, los más acreditados de la Armada; y por consejero, al citado D. García de Toledo, cuya mala salud no le consintió embarcarse, pero que sostuvo constante correspondencia con el Príncipe, informándole de todos los asuntos graves de organización, armamento y expediciones. En Junio del año mismo del nombramiento salió D. Juan á campaña, y se ejerció por ocho meses en cruceros contra turcos y berberiscos, teniendo varios combates parciales y hacienda presas que estimularon más su afición, si bien fué distraída de momento por sucesos que le llevaron á otro teatro de operaciones. Los moriscos de Granada habían levantado el estandarte de la rebelión, empeñándose una guerra de espantosa ferocidad, en que se gastó el prestigio de varios caudillos designados por el Rey para dirigir sus tropas. Don Juan de Austria, que á la sazón contaba veinticuatro años de edad, fué puesto á la cabeza del ejército el año de 1569, y tuvo la gloria de extinguir el fuego de aquella lucha, no sin algun contratiempo, y lamentando la muerte del anciano Quijada, á quien amaba como segundo padre; pero adquiriendo con la práctica la seguridad de la decisión en el mando y acreditando condiciones de capitán.

En tanto que aseguraba los beneficios de la paz en la Alpujarra, se alzaba sobre el horizonte político una tempestad amenazadora para los príncipes cristianos. Habían llegado los turcos al apogeo de su grandeza con las victorias del famoso Soliman, que sojuzgaron los países más fértiles de Europa y Asia, Egipto acababa de sucumbir también, y Selim II, sucesor de Soliman, se proponía ensanchar más sus considerables dominios á favor de la poderosa armada con que señoreaba el Mediterráneo, empezando por la isla de Chipre, que poseían los venecianos. En tan grave apuro para la cristiandad, el Papa Pío V dejó oír su voz, convocando á todos los que podían concurrir á levantar un dique contra los sectarios de Mahoma, formando liga defensiva, sin que su persuasiva palabra, más que la inminencia del peligro, fuera bastante á distraer rivalidades y pretensiones que separaban á los Estados europeos. La república de Venecia, como más inmediatamente amagada, y España, cuyo Rey blasonaba de campeón de la fe, fueron las únicas que acudieron al llamamiento, estimulada la primera con la noticia de la toma de Miosia, capital de la isla de Chipre, por los turcos, con todos los horrores del asalto. A España, que aprontaba el núcleo de las fuerzas navales, tocaba nombrar el jefe, y tan insignie honra cupo á D. Juan de Austria. Mientras las plenipotenciarios estipulaban las condiciones de la Liga, la duración y objeto del tratado, distribución de gastos, contingente de bajeles y soldados, convenio que se ultimó en Mayo de 1570, se había construido en Barcelona la galera Real destinada al Generalísimo, y llevando el casco á Sevilla, las Bellas Artes asociadas se ocupaban en la decoración y adorno del bajele, que el Rey quería fuese una maravilla naval. Pintores, escultores, arquitectos, doradores, imagineros, daban sér á los planes ideados por los filósofos y poetas de más nombre, á fin de que todo en el heroico bajele fuera simbólico é instructivo, ofreciendo á la imaginación, no ménos que á los sentidos, asunto de meditación y de enseñanza. Juan Bautista Castillo, *El Bergamascó*; Juan Vazquez, Benvenuto Tortello, Fernando de Herrera, contribuyeron, con otros artistas, á embellecer una obra para cuya descripción escribió un libro Juan de Malgara; el rey Felipe II la visitó en la Pascua del mismo año de 1570, manifestándose satisfecho de lo que iba ordenado, tanto como de la actividad con que se ejecutaban las obras.

El 6 de Junio, recibidas las últimas instrucciones de su hermano, partió de Madrid D. Juan de Austria; y hecha peregrinación á Monserrát, se embarcó en Barcelona, sa-

liendo del puerto con 30 galeras, y tocando en Génova, Nápoles y Mesina, puntos en que fué recibido con gran fiesta y regasajos. En la segunda capital, por embajada de Su Santidad, recibió una espada, el baston de mando y el estandarte de la Liga, de damasco azul con un crucifijo á cuyo pié estaban las armas pontificias, con las de España á la derecha y las de Venecia á la izquierda ligadas por una cadena, de la que estaban suspendidas las de D. Juan de Austria. En Mesina se fueron agregando á la armada las escuadras de los distintos dominios de España, las de Venecia, que por su organización y armamento dejaban bastante que desear, siendo necesario completar la guarnición con soldados españoles, y las del Papa; sumando más de 300 bajeles, con 80.000 hombres, sobresaliendo seis galeazas, cada una de las cuales montaba 40 cañones, embarcaciones de nueva invención, que iban á probar sus condiciones para la guerra. En el Consejo de los jefes hubo disparidad de opiniones acerca del plan de operaciones que debiera seguirse: la del caudillo, que prevaleció por deferencia, fué buscar al enemigo donde se hallase y presentarle batalla de poder á poder, con el doble motivo de saberse la capitulación de Famagusta, segunda ciudad de Chipre, en la que los turcos habían excedido la costumbre de sus crueldades, desollando vivo al veneciano Bragadino, heroico defensor de la plaza.

El domingo 7 de Octubre de 1571, día famoso en los anales de la humanidad, acercándose la armada de la liga á la boca del golfo de Lepanto, sitio inmediato al que presenció la batalla de Actium, se descubrió la de los enemigos, que avanzaba con lentitud. Iba la primera en tres divisiones: la derecha, al mando de Juan Andres Doria; la izquierda al del almirante veneciano Barbarigo, ocupando el centro D. Juan, sostenido por Colonna y Veniero, capitanes generales del Papa y de venecianos, y cerrando la retaguardia el Marqués de Santa Cruz, á cuya sangre fría se había confiado la division de reserva, con orden de acudir á donde lo creyera necesario. Presentaban las galeras un frente de tres millas, y llevaban á los flancos las potentes galeazas. Los mahometanos se adelantaban en forma de media luna, arbolando la insignia en el centro Ali Bajá; dirigía la derecha Mahomud Siroco, virrey de Egipto; la izquierda, el argelino Uluc Ali, y contra lo que se esperaba, reunían fuerzas superiores á las de los aliados, pasando de doscientas cincuenta las galeras grandes, sin las otras embarcaciones, con un contingente de ciento veinte mil hombres. El Príncipe se metió en un esquife y recorrió la línea animando á los soldados y saludando afectuosamente á los jefes; mandó despues tocar las trompetas á batalla, y cuando sonó el primer cañonazo de los turcos, tomando un crucifijo en la mano, se arrojó con toda su gente, rindiendo las armas en tanto que un sacerdote revestido pronunciaba la absolución: cuadro solemne é imponente, iluminado por el sol de mediodía. Distinguiéndose la galera Real de Ali por las banderas que traía, á ella dirigió la proa D. Juan, recibiendo la descarga de su artillería algo léjos, y sin más pérdida que algunos remeros; contestó casi en el momento de embestir con el espolon, y estando cargados los cañones con metralla y trozos de cadenas, hizo un estrago horrible en los turcos. Siete galeras apoyaban la de Ali, que, con las que seguían al Generalísimo, formaron un grupo compacto, batiéndose al arma blanca con encarnizamiento, ya en la cubierta de una, ya en la de la otra, segun la alternativa de las acometidas. Hubo arcabucero, dice una relación, que disparó cuarenta veces, y al cabo de hora y media estaba la pelea como en un principio, rechazados dos veces los españoles y herido el Príncipe en un pié. Por fin, dando las trompetas la señal del tercer abordaje, en el empuje cayó muerto Ali Bajá, con lo cual desmayaron los suyos, y derribadas las banderas, se enarboló la cruz en la capitana turca, gritando victoria los soldados. El humo de la pólvora no consentía ver lo que ocurría en las alas, donde se combatía con el mismo ardor; mas lo veía muy bien el

Marqués de Santa Cruz, y cayendo con todo el peso de su esquadra de reserva, inclinaba la balanza allí donde los musulmanes se creían vencedores. Puestos en fuga, obedeciendo las órdenes de Uluc Ali, fueron perseguidos y acasados.

Jamás lograron en la mar victoria tan decisiva y brillante las armas de la cristiandad. Los musulmanes perdieron treinta mil hombres entre muertos y prisioneros, y ciento treinta galeras, apresadas y repartidas entre los vencedores, sin las que se fueron á pique, con riquísimo botín de oro y joyas, y la libertad de doce mil cautivos que andaban al remo. Las pérdidas de la liga fueron comparativamente pequeñas, no llegando á ocho mil los muertos, de ellos dos mil españoles, ochocientos romanos y el resto venecianos.

La entrada de la Armada en Mesina llevando á remolque las presas, con la popa por delante por escarabajo, y las banderas de la media luna arrastrando por el agua; el estruendo de la artillería, la voz de las trompetas y el clamor del pueblo que cubría los muelles, hicieron escena que no se describe. La ciudad decidió erigir una estatua de bronce al Príncipe, y le ofreció un presente de treinta mil coronas, que aceptó con gratitud, destinándolas, lo mismo que la parte que le correspondió del botín, para alivio y socorro de los heridos. No fué menor el entusiasmo en España y en los pueblos coligados al recibir la noticia y los trofeos: celebráronse fiestas brillantes, y el Senado de Venecia decretó que siempre lo fuera nacional el 7 de Octubre. Don Juan recibió felicitaciones de todas partes, siendo la de su hermano el Rey expresiva y cariñosa.

A estar en manos del caudillo de la liga la prosecución de las hostilidades, las hubiera llevado bajo los muros de Constantinopla y hubiera sido mucho más grande el fruto conseguido; mas los coligados, á quienes lo propuso, hallaron excusa en lo avanzado de la estación, y con otras nuevas se dejó pasar la del año siguiente sin operación de importancia. Los turcos respiraron y pudieron rehacer su armada, aunque, más cauta, rehusó la nueva batalla presentada por D. Juan ante Navarino. La muerte del Pontífice, alma de la liga, debilitó los lazos, que no tardaron en romper los venecianos, firmando aisladamente la paz con el Gran Señor.

Dueño de elegir por sí la línea de conducta sucesiva, resolvió el Rey enviar una expedición á las costas de Berbería, tomando por base de operaciones el fuerte de la Goleta, que se conservaba en nuestro poder. En 1.º de Octubre de 1573 salió de Sicilia D. Juan con ciento cuatro galeras y veinte mil hombres de desembarco, que puso en tierra con felicidad, marchando con gran orden sobre Túnez, que se entregó sin resistencia, alcanzándose en tan breve campaña ciento cincuenta piezas de artillería, municiones y grandes acopios de trigo y mercancías. La plaza inmediata de Biserta, nido ordinario de piratas, sufrió la misma suerte, con lo cual dió el Príncipe la vuelta á Sicilia y se dispuso para emprenderla á España.

Historiadores de peso han dicho que el Rey recomendó á su hermano que arrasara el fuerte de la Goleta y los muros de Túnez, y que, lejos de ello, restauró con gran

costo todas sus defensas, acariciando la idea, que apoyaban el Papa y algunas otras personas, de formarse un reino independiente: lo primero es de todo punto inexacto, constando en la correspondencia del Rey con D. García de Toledo y con su hermano las dudas que se ofrecían acerca de lo más conveniente; respecto á lo segundo, publicó el Sr. D. Adolfo de Castro, precisamente en el ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION del año anterior, comentarios de otros documentos que desacreditan también esa especie, y que en abono de las buenas luces de D. Juan de Austria, dicen que su ambición se encaminaba á merecer la confianza, tanto como el cariño de su hermano. Hubo ciertamente quien sembró desconfianzas para impedirlo; mas de todos modos, llegado á España le recibió el Rey con todas las demostraciones de fraternidad, con todo el agasajo y distinción que sus grandes servicios merecían, y nada prueba mejor la sinceridad de estos sentimientos que la nueva comisión á Italia del Príncipe en 1575, con el título de lugarteniente del Rey y con poderes iguales á los que tuvo el Duque de Alba. Con el mismo cariño le recibió otra vez en el Escorial el año siguiente al enviarlo á los Países-Bajos, escuela de la guerra y de la política, de la diplomacia y de las intrigas.

Don Juan no se separó de sus marinos sin dejarles memoria de la estimación en que tenía á los que habían compartido sus laureles. En el Puerto de Santa María, invernadero de las galeras de España, fundó un hospital para las tripulaciones, con templo anexo, que, por su mediación é influencia, tuvo de Su Santidad los mismos privilegios que la basílica de San Juan de Letran. Allí depositó el Príncipe los ornamentos y vasos sagrados que llevaba su galera Real, y la sagrada imagen de la Virgen, que desde la batalla de Lepanto, á cuyo fuego estuvo expuesta, se nombró *Nuestra Señora de la Victoria* (1).

Brava fué la campaña de Flándes para D. Juan: sin citar más que la toma por asalto de la plaza de Namur y la batalla decisiva que ganó en las llanuras de Gemblous, acabó su vida á la edad de treinta y dos años, llorado por el ejército, que idolatraba sus bellas prendas. Sobre la muerte circularon, también sin fundamento, siniestras noticias; pero lo cierto es que, atacado de tabardillo en el sitio de Bouges, cerca de Namur, sin comodidad ni descanso para pensar en la curación, sucumbió en medio de su ejército el 1.º de Octubre de 1578, á las diez y seis días de enfermedad. Los últimos momentos fueron pasados en más estrechez de la que tuviere á bordo: en un palomar que el acaso ofreció á la vista, y que se limpió precipitadamente para poner la cama. El entierro que se le hizo fué pasearlo por todo el ejército en hombros de los maestros de campo, arrastrando los soldados pica y banderas negras, y embalsamado, se depositó en Namur hasta que pudo traerse al Escorial.

Corta fué su vida, pero bien aprovechada, ya que conquistó el aprecio de sus iguales, el amor de sus inferiores, el concepto de gran capitán y la simpatía de todos los españoles.

(1) Hoy se halla en la capilla del Panteón de Marinos Ilustres.

Escritura de la firma.

Bonifacio de las Trillas



DON JOSÉ DE MAZARREDO,

TENIENTE GENERAL.

SALVAMENTO DE LA ESCUADRA.
1.º DE NOVIEMBRE DE 1780.

Pródiga como es de sus dones la Naturaleza, suele repararlos con cuenta y órden que obedecen al grandioso sistema de su armonía; y así como el trigo no espiga allí donde se desarrollan el plátano y la ceiba, ni la sombra del roble cobija al café, así tampoco se ven ordinariamente juntas en el hombre la hermosura y la agudeza, la energía y el saber, el talento y la diligencia, hallándose distribuidas y combinadas las buenas con las malas condiciones en el órden moral y en el físico, por el soplo creador que puso espigas en la rosa y privó de aroma á la camelia. Por excepción de esta regla general se producen fenómenos que en la sociedad humana constituyen dos escalas extremas, según el predominio de las actitudes, de las pasiones y también

de las circunstancias del individuo que se halla fuera de la esfera normal.

En D. José de Mazarredo, nacido en Bilbao el 5 de Marzo de 1745, de distinguida familia, se notan particularidades tales, que es forzoso reconocer en él una de esas rarezas concebidas para influir en la época de su aparición y para dejar huella en las sucesivas. Alta estatura, constitución robusta, gran fuerza muscular, que convenia con la energía del carácter, se conciliaban con una movilidad perpétua y con el afán incansable del trabajo, ya en las más altas concepciones del cálculo, ya en las entosias prácticas de arreglo y organización, ó bien en las fatigas del servicio de mar. De índole sociable, de modales distinguidos, en el trato común era decidor y propenso á colocar un chiste con oportunidad, aunque el hábito del mando daba á su fisonomía aspecto grave é imponente. Poseía conocimientos generales, que le permitieron desempeñar difíciles misiones diplomáticas y alternar ventajosamente con los hombres de Estado y los jefes de las escuadras de otras naciones, y abarcando las numerosas ramas que constituyen el saber en la marina, dominó las Matemáticas, la Astronomía, la táctica, la construcción naval, la legislación, la higiene y el arte, que pocos alcanzan, de conciliar con la severidad de la disciplina el bienestar y contento de los subordinados. Dice, con razón, un biógrafo que su vida resume la historia de la Armada en el tiempo que duró su carrera, con lo cual se evidencia la imposibilidad de trazar con breves líneas más que aquellos sucesos que por notoriedad despertaron la atención pública.

El primero ocurrió siendo guardia marina en edad de diez y seis años, á consecuencia de naufragio del buque en que navegaba: contra el sentir de hombres prácticos y encanecidos, se embarcó de noche y con furioso temporal en un boteillo, y desmintió la creencia de que había de perder la vida, salvando la de 300 hombres que componían la tripulación, hermoso ensayo de su genio marino, que sirvió de cimiento á la reputación que había de lograr.

En viaje á Filipinas y por noticia que había visto en periódicos ingleses de haberse publicado tablas para la determinación de la longitud por distancias lunares, se echó á discurrir sobre la resolución de este problema, y de una manera complicada para suplir dichas tablas, lo consiguió, haciendo uso frecuente de su método para corregir la estimación, único medio de que disponían por entónces los navegantes. El cálculo que concibió era tan prolijo, que se necesitaban cuarenta y ocho horas para concluirlo, á pesar de lo cual lo repitió durante el viaje, convenciéndole de la exactitud las recaladas al Cabo de Buena Esperanza y al estrecho de Sonda. Se le ha disputado la originalidad de la invención, observando que ya en 1752 había tratado el abate Lacaille de la posibilidad de determinar la longitud por las distancias lunares, siendo suya la idea que habían aplicado los ingleses en 1767, y que en Madrid mismo se imprimió un libro de D. José Ignacio Porras, titulado: *Régimen de hallar la longitud en la mar*. Lo primero es exacto, pero no mengua el mérito de Mazarredo que no tenía noticia del método; en cuanto al libro de Porras, sin más que copiar todo el título se advierte que trata de la longitud por los rumbos y variación de la aguja. El asunto no es de gran importancia, ya que de todos modos atestiguan ingenio, perseverancia y competencia en la observación y el cálculo generales, demostrados con más elocuencia en la situación de la isla Trinidad del Brasil y en otras muchas que se le debieron, y posteriormente en la dirección de la enseñanza de guardias marinas, y trabajos del Observatorio que montó en Cartagena.

Poseyó uno de los primeros cronómetros de bolsillo que se construyeron en Londres, y disfrutó también las primicias de los sextantes de reflexión, en los cuales, y está sin disputa, inventó el aparato que da al anteojo movimiento paralelo al plano del instrumento, adoptándolo inmediatamente los instrumentarios de Londres Juan Bird y Maga-

Hánes, con los que estaba en correspondencia. Cronómetro y sextante le acompañaban, no sólo por mar, sino también en los viajes por tierra, y á pesar de la molestia de los viajes en que éstos se hacían por entonces, venciéndola por sus aficiones, fué determinando en sucesivas excursiones, cuando se trasladaba de uno á otro departamento, las situaciones geográficas de Alcalá de Henares, Roncesvalles, Iruñ, Vergara, Pasages, Bilbao, Límpias, Colindres, Pamplona, donde observó el eclipse de sol de 1806; varios pueblos en las carreteras de Murcia á Ferrol, de Madrid á Bilbao por Somosierra y de Madrid á Cádiz, sin contar con los que con mayor precisión fijó, así en las costas de la Península como en las de Berbería, que sirvieron más adelante de base á los trabajos de D. Vicente Tofiño. El que de esta manera utilizaba el descanso de las pasadas en los trayectos no perdía, como es de adivinar, momento para la instrucción teórico-práctica de los jóvenes puestos á su cuidado. Para ellos escribió expresamente un tratado de navegación y la colección de tablas más necesarias para los cálculos á bordo.

Siendo mayor general de la escuadra que mandaba don Miguel Gastón en 1779, escribió y ensayó los *Rudimentos de Táctica* y las *Instrucciones y señales*, y siguió aplicándolas en la de D. Luis de Córdoba, cuya organización le era debida, como también el apresamiento del gran convoy inglés que hizo el 9 de Agosto de 1780 en el Canal de la Mancha, y la salvación de la escuadra combinada franco-española en la noche del 31 de Agosto del año siguiente; pues hallándose cerca de las Sorlingas con gran temporal, hizo el almirante francés señal de riesgo en la derrota, mandando vararla, lo que resistió Mazarredo por la confianza que tenía en sus personales observaciones astronómicas, obstinándose en seguir el rumbo á que navegaban, que era el acertado, como el tiempo comprobó; y dícese que reconociendo su error, el Conde de Guichen que mandaba las fuerzas francesas, dijo con ingenuidad digna de aplauso: «Yo iba á perder una armada que Mazarredo salvó.»

No fué esta sola la ocasión en que, haciendo alarde de los conocimientos astronómicos poco generalizados, por desdeñarlos los marinos como cosa que incumbía al Cuerpo de pilotos, ofreció demostraciones de su incuestionable utilidad, y dió golpe fatal á las preocupaciones de la rutina. En 1.º de Noviembre de 1780 se hubieran perdido con toda certeza las escuadras española, de 28 navios y 4 fragatas; francesa, de 38 navios y 20 fragatas, y el rico convoy de 130 buques que escoltaban, si el mayor general Mazarredo, según consta oficialmente, no las hubiera sacado de la peligrosa situación en que las puso la orden impremeditada de salida que dió el Conde de Estaing. Regresando á España en el invierno de 1782 con otra escuadra de 40 navios y 7 fragatas, que había operado en América, pudo por su cronómetro desmentir la situación de estina muy errónea de los pilotos y recalar con toda precisión sobre Cádiz. Lo mismo ocurrió dirigiendo la derrota de la escuadra combinada el mismo año hácia el canal de la Mancha. Con tiempo cerrado, se consideraban los pilotos españoles y franceses á 120 leguas del cabo Finisterre, el paso que Mazarredo afirmaba que habían de verlo al amanecer del día siguiente. Cumplida la predicción, que en el día puede hacer cualquiera con los elementos que han adelantado el arte de navegar, causó general asombro, y fué motivo para enaltecer su consumada inteligencia, singular en el acierto y en la seguridad de sus cálculos y observaciones.

En la época de sus servicios como jefe subordinado, se distinguió en otro terreno en el bloqueo de Gibraltar, ataque de las *Flotas* y combate con la escuadra inglesa del almirante Howe, y más aún en la desdichada jornada de Argel, en la que, según se dice en otro de los presentes bosquejos biográficos, el orden ejemplar en que tenía las tripulaciones, y la dirección que dió al precipitado embargo del ejército bajo el fuego enemigo, evitó un sangriento descalabro, logrando por encima llevar á la escuadra cerca de tres mil heridos y todo el tren de artillería.

Premió el Rey tan buenos y continuados servicios ascendiendo á Mazarredo á Jefe de escuadra á tiempo que la paz de 1783 los hacía ménos necesarios, con lo que, enemigo cual era del reposo, volvió á ocuparse de los libros y de la dirección de las compañías de guardias marinas; trazó un plan de estudios superiores para que los oficiales más dispuestos ó aficionados ampliásem el curso elemental y adquiriesen los conocimientos más elevados de la ciencia, y al propio tiempo se dió el exámen de los sistemas de construcción naval, cuyas respectivas ventajas se discutían; hizo en la mar repetidas pruebas comparativas, y redactó el *Informe sobre construcción de navios y fragatas*, que se ha conservado inédito.

En 1785 se le encargó la primera misión diplomática encomendada á negociar la paz con la Regencia de Argel, que se llevó á término, y en la confianza de que para todo servía, al regreso se le llamó á Madrid para redactar las Ordenanzas generales de la Armada, obra interrumpida por la guerra con la Gran Bretaña, para la cual, ya en categoría de teniente general, embarcó en 1789 en la escuadra del Marqués del Socorro, que cruzó constantemente sobre las costas de Portugal y Galicia, sin accidente notable hasta que se restableció la paz, que entonces reanudó la tarea de las Ordenanzas, empleando siete años en su labor. Pronto va á cumplirse un siglo desde la promulgación de ese código en 1793, y vigente todavía en su mayor parte, á pesar de las variaciones ocurridas así en el régimen y gobierno del Estado, como en el de las marinas; admira la concisión y elegancia del lenguaje, el orden de las materias y la sabiduría de los preceptos. Si Mazarredo no contara con otros títulos, el de autor de las Ordenanzas de la Armada le daría por sí solo puesto preeminente entre los hombres ilustres del siglo XVIII, por más que no fuera de aquellos con que él se envanecía, conceptuando el trabajo muy inferior al de las observaciones astronómicas, en que tanto se recreaba.

Durante la guerra con Francia, que se inició en 1795, mandó una escuadra en el Mediterráneo, que estuvo en un principio unida á la del general Lángara, y á la inglesa del almirante Hood, ocupando el puerto y arsenal de Tolón, y asistiendo á la defensa de Rosas. Posteriormente recayó el mando en jefe en Mazarredo, cuando el servicio se resintió de la salida del Ministerio del ramo del baillío Valdes, de respetable memoria por los inmensos beneficios de su larga é inteligente dirección. Acostumbrado á decir siempre la verdad al Gobierno sin disimulo ni reticencias, con aquella franqueza vizcaína que siempre conservó, hizo razonadas observaciones y formuló quejas por el abandono y falta de recursos en que estaban sus navios, presentando la dimisión del mando cuando vió desatendidas sus gestiones. A este acto se dió interpretación siniestra, mandándolo desterrado á Ferrol, con prohibición de entrar en la corte: orden funesta cuyas consecuencias se lloraron, habiendo ocurrido á poco el combate del Cabo de San Vicente con la escuadra inglesa, que fijó con luto la fecha del 14 de Febrero de 1797, como primera operación después del tratado de Basilea, que tuvo los amigos y los enemigos.

Cuando el ministro improvisor, recibió Mazarredo una solemne reparación, á que se asoció la opinión pública, mandándole trasladarse prontamente á Cádiz, reorganizar los restos de la escuadra y disponer la defensa del puerto, que era de esperar se viera amenazado por los ingleses victoriosos. En ménos de tres meses consiguió su actividad reponer las cosas á su manera, es decir, en el orden más cumplido, teniendo á punto la escuadra y organizadas en divisiones las fuerzas sutiles, que pronto llenaron su objeto, pues acercándose los enemigos con bombardas, que se situaban en la parte del Sur, las atacó bizarramente en las noches del 3 y 5 de Julio, obligándolas á levantar el campo y librando á la ciudad de los horrores de un bombardeo. Hizo además una salida con la escuadra, que tuvo en respeto á los ingleses, hasta que, reforzados con la escuadra del

Tajo, reunieron la imponente fuerza de cuarenta y dos navios, que bloqueó la bahía.

Nombrado capitán general del Departamento, alteró sus variadas atenciones trasladando el Observatorio astronómico, que se hallaba en Cádiz, al sitio que actualmente ocupa en San Fernando; fundó allí talleres de cronometría y de instrumentos náuticos con alumnos pensionados en París y Londres, y puestos á propuesta suya en aprendizaje con los maestros más acreditados; volvió á ocuparse de construcciones con motivo de la carena del navio *Hermenegildo*, que dió motivo para estudios y comparaciones; fomentó el arsenal, se ocupó de todo hasta que en 1799 pasó con la escuadra al Mediterráneo para unirla á la francesa que mandaba el almirante Bruix, consiguiéndolo en Cartagena, aunque ántes sufrió un terrible temporal sobre la costa de Africa que desarboló varios navios. De Cartagena á Cádiz, y desde este puerto al de Brest, navegaron juntas ambas escuadras sin incidente; allí recibió Mazarredo orden para entregar el mando á Gravina y pasar á Paris á concertar las operaciones con el Directorio, á cuyo efecto se le invitó con el carácter de embajador extraordinario y ministro plenipotenciario cerca del Gobierno francés, ó más bien del primer cónsul, Bonaparte, colocado por la revolucion en el poder. La franqueza de Mazarredo no era condicion de las mejores para entenderse con la solapada diplomacia del futuro Emperador, de cuyas insinaciones dedujo con toda claridad la inmensa ambicion del guerrero y los propósitos del político, directamente encaminados, por lo que toca á España, á una dominacion que empezaria por disponer en absoluto de las fuerzas navales. El, que jamas sufrió imposiciones, se opuso sin circunloquios ni rodeos á los planes que se le proponian, y sobre todo á la permanencia en Brest de la escuadra española, á lo que no ha tenido escrúpulo en publicar un historiador frances; esto es, que, simulando proyectos de ataque á los ingleses, fué conducida á aquel arsenal como trofeo pacífico y garantía de una alianza poco segura. No esperaba Napoleon tan abierta resistencia, y para vencerla acudió directamente á la corte de España, que no tuvo inconveniente en sacrificar al embajador, ordenándole que, dando por terminada la mision y dejando á la vez el mando que habia conservado de la escuadra, se restituyera al departamento de Cádiz. A esta primera demostracion de desagrado siguieron las de desatender las reclamaciones para salir de los apuros en que se veía por falta de recursos, y no pudiendo tolerarlos, solicitó la separacion del mando y la situacion de cuartel en Bilbao, que no bastaron á librarle de la ojeriza que en las regiones del Gobierno se habia despertado contra lo que se llamaba su tenacidad vizcaína. En Bilbao ocurrió una conmocion originada por intereses locales, que pudo tomar serias proporciones á no mediar la altísima consideracion y respeto que el general Mazarredo inspiraba. Su intervencion, solicitada por las autoridades, calmó

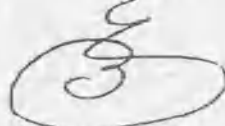
la efervescencia popular y previno un choque cuyas consecuencias no es fácil calcular; pero no se tuvo esto en cuenta en la corte; ántes al contrario, el prisma á través del cual se miraban las acciones del marino trocó en censura el acto meritorio, y sin consideracion á la edad y á los servicios de su dilatada carrera, se le hizo salir de la villa de un modo poco conveniente, señalándole residencia forzosa, primero en Santoña, y despues en Pamplona, puntos en que sirvió todavia á los progresos geográficos, dedicándose á las observaciones astronómicas ántes apuntadas.

Vuelto á Bilbao en 1807, le halló allí el alzamiento nacional, cuyo movimiento no siguió con la gran masa de los españoles; fué de aquellos pocos en número, pero de alta estimacion, que creyeron se debía ceder á una necesidad inevitable, de que la nacion reportaría ventajas y avance en el progreso de las ideas. Todo lo que la corte de Madrid hizo para mortificarlo utilizó Napoleon, con el conocimiento que tenia de su valer, para halagarlo y atraerlo á su partido, escribiéndole para que fuera á Bayona con los notables allí convocados, y exponiéndole allí el propósito de implantar el régimen constitucional, á que Mazarredo se inclinaba por conviccion. Vencido el coloso de Córcega, la pasion política calificó con poca generosidad los actos del ministro del *rey intruso*, por más que la equidad haga ver que fueron guiados por el espíritu recto de una conciencia limpia y por la tendencia benéfica de aliviar la suerte de los pueblos. Sólo en la Marina se conservó la memoria de que se debía al General la salvacion de las escuadras, la organizacion y manejo de las mismas, que dió á España superioridad en la guerra de 1779 á 1783; los adelantos de la hidrografía, de la arquitectura naval y del régimen de las tripulaciones; la reforma de los estudios teórico-prácticos de las academias, y la formacion en su escuela de los mejores jefes y oficiales, que siempre tuvieron por él amor y respeto.

En la época de su valimiento prestó el último servicio, grande como todos los suyos, porque perdida la batalla de la Coruña y obligado el ejército inglés á reembarcarse, invadieron las provincias de Galicia las tropas imperiales, y hallando en el arsenal de Ferrol once navios, cuatro fragatas y otros buques menores, quisieron llevarlos á Francia como buena presa, disponiendo al efecto un contraalmirante con oficiales y marina. Mazarredo lo impidió trasladándose inmediatamente al Departamento con órdenes del rey José, que hizo valer. De regreso en Madrid sufrió un ataque de gota de que murió el 29 de Julio de 1812, librándose, ya que no de las censuras, de la emigracion y la pesadumbre que padecieron los de su partido. La voz de D. Martin Fernandez de Navarrete fué la primera que se alzó para publicar que «la humanidad perdió en él un corazón dulce, candoroso y benéfico; la Marina, el genio que más la ilustrara en su época, y la nacion, un hombre ingenuo, activo y celoso.»

Facsimile de la firma.

Joseph de Mazarredo





DON FADRIQUE DE TOLEDO

(MARQUÉS DE VILLANTEVA DE VALDIVERA),

CAPITAN GENERAL.

MURIÓ EL 10 DE DICIEMBRE DE 1694.

Nieto del famoso D. García de Toledo, de que se hace breve mención anteriormente, é hijo segundo de D. Pedro, quinto Marqués de Villafranca, que también fué capitán general del mar Océano, D. Fadrique nació en Nápoles el año de 1580, y contrariando la voluntad de su familia, que pensaba dedicarlo á la carrera de las letras, por seguir sus aficiones, que se conformaban con la tradición de la familia, entró muy joven á servir en las galeras de aquel reino, que ofrecieron ocasión de repetidos encuentros con turcos y berberiscos. Alcanzó los empleos sucesivos de capitán y cuatralbo, y el de teniente de capitán general de las galeras de España. Acreditado con estos cargos, tuvo el de capitán general del mar Océano el año de 1618, con las

ó altas preeminencias anexas á tan elevado empleo, ocupándolo, por de pronto, en operaciones contra los berberiscos, llevadas á los puertos de Mogador y Santa Cruz de Agadir; mas habiendo roto el rey D. Felipe IV las treguas que existían con Holanda, y sabiéndose que una fuerte escuadra de esta nación había de dar escolta á las naos del comercio de Levante que se hallaba en el Mediterráneo, recibió orden de guardar el Estrecho é interceptar el convoy cuyo cargamento era muy valioso. Situado en el puerto de Gibraltar, y habiendo enviado orden urgente al almirante Vallecilla, que estaba en Lisboa, para que se le incorporase con los cuatro navios de su mando, los vientos contrarios lo impidieron, al paso que favorecían la marcha de los holandeses en sentido contrario. El día 6 de Agosto del 21, al mismo tiempo que por cartas enviadas desde Málaga se avisaba el paso del enemigo, los vigías de Ceuta y de Gibraltar señalaban la vista de treinta y una naves. Era de suponer que una parte de ellas, acaso la mayor, sería de flota mercantil; pero de cualquier modo, como D. Fadrique no disponía más que de nueve bajeles, era el caso de grave responsabilidad. Renvió en consulta el Consejo de guerra confiando en el concepto y la experiencia de los capitanes, la flor de la Armada española, que más tarde alcanzaron el generalato y buen renombre; todos creyeron que la desigualdad de fuerzas era muy grande y que el éxito del encuentro sería comprometido y dudoso; reconociéndolo el mismo jefe, pero considerando que á los principios de una guerra, aunque se aventure alguna cosa conviene á la reputación no esquivar un combate, y teniendo en cuenta que dejando el paso libre á los holandeses tropezarían con la división de Vallecilla y la destruirían, decidió probar fortuna, y se puso á la vela, muy en orden, en medio del Estrecho. Todo el día 9 estuvieron á la vista ambas escuadras, pareciendo que la de Holanda vacilaba en la resolución; pero al amanecer el 10 se observó que se había dividido en dos grupos; uno de ellos, compuesto de siete naves, se aproximó á la costa de España y á toda vela pasó el Estrecho; el otro, con los veinte y cuatro buques restantes, se dirigió hácia los nuestros, con las popas empavesadas y adornadas de colores, como quien celebra triunfo anticipado. Disparada la artillería, se aferraron las dos capitanas, y á su ejemplo los otros bajeles, peleando al abordaje; D. Fadrique tuvo la fortuna de rendir brevemente á las dos que tenía por ambos costados; embistió á una tercera, que sucumbió igualmente, y dirigiéndose á la cuarta, ésta embarrancó en la costa de Africa, sin poder ser alcanzada, porque sentidos los palos de la Real de los balazos, en una racha de viento se vinieron abajo y quedó sin movimiento aquella. La función estaba, sin embargo, ganada; todos los capitanes habían cumplido con su deber, y si bien á costa de no poca sangre, habían destruído cinco naves y llevaban á Cádiz como trofeo otras dos, una la capitana, hermoso bajel. Por esta primera victoria felicitó el Rey al General y le concedió el quinto del valor de las presas, perteneciente á la Corona, y el título de capitán general de la gente de guerra del reino de Portugal.

Dos años después fué á bloquear á los enemigos en el Canal de la Mancha, impidiendo sus expediciones; convoyó las flotas de Indias en la salida y llegada á las costas de España, y de paso hizo algunas presas á los moros. Se dispuso á nueva campaña en el verano de 1624, cuando llegó la nueva de haber entrado una escuadra holandesa en la bahía de San Salvador, en el Brasil, de haberse apoderado de la plaza y de disponerse á ensaachar esta conquista. A toda prisa dispuso el Rey que se alistáran fuerzas suficientes para recuperar un punto de tanta importancia, uniéndose, bajo las órdenes de D. Fadrique de Toledo las escuadras del Océano, del Estrecho, de Vizcaya, de las Cuatro Villas, de Nápoles y de Portugal, reuniendo entre todas cincuenta y dos bajeles, armados de 60 á 10 cañones. En ella se embarcaron toda suerte de pertrechos de guerra, artillería de buñ y cinco tercios de infantería, que con la

de á bordo componia un total de 12.600 hombres de mar y guerra, con acreditados jefes de uno y otro ejército, como Fajardo, Vallecilla, Acevedo, Rivera, Juan de Orellana, Pedro Osorio, el Marqués de Torrecauso, Almeida; mas por mucha que fuera la urgencia, no pudo salir la Armada de Cádiz hasta el 14 de Enero de 1625. Tocó en las islas Canarias y las de Cabo Verde para reponer la aguada, y el 27 de Marzo (Jueves Santo) avistó la costa del Brasil, recibiendo aviso de las fortificaciones hechas por el enemigo, y disposición de las treinta y dos navios que tenia en la bahía. En ésta entró la Armada el sábado 29 hasta llegar á tiro de cañon de los fuertes y buques enemigos, que dió fondo, y al amanecer el día siguiente desembarcó la infantería sin gran oposicion; corriendo á ocupar las alturas dominantes. Las operaciones de sitio se llevaron adelante con rapidez, aunque con sensibles pérdidas, porque los enemigos disputaron valientemente las obras avanzadas, y con frecuentes salidas procuraron detener los aproches; con todo, al cabo de un mes estaban las trincheras en el foso y en disposición de asaltar por cuatro partes distintas, momento en que los cercados pidieron capitulacion, procurando sacar la posible ventaja. Don Fadrique les concedió el regreso á Holanda, conservando los oficiales sus espadas, y la ropa de vestir todos, y firmados los capitulos el 30 de Abril, rendidas armas y banderas, entró en la ciudad, donde se encontró riquísimo botin almacenado para su transporte á los Países-Bajos, siendo los prisioneros 2.000 hombres holandeses, ingleses y franceses y 600 negros, mucha artillería, municiones y viveres.

Reparados y guarnecidos los fuertes, á 19 de Mayo se descubrió un crucero holandés que se aproximaba á reconocer la bahía; los nuestros le persiguieron y apresaron, y lo mismo á otro que se presentó á los pocos días, sabiendo por ellos que eran descubridores de una armada holandesa de treinta y cuatro navios, despachada al socorro de la plaza. Previno D. Fadrique á los fuertes de la entrada que no hicieran fuego, para que, en la idea de que aquella resistia aún, entráran los enemigos en la bahía, y así sucedió; mas muy luego vieron el estandarte de Castilla en la capitana y en las torres de la ciudad, y tomaron la vuelta de fuera. La escuadra de Nápoles, con diez y seis navios, fué la primera en dar la vela en su seguimiento, rompiendo el fuego á distancia: era el viento escaso y la mara ontrante, con lo cual se fué sobre los bajos un galeon de Vizcaya, que tuvo que picar los palos; los demas desmayaron con este accidente y dejaron escapar á los holandeses, á la vez que la ocasion de duplicar la victoria con un golpe de mucha consideracion. En el consejo de guerra que reunió don Fadrique alegaron los capitanes el riesgo de aventurar un combate temiendo tan gran número de prisioneros, con otras razones de poco peso. Acaso en la del botin de la ciudad se encontraria la que verdaderamente influyó para no capturar una armada que, ya dentro de la bahía, debía considerarse perdida.

Satisfechos con la primera victoria, salió la Armada á la mar el 1.º de Agosto, tocó en Pernambuco, y sabiendo que la holandesa hacia rumbo á su país con pérdida de cuatro navios que embarrancaron en la costa, encaminó el suyo á España con las presas, llevando los prisioneros en cinco ureas. El viaje fué muy trabajoso, tuvo varias incidencias como escasez de viveres, abandono de un buque que hacia agua, y temporal que obligó á embocar el Estrecho de Gibraltar y fondear en Málaga el 24 de Octubre; contratiempo providencial, pues que allí supo D. Fadrique que la armada inglesa, con ciento y tantos navios, estaba sobre Cádiz y Rota, y de haber entrado en aquel puerto, hubierase sido destruida por fuerza tan superior.

Bien quisiera el General descansar algo en su casa, como era justo tras de tan larga campaña, pero si bien por ella recibió encarecidas gracias del Rey, al mismo tiempo se le dijo que urgía preparase la Armada para operar sin pérdida de tiempo, acudiendo primero al socorro de la Mamu-

ra sitiada por los moros, y despues á las islas Terceras, á esperar los galeones de D. Lope de Hoces, á cuyo encuentro habian ido los enemigos; por último, en auxilio de los franceses, que trataban de recuperar la isla de Re y de tomar la Rochela, plaza de los hugonotes, apoyados por los ingleses. En estas comisiones empleó los años de 1626 y 27, volviendo á la guarda del Estrecho y escolta de las flotas, hasta el 29, que consiguió la suspirada licencia, muy breve, porque las depredaciones de bucaneros y filibusteros en las Antillas levantaban un clamoreo general, que habia que atender enviando la Armada. El 14 de Agosto salió por tanto de la bahía de Cádiz, con diez y siete galeones, que dieron nuevo crédito á las armas de España en jornada breve y felicísima.

Uegando el 17 de Setiembre sobre la isla de Nieves, una de las ocupadas por los filibusteros, sorprendió en el puerto diez buques corsarios, que intentaron huir, aunque sólo dos lo consiguieron; los otros ocho fueron tomados al abordaje, y desembarcando D. Antonio de Oquendo con la gente de su galeon, tomó un fuerte con dos piezas, con lo cual parlamentaron los ingleses del resto de la isla, y se rindieron á discrecion. Pasó la Armada á la isla de San Cristóbal, que guarnecian ingleses y franceses; los primeros tenian un fuerte bien situado en la parte del Sur, con 22 piezas de artillería gruesa y nueve pedreros, siendo la guarnicion de 1.600 hombres. Los franceses ocupaban dos fuertes: uno, á nueve millas del anterior, con 11 piezas, y otro en la parte del Norte, inaccesible para barcos grandes. Reconoció don Fadrique los puntos de más fácil desembarco, y aunque el temporal no le favorecia, puso la gente en tierra, arrojando á los que lo quisieron impedir, que luyeron desmoralizados y arrastraron á los de uno de los fuertes, incendiándolo y metiéndose en el bosque. Sigueron los nuestros al alancear con tanto calor, que algunos se asfixiaron. Del fuerte ocupado se sacaron las piezas, y en el tiempo en que se trabajaba desmantelándolo, pidieron parlamento los ingleses, y á vuelta de conferencias y peticiones se rindieron á discrecion, entregando 129 cañones, 42 pedreros, 1.350 fusiles y las correspondientes municiones. Para concluir, el tercer fuerte de los franceses, llamado *Richelieu*, se rindió del mismo modo, aumentando con 14 cañones la artillería tomada en tierra y mar. Desplacados á Inglaterra los 2.300 rendidos en las dos islas, en seis buques, á condicion de abonar su valor, el 4 de Octubre dió la vela la Armada para Portabelo y la Habana á recoger el tesoro y reunir la flota, con la cual entró felicemente en Sanlúcar y Cádiz el día 1.º de Agosto de 1630, trece ántes de cumplir el año de su salida.

Venia D. Fadrique muy satisfecho de su expedicion, que no era para ménos, y se le hizo muy duro que, con cédula de S. M., se sometiese su capitana á las formalidades del registro con tal escrupulosidad, que se pidieron las llaves de la cámara que habitaba y las de sus buques y muebles; se sometió, sin embargo, á las órdenes, protestando de que no se hiciese la excepcion que correspondia á su dignidad, reflejo del que se la habia conferido. Hasta fines de 1633 continuó con el mando de la Armada, guardando las costas y haciendo un viaje á Flandes para llevar al cardenal infante D. Fernando, hermano del Rey, cuando fué á encargarse del gobierno de aquellos Estados; y entónces, á repetidas instancias, se le acordó licencia para pasar á su casa en la corte, con lo que acabó la carrera y la vida bien distinguida de la que pudiera esperar el que era llamado *Maria española*.

Consta en autos que en 6 de Mayo de 1634 se trató en el Consejo de la defensa del reino y se consultó á S. M. la necesidad de que D. Fadrique de Toledo marchase inmediatamente á la costa de Portugal, de que era capitán general; que se le dió orden de partir, y que elevó memorial á S. M., exponiendo que desde que empezó á servir no habia disfrutado más que dos meses de licencia, y habia estado constantemente alejado de su casa, á resultas de lo que se ha-

habían sus intereses en el peor estado. Con el título de Marqués de Villanueva de Valdueza que le concedió el rey don Felipe III, había fundado á su favor vínculo y mayorazgo su padre, D. Pedro de Toledo, agregando los señoríos de las villas del Congosto, Pieros, San Juan de Mata, tierra del Vierzo y alcabalas de varios pueblos; pero no estando á la vista de los requisitos de fundación, no se habían llenado todos, y en cambio habían surgido pleitos enredados que le habían privado de las rentas y obligado á desembolsos considerables, aparte de los que requería el decoro de su casa y el de su propia persona á bordo. Con su peculio había tenido también que atender al socorro de sueldos y raciones de la Armada, que debía reclamar de la Hacienda; y para todo ello suplicaba se le diera licencia para permanecer en su casa, como era justo y se había concedido á otros capitanes generales sus antecesores. Preguntado qué tiempo estimaba necesario para el arreglo de sus asuntos, contestó que en mucho dependía del favor que prestara S. M. al despacho de ellos, y que no creía posible fijarlo. Se le señaló entonces un mes; cumplido éste, prórroga de quince días para marchar sin réplica ni excusa; después, plazo de veinticuatro horas; y como á todas las intimaciones repitiera memoriales con los justificados motivos que le impedían, fué preso en su casa y enviado á la villa de Santa Olalla á principios de Setiembre, poniéndole guardian. La incomodidad del alojamiento, sobre el disgusto de las vejaciones, desarrolló en él una enfermedad grave, vista la cual se le permitió trasladarse á Mostoles primero, y después á Madrid, siempre que no fuera á su casa. El Consejo expidió orden para que tampoco fuera admitido en las de sus parientes, instalándose en 5 de Octubre en la de su secretario de la Armada. En tanto seguían las declaraciones y otras diligencias de la causa que se le formaba por desobediencia á las órdenes de S. M., habiendo entre aquéllas algunas en que, con copia de títulos y despachos, se certificaban los ascensos, recompensas y sueldos disfrutados, haciendo constar que por la jornada del Brasil se le concedió la encomienda de Valdericote en la Orden de Santiago, y por la de las Antillas, la encomienda mayor de Castilla en la misma; que se le obligó á optar entre las dos capitánías generales de la armada del mar Océano y del reino de Portugal, eligiendo la última, con otros pormenores que indican gran ensañamiento; y que sorprendieran al que repasa los autos y considera los grandes servicios del encausado, si otros papeles de la época, singularmente los reunidos en la colección de los de Jesuitas que conserva la Real Academia de la Historia, no dieran la clave del enigma, poniendo en claro lo que significan las actuaciones judiciales.

El hecho es que el éxito de la recuperación de San Salvador y la feliz campaña de las Antillas, que acabó trayendo á España un tesoro que algunos valían en 19 millones de pesos, dió en el ánimo del Rey gran estimación á D. Fadrique de Toledo. Su venida á la corte en estas circunstancias despertó la suspicacia y los celos del Conde-Duque de Olivares, favorito omnipotente, que se propuso

alejar una influencia perjudicial á la suya. La ocupación de Pernambuco por los holandeses, que habían vuelto con mayores fuerzas al Brasil, le ofrecía pretexto para intimar al Capitan general de la armada del Océano que se dispusiera á desalojarlos de allí, preparando desde el momento nueva expedición. Con este motivo se cruzaron varias cartas entre el Ministro y el General, encareciendo el primero el aparato de la defensa, y alegando el segundo la equidad de concederle algun reposo, habiendo otros generales beneméritos que pudieran conducir la empresa. Agriándose los términos de la correspondencia, el Conde-Duque, á vuelta de términos secos, escribió al General que recordase haber ganado en el servicio del Rey caudal y honores, frase mortificante, que fué contestada por D. Fadrique observando « que había servido á S. M. gastando su hacienda y su sangre, y no hecho un poltron. » Pareció al Ministro trasparente la alusión, y de aquí el proceso, prision y vejaciones de toda especie con que quiso doblegar al que se atravesaba en su camino. Los trámites se llevaron con toda celeridad, no obstante ser notoria la grave enfermedad de D. Fadrique, y aun hubo de emplear toda su influencia la mujer de éste para conseguir que en este estado no se le notificase personalmente la sentencia que recayó, por desobediencia á las órdenes de S. M., de diez años de destierro de los reinos de Castilla, multa de 10,000 ducados, pago de las costas, privación de todos los títulos, mercedes, encomiendas y rentas, é inhabilitación para todo cargo público. Mandóse al propio tiempo que el Duque de Alba y el Condestable de Navarra, sus parientes, saliesen de la corte con sus casas.

El interesado no llegó á saber que estaba incurso en estas penas; agravándose la enfermedad, murió, con general sentimiento de la Corte y el reino, el 10 de Diciembre de 1634, cumplidos los cincuenta años de su edad. Sobreviviendo la saña del Ministro, negó la guardia que la familia solicitaba para el cadáver, y mandó deshacer el túmulo que estaba preparado para los funerales en la iglesia del Colegio imperial de la Compañía de Jesus, siendo necesario hacer el entierro con secreto y despedir á todos los que habían acudido para el cortejo; pero el pueblo, amante por lo general de la justicia, aprovechó la oportunidad para una solemne manifestación de respeto, agolpándose en la casa del finado y en el tránsito del féretro, hasta dejarlo en la capilla y bóveda de la Congregación, en la referida iglesia, donde sólo habían tenido acceso oficial los parientes más cercanos y algunos marinos que quisieron rendir el último tributo á su querido General.

El tiempo corroboró la injusticia de la sentencia; derribado el favorito, el Rey rehabilitó la memoria del Capitan general del mar Océano, devolviendo á la familia los honores que había alcanzado con su desinteresado y constantes servicios, y dando á D. Fadrique de Toledo el lugar que mereció como una de las figuras prominentes de la historia de la Marina.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

Fócsimile de la firma.

Fadrique de Toledo



FLORES DE MAYO. — DISEÑO ORIGINAL DE L. FORLE |



EL SOL ⁽¹⁾.

La hermosa tierra de España hace pensar en el Sol, á la manera que un perfume delicado evoca el recuerdo de las flores. La contemplacion de los opulentos paisajes en que vemos á las verdes praderas suceder á las selvas sombrías; á los suaves vallecillos extenderse al pié de rudas montañas; á las limpiadas fuentes caer en bullidoras cascadas ó murmurar entre las flores; á las llanuras cubiertas de sazonadas mieses ó de árboles cargados de sabrosísimos frutos; toda esa soñadora contemplacion de la Naturaleza en las plácidas horas en que la tierra parece alegrarse de vivir bajo un cielo límpido y trasparente, mientras que, como un hálito embalsamado, el viento de los bosques destilase sobre su superficie, acariciando á los seres y á las cosas; esa contemplacion, digo, nos eleva hácia la causa de la vida universal que nos rodea; hácia ese Sol radiante, cuyos rayos inextinguibles bañan tantos años hace nuestro planeta, que gravita en medio de su luz y su fecundidad.

¡Divino Sol! El ignorante le admira, porque siente los efectos de su potencia; el sabio le aprecia, porque ha aprendido á conocer su importancia, única en el sistema del mundo; el artista le saluda, porque ve en su esplendor la causa virtual de todas las armonías. Pero ¡cuán superior es el conocimiento científico de esa colosal hoguera á todos los poéticos ideales que de ella nos forjábamos en tiempos remotos! La mitología antigua nos le representaba como un globo de llamas, arrastrado por cuatro fogosísimos corceles; actualmente sabemos que este globo es más voluminoso que toda la Tierra, y en proporcion tal, que la fantasía más atrevida queda anonadada ante esta grandeza, puesto que serían necesarias no ménos de 1,280,000 Tierras reunidas para formar un globo de la dimension del Sol. ¿Y qué diríamos de su peso? Si se colocase el astro del día en el plato de una balanza bastante gigantesca para poder recibirla, sería preciso anontonar en el otro 324,000 Tierras para establecer el equilibrio. ¡Y qué luz, qué calor, qué energía en ese astro esplendoroso! Al calor de nuestros hornillos artificiales; en nuestras fraguas, alimentadas por un fuego infernal; en medio de nuestros foros de calor más poderosos, la plata entra en fusión á 1,000 grados; el hierro, á 1,500; el platino, á 1,750; la industria humana ha llegado á producir temperaturas hasta de 2,500 y de 3,000 grados. Y bien: todo este calor es hielo al lado del Sol; el calor emitido por este astro en cada segundo es igual al que resultaría de la combustion de once cuatrillones seiscientos mil millones de toneladas de carbon de piedra quemándose á la vez. Este calor podría hacer hervir dos trillones novecientos mil millones de kilómetros cúbicos de agua por hora, suponiendo el agua á la temperatura del hielo.

¡Ensayad, si podeis, haceros una idea de esta enormidad! ¡Que empresa la hormiga absorber el agua del Océano!

La imaginacion se confunde ante este esplendor. El telescopio nos muestra que la superficie del astro está en constante movimiento, como las olas de un mar muy agitado. Nuestras tempestades más violentas, nuestros huracanes

más desencadenados, nuestros ciclones más furiosos son curcias y sonrisas en comparacion con lo que pasa en el Sol y en su atmósfera. Y cuenta que nuestros huracanes soplan con una violencia de 160 kilómetros por segundo. Explosiones formidables, erupciones fantásticas, lanzan en los aires incendiados masas de gas hidrógeno y de diversas sustancias, más voluminosas que la Tierra entera, hasta una altura de 100, 200 y 300,000 kilómetros, y desde nuestro globo observamos esas explosiones destumbradoras, que á veces determinan la caída sobre la superficie solar de lluvias igneas, ante las cuales la catástrofe de Pompeya y Herculano no es más que un juego de niños, pues la Tierra toda sería sepultada y reducida á cenizas por una de ellas en ménos tiempo del que emplearéis en leer estas líneas.... Observando el astro, se ve cómo se forman acá y allá manchas cuyo tamaño es cinco veces, seis veces, diez veces mayor que el de nuestro planeta. A la manera de un fuego perpétuo, el globo incandescente lanza en torno de sí, en el espacio, olas de luz, que van á llevar la fecundidad á todos los mundos; él es, verdaderamente, el corazon del organismo planetario, y puede decirse, sin metáfora, que sus vivificantes latidos alimentan en todo el sistema la circulacion de la vida. Gira sobre sí mismo en veinticinco días y medio, pero no de una manera uniforme, pues sus regiones ecuatoriales dan vuelta más aprisa que sus regiones polares, como si una corriente arrastrase esta superficie líquida con velocidades que dependiesen de la latitud; de tal suerte, que la rotacion que se opera en veinticinco días en el Ecuador no se cumple sino en veintiocho hácia los 50° de latitud. Al propio tiempo que gira sobre sí mismo avanza en el espacio con una velocidad grandísima, arrastrando en su torbellino la Tierra y los demas planetas que le pertenecen. De este trasporte del Sol en el espacio resulta la curiosa consecuencia de que, desde que la Tierra existe, no ha pasado dos veces por el mismo camino. En efecto, la Tierra gira alrededor del Sol á la distancia de 37 millones de leguas, y describe así anualmente una órbita de 241 millones de leguas; lo que prueba que recorremos en realidad 643,000 leguas al día, 106,000 kilómetros por hora, y 29 kilómetros por segundo; velocidad mil y cien veces más rápida que la de un tren *express*, y setenta y cinco veces más vertiginosa que la de una bala de cañón. Pero como al mismo tiempo el Sol arrastra todo su sistema á través del espacio, cuando al cabo de un año vuelve la Tierra al punto de su órbita donde se encontraba el año precedente, el Sol ha marchado más de cien millones de leguas; de suerte que, en vez de dibujar una órbita cerrada, la línea real seguida por la Tierra en el espacio presenta una serie de espirales que se hunden en el infinito. Por otra parte, este viaje de la Tierra y del Sol por la inmensidad; este movimiento en espiral de nuestro planeta, que parece horadar el infinito como el tornillo de Arquímedes, podría continuarse durante toda la eternidad, pues no hay fronteras ni límites para lo incommensurable; hácia cualquier punto de la inmensidad que nos dirijamos, abajo, á lo alto, á derecha ó á izquierda, podríamos dirigir nuestro vuelo infatigable, sin ser detenidos jamás por término alguno; el horizonte huye á medida que se le persigue, y el insondable espacio permanecería perennemente abierto ante nuestra vista deslumbrada.

(1) El presente artículo ha sido escrito en francés, por el popular astrónomo M. Flammarion, expresamente para nuestro ALMANAQUE.—(N. de la R.)

La potencia del Sol es la que nos sostiene en el espacio y nos hace gravitar en la fecunda luz del astro central. La Tierra es hija del Sol, como sus hermanos los demás planetas, y el padre asienta en medio de su familia, hoguera universal de donde proceden toda fecundidad y toda vida. El es la fuente inagotable de donde manan todas las fuerzas que ponen en movimiento la Tierra y su vida orgánica. Su calor es el que hace correr á los vientos; á las nubes subir; seguirá á los ríos su curso; crecer á los árboles de la selva; madurar á los frutos, y vivir al hombre mismo. Todo lo que anda, circula y se agita sobre nuestro planeta es hijo del Sol. El vino de España, que chispea en la cristalina copa; el melocoton perfumado, la succulenta pera, son otros tantos rayos de sol condensados. La leña que en el invierno nos calienta, el carbon de piedra que alimenta las máquinas de vapor, no son otra cosa que sol en fragmentos. El Sol es quien renueva el aire con su soplo; quien se desliza en la corriente de agua; quien gime en la tempestad; quien canta en la garganta infatigable del ruiseñor; sin el Sol no habría líquidos ni flúidos; todo permanecería inmovilizado en la muerte mineral.

Nosotros recibimos el Sol bajo la forma de calor y en forma de calor nos deja; pero entre su llegada y su partida ha hecho nacer potencias variadas que animan el mundo.

Si ese astro fuera todavía más poderoso, más enérgico, más fecundo, la vida sería más prodigiosa todavía y más rápida; si fuera aún más pesado, la Tierra giraría más deprisa alrededor de él, y nuestros años serían más breves: el año podría quedar reducido á ocho meses, á seis, á ménos todavía, con gran disgusto de los espíritus laboriosos, que encuentran que el tiempo transurre con demasiada rapidéz. Si, por el contrario, el Sol perdiera de su peso, la Tierra, conducida por un brazo ménos potente, circularía con ménos rapidéz, y nuestros años podrían extenderse á quince meses, á diez y ocho ó á veinte y cuatro, para mayor felicidad de las damas, que despues de sesenta años de vida, se encontrarían con que no contaban más que treinta, cosa que, segun se asegura, les sería por extremo agradable. La atracción se ejerce en razon directa de las masas, y el peso de todo astro puede calcularse por la velocidad con que hace circular un peso cualquiera que gravite en torno de él. Así es como pudimos determinar hace algunos años el peso de una estrella doble, perdida á millares de millones de leguas en las profundidades del cielo; estrella al parecer tan pequeña, que se la distingue apenas á la simple vista, y cuyo peso equivale, sin embargo, al de cerca de un millon de Tierras como la nuestra.

Siendo el Sol 1.280.000 veces más voluminoso que la Tierra, pero solamente 321.000 veces más pesado, demuéstrase que está compuesto de materiales ménos densos que los que forman nuestro planeta, y que la densidad de un metro cúbico de sustancia solar equivale, por término medio, á la cuarta parte de la de un metro cúbico de sustancia terrestre. El globo del Sol pesa un poco más que otro de agua de sus mismas dimensiones. Debe ser líquido hasta su centro. La atmósfera que le rodea está impregnada de vapores de todos los elementos en combustion en su superficie; el análisis espectral nos ha revelado ya la naturaleza de estas sustancias, entre las cuales se ha reconocido la mayor parte de las que existen en nuestro propio planeta.

Este astro prodigioso ¿se consume á sí mismo? Es probable que así suceda. Pero no tenemos que preocuparnos todavía de cuál será su fin, pues indudablemente puede brillar aún durante millones de años. Llegará un día, sin embargo, en que su calor y su luz agotadas no dejarán resplandecer en el cielo más que una pálida antorcha, que de siglo en siglo se irá cubriendo con un velo tétrico y sepulcral. Entonces nuestro pobre mundo, huérfano del sol vivificador, verá su vida, ántes tan alegre y lujuriosa, extinguirse lentamente desde los polos al ecuador; rechazadas por las nieves en su movimiento de avance, los pueblos emigrarán insensiblemente hácia los últimos climas ecuatoriales, y

hasta el día en que la última familia humana, cobijada bajo un cielo sin sol y sin luna, frente á frente de un mar de hielo, se duerma con el último sueño. Y la Tierra, muerta, seguirá gravitando alrededor del Sol extinguido, sin que ninguna losa fúnebre indique el lugar de su tumba; sin que crónica alguna, ninguna historia, ninguna inscripción conserve el menor vestigio de las glorias y de las grandezas, de los amores y de los odios, de las ambiciones y de los sueños que durante tantos siglos se habrán sucedido sobre este pequeño planeta, borrado para siempre del gran libro de la vida.... Y entonces, como hoy, millones de soles y de tierras habitadas gravitarán en el infinito; entonces, como hoy, la naturaleza será grande y bella, y la muerte del Sol, de la Tierra y de los otros planetas de nuestra familia solar no impedirá al universo subsistir eternamente en su grandiosa magnificencia.

Pero cuando estos acontecimientos lleguen, la Tierra no será ya lo que es hoy. Las naciones que existen actualmente habrán desaparecido, desde mucho tiempo ántes, de la escena del mundo; no habrá ya españoles, ni franceses, ni italianos, ni ingleses, ni alemanes, y el anticuario que tratase de descubrir los vestigios del pasado, tropezaría, para hallar los restos de París, de Madrid, de Roma ó de Londres, con las mismas dificultades que nosotros en esta época para encontrar los de Méphis, de Ecbatan ó de Babilonia.

La humanidad misma habrá sido transformada física y moralmente: en nuestros días ella misma se encarga de probar que todavía no ha alcanzado la edad de la razon; pero entonces habrá atravesado los linderos de la edad madura, llegado al apogeo de la ciencia, y sin duda á la declinacion de la vejez, pues el destino de cada humanidad debe estar en correspondencia directa con el del planeta en que habita.

Agreguemos ahora, para completar este bosquejo general sobre la naturaleza del Sol y sobre su papel en el universo, que la distancia que se extiende desde la Tierra al Sol es uno de los elementos astronómicos más seguros y mejor determinados.

La ciencia ha llegado, por seis métodos distintos, é independientes los unos de los otros, á establecer con certeza que esta distancia es de 148 millones de kilómetros, ó de 37 millones de leguas: este camino está medido con tanta exactitud como el que conduce de París á Madrid. Pero una línea de tal extension escapa tan asombrosamente á las apreciaciones habituales de nuestro espíritu, que es extraordinariamente difícil el formarnos una idea de ella. Tal vez lleguemos á conseguirlo midiendo este espacio por el tiempo que un móvil emplearía en recorrerlo. Así, por ejemplo, hablabamos poco há de las explosiones formidables que cotidianamente se producen en la superficie de aquel horno colossal; estas explosiones deben hacer un ruido espantoso, del que no puede darnos idea ni el mismo trueno. Pues bien, si el espacio que nos separa del Sol pudiera transmitir el sonido hasta aquí con la velocidad ordinaria con que el aire transmite los sonidos (340 metros por segundo), no oiríamos el estrépito de una conflagracion de los fuegos de artificio que se disparan en el Sol sino ¡trece años y nueve meses despues de producido!

Un tren de camino de hierro, viajando sin detenerse con la velocidad constante de 60 kilómetros por hora, no llegaría al Sol sino al cabo de 266 años. Partiendo el 1.º de Enero de 1881, llegaría al término de su viaje en el año 2147. Atendida la duracion máxima de nuestra existencia, la expedicion sideral no llegaría sino en su séptima generacion, y sólo la décimacuarta podría regresar á la tierra para traer noticia de lo que sus antepasados hubieran visto en el globo solar.

La luz del Sol no emplea más de ocho minutos en recorrer esta enormísima distancia, dado que atraviesa el espacio á razon de 300.000 kilómetros por segundo.

Ahora bien—y aquí darémos por terminado nuestro sumario trabajo—este gigantesco foco de luz, de calor, de electricidad, de magnetismo, que nos ilumina, nos calienta

y nos hace vivir, á semejante distancia de él, no es más que una estrella, y cada una de las estrellas que vemos brillar en la noche silenciosa es un verdadero Sol, no ménos importante que el que nos alumbra. La estrella *más próxima* á nosotros es un espléndido sol doble, que está 220.000 veces más lejana que nuestro Sol, y se cierne á ocho trillones de leguas de la tierra.

Todas las demas estrellas diseminadas á través del infinito se hallan aún más lejanas, y por eso, siendo soles, nos presentan el aspecto de estrellas. Decíamos que el estampido de una explosion solar tardaría 266 años en venir del astro del dia; pero necesitaría tres millones de años para

venir desde la más cercana de las estrellas. En cuanto á nuestro tren *express*, emplearía sesenta millones de años en recorrer el mismo trayecto.

Desde hoy más, nuestro espíritu engrandecido debe contemplar en el cielo, no ya puntos brillantes suspendidos de una bóveda; no ya la inmovilidad, el silencio y la muerte, sino millones de soles rodeados de millones de planetas, y derramando en derredor, á través de lo infinito, la luz y el calor, que son en la vida la fecundidad y la alegría.

CAMILO FLAMMARION.

Paris, 1880.



EL DOCTOR NORDENSKIÖLD,
QUE DESCUBRIÓ EL PASO DEL NOROESTE CON EL BUQUE «VEGA», EL 20 DE JULIO DE 1879.



LOS DOS SIETES.

I.

Siete y siete son catorce
Sumados verticalmente ;
Pero puesto uno tras otro,
Hacen *once veces siete*.

Es número apocalíptico,
De cábala y sonsonete,
Y al que llega á disfrutarle
Le hace *setentón* dos veces.

Pendiente de dos escarpas
El vital hilo mantiene,
Esperando á que le rompa
La guadaña de la muerte.

Tal con mi fe de bautismo
Aquel número se aviene,
Como nacido en el tres
De este siglo diez y nueve.

Señor editor, amigo,
Con aquestos precedentes,
¿Parécete á V. liviano
El empeño en que me mete ?

Pedir versos á esta edad
Es pedir jamon al viérnes,
Es pedir al olmo peras
Y azucenas á Diciembre.

¿Quiere V. que en su ALMANAQUE
Del *ochenta y uno* alterne
Quien puede ser su gemelo,
Con el coro de las Nueve ?

Pidiéramelo en buen hora
Por los años treinta y siete,
Cuando empuñaban mis manos
El tirso de cascabeles ;

Mas hora que roto yace,
Sirviendo sólo el pobrete
Para ornar en su portada
Las *Escenas Matritenses* ;

Y despues que en las *Memorias*
De un *setentón*, más recientes,
He agotado el poco jugo
De mi escuálido caletre ;

Vetusto actor jubilado,
¿Quiere V. que me presente
En las tablas á arrostrar
Los chicheos de la plebe ?

Pero, al fin, mi voluntad
Es grande ; ¡así fuera fuerte !
Y suscribo á su demanda,
Ganoso de complacerle.

Alto, pues, péñola mia ;
A mi yerta mano vuelve,
Y si no una *satirilla*,
Inspírame un *Miserere*.

II.

DON BLAS EL FILÓSOFO.

—Adios, córte, que me mudo,
Harto de ver tus miserias,
Cansado de tu falsía,
Escándalos y flaquezas.

No más quiero ser testigo
Del baldon, la desvergüenza
Del ignorante atrevido,
Del discreto sin conciencia.

En tus dorados salones
Y en tus miserias viviendas,
La atmósfera corrompida
Ruindades tan solo engendra.

Aquí es virtud la osadía,
Y la timidez, flaqueza;
La intriga al mérito vence,
Y al talento, la destreza.

Amor, virtud, patriotismo,
Son aquí palabras huecas;
Disfraces de otros instintos,
De otras pasiones caretas.

*Omnia pro dominatione
Serviliter* es el lema
Que del sagaz cortesano
En el escudo campea.

Por él empuña la espada,
Por él brilla su elocuencia,
Por él maneja la pluma,
Ó en la alta tribuna truena.

Por él adula al poder,
Ó bien le hace cruda guerra;
Por él alucina al pueblo,
Y, ó le somete, ó subleva.

¿Veis á esos hombres de pro,
Alrededor de una mesa,
En banquete fraternal,
Entre brindis y ternezas?

Pues en todos y cada uno
Bulle constante la idea
De derrocar al rival,
De suplantar al colega.

Envidia, ambición, rencores,
Los móviles que aquí imperan,
Y todos los medios son
Buenos, si al fin se enderezan.

Y todo por alcanzar
Del poder alguna pieza;
Por lisonjear el orgullo,
Por ostentar la soberbia.

¡Pobre aldea de mi vida!
¡Cuán distinta es tu existencia!
¡Cuán apacible tu trato!
Tu condición ¡cuán modesta!

Abre tus amantes brazos
Para estrechar mi ternera,
Y oír de un desengañado
La voz amiga y sincera.

Adios, pues, ¡oh confusión,
Oh córte! ¿Quién te desea?
Yo soy el nuevo Argensola
Que te apostrofa y te increpa.—

Con tan santa indignación
Hablabá Don Blas Gurra,
Tronando, nuevo Catón,
Contra la vil corrupción
De la córte lisonjera.

Pero tropezó Don Blas
Con un lote de los buenos,
Y resultó..... ¿qué dirás?
Que hubo un filósofo *ménos*,
Y hubo un cortesano *más*.

RAMON DE MESONERO ROMANOS.



EL CUADRO DE MURILLO.

FRAGMENTO.

Si ustedes alguna vez preguntan en la calle de la Canoa, de Méjico, por Mateo Repelos—que es mi nombre, para servirlos—sabrán que llegué á distinguirme entre los dueños y administradores de almoneda, no sólo por la tirantez con que compraba y la estimacion con que vendía, sino tambien por mi tino en la eleccion y la colocacion de las mil y una baratijas y de los inclasificables cachivaches que constituyen lo que en mi tiempo se llamaba almoneda, y que hoy, tomando un nombre más oriental, comienza á denominarse bazar. Desde el pobre ajuar del capitán retirado á quien no pagan sus alcances, hasta la vajilla de China de la vinda rica que viene á ménos; desde los retratos de familias extinguidas hasta el grabado de Lutero ó de Pepe Botella, colocado en su marquitó negro de madera; desde la antiquísima jeringa de cobre vaciada en el molde de las primitivas piezas de artillería hasta la cajita de pino de nuestros abuelos, pintada de verde, y el bionbo de lienzo con las aventuras de Pedro Urdemalas, no hay antigualla ni objeto indefinible á que el almonedero, por temperamento ó inclinacion, no haga postura, cuyos usos y aplicaciones no estudie, y de los cuales no salga, con el transcurso del tiempo, perdiendo ó ganando dinera. Tambien dirán á ustedes que mi especialidad favorita son las pinturas; que conozco la nomenclatura de las más famosas existentes en los Museos de Europa y en los principales conventos de Méjico y Puebla, así como los caracteres esenciales de las escuelas flamenca, italiana y sevillana, y que á primera vista distingo un cuadro de Jimeno ó de Cabrera de otro de Zendejas ó de Juárez.

Mas ¡ay! el conocimiento práctico del ramo de almoneda en general no se adquiere sino á costa de tiempo, dinero y chascos más ó ménos pesados; y en cuanto á mis estudios y buen golpe de vista en materia de pinturas, los debí á un suceso que me acaeció en los primeros seis meses del oficio, y que jamás olvidaré por la sangría que importó para mi bolsillo, y por las burlas de que me hizo blanco por espacio de años enteros entre la gente del ramo.

Acañaba yo, repito, de establecirme en mi accesoría con varios bancos de cama enchinchados, algunas sillas de las que tenían respaldo de lienzo en forma de óvalo, con paisajes al óleo—especie de que no queda ya ni rastro—y otras cuantos efectos del mérito y valor de los referidos. La necesidad me aguijoneaba; pues además de una madre anciana y enferma á quien atender, tenía yo esposa y dos niños. En mis horas de ocio y de meditacion, que eran las más del día, sintiéndome predestinado al giro, pensaba yo en que no podría tardar en presentármese algún negocio brillante, de aquellos que se entran por la gatera cuando está decretado que sean para uno, y que me pondría en aptitud de dar

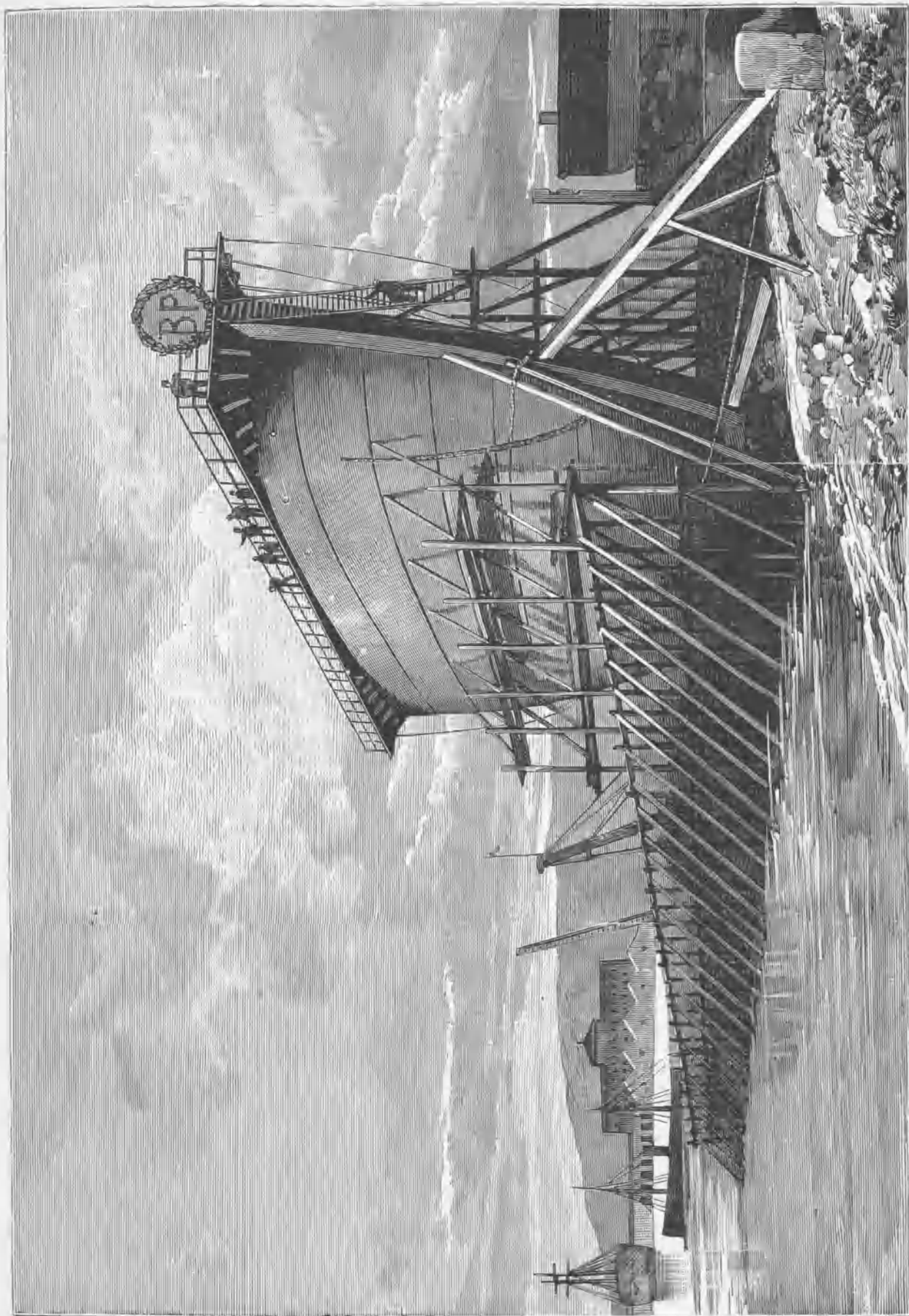
φ vuelo á mi negociacion y auxilios más eficaces á mi familia.

Tal era el tema de mis divagaciones cierta mañana en que, reclinada la mejilla en el diestro brazo, colocado sobre una mesita de pino de las de venta, vi entrar á una señora anciana de aspecto reservado, acompañada de un mozo que traía un lienzo con bastidor y todo, cubierto con un trapo no muy limpio. Cambiadas las saluciones de rigor, la señora me propuso en venta el cuadro, descubriéndole el orlado. Era una imagen de Nuestra Señora del Carmen, que ni por su dibujo ni por su colorido parecíame sobresaliente, si bien este último abundaba en los tintes oscuros del estofado ó del mole; circunstancia que recordé haber oido enumerar como uno de los indicantes de la antigüedad y el mérito en las pinturas. La señora pedía por ésta cincuenta duros para que yo ofreciera. Dijele que más posibles no eran para comprarla ni por mucho ménos, y despues de insistir inútilmente cerca de media hora en vendérmela, me propuso dejarla en mi almoneda á la vista, quedando yo en libertad, ó de comprársela si más adelante me inclinaba á ello y contaba con los necesarios recursos, ó de venderla por cuenta suya si se proporcionaba comprador, limitándome al cobro de una comision moderada por depósito y venta. Consentí en ello, por tener así en mi establecimiento un objeto más sin que me costara, y no porque abrigara el menor intento de quedarme con el lienzo en propiedad, ni la más remota esperanza de que alguien incurriera en la humorada de hacerle postura; y aunque traté de averiguar el domicilio de la señora ésta me dijo que se hallaba en visperas de mudarse, que no convenia que la buscáran en su casa, y que cuidaria ella misma de volver á verme, pasado cierto número de dias, para saber si se proporcionaba ó no marchante.

A los quince ó veinte dias volvió, en efecto, y sabedora de que no le había, marchóse desconsolada, diciéndome que se hallaba en la mayor pobreza; pero que aún abrigaba cierta confianza en la venta del cuadro.

Acordándome yo de éste, quitéle con un trapo el polvo y las telarañas que ya empezaban á cubrirle, y hasta le froté con una muñequilla humedecida en aceite de linaza, poniéndole más cercano á la puerta de la calle; todo por falta de quehacer y á fin de matar en algo el tiempo. Y, sin duda por aquello de que «trabajo y diligencia siempre logran cosecha», media hora despues de tal operacion, un individuo de cabello cano y traje decente, aunque algo raído, que pasaba por la calle de la Canoa y que volvió casualmente el rostro, al ver el lienzo detúvose como involuntariamente, contempló por espacio de uno ó dos minutos, y siguió su camino con visibles señales de preocupacion y sin causármela á mí en lo más mínimo.

Este incidente repitióse otros dos dias, y al tercero, mi



ARSENAL DEL FERROL. — EL BARCO-FUERTA DEL «DIQUE DE LA CAMPANA», BOTADO AL AGUA EN JULIO DE 1879.

hombre se recostó sobre el marco de la puerta, calóse los anteojos y se puso á examinar el lienzo con todo detenimiento. Más bien por quitarme de encima aquella mosca que por entrar en relaciones mercantiles, díjeme con urbana frialdad: «¿Por qué no entra usted, caballero?» Abstraído en la contemplación del lienzo, únicamente al repetírle mi pregunta se tocó el sombrero y dió dos ó tres pasos adentro, sin quitar la vista del cuadro.

—Indudablemente, dijo, tiene usted aquí una joya artística, que vale mucha plata.

En seguida, y pidiéndome permiso para ello, bajó el lienzo de la mesa en que estaba recostado sobre unas sillas; con su pañuelo ensalivado frotó las dos extremidades inferiores, como en busca de firmas y fecha, que no halló, y examinó, por último, lienzo y bastidor por detras, diciendo en tono de profunda convicción:

—Acaso yo me equivoque; pero este cuadro debe pertenecer á la escuela sevillana y ser obra de alguno de sus más insignes maestros.

Oyendo esto le pregunté, todavía sin dar gran valor á su entusiasmo, por qué no le hacía frente, agregando que le tendria por casi nada, puesto que pertenecía á una familia pobre, desconsa de salir de él; á lo cual me contestó con marcadísimo desconsuelo que no se hallaba adinerado, y que el lienzo aquel no era para bolsas exhaustas, por muy barato que le diesen. Por lo que pudiera tronar, le di á entender que venderian en cion duros la imagen; al oír lo cual abrió tamaños ojos y meneó la cabeza de un lado á otro, como si no diera crédito á mis palabras; y, contemplando de nuevo un breve rato la pintura, saludóme y prosiguió su camino.

El lienzo continuaba colocado cerca de la puerta y llamando la atención de los transeúntes. Algunos de éstos, inteligentes sin duda, se detenian á verle desde la calle, se le señalaban mutuamente y hablaban entre sí. Dos jóvenes bien apersonados estuvieron á punto de darse de puñadas una mañana en mi puerta, acalorados con la disputa de si el lienzo era original ó copia. Uno de ellos sostenia que de aquella pintura no podia haber ejemplar alguno en Méjico, y mucho ménos en una almoneda de las de tres al cuarto; mientras su contrincante se fundaba en el vigor y despejo del trazo y las combinadas firmeza y suavidad de luces y sombras, para creer que aquello no podia ser una simple copia. Como se trataban uno á otro de ignorantes, y esto en alta voz y con interjecciones algo vivas, y comenzaba á agruparse la gente en torno suyo, les suplique moderaran su exaltación artística en mi puerta, para soltarle la rienda, si gustaban, en la esquina más inmediata.

A todo esto, yo iba concibiendo ventajosa idea del cuadro, y hasta, haciendo un sacrificio, habria dado por él quin- ce ó veinte duros si se me hubiera presentado la propiedad; pero ni esto sucedia, ni me era posible buscarla, por ignorar las señas de su habitacion. Yendo y viniendo dias, el primero y más antiguo de los platónicos enamorados del lienzo colóse de rondon en mi almoneda una tarde, y llamándome á un rincón de la pieza, con gesto solemne y en voz baja para que no le oyeran dos señoras que ajustaban á la sazón unas sillas de asiento de Indé, me dijo:

—Ya no es justo que sigamos yo en mi disimulo y usted en sus burlitas. Comprendí perfectamente la de decirme

que el cuadro valia cien pesos, que fué decirme en rigor: «Aun cuando te le dieran por un mendrugo, no podrás tú comprarle.» Acaso pueda yo, si no comprarle, hacer que le compren, señor mío; que bajo una mala capa suele ocultarse un buen bebedor. Si usted, en lugar de juzgar por las apariencias y burlarse de un admirador *arrancado*, se humaniza y pone en lo racional y posible para salir del lienzo, acaso haga, con intervencion mia, si no lo que se llama un buen negocio, atendido el mérito de su Virgen, si una veintecita que le dé á ganar algunos reales. Tengo un inglés... pero ante todo, usted debe saber mejor que yo que este lienzo es nada ménos que del fundador de la escuela sevillana, Bartolomé Estéban Murillo, célebre pintor español, que floreció en el siglo xvii, compañero y amigo del gran Velazquez, y á cuyo pincel son debidos el San Antonio de Padua, el San Isidoro de Sevilla, el Moises hiriendo la roca, y tantas otras maravillas del arte, que constituyen la riqueza de los Museos y monasterios de Europa. Tengo, repito, un inglés rico que viaja recogiendo de aquí y de allí cuantas joyas artísticas le es dable comprar á bajo precio, para llevarlas á Lóndres, donde se venden á como uno quiere, no parándose el Gobierno británico en gastos para enriquecer los Museos públicos, ni los fores en derramar el oro por adquirir originales para sus colecciones particulares. Mi hombre ha comprado en Puebla y aquí algunos cuadros, y actualmente tiene puesto el ojo á este lienzo, mediante indicación mia; pues aquí donde usted me ve, soy inteligente en el ramo, me apellido Martínez, y años atras he desempeñado una clase de Pintura en la Academia de San Carlos, donde podrian dar á usted noticias de mi persona. El inglés ha visto el cuadro desde la calle y le ha gustado, por lo cual vendrá mañana conmigo para examinarlo á toda su satisfaccion.

Desconfiado de mí, y poco susceptible de entusiasmar-me, creí que habia más de charlataneria que de sustancia en la peroracion del Sr. Martínez, quien se presentó á otro dia con su inglés. Aunque traía éste azafranados el cabello y las patillas, descommales los cuellos de la camisa y pendiente al pecho el lente de rigor, hablaba el castellano con asaz facilidad y corrección, lo cual debia, segun me dijo, á los muchos años que habia vivido en España visitando museos y conventos. Halló que el lienzo de marras era efectivamente de Murillo, lo cual no se podia dudar en vista de lo correcto del dibujo, de la propiedad anatómica que brillaba en las carnes y de la verdad y naturalidad del colorido, que así distaba de la árida y triste severidad de la escuela romana, como de los colores de la flamenca. Aquel ambiente ó atmósfera entre la forma de la Virgen y los grupos de ángeles que la rodean, sólo el insigne fundador de la escuela sevillana habia sabido crearlo, y constituía una dificultad en que naufragaron y naufragarán los demas artistas pasados y presentes. Todo esto y mucho más dijo el inglés, no del modo con que habla un necio para que le crean sabio, sino como habla en momentos de expansion una persona verdaderamente conocedora de lo que juzga. No queriendo partir de ligero, díjeme que ni entraria en ajuste sino al siguiente dia, ni siquiera pretendia saber desde luego el precio del cuadro; que éste era muy bueno y él suficientemente rico; pero que los tiempos eran malos y no se quedaria con la pintura sino tomándola á bajo pre-

sio. Encargóme que me fijara en el último y definitivo, á fin de volver á la mañana siguiente á examinar de nuevo el lienzo y á quedarse con él ó á desistir del negocio.

Durante esta primera entrevista Martínez no habló, sin duda por haberse abstraído completamente en la contemplación de la pintura.

Díname golpe el inglés, y comenzó á dármele el cuadro, en que ántes casi ni había fijado la atención, y en el que ya creía descubrir todas las perfecciones anatómicas y de tono y colorido, y hasta la atmósfera de que acababa de hablar el griego. Volví á frotar el lienzo con aceite de linaza, é instintivamente miraba hácia la calle, deseoso de que se apareciera por allí la propietaria, á fin de cerrar trato con ella, ó al ménos ajustarle condicionalmente la pintura. En la tarde, al pasar frente á la Academia de San Carlos, se me ocurrió tomar algunos informes respecto de Martínez, y no bien le hubo nombrado, cuando el conserje me dijo que era persona muy perita en el arte, y que, efectivamente, había sido muchos años catedrático de pintura en el establecimiento; acudiendo todavía á él á dar su voto siempre que se trataba de juzgar del mérito de cuadros antiguos y modernos. En la noche soñé que el negocio se redondeaba, dejándome media talega de pesos.

A otro día á las doce, Martínez y su inglés entraban en mi almoneda, y después de examinar de nuevo la Nuestra Señora del Cármen, preguntóme el segundo si le había yo fijado precio.

—No se ha de dar ménos de 500 duros, le contesté con aire indiferente y hasta algo brusco.

—Pues decididamente la tomo, me dijo, y como no me agrada perder tiempo ni hablar sino lo preciso, terminemos de una vez el negocio.

Sacó de su bolsillo una cartera, y de ésta una tarjeta con su nombre, que, si mal no recuerdo, era «Sir James William Cook», y entregándome la tarjeta y una moneda de oro de diez y seis pesos, agregó:

—Aquí tiene V. mi nombre y esta onza, para que inmediatamente haga preparar una caja de madera en que pueda caminar el lienzo sin estropearse. Una vez lista la caja, colóque V. en ella la pintura, muy bien acomodada, y sin cerrar, ó al ménos sin clavar la tapa, lleve V. tarjeta, caja y factura de venta á la casa de los Sres. Maning y Mackintosh, donde le entregarán en oro el importe del cuadro. Que esto sea mañana mismo, porque debo partir de un día á otro.

Salieron Martínez y el inglés, y yo tras ellos en busca de un carpintero conocido, á quien dí las dimensiones del lienzo, y órden de hacer la caja en el resto del día; y como la ajusté en seis pesos, hallé que por principio de cuentas iba yo á ganar más de otro tanto en sólo el empaque. Decididamente mi estrella estaba en su conit, y lo único que me inquietaba era no poder dar desde luego con la propietaria de la pintura, exponiéndome á que si se llegaba á traslucir mi negocio de venta, quisiera ella compartir mis considerables utilidades. Pero estaba yo en el cuarto de hora de ganar todos los albuces, ó así lo creí por lo ménos viendo entrar esa misma tarde á la bendita anciana en mi establecimiento.

El lienzo no había sido movido de donde llevaba días de estar, ni mi semblante revelaba la menor emoción, cuando entablamos el siguiente diálogo:

—¿Ann no se ha vendido mi Madre y Señora del Cármen?

—Ya V. la ve ahí, donde la dejé.

—¡Cuánto lo celebro! Decididamente, Dios protege á los pobres. ¡Alabada sea su misericordia! Figúrese V., señor don Mateo, que yo me había resuelto á dar, acosada de la miseria, por cincuenta pesos esta alhaja de familia, que de generación en generación ha llegado á mí; y que ahora mi primo, el cura de Atlixco, me escribe, por conducto de mi comadre Petronila, que no vaya á deshacerme del cuadro, porque los padres carmelitas de Puebla le conocen y codician, y podrían dar hasta doscientos pesos por él. ¡No sino muy lucido negocio habria yo hecho malharatándole para tener pan hoy y hambre mañana! ¡Alabado sea Dios en todas las cosas! Me llevo mi Virgen Santísima, Sr. D. Mateo; y como no es justo que V. la haya tenido de balde en su almoneda, le dejo esta tumbaga de oro, que bien vale sus cuatro pesos, y que era de mi difunto esposo, para que de ella se cobre lo que sea del depósito, y me devuelva el resto cuando la haya vendido.

Como VV. comprenderán, semejante peripecia daba al traste con mi negocio. En vano, con calma y sangre fría, traté de hacer comprender á la anciana que se alucinaba con meras esperanzas, probablemente huecas, acabando por ofrecerle de contado los cincuenta duros que al principio pretendía por su lienzo. Tomóle y cubrióle el criado y cargó con él, y ya en la puerta anciana y mozo, ofrecí sucesivamente á la primera sesenta, ochenta y hasta cien pesos por la imagen. La buena señora se atenía á las seguridades de su primo el cura de Atlixco; declaróme terminantemente que no daría el cuadro por ménos de doscientos pesos, y se marchó con él.

La figura que yo quedé haciendo en la puerta de mi almoneda debe haber tenido mucho de ridícula. Decíame para mis adentros que la codicia rompe el sacó, y que tratando ya de explotar la pobreza de aquella mujer, me había sucedido lo que al perro de las dos tortas. Pero una idea luminosa cruzó por mi cerebro. ¿No me daba el inglés quinientos pesos por el cuadro? Pues áun pagando por él doscientos, quedábame un sesenta por ciento de utilidad, una suma redonda de trescientos duros, sin contar los ahorros en el empaque. Tomé mi sombrero, fui á dar alcance á la vieja, que iba ya doblando la esquina; ofrecíle ciento cincuenta pesos por el cuadro, y viendo que ni esta oferta aceptaba, le dije: «Es mio por los doscientos», y volví en triunfo á mi establecimiento, dando el brazo á aquella estantigua, y seguidos ambos del mozo con la pintura.

Propuse á la señora darle á otro día la cantidad, y redondamente se negó á ello, diciéndome que de efectuar la venta habria de ser recibiendo en el acto el importe; «Porque nosotras las señoras, agregó, nada entendemos en esto de negocios, y con mucha facilidad somos engañadas.» Nuevo conflicto para mí, que no podía reunir de pronto ni cien pesos, y que juzgaba inútil acudir á la casa de Maning y Mackintosh por el dinero ántes de llevar empacado el cuadro. Habria ido á ver á Sir James para que me diera algo á cuenta; pero, aparte de que esto no seria decoroso, no era tampoco practicable sin riesgo de que los demas almonederos, que iban ya oliendo el negocio, me le birláran, mejorando á la viuda mi oferta. Decidíme á ocupar á una persona rica que vivía á la otra puerta y me dispensaba

alguna confianza, pidiéndole ciento cincuenta pesos, que me dió por un par de días, dejándole yo en prenda las escrituras de una casita de mi mujer. Conté sus doscientos pesos á la señora, y extendí en papel sellado un recibo, que me firmó con agarabados caracteres, hecho lo cual, yo me quedé con su cuadro y ella se marchó con mi dinero, diciéndome que estaba ya definitivamente mudada y á mis órdenes en el número 24 de la calle de Curtidores, para donde me invitaba á tomar chocolate á la siguiente tarde con ella.

Para no hacer á VV. más largo el cuento, les diré que á otro día, al presentarme en la casa de Maning y Mackintosh con lienzo, factura y tarjeta, ni quisieron los dependientes recibir la caja, ni ellos ni el principal, persona respetable y bondadosa, recordaron haber conocido ni siquiera oído nombrar á Sir James William Cook; que habiendo ocurrido, con el auxilio del conserje de la Academia de San Carlos, á la casa de Martinez, el antiguo catedrático de Pintura, re-

sultó que éste no era el admirador platónico de mi cuadro, y que mi susodicho cuadro fué calificado por el verdadero Martinez de verdadero mamarracho que no valia un comino; que en la calle de Curtidores no habia núm. 24, ni quien diera razon de la viuda; que como escribí al cura de Atlixco pidiéndole noticias de su prima, me contestó que, á Dios gracias, no tenía ya pariente alguno, pues los que tuvo sólo le dieron asaltos y disgustos; por último, que no pudiendo devolver los ciento cincuenta duros que me prestaron, mi esposa perdió su casita, y sus justísimos reproches se mezclaron por mucho tiempo con las risas de los almonederos vecinos. Calificáronme éstos de infeliz, no sólo concebido en pecado como la totalidad de los hombres, sino concebido tambien en necedad, lo que de tejas abajo es todavía más grave y trascendental, y en lo cual tuve que convenir á despecho mio.

J. M. ROA BÁRCENA.

México, 1880.



LONDRES. — TORRE «VICTORIA» Y PALACIO DEL PARLAMENTO.
(House of Parliaments.)

JEP DELS ESTANYNS.

Al observar que los historiadores contemporáneos juzgaban con sobrada parcialidad y referían con poca exactitud los sucesos de nuestras discordias intestinas, en la parte relativa á Cataluña, entróme el deseo de escribir la historia de las guerras civiles en el territorio del antiguo Principado; y con el propósito de esclarecer la verdad en cuanto estuviera á mi alcance, dediqué diez y siete años á recorrer el país en todas direcciones, estudiando las acciones de guerra sobre el mismo terreno en que se realizaron, reuniendo y concordando datos, recogiendo documentos, consultando opiniones diversas. Todo marchaba bien; el fruto recogido recompensaba con usura mis afanes y fatigas, hasta que tuve necesidad de penetrar en la historia íntima de los partidos para inquirir las causas de sucesos que no tenían explicacion natural y satisfactoria en lo que de público se sabía. De estas investigaciones sali con el corazon destrozado y con la conciencia sublevada, agobiado el espíritu en presencia de horrores, de infamias, de crímenes sin nombre, que no sospechan siquiera los que de buena fe, por puro entusiasmo, militaron en uno ú otro bando. ¿Qué hacer en este caso? ¿Guardar silencio sobre tales abominaciones? ¿Dejar que ante la historia tantos traidores, cobardes, viciosos é hipócritas continúen cubriendo sus rostros con la máscara de leales, de héroes, de patriotas desinteresados, de hombres de fe sincera? ¿Rasgar el velo que cubre esas iniquidades y arrojar la mancha de la infamia sobre familias inocentes en los crímenes de sus parientes ó deudos, y exponerse á los disgustos consiguientes á la revelacion de hechos sobre los cuales tengo una conviccion moral, pero de los que no poseo pruebas legales?

Por de pronto he resuelto el problema renunciando á escribir una obra que tantas y tan graves dificultades ofrece; pero esta resolución no me veda que alguna vez levante un poco la punta del velo que no me atrevo á rasgar, como en la ocasion presente, que, por complacer al Director de *La Ilustracion Española y Americana*, voy á publicar unos curiosos documentos referentes á la muerte del tan renombrado *Jep dels Estanyns* (1).

I.

Después de la caída del régimen constitucional y del triunfo del partido llamado realista, en 1823, pronto empezaron los descontentos y las divisiones entre los triunfadores. Todo partido tiene sus moderados y sus exaltados, y no se había de librar de esta ley el partido realista. La influencia de la aristocracia y los consejos del Gobierno francés, apoyados por los jefes de las fuerzas auxiliares que habían quedado de ocupacion en la Península, pusieron coto á los desmanes del elemento exaltado del bando triunfante, y templaron los rigores del monarca español contra los comprometidos en la causa constitucional; pero como los emigrados no cesaban en sus locas tentativas, esto daba pretexto al bando llamado *apostólico* para quejarse de la benignidad del Gobierno y suponer que el Rey estaba supeditado y como secuestrado por liberales más ó menos encubiertos, y que, por miedo ó por ignorancia de la que pasaba, sufría la influencia de los francmasones.

(1) *Jep dels Estanyns* es el apodo de José Bussoms. *Jep* es contracción de *Josép*, un castellano *José*; *del Estanyns* es traducción de *del Estanyes*, y probablemente significa que Bussoms había nacido ó vivió en una casería llamada *Estany*, cerca de Valladón.

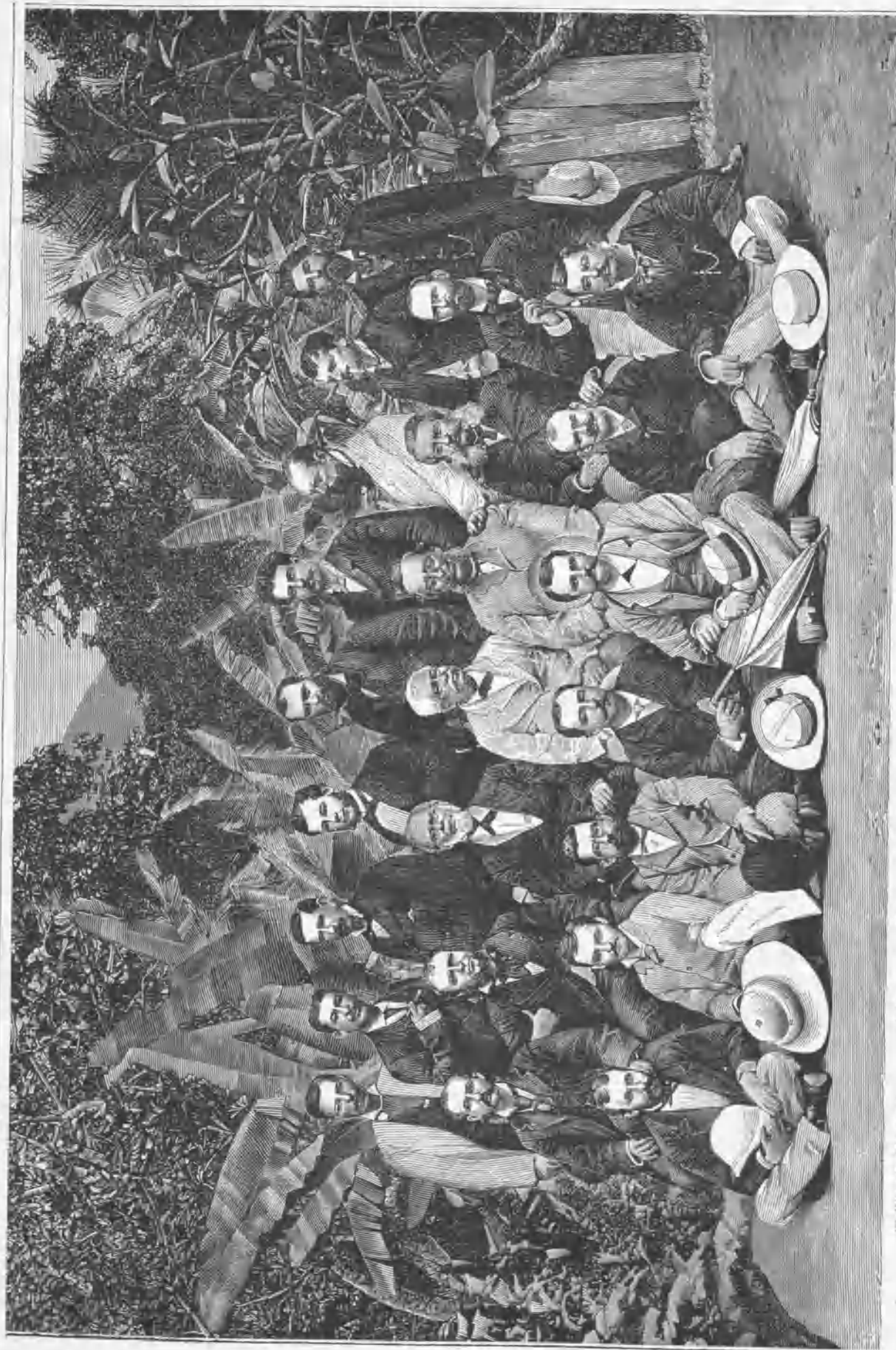
A estas causas de descontento hubieron de añadirse otras. Los jefes y oficiales del ejército realista, gente de baja extraccion los más, y de antecedentes no muy recomendables algunos de ellos, si bien habían prestado servicios como guerrilleros en la lucha contra el partido liberal, no podían figurar de ninguna manera en un ejército regular, porque les faltaban instruccion y educacion para ello. Así es que, terminada la guerra, hubo necesidad de darles licencia ilimitada. Al acercarse el término de la ocupacion del territorio hispano por las fuerzas francesas, se procuró reorganizar el ejército español, pues no inspiraban confianza, bajo ningún concepto, los voluntarios realistas, milicia popular del partido triunfante, con los mismos defectos que la milicia nacional de los liberales. Para llevar á cabo la reorganizacion del ejército se hubo de recurrir á los oficiales indefinidos que habían permanecido fieles hasta el último momento á la causa constitucional; y como se prescindió de los procedentes del ejército irregular realista, éstos se llamaron á sí mismos los *agraviados*, y se dispusieron á apelar á la rebelion, si fuese necesario, para manifestar su descontento y obtener la justicia que creían se les negaba.

El día 25 de Agosto de 1827 estalló la insurreccion en la ciudad de Manresa, y tuvo eco y fué secundada en Cervera, Gerona, Solsona, Rens, y en casi todas las comarcas del Principado. Fué tan rápido y general el movimiento, que los sublevados llegaron á reunir unos treinta mil hombres en pocos dias. El regimiento de la Reina, que se hallaba de guarnicion en Manresa, después de tres horas de resistencia, se rindió á los sublevados con toda su plana mayor.

Insurreccion que empezaba con tales bríos y tomaba tales proporciones había de causar honda sensacion, no sólo en Cataluña, sino tambien en el resto de España. ¿Causó sorpresa? Lo ignoro; pero sí ni las autoridades locales ni el Gobierno tuvieron noticia de la que se tramaba, preciso es suponer que estaban sordos y ciegos ó sobrado confiados, porque durante los últimos dias que precedieron á la insurreccion ya ninguno de sus agentes guardaba recato ni ocultaba sus designios.

Antes que la noticia de lo que aquí ocurría llegó á la corte, el Gobierno desplegó grande energia y actividad para sofocar la rebelion y castigar á los rebeldes. Una de las providencias que se tomaron fue ordenar la formacion de un cuerpo de ejército destinado á operar contra los rebeldes de Cataluña, bajo el mando del Conde de España; pero ni estas disposiciones, ni el manifesto del Rey condenando el movimiento, bastaron á contener la rebelion, de la que aparecieron algunos chispazos en Alcañiz, Córdoba y otros puntos fuera de Cataluña. La Junta de Manresa, titulada Suprema, ejercía actos de soberana y amenazaba con castigar á las autoridades y empleados que no se adhiriesen al movimiento, mientras el Monarca dirigía iguales amenazas á los que en él tomaran parte.

En las proclamas de los jefes principales reaparecen la crueldad y el espíritu de venganza que tantas víctimas causaron durante los sucesos políticos de 1820 á 1823. Sampedro, comandante general de la vanguardia, dispone en uno de sus bandos que á toda persona que haga resistencia á las armas realistas será fusilada dentro del término de tres horas, y por cada realista que muera serán fusilados seis individuos de la poblacion, en fuerza del derecho de represalias. José Bussoms, (a) *Jep dels Estanyns*, jefe de los sublevados de la alta Cataluña, decía en su proclama: «Conturrid, manresanos, españoles todos, á sostener este patri-



Tallien de Cabarrús, Sosa, Tontán, Duffos, Bonne, Dauprat, Jégou, Davzatz, Col. Testen, Sabla, Boustan, LESSEPS, Cauvreux, G. Blanchet, Driks, Albers, Wiener, Wright, Gallay, Verbrughe, Rodriguez, Bon-Wyze, Marolle.

PANAMÁ. — INDIVIDUOS QUE COMPONEN LA COMISION DE ESTUDIOS, PRESIDIDA POR MR. DE LESSEPS, PARA LA APERTURA DEL CANAL INTEROCEANICO.

monio de gloria, y veréis disparar la impiedad, abatir los negros, reponer los oficiales y demas empleados realistas que fueron separados de sus destinos con la más descarada arbitrariedad, para colocar á los exaltados constitucionales que atentaban contra la Real persona de S. M., y aun á los mismos milicianos voluntarios, en contravención á los repetidos sabios decretos de su Real Majestad, y acabar con todos los liberales del suelo español. Despues de esta virtuosa ocupacion, retirados al seno de vuestras familias, ciertos de que vuestras casas y hogares serán respetados, vuestros derechos sostenidos y defendidas vuestras propiedades. » Hé aquí resumido el memorial de agravios de los insurrectos.

Viendo el extraordinario incremento que tomaba la insurrección, el Rey, por inspiracion propia, ó cuerdatamente aconsejado, decidióse á venir á Cataluña. El golpe fué dado con habilidad. La mejor manera de convencer á los ilusos de que les engañaban los que pretendian que el Rey no gozaba de completa libertad, era hacer que el Monarca se presentase voluntariamente entre los que daban asenso á tales invenciones. El 22 de Setiembre salió Fernando de Madrid, y el 28 del propio mes entró en Tarragona. El mismo dia firmó una alocucion, en la cual se lee: «Cerrad los oidos á las pérdidas insinuaciones de los que, asalariados por los enemigos de vuestra prosperidad, y aparentando celo por la religion, que profanan, y por el trono, á quien insultan, sólo se proponen á arruinar á esta industriosa provincia. Ya veis desmentidos con mi venida los vanos y absurdos pretextos con que hasta ahora han procurado cohonestar su rebelion. Ni yo estoy oprimido, ni las personas que merecen mi confianza conspiran contra nuestra santa religion, ni la patria peligra, ni el honor de mi corona se halla comprometido, ni mi soberana autoridad es coartada por nadie. ¿A qué, pues, tomar las armas los que se llaman á sí mismos vasallos fieles, realistas puros y católicos celosos? ¿Contra quién se proponen emplearlas? ¿Contra su Rey y señor? Si, catalanes: armarse con tales pretextos, hostilizar mis tropas y atropellar los magistrados, es rebelarse abiertamente contra mi persona, desconocer mi autoridad y burlarse de la religion, que manda obedecer á las autoridades legítimas; es imitar la conducta y hasta el lenguaje de los revolucionarios de 1820; en fin, destruir hasta los fundamentos las instituciones monárquicas; porque si pudieran admitirse los absurdos principios que proclamaban los sublevados, no habría ningun trono estable en el universo.»

La firmeza y union de los sublevados, algo quebrantadas por la entrada del Rey en Cataluña, sufrieron un golpe mortal con esta alocucion. Las verdades de hecho y de principio que ella contenia estaban al alcance de las masas, que luego se llamaron á engaño, y la claridad y energía de todo el documento infundieron miedo á los elevados protectores de la rebelion. Asi es que buen número de los insurrectos se acogieron al indulto que el Monarca les ofrecia; algunos jefes, los más comprometidos ó desconfiados, se ocultaron ó expatriaron, y los demas opusieron escasa resistencia á las tropas; de manera que la campaña, dirigida con actividad y acierto por el Conde de España, fué poco más que un paseo militar.

II.

¿Cuál fué el objeto de esta rebelion y quiénes sus promovedores? En una obra muy rara, publicada en Montpellier en 1843 por autor anónimo, pero que me consta la era un individuo de la ex-junta carlista de Cataluña (1), refiriéndose á los sucesos de 1827, se lee lo siguiente: «Entre tanto, los artificiosos liberales comenzaron á propagar la voz de que el objeto verdadero de los realistas era el de obligar al rey D. Fernando VII á descender del trono y proclamar

en su lugar al Serenísimo Sr. Infante D. Carlos María Isidro, nuestro legítimo soberano. Por primera vez se oyó el nombre de *carlistas*, que inventaron los hijos de Maquiavelo para extraviar la opinion pública, y designar un partido que temian, habiendo llegado á conocer muy bien sus principios y las fines de sus combinaciones. Los astutos liberales inventaron esta calumnia, y le daban valor con hipócrita sagacidad á dos objetos igualmente infames: primero, denigrar á los realistas; hacerles sospechosos de traicion; excitar contra ellos el odio del Monarca; disponer su abatimiento; conseguir por grados su ruina, y dejar enteramente libre á la revolucion el campo de batalla: segundo, infundir en el Real ánimo del Sr. D. Fernando VII desconfianza y recelo contra un buen hermano, que tantas pruebas le habia dado, y estaba continuando, de fidelidad y amor; arrojar la manzana de la discordia en la Real familia; preparar la persecucion del Serenísimo Sr. Infante D. Carlos, ahora rey legítimo de España; estorbar por todos medios su elevacion al trono; sembrar en todas las provincias el descontento, la falta de respeto á S. M., la desmoralizacion, el desorden y el ateísmo; y para madurar tan fatales disposiciones, hacerse dueño de todas las eventualidades. La experiencia ha demostrado la realidad de estos infernales proyectos, y es de creer que no hubieran podido llevarse á ejecucion si el movimiento de los realistas en el año 1827 no hubiese hallado estorbos hasta conseguir su último objeto, consolidando la monarquía sobre sus propias bases, y resguardando el trono de la tempestad que amenazaba su ruina. Preseando del hecho considerado en sí y en su primer origen: miro solamente á los efectos que se hubieran obtenido, segun las intenciones de los levantados, quienes creian conformarse con la voluntad del Rey.»

El autor del libro que acabamos de citar, y que sin duda era uno de los principales conjurados, opina que la sublevacion de 1827 fué un *arcano suamente oscuro é impenetrable*. ¿Cómo calificar de arcano impenetrable una sublevacion que no escaseó las proclamas y se mostró en ellas bastante explicita? La Junta de Manresa declaró que lo que se propone «es aterrar para siempre los trastornadores de la corona y ley fundamental de España.» Rafá Vidal, jefe de los insurrectos de la baja Cataluña, dice que se levanta «para sostener y defender con la vida los dulces y sagrados nombres de Religion, Rey é Inquisicion, arrollar y exterminar á cuantos masones, carbonarios, conueros y demas nombres inventados por los maquiavelistas que no han obtenido el indulto que S. M. se dignó dispensarles.» ¿Dónde está, pues, el arcano? Decir que hay arcano es reconocer que la bandera de la rebelion no era sino aparente, y que llevaba un fin real distinto del que se proclamaba. ¿Era que con apariencia de amor al monarca y á pretexto de aumentar y respetar su poder se trataba de destronarle y traspasar su corona á las sienes de su hermano D. Carlos? El autor de la *Noticia de la última guerra civil* supone que esto fué una invencion calumniosa de los liberales. No obstante, el Rey, en su alocucion firmada en Tarragona, declara terminantemente que los sublevados tomaron las armas para emplearlas «contra su rey y señor.» Recuerdo que los sublevados de la comarca donde yo vivia llamaban á aquella insurrección *la del rey cap per avall* (la del rey cabeza abajo), y efectivamente, en su bandera llevaban un retrato del rey puesto cabeza abajo.

¿Pero bastan estos datos para deducir que D. Carlos era el jefe de aquella rebelion? No por cierto; siempre he oido decir, y no por partidarios de D. Carlos, que éste se negó tenazmente al destronamiento de su hermano, y que el alma y jefe de aquella rebelion fué su esposa doña María Francisca. De lo que yo recuerdo, parece ser que en realidad aquella sublevacion tenia por objeto destronar al rey D. Fernando y sentar en el trono á su hermano D. Carlos, que por ser persona de pocos alcances y muy dado á la devocion, creian poder dominar los promovedores de aquel movimiento. Organizóse para este fin una Sociedad secreta,

(1) «Noticia de la última guerra civil de Cataluña y Valencia de la Junta gubernativa y de los jefes del Real ejército del mismo Principado, con un ápendice de documentos en su justificacion, que el autor de la verdad dedica á todos los hombres imparciales y justos.»—Montpellier, Imprenta de los señores Fourmel mayor, calle Tourmarie, núm. 10, año 1843.

llamada del *Angel Exterminador*, y solamente los afiliados á esta Sociedad eran los iniciados en el propósito del destronamiento. Para los demas, la sublevacion no tenia otro objeto que el indicado en las proclamas, y lo que en ellas se decia era bastante para levantar á los que estaban descontentos por la parte de botín que les habia tocado en el triunfo de 1823, y á los que de buena fé creian que la falta de rigor en el Gobierno daba alas á los liberales para repetir lo que hicieron en 1820. En Cataluña el foco de la rebelion estaba en Cervera, y lo dirigian los mismos que más tarde dominaron en la Junta de Berga y complotaron, en 1839, la destitucion del Conde de España, que fué el preludio de su asesinato. Uno de los agentes más activos de la conspiracion fué la famosa Josefina Comerford, que murió no hace muchos años de *pendiente* en la montaña del Montseny.

Supónese que el rey Fernando tuvo noticia de lo que se tramaba, y deseando escarmentar á los conjurados, para que no se repitiesen las tentativas en ocasion que tal vez no podria desbaratarlas, hizo que entráran en la conspiracion Calomarde, su primer ministro, y Carlos de España, hombre de la más absoluta confianza del Rey. Asi estaba al corriente de los planes de los sublevados y pudo contrariarlas oportunamente.

Después de permanecer algun tiempo en Cataluña, volvióse á Valencia el rey Fernando para ir á recibir á su esposa la reina Amalia, y durante su ausencia fueron condenados á muerte y ejecutados en la ciudad de Tarragona el coronel graduado D. Juan Raff-Vidal, el teniente coronel graduado D. Alberto Olivés, el teniente coronel D. Joaquín Laguardia, D. Miguel Beícar, D. Magin Pallás, individuo de la Junta de Manresa; el teniente coronel D. Rafael Bosch y Ballester, el capitán D. Narciso Abrés, D. Jaime Vives y D. José Robusté, jefes de la rebelion, presentados á indulto. Ademas de estas ejecuciones públicas, las hubo tambien llevadas á cabo ocultamente y en el silencio de la noche. Cuéntase que mientras la atencion pública estaba distraída en las ejecuciones del Fuerte Real, se verificaban otras en la Falsa-Braga, entre los dos recintos fortificados. Parece ser que numerosas personas complicadas en la insurreccion eran llamadas á Tarragona á pretexto de comunicarse órdenes secretas. Estas victimas no entraban siquiera en la ciudad, sino que eran amontonadas sigilosamente en los calabozos de aquella fortificacion. Las pocas personas que habitaban en las casas adosadas á la cortina de la muralla que corre desde la torre de San Magin á la del palacio arzobispal decian con gran reserva á sus más íntimos amigos que, durante el mayor silencio de la noche, oian muy á menudo lamentos, lloros y á veces execraciones, reproducidas por el eco de aquellas fúnebres paredes, pareciendo como que eran muchos los que sufrían y se quejaban. De repente sonaba una descarga y cesaban aquellos pavorosos gemitos. A poco veíanse recorrer negros huertos en silencio y á oscuras por un pequeño espacio de la Falsa-Braga, metiéndose debajo del portal, y á los pocos minutos la fúnebre comitiva reaparecia al exterior de las fortificaciones, guiada por un triste farol. Era que los ejecutores y las victimas habian atravesado el grueso del muro por una antigua peterna que existe debajo de las mazmorras y da frente al camino del cementerio, distante apenas un tiro de fusil de la ciudad por aquel lado, quedando luego todo sumido en las tinieblas, para reproducirse igual escena en la noche siguiente. Así, muchas personas de la haza Cataluña salieron de sus casas para ir á Tarragona, y nadie ha vuelto á saber de ellas. ¿Era que Carlos de España queria hacer desaparecer de esta manera sus cómplices, para que no le delatarán como principal promovedor de aquella insurreccion, ó que, de acuerdo con el Rey, trataba de cortar todas las cabezas de aquella hidra revolucionaria? Este es un misterio que podria aclarar sólo el que poseyera la correspondencia privada del Conde y de su Soberano, que me consta fué entregada á la familia de D. Carlos de España después de la muerte de este hombre singular.

La triste suerte que les cupo á los jefes de la rebelion en lo que hoy es provincia de Tarragona sirvió de aviso á los de la montaña de Cataluña; así es que todos, ó casi todos, se escaparon á Francia. Uno habia entre los fúgitivos que interesaba mucho hacer desaparecer, y éste era el coronel José Bussoms, jefe de las fuerzas de la alta Cataluña. Pero ¿cómo apoderarse de él, no pudiendo reclamar su extradicion? Ello es que un día fué llevado preso á Camprodon; de allí se le trasladó á Olot, y en Olot se le fusiló, juntamente con sus ayudantes y asistentes. ¿Cómo se pudo realizar esta captura?

III.

Un día, yendo de Camprodon á Rocabrana, pintoresco vallecito cerca de la frontera de Francia, encontré á un hombre del país, que andaba con dificultad, encorvado por los años y tal vez por una vida fatigosa. El guia que me acompañaba, viendo que el anciano torcia ántes de llegar á nosotros, me dijo, señalándolo con su bastón:

—Allí va; siempre solo, huyendo de la gente; parece una bestia.

—¿Quién es ese hombre? —le pregunté. Parece muy anciano.

—Sí, señor — me contestó. — Tiene más de ochenta años; pero no son los años los que le hacen andar así, sino la conciencia. Ese hombre era íntimo amigo de Jep dels Estanyis, y le vendió á sus enemigos. Desde entónces la gente ha huido de él, y él, á su vez, ha huido de las personas honradas.

Traté de averiguar lo que habia sobre el particular, y supe lo que voy á referir.

En Febrero de 1828 declase en Camprodon que se hallaba oculto en casa del cabo de *guardias* (1) un personaje misterioso, que salia sólo de noche. Suponian los pocos que le habian visto que, aunque vestia traje de montañes catalán, no era ni montañes ni catalán, pues por sus maneras revelaba ser persona distinguida. Y observábase tambien que dos contrabandistas franceses, que solian frecuentar la villa aquellos días, ó mejor aquellas noches, tenían entrevistas con el misterioso huésped del cabo de guardias.

Una madrugada entraron en Camprodon cuatro presos, escoltados por fuerza de tropa y de mozos de la Escuadra, mandando la escolta el Conde de Mirasol, ayudante del Conde de España, en quien se reconoció al personaje disfrazado de montañes catalán, así como en uno de los presos al famoso Jep dels Estanyis. Reforzada la escolta con fuerza llegada el día anterior de Ripoll, fueron trasladados los presos á Olot, donde se les pasó por las armas.

De lo que pasó en Olot nos dará curiosos detalles la partida de óbito que se halla en el folio 17 del libro XI de defunciones, archivado en la parroquia de dicha villa. La inscripcion es como sigue:

«Hoy día 13 de Febrero del año 1828 fueron fusilados en esta villa de Olot, en el lugar dicho el *Marge gran*, José Bussoms, vulgo Jep dels Estanyis (2), de edad 78 años; su sobrino, Juan Bussoms, de edad 22 años; José Grandia y Vicente Noguera, estos de edad de 27 á 30 años, todos del lugar de Valcebrea, á excepcion del último, que era nacido en Berga, aunque tambien tenía su domicilio en Valcebrea, corregimiento de Manresa; decretada la sentencia de muerte contra ellos y acordado el ponerlos en capilla á las nueve de la noche del día once para sentenciarlos en la tarde del día siguiente, yo el infra-escrito Domero, Cura Párroco, acompañado del teniente de Cura, del señor Sacristan y Beneficiado de esta Comunidad D. Luis Vila, de dos Religiosos Carmelitas y de otros dos Capuchinos, entramos en el calabozo donde se hallaban los citados presos, y empecé á prepararlos para el fatal golpe que se les esperaba; todos recibieron con una santa resignacion una tan triste noticia, y

(1) Banda de gente del país para perseguir el contrabando.

(2) Copio este documento conservando su ortografía: *ny* es la *ñ* de la ortografía catalana; así es que en los escritos redactados en castellano se suele usar la *n* en los nombres catalanes.

empezaron luego á disponerse para su feliz tránsito, á excepción del primero, quien, sea por su avanzada edad ó bien por un trastorno de naturaleza, luego dió muestras de habérselo desvanecido la cabeza y perturbado sus potencias; al paso que trabajamos para el sosiego y recobro de juicio en éste, íbamos disponiendo á los otros, y dispuestos y resignados recibieron el Santo Viático á las ocho horas de la mañana siguiente, en cuya hora continuaba aún en su devaneo de cabeza el pobre anciano. Interesándose la Reverenda Comunidad de Presbíteros seculares en la perseverancia de los unos y recobro de potencias para el otro, acordó cantar un solemne oficio y hacer las rogativas acostumbradas á Jesus Sacramentado; y gracias al Altísimo, á las oraciones de los muchos fieles que concurrieron en ellas, á las diligencias, no sólo de los Sacerdotes asistentes, si que también de algunos oficiales beneméritos y aún de los mismos compañeros de muerte, conseguimos lo que tanto deseaba, pues empezó á sosegar aquella naturaleza trastornada, y recobrado el espíritu y despejo de potencias por el paciente, pidió luego que, para poderse más bien disponer, se suplicase al Sr. General Monet tuviese á bien prolongar la ejecución de la Sentencia hasta el día siguiente, á lo que este digno y piadoso General, en obsequio de la Religión y de la humanidad, tuvo á bien acceder, á pesar de las terminantes órdenes con que se hallaba, y se prolongó la ejecución hasta las siete horas de la mañana del día 13, no sólo á favor del anciano, ya sosogado, si que también á favor de los otros tres, que así tuvieron más tiempo para prepararse y progresar en la gracia del Señor; serían como las dos de la tarde en que se comunicó á todos la gracia del Sr. General, que recibieron con sumo agradecimiento; tomaron en seguida algún sustento, que apenas habían gustado en todo el día, y se pusieron á descansar los ya preparados, y el viejo Bussoms, ya despejado, pidió algunos ratos de quietud para más recobrase, y empezó á prepararse; efectivamente, empezó á las seis de la noche; despues de alguna pausa continuó cerca las 9, y habiendo mediado algún descanso, prosiguió y concluyó su preparacion desde las dos horas de la mañana hasta las cuatro, en que celebrándose el Santo Sacrificio de la Misa, en ella comulgó él por Viático, y los demás compañeros por devoción; llegó la hora de la sentencia y salieron los cuatro para el patíbulo, á donde llegaron ántes de las 8 horas de la mañana de este día trece, y despues de haberse todos nuevamente reconciliado y pedido perdón á los concurrentes y encomendado una Ave-María á la Virgen Santísima para asegurarles una muerte preciosa á la presencia del Señor, particularmente al anciano Bussoms, entregaron sus espíritus al Creador, y sus cuerpos cadavéricos permanecieron en el patíbulo hasta el anochecer, en que se les dió tierra en el Campo Santo, cerca del cual fueron fusilados. — *Qui vidit (et in his diligentibus magnam partem habuit) testimonium perhibet.* — Joaquín Torramilans et Pujalar Pbr. Hebdomadarius. — Y para que á esta partida en todo lugar y tiempo se le dé entera fe y crédito, doy la presente, que signo, firmo y rubrico en esta villa de Olot hoy día 15 Febrero del año 1828. — En testimonio de verdad. — Joaquín Torramilans y Pujalar, Presbítero, Domico, Cura Párroco. »

La prision del Jep se verificó de esta manera: existe á un kilómetro de la frontera española, dentro del término municipal del pueblo francés de La Manera, una casita aislada, que tiene por nombre *Puig Urdell de Dalt*; cuyo dueño era entonces Miguel Mari (a) *Maticas*. Maticas era uno de los más famosos contrabandistas de aquella época, y su casita servia de depósito para los géneros de contrabando. Maticas tenía un compañero, también de La Manera, llamado Jaime Yerra (a) *Nin Ministranda*, que le ayudaba en su ilícito comercio. Estos dos hombres eran los que celebraban entrevistas con el Conde de Mirasol; entrevistas que indudablemente tenían por objeto la captura del Jep, por ser los dos contrabandistas sus agentes de mayor confianza. Hallándose Jep muerto en las inmediaciones de Per-

piñan, y sin relaciones más que con sus confidentes, le persuadieron éstos de que la insurrección había estallado de nuevo en Cataluña, que cundía por todo el país y que cerca de la frontera le esperaban fuerzas para que las dirigiera como jefe. Con este engaño le llevaron al *Puig Urdell*, y como Jep era hombre astuto y desconfiado, no quiso pasar de allí hasta que se le presentara alguno de los que decían le esperaban al otro lado de la frontera; pero quien se le presentó fueron el Conde de Mirasol y la fuerza que él mandaba, que, violando el territorio francés, le arrastraron á él, á sus ayudantes y á su asistente á Camprodon, para desde allí ser llevados á Olet, donde debían ser sacrificados.

Se ha dicho también que el pretexto con que se le atrajo al *Puig Urdell* fué persuadiéndole que entrara en territorio español para hacer una escritura de venta simulada de sus bienes, á fin de librarlos del embargo; pero esta versión la tengo por infundada, porque para firmar una escritura no hubiera ido con sus ayudantes, y porque dudo que el Jep tuviera bienes de fortuna; y para esto me fundo en otro documento que ha venido á parar á mis manos, y es un triste epilogo del horrible drama que acabo de relatar. El documento á que me refiero es una solicitud de la hija del Jep pidiendo que se le entreguen, para poder utilizarse de ellas, algunas prendas de ropa de su difunto padre. Está extendida en papel de sello 4.º del año 1829, y dice:

« M. I. S. = Rosa Bussoms, soltera, natural de Valcebregu, corregimiento de Berga, llena de la mayor confianza y respeto, á V. S. expone: Que en virtud de haber quedado desamparada, en compañía de un hermano que se halla ciego, por haber sufrido la pena de muerte, según las sábias leyes del Rey Nuestro Señor (q. Dios g.) que le condenaron á su difunto padre, por haber delinquido en levantar gente armada para la última rebelion en la feliz nacion española; y al ver que V. S. favoreció á la recurrente con mandar el que se le entregase toda la ropa luego que espiró su difunto padre, como asimismo cumplieren las autoridades de los pueblos que le conservaban algunas cosas. Pero á más de esta ropa y efectos se ha descubierto que en el pueblo de Ripoll, en casa el Doctor Ramon Montañá, Médico, en la Torre de Foix, en casa de Sol de Vila, ambas poblaciones del corregimiento de Berga, y en Manresa en casa Josef Casals, sastre, y en algunas otras casas más que dicho difunto padre de la recurrente, que tiene la mayor confianza, les había entregado ropa y algunos efectos más, de los cuales, como en aquella época no se hallaba sabedora la suplicante, no pudo exponerlos en aquel entónces; pero ha llegado la ocasion de poderse avistar con el asistente que tenía el difunto, llamado José Pujol, natural de Berga, pues que éste era el mismo que conducía la ropa y efectos á las casas que le prevenia su amo, y mandando V. S. que dicho Josef Pujol pase en compañía de la recurrente en los pueblos indicados, para que este asistente manifieste en aquellas autoridades cuáles son las casas que conservan ropa de su difunto padre, para que en vista de su presentacion se le mande entregar todo lo que tienen. Por todo lo que

« A V. S. respetadamente suplican que, en virtud de lo expuesto, se sirva mandar á las Justicias de los pueblos citados el que le sean entregados los efectos que tenía depositados su precitado difunto padre á la recurrente, pues que es la única á quien corresponde, según así V. S. lo mandó despues de fallecer su padre. Gracia que espera merecer del magnánimo corazón de V. S. = Valcebregu 11 de Diciembre de 1829. = M. I. S. = Rosa Bussoms. — M. I. S. Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, Bonet » (1).

¡Cuántos horribles misterios de esta clase encierra, señor Director, la tristísima historia de nuestras luchas intestinas!

J. MASÉ Y FLAQUER.

Barcelona, Mayo de 1860.

(1) Aunque se lee Bonet en la solicitud, indudablemente se trata del general Monet.

ANHELO INFINITO.

¿Te acuerdas? Era la noche
De las caricias primeras,
De los ardientes suspiros,
De las solemnes promesas.
Balbucientes nuestros labios,
Asidas las manos trémulas,
Íbamos por una calle
De palmas y madre selvas.
Llevabas como una diosa
Sobre la frente modesta
Guirnalda por mí tejida
Con flores recién abiertas.
Al apoyarte en mi brazo
Temblabas como las hierbas,
Que á nuestro paso vertían
Efluvios de primavera.
Con la embriaguez inefable
De una alegría suprema,
Hablaban todos los seres
En su misteriosa lengua;
Y á la faz de aquella noche
Tan apacible y serena,
Brillaban con lumbré pura
Tus ojos y las estrellas.

¿Te acuerdas? ¡Oh, cuántas veces
En mis congojas secretas
He repasado la calle
De palmas y madre selvas,
Y soñado en una ruta
Desconocida y desierta
Que baje á profundos valles,
Que suba á cumbres enhiestas,
Que cruce apartados climas,
Que rompa vírgenes selvas,
Y que en las cimas nevadas—
Mucho más léjos—se pierda;
Donde apliquemos al labio
Esa copa siempre llena
De esperanzas infinitas
Y de infinitas creencias;
Donde, al recibir el ósculo
De las verdades eternas,
Para siempre en una sola
Se fundan las almas nuestras!

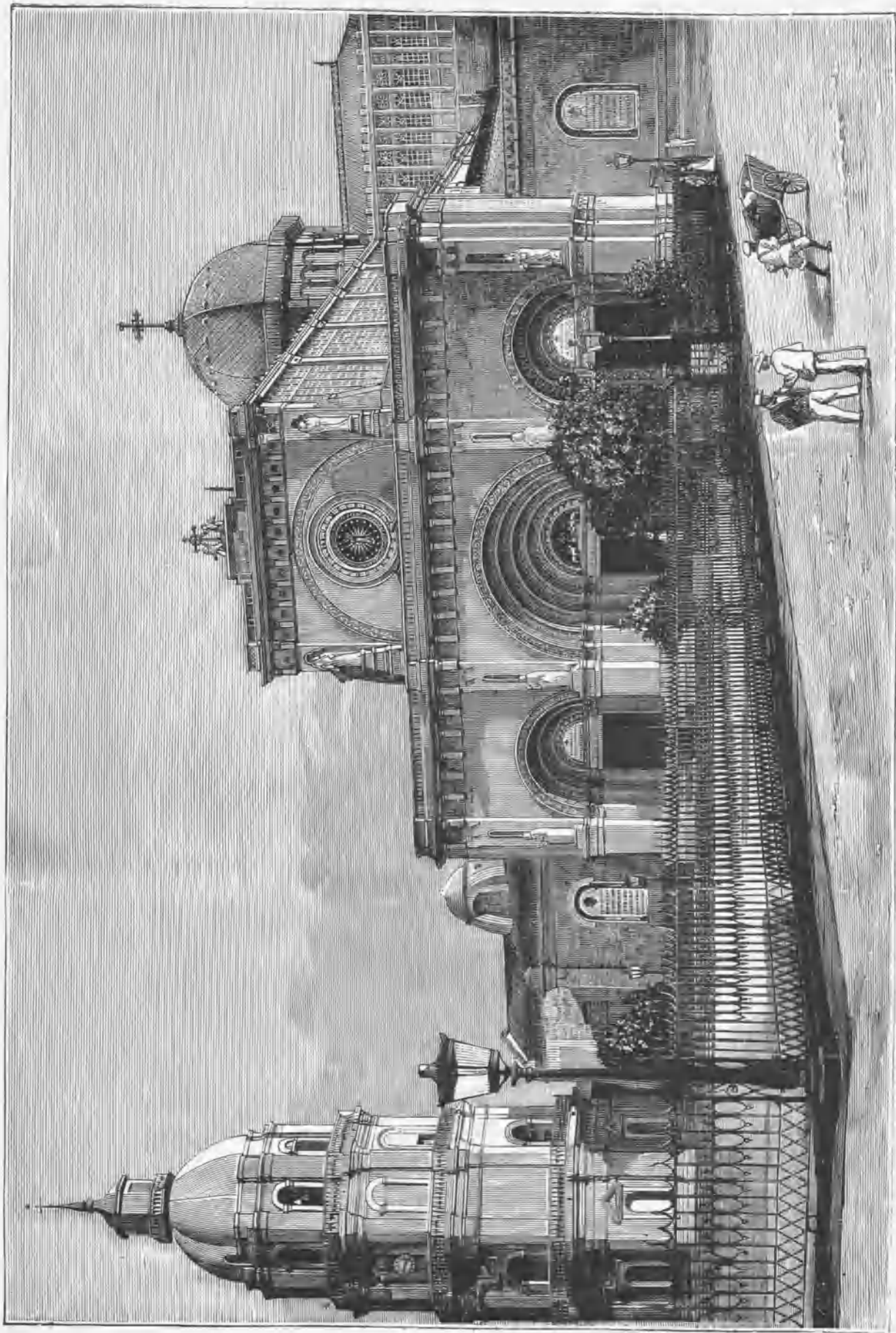
JOSÉ VARELA ZEQUEIRA.

Habana; Junio, 1880.

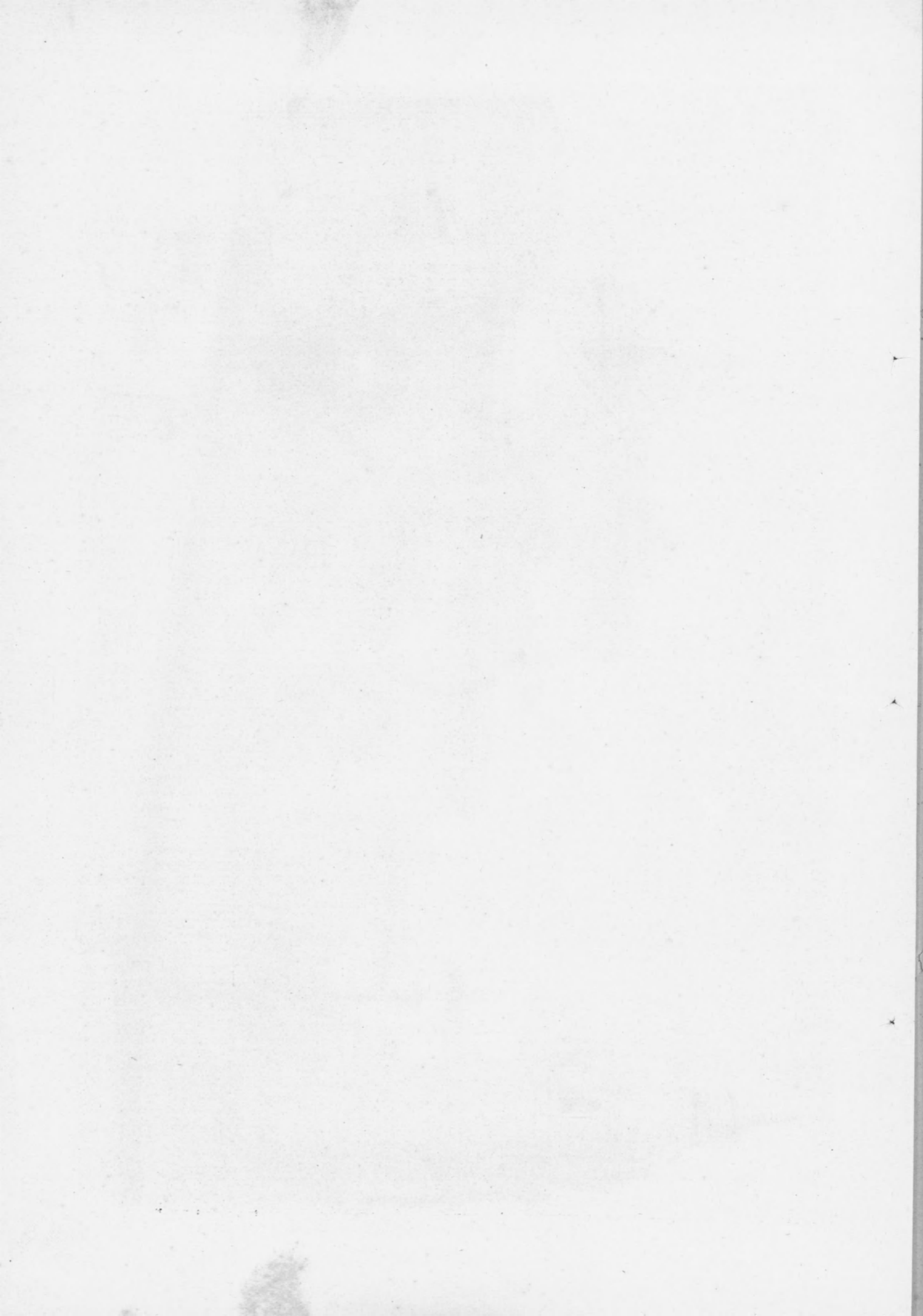


D. MIGUEL GRAU,

ALMIRANTE QUE FUÉ DE LA ESCUADRA PERUANA; † Á BORDO DEL «HUASCAR», EL 8 DE OCTUBRE DE 1879.



MANILA.—EXTERIOR DE LA NUEVA IGLESIA CATEDRAL, CONSAGRADA EL DÍA 8 DE DICIEMBRE DE 1879.



EL GARROTE MÁS MAL DADO.

QUEEN algunos que la corte de nuestro rey austriaco Felipe IV era una mansión de delicias y de ventura. A juzgar por los intrincados lances y galanteos que forman el nudo y sustancia de la mayor parte de las obras dramáticas de aquel tiempo, doyle al más austero capuchino que pudiera vivir inocente ni dueño de su voluntad en medio de aquel paraíso, donde abundaban las serpientes seductoras y las Evas capaces de seducir al Adán más tímido y virtuoso. No eran capuchinos, pero sí mercenarios ó de otras órdenes los que disputaban á Lope y Calderon los lauros de Melpómene y de Talía. *De Madrid al Cielo* tenía por título un libro destinado á encomiar las grandezas de aquella corte; pero el cielo no era el que entrevió Jacob ascendiendo por su misteriosa escala, sino el que se abría á cualquier amartelado galán en el estrado, ya que no en el aposento más íntimo de su dama.

Pero por fácil que fuera penetrar en él, no se lograba á veces sin tropezar con el honor de un padre ó un hermano puntilloso, con la espada de un competidor confiado, y no pocas con el puñal de un asesino. De día era, en efecto, Madrid todo algazara y fiestas; de noche, ó porque los malhechores se amparan de la oscuridad, ó porque la ceguedad del ánimo se aumenta con las tinieblas, ni había paso sin peligro, ni lugar seguro. La guerra que en todas partes, dentro y fuera de España, se sostenía, ni con la paz de Westfalia se consiguió que finalizase. El oro escaseaba de suerte, que fué preciso sustituirlo con la moneda de vellón. Menudeaban las leyes suatorias, y el lujo y fausto se hacían mayores. No es posible dar á conocer aquella época de desastres y aniquilamiento, sin pintar el cuadro de la decadencia de la nación; y como no es éste nuestro propósito, ni cubria tal empeño sino en una historia que no hemos de escribir nosotros, contentémonos con referir el hecho que sirve de asunto á esta relación.

Era en la primera mitad del siglo XVII la Plaza Mayor de la coronada villa teatro de alegres espectáculos y mortales tragedias; tan pronto se alzaban en su recinto tablados y graderías que la convertían en coso de toros ó en liza de cañas y torneos, como cadalsos en que ejecutaba su rigor la justicia humana. Así, á las prodigalidades y diversiones con que se festejó la venida del Príncipe de Gales, esposo desahuciado de la infanta D.^a Maria, y la entrada en Madrid de la nueva esposa de D. Felipe, D.^a Mariana de Austria, sucedieron los autos de fe en que figuraron como víctimas Benito Ferrer y Reinaldos de Peralta, y á semejanza de lo que años atras se hizo con D. Rodrigo Calderon, fueron en 1648 degollados allí mismo, como traidores y reos de losa majestad, D. Carlos Padilla y D. Pedro de Silva, valiéndole

para librarse de aquella pena al Duque de Híjar el ánimo inquebrantable y el fiero valor con que arrojó el tormento. Otros sucesos desgraciados, aunque de distinta especie, dieron celebridad, por serlo tan principal, á aquella parte de la poblacion, como el repentino y voraz incendio que por espacio de tres dias consumió todo el frente de la Plaza que miraba al Norte; mas en el tiempo á que nos referimos, los edificios se habían repuesto, sin advertirse vestigio alguno de aquel estrago.

Amaneció el 14 de Agosto de 1654, y un inmenso concurso, acrecentado con el que acudia á aquel punto para proveerse de mantenimientos, se apiñaba por todas partes. Diferentes ideas parecían animar los semblantes de todo el mundo: la tristeza en unos, la impaciencia en otros. Fijábanse las miradas, en un tablado construido en medio de la plaza, en el centro del cual se veía un palo enhiesto, con una argolla en su parte superior y un banquillo que servía de asiento, todo ello groseramente labrado, y de tan siniestro aspecto, que no dejaba duda de que fuese suplicio para ajusticiar á un hombre. No pregonaban los vendedores con desaforados gritos, como era costumbre, sus mercancías; oíase sólo un rumor sordo y continuo, y conversábase en voz baja y temeroso cuchicheo, cual si circulase un secreto de boca en boca; pero en los soportales que miraban á la Carnicería, es decir, al lado opuesto de las nuevas fábricas que reemplazaron á las destruidas por el incendio, llamaban la atención algunos grupos de personas que, por su aire y alerezada apariencia, mostraban serlo de calidad.

En todos ellos se discutía sobre el mismo asunto.

—Mírese bien, decía uno, al parecer hombre de respeto, mírese el Cardenal en no llevar adelante sus pretensiones, porque el Rey es rey, y no ha de permitir que un criado mate á su señor y quede una hora más con vida; ¡Madridos estaríamos si se consintiese semejante afronta!

—Como que ya el puchero de Pastrana, dijo otro, revolviéndose contra su señor, que le reprendía, ha osado contestarle: «Repórtese en lo que habla, porque todos somos hombres, y cada cual hijo de su padre.»

—¿Lo veis? añadió uno medio jibado; los viles son insolentes en despique de su baja. Porque el Condestable mató á un lacayo, quieren los criados ignorarse con sus señores.

—Hoy quedarán escarmentados, continuó diciendo otro de los del corro; á las diez y media se despachará el negocio. Hasta luego.

Y tras él fueron destilando los demas interlocores. Y la muchedumbre que llenaba la Plaza fué tambien poco á poco desapareciendo. Pobres y ricos debían ahorrarse temprano, unos por costumbre, otros por desembarazarse de aquel cuidado, porque todo Madrid pensaba concurrir al espectáculo que se preparaba.

Y todo Madrid llevó á cabo su determinación; que no hay pueblo en el mundo más curioso ni novelero. A las diez era imposible penetrar en las calles que desembocaban en la Plaza, siguiendo dirección opuesta; el gentío caminaba lentamente, como un arroyo de anchuroso cauce, pero que poco á poco extiende más sus orillas. La Plaza estaba ya henchida de espectadores, no sólo en su interior, sino en las alas de los soportales, rebosando por ventanas, balcones y azoteas. A través de aquella confusión se abrieron paso imperiosamente numerosas rondas de alguaciles, las varas en alto y las espadas á la cintura; y no estaba de más tanta precaución, porque se decía que el reo estaba inocente, y que al llegar al cadalso se sobreesería en la ejecución de la sentencia, y como unos lo aplaudían y otros lo llevaban á mal, era de recelar que se promoviesen desórdenes y tumultos.

Dos cárceles había en Madrid á la sazón, ambas mal regidas y peor acondicionadas. En cuanto á capacidad, baste decir que, por falta de albergue para tantos huéspedes, vivían éstos apretados como uvas en racimo por los fétidos patios y libregos corredores de aquellos insociables fanaterios. Una se llamaba cárcel de corte, para los presos de cierta consideración social ó acusados de ciertos crímenes, y estaba situada enfrente de la parroquia de Santa Cruz, donde no há mucho la Audiencia territorial y hoy el Ministerio de Ultramar, extendiéndose hasta la calle de la Concepción Jerónima; y otra, la de la villa, en la plaza del mismo nombre, á espaldas de la casa de Ayuntamiento, y frontera á la que se denomina de los Lujanes, indamente tenía por prision de Francisco I, no preso, sino honrosamente aposentado en el alcázar de Carlos V.

En esta segunda aguardaba aquel día su postrer hora el infeliz condenado á muerte, si no se apiadaba de su vida el Rey, hasta entónces más benigno que justiciero. No se había usado en su proceso de términos dilatorios, y con igual presteza debía llevarse á fin; por lo que á punto de la hora preñada, á las diez y media, se le previno para la breve jornada que había de hacer. El murmullo que empezó en la cárcel y se propagó como una corriente eléctrica por la carrera anunciaba que se había puesto en marcha la comitiva; á poco descubriose ésta. Precedía una hilera de alguaciles á caballo con carabinas en los arzones y las espadas desenvainadas; algunos cofrades caritativos, que llevaban hachas encendidas; varios religiosos y ministros de justicia, y despues el reo, de luto, montado en una mula, con los ojos en un sauto Crucifijo, que el sacerdote que le auxiliaba le ponía delante. Admirábanse todos de su mocedad y gallardía; las mujeres lloraban de lástima; los hombres rugían de indignación. Ponderando su gentil presencia un escritor que le acompañó en tan terrible trance, y á quien se debe la revelación de estos sucesos, dice, en disculpa de la única imperfección de su rostro, que la naturaleza le privó del ojo derecho para que, mirándose con uno sólo, no se desvaneciese tanto; ingeniosidad muy en su punto en aquella época; y añade, respecto á su dignidad, que estaba ordenado de corona y grados, y disfrutaba un beneficio ó capellanía eclesiástica. En pocos se extremaron tanto las contradicciones de la fortuna.

Llegados, no sin dificultad, al pie del cadalso, apeáronle de la cabalgadura, y subió con paso firme los pocos escalones que mediaban hasta el tablado. Recorrió la ancha plaza

con su mirada, y dejóse ver de la muchedumbre, tranquilo, sin arrogancia, grave y modesto, como era de suyo, alta la cabeza, pálida la color, el cuerpo no desmadejado y lacio, sino derecho y suelto en sus movimientos. Reconcilióse breves momentos con el confesor, y sentado ya en el banquillo, cuando trémulo el verdugo le ajustaba al cuello el hierro de la argolla, fría como la guadaña de la muerte, un grito sonoro que exclamó: ¡El indulto! salió repentinamente del fondo cóncavo del cadalso. Volvió todo el mundo la vista á la puerta de Guadalajara, por donde debía aparecer el mensajero de tan grata nueva; no había tal, era una estratagemia; pero aprovechándose de aquel momento de distracción, arrebatadamente escalaron el tablado una turba de clérigos y frailes, se apoderaron del reo, lleváronle en volandas hasta un coche que no lejos tenían preparado, y con la velocidad que requería el caso, partieron por la calle de Toledo hácia Puerta Cerrada, y metieron al ya casi moribundo en el palacio del Cardenal Arzobispo, D. Baltasar de Moscoso, prelado digno de serlo por su piedad.

De tal manera quedaron absortos los circunstantes, que se desmayó el verdugo, el Corregidor, que presenciaba la ejecución, se mantuvo inmóvil y como petrificado, y los asistentes, y la multitud de ministros que con sus espadas parecían amedrentar al aire y el gentío que cubría la Plaza, todo permaneció sin acción ni voz, todo sobrecogido de espanto, cual si se hubiese imaginado aquella fantástica aparición en el letargo de un temeroso ensueño. El mismo reo, que ni la más leve sospecha tenía de peripecia tan impensada, creyóse trocado ya en espíritu, sér de otra nueva vida; y aunque se palpaba y reconocía su cuerpo, teniéndole por el de siempre, sin detrimento ni mudanza alguna, pensaba que no habría aún muerto del todo, ó que como el pasar de una existencia á otra había sido tan instantáneo, bien pudiera ser su estado actual mera reminiscencia del que había dejado. Al fin él se abandonó á su suerte; vióse entrar por las habitaciones del Arzobispo; que éste le salía al encuentro acariciándole con la mayor ternura; que le agasajaba con un excelente reparo de vino y bizcochos; que le colocaban en un mullido lecho, prevenido con el más cuidadoso esmero, dejándole al cabo solo, y encargándole que reposase sin zozobra alguna; y echóse á discurrir y forjarse mil quimeras sobre aquellas vicisitudes, representándose todo como obra de encantamiento ó hechicería.

Dejémosle allí tranquilo, si tranquilidad podía gozar en medio de tantas confusiones y azoramiento, y sepamos quién era y por cuál delito se le perseguía. Llamábase D. Antonio de Anada, natural de Benabarre, en Aragón, hijo de un médico de Cariñena, que le dió estudios correspondientes al estado eclesiástico, á que le destinaba. Manifestó desde luego aplicación y extremada capacidad de entendimiento; prendas que, juntas al buen talle y bizarría de su persona, y á la cordura y modestia con que las realizaba, inclinaron al padre á variar de resolución y enviarle á la corte, donde, si prosperaban las medianías, mayores aumentos podía prometerse el mérito verdadero. Provisto, pues, no sólo de esperanzas, sino de eficaces recomendaciones, el jóven vino á Madrid, y lejos de consumir en la ociosidad y devaneos de la juventud, como tantos otros advenedizos, la no muy pingüe cuantía de su peculio, desde luego atendió á mejorarlo, considerándolo como propio, no malbaratándolo como

bien extraño, que es la insensatez del pródigo. Indagó, brujuleó, mostróse en sus diligencias más solícito que ambicioso, y halló á poco en una casa titular empleo proporcionado á sus juiciosas aspiraciones.

Recibióle á su servicio, mejor dicho, á su confianza, pues supo granjársela desde luego, en calidad de su secretario, el Marqués de Cañete, señor de Cuenca, que debia desempeñar en Palacio el cargo de montero mayor, como sus antecesores. Ilustró en alto grado el nombre de aquella casa su cuarto poseedor, D. García Hurtado de Mendoza, virrey, capitán general del Perú y de Chile, cuyas hazañas celebraron D. Cristóbal Suarez de Figueroa en la elegante historia de su vida, y otros varios ingenios en el *Arauco domado*, donde vistieron la desnudez de la verdad con las galas de la poesía. Sucedióle su hijo D. Juan Andres, tres veces casado, primero con una hija del Conde de Chinchón, y sucesivamente con otras de los Duques de Medinaceli y de Maqueda, alguna de ellas, pues no está averiguado cuál, probablemente la última, tan poco señora de si misma, con serlo tanto por su proge, que, por haber castigado con crueles penas á sus criadas, excediéndose de su derecho, fué condenada por el Consejo Real á pagar una multa de tres mil ducados.

Quién fuese el Marqués que dispensó su favor al joven Amada, lo ignoramos de todo punto, dado que las memorias que á la vista tenemos sólo alcanzan al año 1628, en que aun vivia D. Juan Andres; pero sabemos que habitaba en la calle Mayor y casa de su propiedad, actualmente ocupada por el Gobierno civil, y ántes por los Marqueses de Camarasa. Pues como trascurriese el tiempo sin quiebra alguna en el crédito del secretario, de cuyos buenos oficios, cordura é idoneidad cada vez estaba más prendado su protector, aconteció que, al entrar éste en su casa un día al anocheecer, encontró á Amada en la escalera, y subiendo ambos apaciblemente hasta llegar á la antecámara, de pronto recibió el Marqués una estocada por la espalda y cayó muerto, sin siquiera exhalar un ¡ay! A los gritos de Amada acudieron los criados, y al estrépito que éstos movieron, multitud de gente extraña, no desconfiándose la justicia. Yacia el Marqués en el suelo, traspasado el pecho por un estoque, y al lado Amada, pálido, mudo de espanto y en el más pavoroso desconcierto. Preguntóle el juez; no profirió palabra; la espada que llevaba el Marqués no se había desenvainado; Amada no la tenia; solos estaban los dos cuando sobrevino el lance; ¿qué más indicios, qué prueba mayor se necesitaba, viendo al uno cadáver, para tener al otro por asesino? La cárcel de Villa estaba tan inmediata, que fué fácil trasladar á ella al presunto reo.

No bien se divulgó el caso, fraguáronse conjeturas mil, fundadas en opiniones ó en intereses particulares; la más general era que, pues todas las circunstancias le condenaban, á pesar de su intachable reputacion y de su ejemplar y nunca dudoso comportamiento, D. Antonio de Amada era un malvado; malvado por su ingratitude, hasta entónces hipócritamente disimulada. Poníase de su parte la gente popular, más que á la ira, inclinada á la compasion y á no juzgar por cierto lo inverosímil; pero los que presumian de señores y todos sus allegados, éstos por respeto, aquéllos por su inviolable supremacia, ponderaban lo horroroso del crimen y exigian la pena del Talion; que no era posible, aña-

dian, gobierno alguno donde la nobleza no era sagrada, y en donde, á pretexto de agravio ó reparacion, podia atentarse contra la vida de los sublimados por el mismo Dios á la cumbre de la grandeza.

Estas y otras frases no ménos sentenciosas proferian los que, sin más conocimiento de causa, prejuizaban la que perentoriamente se seguia contra el presunto delincuente, que apenas fué oido ni interrogado, y contra quien, prescindiendo de informaciones, defensa, pruebas y otros procedimientos legales, se dió sentencia de muerte, y trató de llevarse á cabo, como hemos visto. En vano el Cardenal Arzobispo de Toledo intervino en aquel asunto; en vano el clero secular y religioso protestó de la inocencia del reo: la habia probado ante Dios en el tribunal de la penitencia; pero era necesario, urgente sacrificar una víctima, y atenuar el escándalo del crimen con el escándalo del castigo. Y viendo el Cardenal que ni ruegos ni intimaciones eran de efecto en aquellos ánimos enconados y vengativos, se arrojó al más peligroso intento, poniéndose, por defender una causa justa, enfrente de la justicia.

Salvóse por tan maravilloso modo el que tan próximo estuvo á su fin; el pueblo lo presenció con aplauso; los señores, enfurecidos. Dejose el cadalso en pie, amenaza que hablaba sin voz á los sediciosos. Pero al día siguiente cercaron los alcaldes de Corte la casa del Arzobispo con más de doscientos hombres, sacaron por fuerza al reo, de nuevo le llevaron á la prision, y de nuevo empezó á sustanciarse la causa. Entre tanto, dictóse auto de destierro contra el Cardenal, contra el padre jesuita que ayudó á bien morir á Amada, y un obispo que le metió en el coche. Negóse el primero á salir de Madrid, y, como despues veremos, anduvo cuerdo en la resistencia.

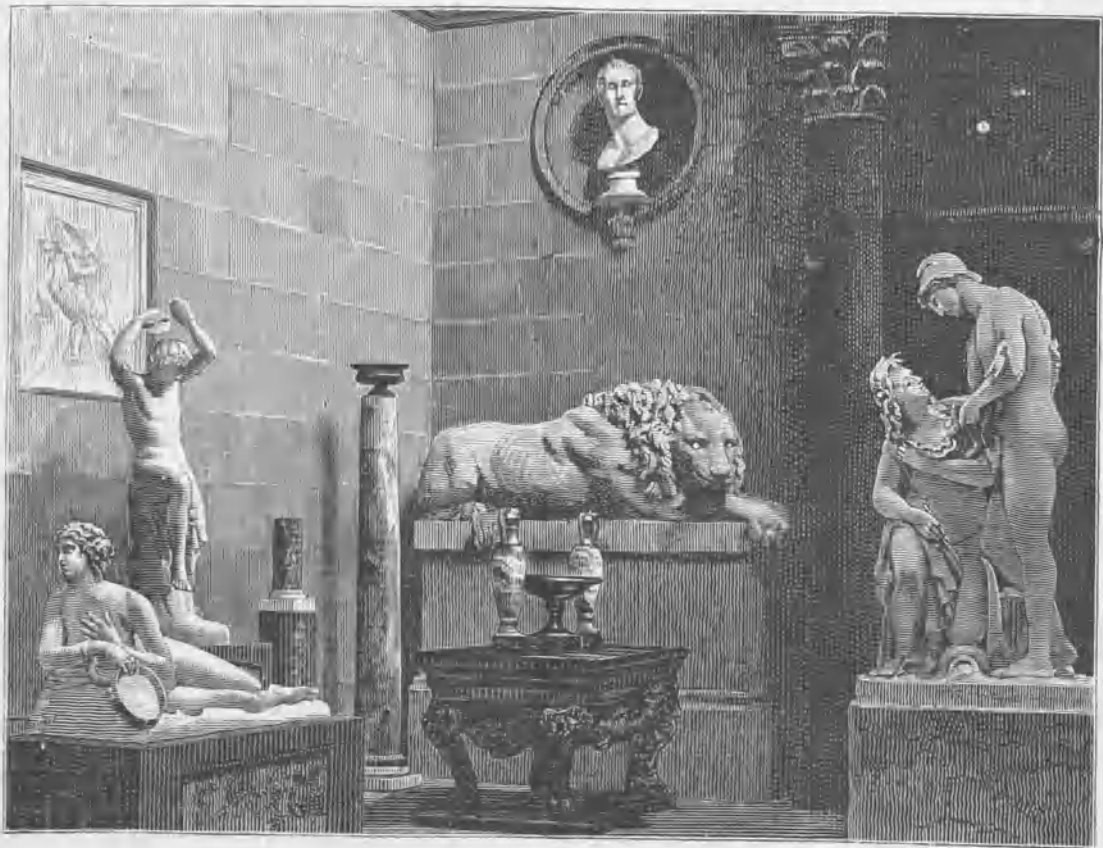
Era de recelar, supuesta la obstinacion de sus contrarios, que Amada sería segunda vez conducido al suplicio, pero que su salvacion no se repetiría. Lo fué, en efecto, á llevando, como refiere el escritor ántes indicado, sólo cuatro alguaciles, y con poquísima prevencion en lo exterior, si bien á la deshilada la chusma toda de escribas y fariseos, armados como relojes, llenos de carabinas encubiertas, y con orden de matar á quien se descompusiese..... Finalmente, fué ajusticiado á los ocho días, cortada su mano derecha y puesta sobre un palo delante de la casa del Marqués difunto. De los criados del Cardenal, á unos se apartó de su servicio, con nota de que le inducian á la rebelion; á otros se confinó lejos de la corte. Igual pena se impuso á gran número de eclesiásticos, y no faltó la de azotes para algunos revoltosos de oficio, señalados como principales instrumentos del rapto que agravó el crimen del asesinato. En cuanto al móvil que impulsó á éste, eran varios los pareceres; como más acreditado corria el de ciertos amores secretos en que recíprocamente se estorbaban el Marqués y Amada; no, sin embargo, tan secretos, que no se hubieran traslucido en las sombras de una noche y por entre las rejas de un convento; mas de esto á considerar á Amada como reo de Estado mediaba distancia inmensa. La verdad era que convenia imponer respeto á la plebe, la cual, segun algunos, se subia á mayores, y fué elegido el infeliz secretario por víctima propiciatoria. Así procedió la justicia humana; pero restaba el fallo de la divina.

Dos semanas trascurrieron desde la ejecución de Amada, cuando se renovó el espanto que produjo, y en los ánimos efecto contrario á aquel que se pretendía. Murió en el hospital un hombre que habia sido lacayo del Marqués. Prendieronle al incoar el proceso, por ser el demandadero de quien Amada se servia; mas nada se averiguó de él, y le pusieron en libertad. Coincidió el asesinato con la circunstancia de haberse arrojado el tal desde una ventana y romperse una pierna en la caída. Hirióse ademas gravemente, pero ocultó el fracaso por temor de excitar sospechas. De haber descurrido la curacion, sobrevino el ser ésta imposible; y viéndose sin remedio y cercano á su postrimeria, llamó confesor y testigos, y vuelto á ellos, les habló así: «Yo he sido, yo, miserable, el que asesinó á mi amo; el matador único del Marqués. Reprendiome por una falta en que habia incurrido; mi mujer quiso defenderme; maltratóla el señor, y juré vengarme; y la tarde del suceso, viendo entrar al Marqués en casa y subir la escalera en compañía de D. Antonio, así de una espada, y prevalido de la oscuridad, calladamento y poniéndome detras del secretario, di por la espalda una estocada al señor, de que cayó sin vida. Hui por la galería

contigua, y desde la ventana primera me arrojé al patio; y aquí estoy muriendo de mis lesiones, y más que de ellas, del delito que cometí y de la injusta muerte que por mi causa dieron á D. Antonio. ¡Dios haya premiado su inocencia, su cristiana y heroica resignacion, y á mi me acoja en el seno de su misericordia, sí, padre mio, tan grande como es mi arrepentimiento y el horror que me dan mis crímenes! Perdóneme Dios; rueguen por mi mis víctimas, y sepa el mundo que declaro haber sido el asesino de mi señor y el verdugo de D. Antonio.» Y acabando de decir esto, espiró.

¡Oh, juicios de Dios, siempre infalibles, aunque encubiertos á la iniquidad humana! El baldon que aquellos protervos jueces pensaron echar sobre un hombre virtuoso cayó sobre su memoria. Hoy los condena la posteridad conforme á las leyes de la conciencia, única que dicta á la razon sus fallos justos é inapelables. En *El Garrote más bien dado* immortalizó Calderon al alcalde de Zalamea; Amada representa otra immortalidad, la del mártir sacrificado á la soberbia tiranía de la injusticia.

CAYETANO ROSELL.



LÓNDRES.—UN ÁNGULO DE LA SALA DE ESCULTURA ANTIGUA, EN EL MUSEO BRITÁNICO.



UNA DE MARFIL, LABRADA EN MADRID, PARA EL MUSEO DEL PRINCE SR. D. ANTONIO ROBERTO DE...;

EL MODO DE DESCASARSE.

(CUENTO POPULAR.)

I.

Si yo escribiera este cuento sólo para gentes de esta región de altas y agrestes montañas y hondos y amenos valles, que se dibata entre el Océano y el Ebro, no necesitaría dar pelos y señales del sacristán de Guezúrraga, porque ¿quién no conoce, del Ebro acá, siquiera los principales rasgos de su fisonomía moral, que dibuja, para regocijo de todos los presentes, uno de los más decidores y cuenteros en las veladas de invierno en torno del hogar, donde chillan las manzanas aformentadas por el fuego y hace *gor-gor* la caldera de castañas suspendida del llar, y en la pella ó deshoja del maíz, donde está reunida y medio sepultada entre *calzas* ó hojas la gente más reidora del barricillo, y en la layada, donde forman en fila, alternando con los hombres, las muchachas más vigorosas y reidoras, y en la salla ó escaña del trigo y del maíz, donde los cuentos alternan con los cantares?

Pero contando este cuento para gentes de allende el gran río por excelencia histórico, y aun para gentes de allende el mar Atlántico, necesario es que dé pelos y señales del sacristán, y aun del cura, y aun de la feligresía de Guezúrraga.

Démoslas, ántes de todo, de la feligresía; que para pintar un cuadro, lo primero es preparar el lienzo donde se va á pintar.

Guezúrraga es una feligresía de cincuenta vecinos, escondida en el valle más solitario de la región cantábrica. Los que moran en ella tienen laderas casi verticales por muros de su vivienda, una vega de mil pasos de longitud y quinientos de latitud por pavimento, y el cielo, que se ve allá arriba, allá arriba, por techo.

La vegueta está dividida por un bullicioso riachuelo, á cuya orilla no se descubren más edificios que un molino de techo enharinado, junto al cual se alza un puente de piedra de alto arco y revestimiento de piedra, único que facilita la comunicación entre las dos veguetas y las dos barriadas en que la feligresía se divide.

Estas barriadas están escalonadas en las estribaciones de las montañas de derecha é izquierda, donde la pendiente es mucho menor que la que comienza de allí arriba.

La barriada de la derecha se llama Elejacon, ó de la iglesia, y la de la izquierda Bidecon, ó del camino, nombres que han recibido, la primera, de la iglesita que se alza en medio de ella, y la segunda, de un antiguo camino ó calzada que pasaba por la ladera de la montaña, y modernamente se ha convertido en carretera provincial.

Las casas no son suntuosas, ni mucho menos, pero si limpias y alegres, y no hay ninguna que no tenga á la trasera su huertecillo provisto de variados frutales, y aun de unas cuantas colmenas medio escondidas entre matas de romero, y al frente un campillo, donde cada vecino tiene siquiera un par de nogales y un par de cerezos.

En cuanto á los habitantes de la aldea, debo decir que, á pesar de la soledad en que viven, léjos de participar del carácter taciturno y triste, tan común en las gentes de las peladas llanuras del interior de España, participan, hasta con exceso, del alma plácida y tentada á la risa que caracteriza á la raza euskara.

La iglesia parroquial de San Miguel Arcángel participa de la humildad de la aldea, ménos en la riqueza de sus campanitas, que es fama son muy sonoras, porque en su fundición se empleó tanta plata como bronce. por razones que debieron saber al diablo á enerno quemado.

El origen de la iglesia, en que tiene el suyo la aldea, es sobremodera curioso, si la tradición que le cuenta no miente; y hago esta salvedad porque hay en el nombre de Guezúrraga un misterio etimológico que me obliga á ello, y relacionado acaso con este misterio, hay en aquella comarca otro, que consiste en la costumbre de dar mate á los guezúrragueses acusándoles de que siempre pronuncian entre dientes el octavo Mandamiento de la ley de Dios.

Asegúrase en la región cantábrica que llamando al diablo á las doce en punto de Noche-buena, desde un sitio donde no se oigan campanas, el diablo aparece allí inmediatamente y otorga todo lo que se le pide, con tal que se le otorgue todo lo que pide él, que es, por supuesto, el alma.

Allá por el siglo XVII, que es cuando más guerra han dado el diablo y sus auxiliares las brujas y los hechiceros, como lo prueba la historia de nuestras provincias y municipios, que se gastaban un dínal en combatir esta plaga, no habitaba alma viviente en el profundo valle de Guezúrraga, que ya llevaba entonces, y desde tiempo inmemorial, este nombre, muy apropiado á sus circunstancias, y era el sitio donde los desesperados y réprobos iban á paetar con el diablo en Noche-buena, porque en toda esta región aquél era el único sitio conocido donde no se oyeran campanas. Todavía se ve, para terror del vecindario, á orilla del único camino que da ingreso á la aldea, subiendo riachuelo arriba, una oscura caverna horizontal, por donde salía el diablo para presentarse al desdichado que le llamaba.

Dolido un piadoso y buen caballero de los lomos negocios que desde tiempo inmemorial hacía el diablo en Guezúrraga, determinó privar al enemigo malo de aquel mercado de falsedad y mentira, y para ello se valió del sencillo y santo medio de edificar en aquella soledad una iglesita, cuya advocación fuese la de San Miguel Arcángel, que puso las peras á cuarto al diablo tomándole por peana suya, y provista de sonoras campanas, cuya sagrada armonía llenase aquella soledad y sonase en el timpano del diablo aun más desagradablemente que agudo clarín en timpano de perro.

Al amparo de la iglesita de Guezúrraga, que el fundador dotó de capellan, á fin de que todos los días dijese misa en ella y diese un rato de mil demonios al diablo alborotando el valle y las montañas con sus campanitas verdaderamente argentinas, por efecto de la mucha plata que se mezcló con el bronce al fundirlas, se fueron levantando las cincuenta casas y el molino de que Guezúrraga consta, y es un milagro de Dios que hubiese quien fuera á poblar allí teniendo el lugar nombre tan malsonante, porque Guezúrraga significa valle ó sitio de la mentira ó la falsedad, y no ha habido medio de quitarle este nombre, á pesar de haber dejado de merecerle desde que aquel sitio dejó de ser mercado de falsedad ó mentira para el diablo.

De esto no hay que extrañarse, porque Arrigorriaga, que significa lugar de piedras bermejas, y se llamó así por la mucha sangre que tiñó las suyas cuando los vizcaínos destrozaron al ejército leonés y mataron á su caudillo, el prin-

cipe Ordoño, cuyo sepulcro está en el pórtico de Santa María Magdalena, continúa llamándose así á pesar de que diez siglos han bastado para desteñir sus ensangrentadas piedras.

Hablemos ahora del sacristan y el cura de Guezúrraga, no sin ántes advertir que nombro al sacristan primero que al cura porque, aunque en la iglesia y en mi respeto tenga menor categoría, en este cuento la tiene mayor. De todos modos, sacristan y cura merecen capítulo aparte.

II.

José Miguel, como se llamaba el sacristan de Guezúrraga, era todavía hombre de treinta y tantos años, y había estado en América, de donde había vuelto, según decía, convencido de que la lotería de América cuesta muchísimo más y tiene muchísimas ménos probabilidades de caer que la de España.

No se sabía si era soltero, casado ó viudo, porque cuando se le preguntaba cuál era su estado, su única contestación era esta:

—¡Soy descajado!

Naturalmente esta contestación ponía la risa en los labios de cuantos la oían; pero la risa se detenía al ver que al contestar así se le saltaban las lágrimas á José Miguel.

Este era el encanto y el asombro de la aldea por su agudeza de ingenio, que todos, hasta el señor cura, calificaban de sabiduría.

Para gozar fama de sabio entre gentes tan ignorantes y sencillas como las de Guezúrraga basta tener un poquito más que sentido comun. Yo, que no soy el que inventó la pólvora, gozo fama hasta de brujo entre tres elegantes señoritas amigas mías, que no tienen pelo de tontas, aunque le tengan de candorosas. Un día paseaba con ellas por un jardín, y nos detuvimos á contemplar un canastillo de hermosos pensamientos dobles.

—¿A que sé — dije á mis compañeras — en lo que estais pensando las tres?

—¿A que no? — me contestaron las tres á la vez.

—Pues estais pensando en vestidos de terciopelo.

—¡Jesus! — exclamaron las tres santiguándose de admiración. — ¡Usted por fuerza es brujo!

Porque resultaba que las tres, sin comunicarse su pensamiento, estaban pensando: «¡Quién tuviera un vestido de terciopelo de esa finura y ese color!»

Voy á contar algunos de los rasgos de ingenio que á José Miguel habían valido el concepto de sabio.

Decía José Miguel que todo tenía remedio en este mundo ménos la muerte, y justificando esta afirmación, encontraba salida para toda dificultad ó apuro en que era consultado.

Desde que el maíz empezaba á granar, los vecinos, que necesitaban dormir y descansar de las fatigas del día, tenían que pasar la noche en vela guardando sus heredades, porque si no, bajaban los jabalies y se las asolaban.

Convocóse concejo general para convenir y acordar sobre este importante asunto, y el resultado fué acordarse unánimemente que se consultase á José Miguel, á ver si tenía remedio el mal que lamentaba la feligresía, puesto que decía tenerle todo en el mundo ménos la muerte.

Consultado José Miguel por una comisión del vecindario, su contestación fué que él se ingeniaría de modo que ni los vecinos necesitasen velar por los maizales, ni los maizales fuesen víctimas de la voracidad de los jabalies.

Las mujeres casadas pensaron volverse locas de alegría cuando tuvieron noticia de la contestación de José Miguel, porque, lo que ellas decían, no se habían casado para caer de marido todas las noches durante uno ó dos meses del año.

En efecto, José Miguel colocó en medio de la vega, aprovechando el chorro de agua que derramaba por una teja una fuente que allí había, un aparatito hidráulico, que consistía

en una ruedecilla cuyo eje tenía unos topes, que al pasar ponían en movimiento un macito que daba en hueco y hacía, particularmente en el silencio de la noche, un continuo ruido, que se oía hasta desde la cima de las montañas, con lo que los jabalies no se atrevieron á bajar á la vega.

Siendo yo muchacho ideé análogo aparato con análogo objeto, para evitar á mi padre que pasara la noche guardando el maíz de los estragos de los jabalies, y el resultado no correspondió á mis esperanzas y deseos, porque si bien los jabalies no se atrevieron á bajar al maíz la primera noche, la segunda, acostumbrados ya á la uniformidad de aquel ruido, bajaron y nos destrozaron la cosecha; pero José Miguel, como era más listo que yo, previó este inconveniente, y le previno mudando cada noche el sonido del macito con el cambio de la plancha en que éste daba, que una noche era de madera, otra de hierro, otra delgada y otra gruesa, por cuyo sencillo medio logró que los jabalies dijese: «¡Hola! el sonsonete de esta noche no es como el de la anterior», y no se atreviesen á bajar ninguna.

El camino de la cueva del Diablo, como se llamaba al único que había para ir valle abajo y venir valle arriba, y era casi la única puerta de la aldea, tenía dos graves inconvenientes no lejos de ésta, y eran un sitio donde las caballerías pasaban tan ligeras, que solían derribar la carga que llevaban encima, y otro donde pasaban tan despacio, que daban un rato del diablo al que montaba en ellas ó las llevaba de la rienda.

Es de advertir que en Guezúrraga, donde las distancias de toda otra población son grandísimas y los caminos son tan fatales, que ni aun permiten el uso de carretas, que en el litoral cantábrico son capaces de subir adonde Cristo dió las tres voces, todo vecino tiene caballerías, de que se vale así para el viaje como para el transporte.

El camino de la cueva del Diablo atravesaba una hondonada de peña viva, por donde se abría paso un arroyo en tiempo de lluvias, y las caballerías, según tienen de costumbre en tales casos, apénas llegaban al declive, pasaban á escape aquella concavidad, derribando muchas veces la carga ó el jinete. En cambio, no lejos de la hondonada había otro paso que todo vecino quería pasar á escape, y las caballerías se empeñaban en pasar poco á poco, ó mejor dicho, despues de detenerse en él. Este paso era el de la cueva del Diablo.

De la cueva salía un arroyuelo que convertía allí el camino en perpétuo lodazal, donde toda caballería, por más que se la espolease ó varase, se detenía á orinar, como acostumbraban á hacer donde han orinado otras, ó simplemente hay agua, y de esto resultaba, como he dicho, que todo vecino que pasaba por allí á caballo ó con la caballería de la rienda, pasaba un rato del diablo, obligado á detenerse precisamente á la boca de la cueva, en cuyo negro fondo se veían unas luces que podrian ser efecto de las cristalizaciones ó el agua, pero que á todos parecían los ojos del diablo.

Consultado José Miguel para ver si este mal tenía remedio, contestó afirmativamente; y en efecto, se le puso del modo que vamos á ver.

Resulta, según había averiguado José Miguel, que toda caballería tiene la costumbre de pasar corriendo por donde alguna vez le han hecho mal, y de aquí dedujo, como era más listo que un demonio, que, por el contrario, toda caballería debía tener la costumbre de detenerse, ó cuando ménos, pasar poco á poco, por donde alguna vez le han hecho bien.

Un día encargó á todos los vecinos del pueblo que fuesen con sus caballerías al susodicho camino, llevando una buena vara y un buen pienso de maíz por caballería, y una vez reunidos allí todos, hizo que á cada caballería le diesen un pienso en la hondonada y un vapuleo en el lodazal de la cueva, con lo que, de allí en adelante, toda caballería pasó poquito á poco la hondonada, y como alma que lleva el diablo el lodazal.

Por último, había guerra civil, y toda partida de tropa que pasaba por la carretera de la falda de la montaña se detenía allí arriba para contemplar la aldea, que descubría allí abajo tan blanca y tan hermosa, que desde luégo indicaba riqueza y bienestar.

Rara era la partida de tropa que, al ver la aldea, no incurriese en la tentación de bajar á merodear en ella, con lo cual Guezúrraga sufría las mayores depredaciones por parte de la tropa.

Consultado José Miguel, por si hallaba remedio para aquel gravísimo mal, su contestación fué la de costumbre: que para todo lo de este mundo le había, ménos para la muerte.

Y en efecto, le encontró para que la tropa que pasaba por la carretera no volviese á echar de ver que allí abajo había una aldea donde matar gallinas, descolgar chorizos y longanizas, taponar barricas, descargar de fruta los árboles, aliviar de peso las faltriqueras, y hasta... (¡Jesus, iba á decir un disparate!) retorar con solteras y casadas guapas.

¿Adivinan ustedes cómo se las compuso José Miguel para hacer este milagro? Me parece que no, por muy éstos que sean ustedes, que de seguro lo serán más que yo. Pues lo hizo pintando de verde, con el zumo de los yezgos, todos los edificios de la aldea, sin exceptuar la iglesia y el molino; de modo que, vista la aldea desde la carretera, no se veía en ella más que una masa verde, que se confundía con la verdura de los árboles y el suelo.

Estos y otros infinitos rasgos de ingenia habían hecho á José Miguel el encanto y el asombro de Guezúrraga, donde no había nadie, incluso el señor cura, que no la tuviese por sabio consumado.

El señor cura lo era y no lo era: lo era á los ojos de Dios, porque era lo que por acá llamamos un bendito; es decir, tenía el candor y la pureza de un niño, era caritativo y piadoso á carta cabal, y en cuanto al desempeño de su ministerio, que fueran por Guezúrraga todos los obispos del mundo, que no habían de cogerle en una falta tanto así (y perdouen ustedes el modo de señalar).

Ya podían ir sus feligreses á decirle que echase una partida de mus, ó asistiese á una merendona, ó entonasé á la guitarra unas coplillas picarescas, ó llevase una chica á las ancas de su caballo, ó se echase una ama jóven como él, ó se metiese en política, ó se mezclase en las banderías de la aldea, ó fuese á una corrida de toros ó novillos. De seguro que, lleno de santa indignación, les hubiera echado muy enhoramala, diciéndoles que á un ministro del Señor no se ofende suponiéndole capaz de tales cosas.

Las únicas picardías en que el señor cura tomaba parte eran las inocentes que alguna que otra vez ideaba el sacristán con un fin santo y laudable, y necesitaban el concurso del señor cura, tales como una que voy á contar como muestra de ellas.

Había en la aldea unos cuantos vecinos que siempre vivían lo que se llama al día, es decir, que no ahorran nunca un cuarto, porque todo el dinero que les sobraba de las atenciones de su casa le gastaban en la taberna.

Sus pobres mujeres, como es natural, ponían el grito en el cielo viendo esto, porque decían, con mucha razón, que si sus maridos conservasen el dinero que gastaban en la taberna, á la vuelta de algunos años se encontraría la familia con ahorros que le vendrían muy bien.

Un día fueron las pobres mujeres á preguntar á José Miguel si habría remedio para aquel mal, tanto más de lamentar cuanto que sus maridos, no agraviando á los presentes, eran, fuera de aquello, muy buenos cristianos y muy temerosos de Dios. José Miguel les contestó, como de costumbre, que en este mundo para todo había remedio: toños para la muerte, y les prometió remediar su mal, con lo que se fueron más contentas que si les hubiese caído el premio gordo de la lotería.

Un sábado por la noche los picaros maridos estaban reunidos en la taberna, como ellos decían, celebrando vispe-

ras, cuando héte que se presenta José Miguel en la taberna, donde, por supuesto, nunca ponía los piés.

—Vengo — les dijo — á poner en vuestra noticia que estais condenados si no mudais de conducta.

—Y nuestra conducta ¿qué tiene de malo? — le preguntaron.

—Lo peor que puede tener, que es desobedecer el santo Evangelio de la misa.

—Si eso fuese cierto, estamos conformes en que estariamos condenados; pero ¿en que le desobedecemos?

—En que gastais en la taberna el dinero que os sobra, en vez de conservarlo, como el Evangelio de la misa os manda terminantemente.

—Si es cierto que nos lo manda, le obedeceremos; porque eso de desobedecer nada ménos que al Evangelio de la misa es cosa muy seria, y venenq se nos volveria á nosotros en el cuerpo el vino que bebiésemos estando seguros de que el Evangelio de la misa lo prohibia.

—Segun eso, ¿dudais aún de que os manda conservar el dinero, en vez de gastarlo?

—Mire V., José Miguel, trabajo nos cuesta no dar crédito á un hombre como V., que es bueno y sabio si los hay, y ademas es de iglesia; pero la verdad se ha de decir: en eso.... usted ha de perdonar, no le damos crédito.

—Pues bien; mañana es día de misa cantada. Escuchad con atención todo lo que el señor cura canté, y os convenceréis de que el Evangelio de la misa os manda conservar el dinero.

—Pero todo lo que el señor cura canta está en latín, y no lo entenderemos.

—Lo que manda conservar el dinero está en un latín tan claro, que lo entiende cualquiera.

—Pues quedamos en oír con mucha atención todo lo que el señor cura canté, y si es verdad que el Evangelio de la misa nos manda conservar el dinero, se acabó para nosotros la taberna; que el alma vale más que todo el vino del mundo.

Al día siguiente, mientras el señor cura cantaba el Evangelio de la misa (como las gentes de Guezúrraga llaman á todo lo que durante la misa se canta ó lee, aunque sea Prefacio, Epistola, Oremus, etc., y digo llaman, y no llamaban, porque para ellas aún todo lo de la misa es Evangelio), los derrochadores escuchaban con la mayor atención.

Cuando el señor cura cantó aquello de *conserve digneturis*, que ellos tradujeron, sin la menor vacilación, por *conservad el dinero*, empezaron á darse golpes de pecho, en señal de arrepentimiento por haber desobedecido el Evangelio de la misa, y desde entónces, en lugar de gastar en la taberna el dinero sobrante, se lo entregaron á sus mujercitas para que éstas se encargasen de conservarlo como Dios mandaba.

La complicidad del señor cura con José Miguel en esta picardía inocente, y aún santa, consistió en contestar afirmativamente á los traductores, cuando éstos, terminada la misa, entraron en la sacristía á preguntarle si estaba fielmente hecha la traducción que habían hecho del *conserve digneturis*.

III.

Mari-Jesus y Pepe-Anton se miraban hacia tiempo con buenos ojos, aunque de ahí no pasaba lo que había entre ellos; pero el día de San Miguel, en la romería de la aldea, dió tanta rabia á Mari-Jesus de que Pepe-Anton bailara con otra despues de bailar con ella, y á Pepe-Anton de que Mari-Jesus bailara con otra despues de bailar con él, que cada cual por su parte hizo firme propósito de herrar ó quitar el banco aquella misma tarde; Mari-Jesus, valiéndose de toda la poca libertad que las doncellas tienen para estas cosas, y Pepe-Anton, de toda la mucha que los mancebos tienen para lo mismo.

Monaditas alternando con desdenes por parte de Mari-

Jesus, é indirectas del Padre Nuño, que á la mano cerrada llamaba puño, por parte de Pepe-Anton, dieron por resultado que aquella misma tarde al anochecer fueran novios declarados y amartelados Pepe-Anton y Mari-Jesus.

Buenos muchachos eran ambos, pero José Miguel, cuando supo que se iban á casar juntos, como se dice en Guazurruga, tuvo un gran sentimiento, porque sabía de qué pié cojeaban y estaba seguro de que Pepe-Anton, al fin y al cabo, se encomendaría á San Vicente de *Vara-caldo*, y Mari-Jesus á San Miguel de *Uñate*; pero aunque tenía remedio para aquel mal, no quiso hacer uso de él, porque sabía que hay remedios peores que la enfermedad.

Pocos días despues, Mari-Jesus y Pepe-Anton fueron á la sacristía á pedir al señor cura que les leyera las amonestaciones. El sacristán los tomó por su cuenta mientras esperaban la llegada del señor cura, que habia ido á una casa de Bidecon á ver si lograba poner en paz á un matrimonio que andaba como el perro y el gato; y les dijo:

—Nosotros los descasados (y al pronunciar esta palabra se le saltaron las lágrimas á José Miguel) tenemos la debida experiencia para hablar de las cosas de que voy á hablaros, y por tanto, debeis escucharme con atención y seguir mi consejo. Lo primero que debeis hacer los que tratán de casarse es ver si congenian, porque sin congeniar marido y mujer, no puede haber buen matrimonio. Tú, Mari-Jesus, tienes más de malva que de cardo; pero tú, Pepe-Anton, tienes más de cardo que de malva....

—Miro V., José Miguel, interrumpió el novio al sacristán, no se cause V. en predicarnos, porque todos los predicadores del mundo no nos pueden convencer á ésta y á mí de que no parecemos los dos como hechos el uno para el otro.

—Dice la verdad Pepe-Anton, añadió la novia.

—Eso es porque el amor os ciega y no deja á ninguno de los dos ver los defectos del otro.

—En esa parte, dijo Pepe-Anton, tiene V. mil razones, que yo estoy ciego de amor por ésta.

—Y yo tambien lo estoy por éste, añadió Mari-Jesus, poniéndose coloradita como un clavel.

Que estuviera ciego de amor Pepe-Anton por Mari-Jesus no era maravilla, porque Mari-Jesus era una chica un poco cachigordita, de color entre nieve y rosa, y unos ojos negros sobremañera habladores. Las digo á VV. que yo, á pesar de ser casado y ya maclucho, no puedo pensar en ella con serenidad.

En esto llegó el señor cura, y José Miguel dejó de predicar, considerando que predicar á ciegos de amor es aún más inútil que predicar á sordos de oreja.

Mari-Jesus y Pepe-Anton se casaron poco despues, y como es de suponer, durante los primeros días no se oyó en su nido más que el *en-en* de las palomitas y los palomos.

La *pistola* de San Pablo, como Mari-Jesus y Pepe-Anton llamaban á la santa y admirable epístola del gran Apóstol, no sacrilegamente, porque el sacrilegio está en la intencion, y en ellos no habia intencion sacrilega, sino solo rística sencillez, fué la primera ocasion de disidencia entre ellos.

Para los matrimonios sensatos, la epístola de San Pablo es instrumento poderoso de union y amor é indulgencia mutua; pero para los que carecen de seso, como Mari-Jesus y Pepe-Anton, hasta la santa epístola se convierte en traidora pistola moral, con que se amenazan mutuamente.

Que si la *pistola* de San Pablo mandaba ó no á la mujer esto; que si la *pistola* de San Pablo mandaba ó no al marido lo otro, es lo cierto que Mari-Jesus y Pepe-Anton, apénas cumplido el mes de casados, tuvieron una pelatera en que faltó poco para que se encomendaran á San Vicente de *Vara-caldo* y á San Miguel de *Uñate*.

El caso era que se querian mutuamente, y los dos eran razonables y reconocian sus faltas cuando ni daban en terquear; pero el caso era tambien que terqueaban todos los días y hasta todas las noches, que es lo más extraño, sobre todo en los recién casados, y una vez enzarzados en la disputa, no habia medio de traerlos á mandamiento.

Entre tempestad y tempestad, en que, por supuesto, ya jugaban de firme las niñas y la vara, se iba formando del modo siguiente el arco iris:

—¡Válgame Dios, Pepe-Anton! exclamaba Mari-Jesus, que era la que siempre daba primero su brazo á torcer, ó lo que es lo mismo, quien echaba la primera hilada de luz para formar el arco; ¿Qué poco juicio tenemos los dos!

—Quien tiene poco juicio eres tú.

—Convengo en ello, hombre, pero tú tambien....

—Yo demasiada prudencia tengo.

—No te digo que no, hombre, pero tienes un genio....

—Peor le tienes tú.

—Es verdad, hombre, que le tengo malo; pero mira, si tú hicieras un esfuerzillo para aguantármelo, yo haria otro para no incomodarte, y así iriamos poco á poco corrigiéndonos y llegaríamos á vivir en paz y gracia de Dios.

—Yo eso es lo que deseo.

—Y yo mucho más que tú.

—¡Si, buenas alhajas sois las mujeres!

—¡Pues mira que vosotros los hombres!

Estas dos últimas exclamaciones ya tenían los coloritos del arco iris, y el arco quedaba por fin formado, con ayuda del redondo, blanco y sonrosado brazo de Mari-Jesus, que rodeaba el cuello de Pepe-Anton.

Entre algunos días de calma y los demas de tempestad pasaron Pepe-Anton y Mari-Jesus el primer año de casados. Mari-Jesus toda se volvía pedir á Dios que le comenzase á patlear un rachorrito en las entrañas; pero nada, no sentia en ellas pataleo alguno.

Durante la más horrible de sus tempestades, que fué seguramente la que sobrevino el día en que celebraban el primer aniversario de su casamiento, y tuvo origen en una disputa sobre cuál de los dos habia perdido ó habia ganado casándose con el otro, surgió, lo mismo en la mente de Pepe-Anton que en la de Mari-Jesus, esta estrofaluria idea:

¿Si podríamos descasarnos como José Miguel, que dice ser descasado!

Así que la tempestad se calmó, ambos pensaron en comunicarse mutuamente aquella idea; pero Mari-Jesus no se atrevia á ello, porque eso de descasarse, para las mujeres es cosa más seria que para los hombres. En cambio, Pepe-Anton echó á volar su pensamiento sin embarazo alguno.

—¿Sabes, Mari-Jesus, que me ocurre una cosa?

—¿Y qué cosa es ésa, Pepe-Anton?

—Que nosotros vamos á estar toda la vida como el perro y el gato, si no hacemos otra cosa.

—¿Y qué otra cosa es ésa?

—Descasarnos.

Si las mujeres se estremecen de gozo al oír la palabra *casarnos*, es natural que al oír la palabra *descasarnos* se estremecan de espanto. Mari-Jesus se estremeció de espanto al oír el *descasarnos* de Pepe-Anton; pero como ya se habia familiarizado un poco con la idea que aquella palabra encerraba, y estaba convencida de que sólo descasándose podia ser feliz, no tardó en reponerse de su espanto natural é instintivo.

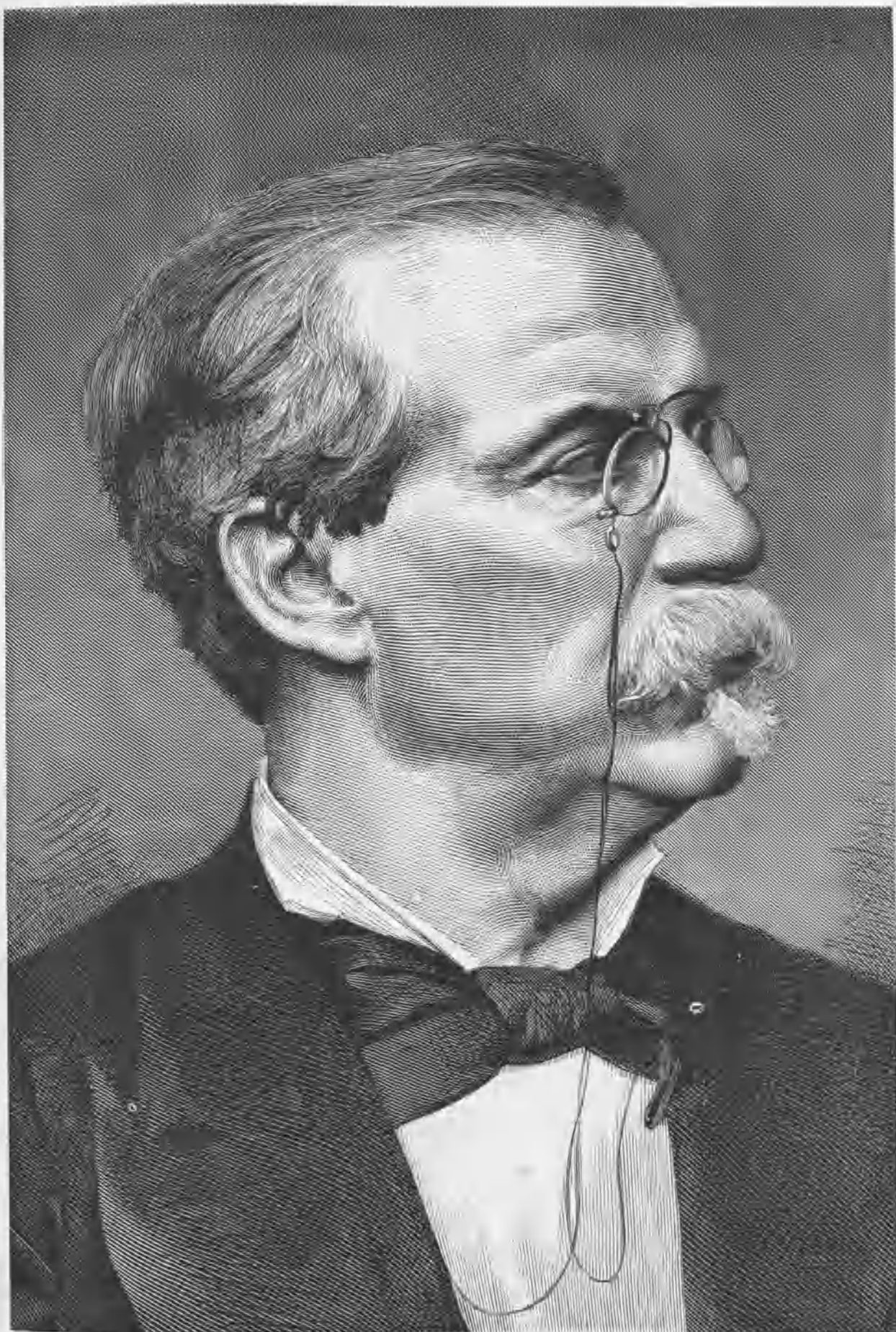
Despues de jurarse y perjurarse mutuamente que se querían y que si se resignaban á descasarse no era por desamor, sino por convencimiento de que de otro modo no podian ser felices, convinieron en ir á ver al señor cura para suplicarle que los descasara.

En efecto, fueron á ver al señor cura, y Pepe-Anton se encargó de explicarle el objeto de la visita.

—Señor cura, le dijo, ha de saber V. que desde que nos casamos ésta y yo, por cada día de paz hemos tenido veinte de guerra.

—Será porque habréis olvidado lo que dice la epístola de San Pablo.

—Léjos de olvidarlo, señor cura, lo hemos recordado á cada paso y sólo ha servido para enzarzarnos más y más. Que si la *pistola* de San Pablo os manda á las mujeres esto; que si la *pistola* de San Pablo os manda á los hombres lo



DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

sf *rall.*
 derraman flo - res sobre el altar so - bre el altar

rall. *pp* Sumamente delicado

p *pp* *p*
 der - ra - man flo - res. No hay labio a -

8a
 eres

sf *sf* *p* *pp*

- man - te que no son - ri - a dulce armo - nía bro - ta do - quier y los ver -

M. 12.

sf *sf*

- ge - les es - tan ri - sue - ños co - mo los sue - ños ah de u - na mu -

sf

- ger No hay labio amante que no sonri - a dulce armó - ni - a bro - ta do -

- quer y los ver - ge - les es - tan ri - sue - ños co - mo los sue - ños

de u - na mu - ger como los sue - ños de u - na mu - ger ah si ah

si

CAUPOLICAN, ESTATUA EN BRONCE DEL ESCULTOR CHILENO D. NICANOR PLAZA.

(VÉASE EL GRABADO DE LA PÁG. 22.)

La última Exposición artística industrial celebrada en Santiago de Chile ha sido notable por los bellos cuadros y arrogantes estatuas que han presentado los artistas del país, demostrando que allí se rinde ferviente culto á las Bellas Artes.

Una de aquellas obras del joven y aventajado artista D. Nicanor Plaza, actualmente profesor de escultura en el Instituto Nacional de Santiago, ha llamado extraordinariamente la atención de las personas entendidas, por la belleza de la forma y la valentía de su ejecución.

Representa á Caupolicán, el bravo jefe de los indios araucanos, que describió con tan soberbios versos D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, en su inmortal poema *La Araucana*:

« En este noble mozo de alto hecho,
Varón de autoridad, grave y severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Aspero, riguroso y justiciero,
De cuerpo grande y relevado pecho,
Hábil, diestro, forisimo y ligero,
Sabio, astuto, sagaz, determinado,
Y en esas de repente reportado. »

¡Qué español, amante de las glorias de su patria, no ha leído la magnífica crónica-epopeya (si así puede decirse) del inspiado Ercilla, libro que porque fuera más cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escri-

biendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños, que apenas cabían seis versos!»

En este libro precioso, monumento histórico y literario de nuestra patria, aparece Caupolicán como el más valiente y esforzado entre todos los jefes de «Arauco no domada», desde el momento en que el esforzado guerrero, en la prueba decisiva propuesta por el prudente Colocolo, «el macizo libano»....

« Como si fuera vara delicada,
Se le pone en el hombro poderoso ».

hasta que, preso por traición miserable, y condenado á la última pena, cayó con su cuerpo atravesado por cien saetas,

« Perdo aquel grande espíritu echó fuera,
Que por menos heridas no cupiera. »

Barbara escena, de la cual dice el generoso Ercilla:

« Que si yo á la sazón allí estuviera,
La cruda ejecución se suspendiera. »

Esta obra artística del Sr. Plaza ha sido premiada en el concurso indicado, y ha pasado á ser propiedad del opulento propietario chileno Sr. D. Luis Cousiño.

Del mismo autor conocemos otras bellas esculturas: *El Amor cautivo*, por ejemplo, figuró también en el mismo concurso, y la prensa ilustrada del país la consideró desde luego como una de las mejores obras de arte en la América del Sud.

LA PLEGARIA, ESTUDIO DE D. ALFREDO PEREA.

(VÉASE EL GRABADO DE LA PÁG. 23.)

En el mes consagrado por la Iglesia católica á conmemorar el cruento sacrificio del Gólgota, parecemos oportuno presentar á nuestros suscritores la poética composición titulada *La Plegaria*, estudio del natural por el Sr. D. Alfredo Perea.

El hombre es naturalmente cristiano (dijo há muchos siglos un insigne padre de la Iglesia) y necesita creer: creer con fe viva, para hallar un consuelo en sus penas, un alivio en sus dolores, una esperanza de dicha en medio de sus desventuras; y solamente delante de la cruz de Jesucristo, delante de la idea de Dios, de ese Dios que, así no existiese, sería preciso inventarlo, según una frase célebre, el alma se hunde en el piélago de la inmensidad divina, descubre horizontes nuevos de espléndida belleza, y entreve una eternidad de amor y de gloria.

Atrévete á enseñar á esas madres que piden á Dios en los momentos supremos de la vida por el hijo de sus entrañas los delirios de los modernos ateos febricos; decídeles, con los nuevos Gall, que «la religión es un movimiento del órgano de la teosofía, impulsado por el órgano de lo maravilloso; con los nuevos Spurzéin, que para negar á Dios niegan al hombre, y le

califican de miserable producto de una combinación acertada de la materia orgánica: con los nuevos Broussais, que la religión cristiana es un código formulado por hombres egoístas, acaso injustos, que explotan el sentimiento de la veneración.»

Y ellas dirán quizás que aun Voltaire, cuya carcajada impía no respetó los misterios más consoladores del cristianismo ni las glorias más puras de la Francia, al pensar, hácia la hora de su muerte, en la divinidad de Jesucristo, murmuraba con voz de horrible angustia:—¡Y acaso es la verdad! que Rousseau confiesa en su famoso *Emilio*, que si la muerte de Sócrates había sido como la de un justo, la muerte de Jesús no pudo ser sino como la muerte de un Dios; que Montaigne, herido ya de su enfermedad postrera, se acercaba recatadamente á los templos católicos y oraba de rodillas ante el altar de Nuestra Señora.

Si el alma es naturalmente cristiana, nuestra patria querida ha hecho alarde generoso, por espacio de muchos siglos, de serlo sinceramente; porque sabe que el cristianismo es la civilización, el verdadero progreso, la verdadera libertad.

CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE OVIEDO.

(VÉASE EL GRABADO DE LA PÁG. 43.)

La insigne capital de Asturias, céntrica de los antiguos monarcas restauradores, desde Fruela I hasta el glorioso D. Alfonso III el Magno, conserva preciosos monumentos artísticos ó históricos que pruegan su anterior grandeza.

Despuella sobre todos su majestuosa catedral, fundada en 840 por el rey D. Alfonso II el Casto, quien hizo al cabildo amplísima donación de tierras y heredades de la misma ciudad con sus muros y acueductos, y hasta de sus propios reales palacios, erigiendo además al obispado y elevando la diócesis á la dignidad de metropolitana, con plena aprobación de la Santa Sede, en el primer concilio ovetense.

A principios del siglo XIV, reinando en Castilla D. Fernando IV y siendo prelado de Oviedo el ilustre D. Fernando Alvarez (cuya noble memoria permanece todavía ligada á varias piadosas y benéficas fundaciones), fué demolido el templo antiguo y empezóse la construcción del que hoy existe, entre la

capilla del Rey Casto, panteón de los reyes de Asturias, y la celeberrima de San Miguel, ó sea *Cámara Santa*, donde aun se custodian las innumerables reliquias que posee la iglesia, entre otras la Cruz de la Victoria, santo lábaro de Pelayo (según tradición constante), que fué cubierto de oro y piedras preciosas por el gran Alfonso III, y la Cruz de los Angeles, de la época de Alfonso II el Casto, á la cual va unida una poética tradición.

El claustro es una joya de la soberbia basilica ovetense. Tiene alta bóveda con aristas cruzadas y de bellas labores, rasgadas ventanas ojivales con rosetones y relieves, y antiguos sepulcros y piedras funerarias cuya colocación se remonta al mismo siglo IX, época de fundación de la primitiva iglesia.

En uno de estos viejos túmulos se guardan las venerandas cenizas del sábio y virtuoso obispo D. Pelayo de Oviedo, autor del famoso Crónica que lleva su nombre,



LA PLEGARIA.—COMPOSICION Y DIBUJO DEL SR. PEREA.



ABRIL.

SOL.		SANTORAL.	EFEMÉRIDES.	LUNA.	
Salida.	Se pone.			Salida.	Se pone.
H. M.	H. M.			H. M.	H. M.
5.47	6.22	1 Lún. San Venancio, ob. y mr., y sta. Teófila, vg. y nr.	1183.—Inauguración del pórtico de la Gloria, en Santiago.	4.56 ^m	5.19 ^a
5.45	6.23	2 Márt. San Francisco de Paula, fr., y sta. María Egipcíaca.	1767.—Pragmática sanción de Carlos III contra los jesuitas.	6.17	6.18
		☉ Luna nueva, á las 8 h. y 49 m. de la noche.			
5.44	6.24	3 Miér. San Benito, cf., y stos. Ulphino y Pancracio, mrs.	1658.—Explosión del polvorín en la fortaleza de la Cornuá.	5.41	7.14 ^m
5.42	6.25	4 Juév. San Isidoro, arzobispo de Sevilla.	1846.—Famoso pronunciamiento militar en Santiago de Galicia.	6.07	8.15
5.41	6.26	5 Viér. San Vicente Ferrer, patron del reino de Valencia, cf., sta. Irene, vg. y nr., y sta. Emilia.—(Abstinencia.)	1818.—Combate de Maipo, ganado por los patriotas del general San Martín.	6.37	9.10
5.39	6.26	6 Sáb. San Celestino, p., san Guillermo, ob., y san Diácono, mrs.	1410.—Inventase en Málaga el grabado en buco.	7.12	10.19
5.38	6.27	7 Dom. de Pasión.—San Epifanio, ob., y san Ciriaco, mr.	1877.—Fallecimiento de la insigne <i>Fernán Caballero</i> .	7.54	11.20
5.36	6.28	8 Lún. San Dionisio, ob., sta. Casilda, vg. y nr., y san Edeiso, p., nr.	1798.—Nacimiento del sabio economista D. Ramón de la Sagra.	8.43	12.17
5.35	6.29	9 Márt. Sta. María Cleofé, vda., y sta. Catalina.	1814.—Fallecimiento de D. José M. Infante, el <i>Están chileno</i> .	9.44	» »
5.34	6.30	10 Miér. Stos. Daniel y Ezequiel, profs., y san Macario, ob.	1660.—Nace el escultor valenciano Leonardo Julio Capuz.	10.50	1.08 ^m
		☽ Cuarto creciente, á las 2 h. y 39 m. de la noche.			
5.32	6.31	11 Juév. San León I, p., y stos. Felipe, ob., é Isaac, cf.	1654.—Carlos II nombra pintor de Cámara á Juan de Carreño.	12.00	1.52
5.31	6.31	12 Viér. San Julio, p. y of., y stos. Sabas, Víctor y Zenon, mártires.—(Abstinencia.—Añima.)	1667.—Fundación de la Capilla de San Isidro, en la iglesia parroquial de San Andrés de Madrid.	1.12 ^a	2.30
5.29	6.32	13 Sáb. San Hermenegildo, rey de Sevilla y mr.—(Añima.)	1231.—Carta de privilegios dados por D. Alfonso X.	2.25	3.03
5.28	6.33	14 Dom. de Ramos.—Stos. Tiburcio, Valeriano y Máximo, mártires.—(Añima.)	1531.—Sale de Panamá el Conquistador Francisco Pizarro, con dirección á Chile y Perú.	3.37	3.34
5.27	6.34	15 Lún. Stas. Basilea y Anastasia, mrs., y sta. Flavia, vg.	1493.—Entra triunfante en Barcelona el insigne Cristóbal Colon.	4.51	4.03
5.25	6.35	16 Márt. Sto. Toribio de Liebana, of., y sta. Eugenia, vg.	1797.—Nace en Marsella Luis Adolfo Thiers.	6.05	4.33
		☉ Luna llena, á las 6 h. y 32 m. de la tarde.			
5.24	6.36	17 Miér. San Aniceto, p. y mr., y la bta. María Ana de Jesús.—(Abstinencia.)	1756.—Termina la construcción de la iglesia de las Salesas Reales de Madrid.	7.21 ^m	5.05
5.23	6.37	18 Juév. Santo.—San Eleuterio, ob., y stos. Perfecto y Apolonio, mrs.—(Abstinencia.)	1599.—Colóbrase en Valencia con gran pompa las velaciones de Felipe III y Doña Margarita de Austria.	8.37	5.42
5.21	6.38	19 Viér. Santo.—San Leon LX, p.—(Abstinencia.)	1661.—Fallecimiento del ilustre pintor Martínez del Mazo.	9.49	6.26
5.20	6.39	20 Sáb. Santo.—Sta. Inés de Montepulciano, vg., y san Cesáreo, cf.—(Abstinencia.—Sol en Tauro.)	1799.—Real orden creando en España tres colegios para el estudio de la Medicina.	10.55	7.16
5.19	6.39	21 Dom. † PASCUA DE RESURRECCION, y san Anselmo, ob. y nr.	1792.—Institución de la Orden de Damas Nobles.	11.51	8.12
5.18	6.40	22 Lún. El Patrocinio de San José, y san Sotero, p. y nr.	1693.—Fallecimiento del famoso pintor Claudio Coello.	12.37	9.13
5.16	6.41	23 Márt. San Jorge, mr., y stos. Adalberto y Gerardo, ofs.	1616.—Muerte del inmortal Cervantes.	» »	10.17
5.15	6.42	24 Miér. San Gregorio, ob., y san Fidel de Singmarín, of.	1512.—Fecha de una erudita carta del arzobispo Fonseca.	1.15 ^m	11.20
		☽ Cuarto menguante, á las 8 h. y 8 m. de la mañana.			
5.14	6.43	25 Juév. San Marcos, evang., y san Hermínio, ob.	1844.—Primer tratado político entre España y Chile.	1.46	12.20
5.13	6.44	26 Viér. Stos. Cleto y Marcelino, pp. y mrs. y san Basilio, ob.	1764.—Muere el R. P. Mtro. Fr. Benito Jerónimo Feijóo.	2.13	1.18 ^a
5.11	6.45	27 Sáb. San Anastasio, p., y san Pedro de Armentol, mr.	1487.—Rendición de Vélez-Málaga á los Reyes Católicos.	2.37	2.10
5.10	6.46	28 Dom. San Prudencio, ob., y san Vidal, nr.	1815.—Nacimiento del actual emperador de Rusia Alejandro II.	3.00	3.12
5.09	6.47	29 Lún. San Pedro de Verona, nr., y san Roberto, ob. y of.	1813.—El ejército de Parvía es sorprendido en Hierbas Ranas.	3.22	4.09
5.08	6.48	30 Márt. Sta. Catalina de Sena, vg., y san Peregrin, of.	1814.—Exhumación de los cuerpos de Daoiz y Velarde.	3.45	5.07

ABRIL.

LA FIESTA DE VÉNUS (1).

Ya del oscuro Cytheron las cumbres
Bajaba el sol á trasponer, vertiendo
Rios de luz sobre los verdes mares,
Cuyos abrazos lánguidos, y besos
Dulces y prolongados, adormecen
Los grupos de las islas del Egeo...
Hélíos guiaba sus caballos de oro
Hácia el collado de la angusta Délfos,
Y en las rocas de Egina y las abruptas
Cimas sagradas del antiguo Himeto,
Sus reflejos de púrpura bañaban
Los bosques de olivares cenicientos,
Por donde va, entre franjas de verdura,
Del Cefiso el caudal siempre risueño.

Sunium extiende la azulada sombra
De su alto promontorio sobre el lecho
De las calladas ondas, y en la cumbre
Blanco se eleva de Minerva el templo,
Donde Platon meditabundo entabla
Coloquios con las musas del silencio.
De allí descubren los pasmados ojos
Todo el golfo del Ática, y los senos
De sus risueñas costas, y el enjambre
De sus pequeñas islas que, en el terso
Cristal, parecen cual bandada de aves
Fugitivas del África, que el sueño
Detuvo allí una noche, y que á otros climas,
Tornando el alba, emprenderán su vuelo.

Bajo del ancho pórtico, en las gradas
Que hasta el atrio conducen, sobre el fresco
Césped que brota entre las blancas piedras,
De las columnas jónicas sustento,
Platon descansa entre el amado grupo
De sus fieles discípulos que, atentos
Ora á la voz de su elocuente labio,
Ora al rumor del mar, que en sordo estruendo
Bate del cabo las diformes rocas,
Ora á las quejas lánguidas del céfiro,
Yacen inmóviles, semeando aquellas
Escenas de los dioses que el eterno
Cinzel de Fidias, en los anchos frisos,
Supo trazar del Parthenon soberbio.

Callados miran, de la clara tarde
A la mudable luz, tierras y ciclos

Prolongarse sin límites. La noche
Sube ya por las faldas del Taygeto;
Pero, aún el rayo trémulo del día
Brilla sobre el sepulcro de Tesco.
Callados miran de la mar hirviente
Los vividos cambiantes y el incierto
Vaiven de sus llanuras solitarias,
Que leve impulsa pasajero el viento;
Cuando, en sus frescas ráfagas, la brisa
Trajo á su oído el rumoroso eco
De la confusa multitud, que invade
Las murallas de mármol del Pireo.

Largos trirremes de encorvadas proras
Con la estatua de un dios; con los abiertos
Velámenes de púrpura, que ciñen
Cuerdas de seda pérsica, al ligero
Soplo del aire henchidos; con la popa
De oro y marfil ornada y con los remos
Blancos, cayendo en uniforme golpe
Sobre las quietas aguas, desde el puerto
Bogaban hácia el mar, y al clamoroso
Grito de despedida, los viajeros
De las gallardas naves, agitando
Ramas de mirto y en la sien ciñendo
Frescas guirnaldas de fragantes rosas,
De ¡adios! mandaban el alegre acento.

— «Mirad, la primavera,
Dijo Platon, con sus templadas Jumbres
Ya de la azul esfera
Bajó de Grecia á las desiertas cumbres.
Ya de las urnas de los sacros rios
Brotó el caudal sonoro,
Y en los valles umbríos,
Cabe las fuentes, las risueñas ninfas
Danzan en raudo coro,
Sus piés mojado en las fugaces linfas.
Abril sobre la tierra
Llegó seguido de inocentes juegos,
Y en todo pecho virginal encierra
Del casto amor los pudorosos fuegos.
Ya la guirnalda trémula corona
Los álamos y acacias,
Y el himno alegre de la vida entona
El grupo de las Gracias.
Mirad, esas veleras
Naves que van sobre la mar sombría,
Dejando atrás de Aténas las riberas,
Mañana, cuando el día
Trace en Oriente la argentada raya,
Nuncio del sol, entre la niebla fria

(1) En la antigüedad estaba dedicado á Vénus el mes de Abril (*mensis Venerts*), y durante él se celebraban las fiestas de la diosa.

Verán de Chipre la extendida playa,
Donde, con voz doliente,
La madre de Afrodites, á la ausente
Hija llamando, lánguida desmaya.

Calló, y las naves avanzando raudas
Dejan atrás el mágico archipiélago
De las Cycladas islas, y en las aguas
Navegan ya del cabo, hácia el estrecho
Encaminando el rumbo. A Chipre llevan,
Para postrarse ante el altar de Vénus,
Los peregrinos del amor, que el voto
De ver la diosa del Abril hicieron.
Sobre la popa en grupo las doncellas,
Al compás de acordados instrumentos,
Tejen las danzas de la Frigia, en tanto
Que, en ritmo jonio, el coro de mancebos,
Al blando soplo de la tarde, entrega
El himno sacro en cadenciosos versos.

HIMNO Á VÉNUS.

I.

Cuando nació en el agua que rompe en las arenas,
A Chipre, entre sus brazos, las pálidas sirenas
Trajéronla, diciendo monótono cantar.
Cuando enjugó en la orilla su cabellera blonda,
Las gotas que cayeron sobre la móvil onda,
Las perlas son que, avaro, guardó en su fondo el mar.

II.

Cuando entreabrió los ojos, cual rayo de alegría,
Bañó tierras y cielos la luz de un nuevo día;
Vibraron más los astros, brilló más rojo el sol.
Ardieron las hogueras sobre las pardas cumbres,
Y hasta Diana excelsa, vestida de albas lumbres,
Tendió las tenues nubes con cálido arrebol.

III.

Cuando entreabrió los labios, las inodoras brisas
El inconstante vuelo pararon indecisas
Para aspirar el ámbar nacido en su carmin.
Y al recorrer de nuevo los valles y las lomas,
Llenaron los espacios con célicos aromas
De rosa y de violetas, de nardo y de jazmin.

IV.

Marchó, y el cadencioso, gallardo movimiento
Las palmas imitaron cimbrándose en el viento,
Las nubes en los cielos flotando el blanco tul:
Los cisnes en las aguas, la cierva en las praderas,
Y hasta en el ancho espacio las fúlgidas esferas
Rodaron armoniosas por la extensión azul.

V.

Habló, y la fuente quiso copiar su dulce arrullo;
El céfiro en las ramas, con plácido murmullo,
Fingió el suspiro tierno, que arrebató veloz.
Y las calladas aves, en los frondosos huertos,
Formaron todas juntas los mágicos conciertos
Que, aun hoy, remedan vagos los timbres de su voz.

VI.

Del beso de la tierra, los cielos y los mares,
Nació la que hoy adora en Chipre en los altares;
Su enamorado esposo el dios del fuego es.
La Guerra entre sus brazos semi-vencida duerme,
Y del triunfante Baco, su débil mano inerme,
Los sanguinarios tigres encadenó á sus piés.

VII.

Por premio en el certámen ganó de la hermosura
El rico fruto de oro, y á su gentil cintura
Atáronle las Gracias el blanco ceñidor.
Su símbolo es el mirto, que el águila no troncha;
Su carro de batalla, la nacarada concha;
Sus invencibles armas, las flechas del Amor.

VIII.

Cantemos á la diosa en cuyo templo angusto,
Sobre las limpias aras, el sacerdote adusto
No inmola sér alguno con matador puñal.
Llevémosle de Arabia las olorosas gomas,
Del Pindo y del Coíta las cándidas palomas,
Y del sagrado Egipto la rosa virginal.

Desde las rocas de la cumbre escuchan,
Platon y sus discípulos, atentos
Los cantos de las naves, y repiten
A media voz sus armoniosos metros.
La luz tranquila de la tarde clara;
La soledad callada; el casto beso
De la apacible brisa; el són lejano
De las acordes lirás; los reflejos
De los dormidos mares; los efluvios
De las silvestres flores, y el concierto
De las aves que anidan en los bosques
De olivos y laureles, todo á un tiempo
La mente inclina á meditar, y todos
Su vista al rostro de Platon volvieron.

—« Si, les dijo el filósofo, la diosa,
Cuya dorada hebra
Rayo es del sol, y cuyo pié á la rosa
Dió su color purpúreo, la graciosa
Fiesta en los templos del amor celebra.
Pero el sagrado mito
Que en su risueño culto
Dejó la Grecia primitiva escrito,
Hoy, del pudor insulto,
Perdió en los pueblos su sentido oculto,
Y es de la carne el oprobioso rito.
Vénus no fué la meretriz impura,
Sino el místico emblema
De la incesante y renaciente vida,
Que eternamente dura
Del casto amor bajo la ley suprema.
Vénus es la escondida
Fuerza que late en todo;
Alma por arte misterioso unida
Del cuerpo vil al deleznable lodo.
Es el consorcio, el plácido himeneo,
La infatigable creación, la esencia
Que por secreto modo
Vívida alienta el pertinaz deseo.

Vénus es la existencia,
Que audaz la muerte pasajera trunca,
Pero que entre sus brazos
Naturaleza, con amantes lazos,
Perpétua engendra sin cansarse nunca.

»Por eso cuando asoma
Bella en Abril la verde Primavera,
Y busca la paloma
A la paloma fiel por compañera;
Cuando se abren en flor las secas ramas;
Cuando en el prado y en la parda loma,
Del sol naciente á las templadas llamas,
Dan las plantas al viento el suave aroma;
Cuando cada semilla
Germina oculta en la bañada tierra,
Y el nido la avecilla
Allá en el fondo de la selva encierra;
Cuando brota el retoño;
Cuando corre festiva;
Los claros bosques la ufana cierva,
Y, huésped del Abril hasta el otoño,
La codorniz esquiua
Viene á esconderse entre la fresca hierba,

Y la cabra lasciva
Busca las tiernas hojas del madroño,
Y el tibio ambiente nuestra fuerza enerva,
A la ciprina diosa,
Símbolo fiel de los amantes fuegos,
La juventud consagra hojas de rosa,
El himno dulce y los alegres juegos.»

Calló, inclinando el rostro, y los discípulos
Meditaban las frases del maestro,
Cuando, tras del Acrópolis, la luna
Su disco alzaba enrojecido, inmenso,
Y el amarillo nimbo del crepúsculo
Sobre los montes se apagaba lento.
Mas que otras noches en la azul techumbre
Blanco brillaba el diamantino Véspero,
Propicio al navegante, y su albo rayo,
Copiándose sobre las aguas trémulo,
Pareció que á las navés atenienses
Marcaba el rumbo por el mar desierto,
Donde velas, y música, y cantares
Entre sombra y distancia se perdieron.

V. W. QUEROL.

«LA GRAN CAMPANA» Y EL «REY DE LOS CAÑONES» DE MOSCOU.

(VEASE EL GRABADO DE LA PAG. 43).

Moscou, la ciudad imperial de Rusia, cuna de héroes y teatro de brillantes glorias, es una de las poblaciones del imperio del Czar que posee más notables edificios y curiosidades dignas de ser visitadas por los viajeros ilustrados.

El *Kremlin* es un vasto palacio-castillo de los emperadores, donde residen éstos con frecuencia largas temporadas, y en particular cuando se declara oficialmente la guerra á una potencia enemiga.

Sus proporciones son colosales, la construcción grandiosa, los jardines que le rodean espléndidos y cultivados con el más delicado esmero.

Allí existía, en la famosa torre Iwan-Weliky, la más elevada y también la más bella del *Kremlin*, la celeberrima campana que reproducé nuestro grabado de la pág. 48: denominase *Czar-Kolokol*, ó sea *Reina de las Campanas*, y es sin disputa la más grande que existe en el mundo.

Su peso es de 246.540 kilogramos, su altura de 20 pies y 7 pulgadas inglesas, y su diámetro de 22 pies y 18 pulgadas.

Fué fundida en 1733, bajo el reinado de la emperatriz Ana, por un obrero ruso llamado Iwan-Motorine, y colocada, como queda dicho, en la torre más alta del *Kremlin*; mas el complicado y enorme aparato de madera que la sostenía fué reducido á cenizas, á causa de un incendio casual, en 1737, y la gigantesca *Czar-Kolokol* cayó con horrisono estruendo, rompiéndose entonces la brecha que está señalada en nuestro dibujo.

Este ha sido hecho en vista de una fotografía que nos ha remitido el Sr. D. Carlos L. de Bauer, cónsul de España en aquella capital.

No solo en el *Kremlin* se custodia la *Reina de las Campanas*, sino que también se guarda allí el *Rey de los Cañones*, magnífica obra artística que no tiene rival en su clase en el mundo.

El *Rey de los Cañones*, ó sea *Czar-Pouchka*, es un monstruoso cañon de hierro, adornado con delicadas labores y bajo-relieves de mucho mérito, representando alegorías guerreras y mitológicas y aun gloriosos hechos de armas de los antiguos slavos.

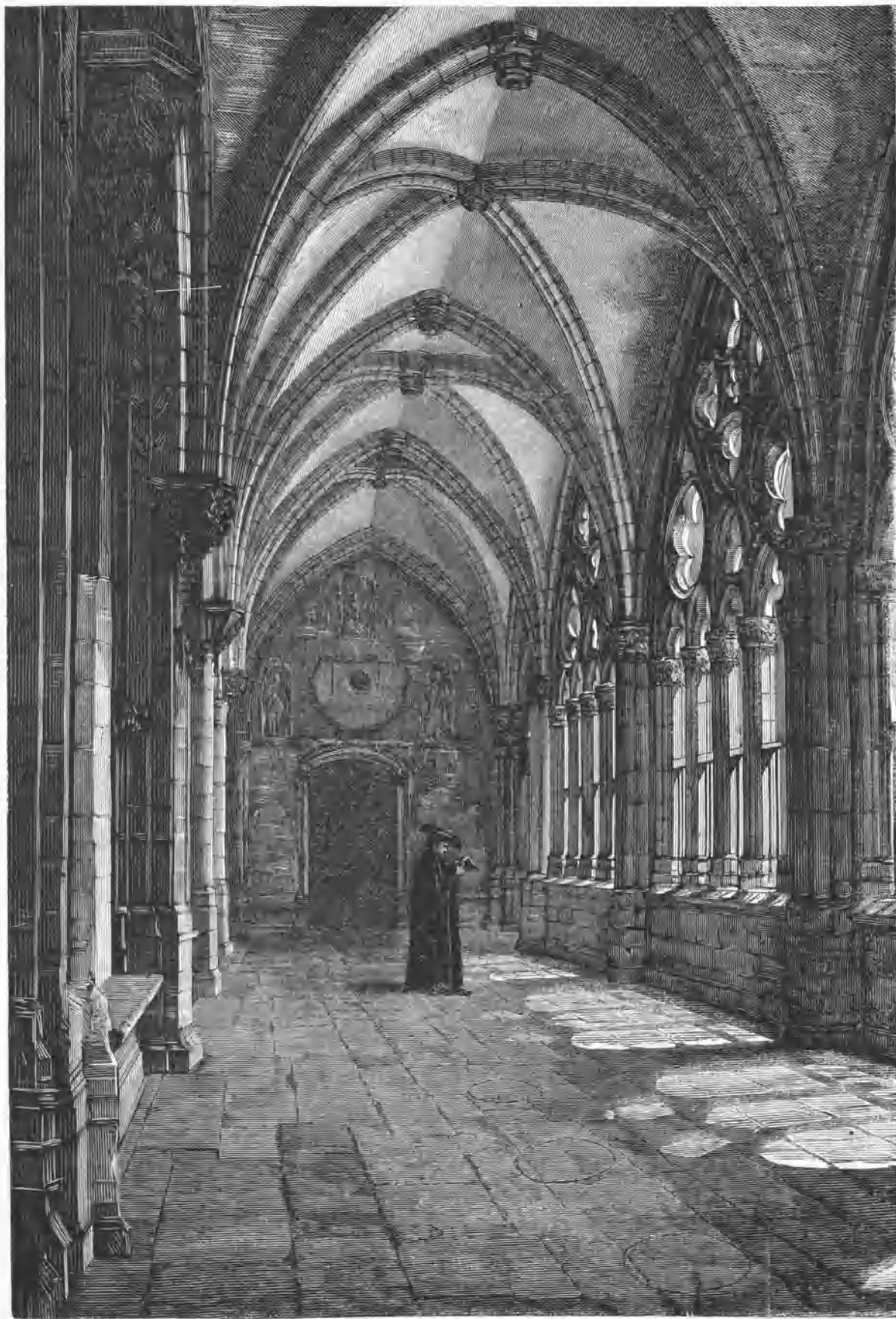
Fué fundido en el año 1585, fundiéndole con habilidad singular y sin contratiempo alguno desgraciado el insigne artífice ruso M. Tchokoff, de quien hay en el *Kremlin* y en San Petersburgo otras bellísimas obras.

La longitud del cañon es casi de 5 metros, mayor aún que la de los más colosales Krupp y Armstrong modernos; pesa, según cálculo aproximado, 65.000 kilogramos, y el peso de cada uno de sus proyectiles excede de 2.500 kilos.

La cureña, de madera y hierro, es enorme, y presenta igualmente al exterior un complicado dibujo de arabescos y alegorías, y algunos bajos-relieves delicadamente esculpidos.

La *Czar-Kolokol* y el *Czar-Pouchka* son los dos ornamentos característicos del *Kremlin* de Moscou, prescindiendo de otras sorprendentes obras de arte con que el emperador Nicolás I enriqueció el suntuoso palacio que, dentro del polígono de aquél, hizo construir en 1838-1848.

También este grabado (que acaso publicaremos, si la falta de espacio no lo impide, en otra página) es copia de una fotografía que nos ha remitido nuestro ilustrado corresponsal literario y artístico en Rusia, el Sr. D. Carlos Luis de Bauer.



OVIEDO.—CLAUSTRO DE LA CATEDRAL. (Dibujo del Sr. Chevres.)



MAYO.

SOL.		SANTORAL.	EFEMÉRIDES.	LUNA.	
Salte.	Se pone.			Salte.	Se pone.
H. M.	H. M.			H. M.	H. M.
5.07	6.48	1 Miér. Sbs. Felipe y Santiago, aps., y san Segismundo, rey.	1478.—El escultor Gonar termina la sillería del coro de La Seo.	4.10 ^m	6.06
5.06	6.49	2 Juév. San Atanasio, ob., y san Felix.—(Fiesta nacional.)	1485.—Combate del Callao; fué herido Mondaiz Nuñez.	4.39	7.08
		☉ Luna nueva, á las 12 h. y 25 m. del día.			
5.05	6.49	3 Viér. La Invenzion de la Santa Cruz, y san Alejandro, mr.	1722.—Inauguranse las obras para la iglesia de la Cruz, en Cádiz.	5.13	8.11 ^o
5.04	6.50	4 Sab. Sta. Mónica, vda., y sta. Antonina, vg. y mr.	1689.—Bloqueo de la Coruña por la escuadra de F. Drake.	5.54	9.14
5.02	6.51	5 Dom. La Conversion de San Agostin, y san Pío V, p.	1835.—Inauguracion del primer ferro-carril belga.	6.42	10.12
5.01	6.52	6 Lun. San Juan Ante-Portam-Latinam, y sta. Benita, vg.	1811.—Elecciones para el primer Congreso nacional, en Chile.	7.30	11.05
5.00	6.53	7 Mart. San Estanislao, ob., y san Benedicto, p.	1663.—Pedro Mesa es nombrado escultor de la catedral de Toledo.	8.43	11.51
4.59	6.54	8 Miér. La Aparicion de San Miguel Arcangel.	1520.—Carlos V recibe noticias del alzamiento de Toledo.	9.51	12.30
4.58	6.55	9 Juév. San Gregorio Nacianceno, ob., y la Traslacion de San Nicola de Bari.—(Abrense las velaciones.)	1840.—Disolucion de la junta de obispos gallegos, convocada por el arz. de Santiago, contra las demasias de los nobles.	11.01	» »
		☾ Cuarto creciente, á las 19 h. y 8 m. de la noche.			
4.57	6.55	10 Viér. San Antonino, arz. de Florencia.	1454.—Inauguranse las obras para la Cartuja de Miraflores.	12.11	1.04
4.57	6.50	11 Sab. San Mamerto, ob., y stos. Anastasio y Florencia, mrs.	1589.—Bombardeo de la Coruña por la escuadra de F. Drake.	1.21	1.34
4.56	6.57	12 Dom. Santo Domingo de la Calzada, cf., y san Aquiles, mr.	1520.—Las Cortes conceden á Carlos V el subsidio pedido.	2.31	2.02
4.55	6.58	13 Lun. San Pedro Regalado, cf., y san Segundo, ob. y mr.	1647.—Horroroso terremoto en Chile, Perú y países cercanos.	3.43	2.31
4.54	6.59	14 Mart. Stos. Bonifacio y Victor, mrs., stas. Justa, Justina y Enequina, mrs., y stos. Pacomio y Erenverto, obs.	1589.—Hecho heroico de Maria fernandez de la Camara y Pita, en las marallas de la Coruña.	4.56	3.01
4.53	6.59	15 Miér. † SAN ISIDORO LABRADOR, bot. de Madrid, stos. Mauricio y Simplicio, obs. y mrs., y sta. Digna, vg.	1813.—Famosa batalla de San Carlos, en Chile, una de las más sangrientas de la guerra de la Independencia.	6.11	3.35
4.52	7.00	16 Juév. San Juan Nepomuceno, dr. y mr., y san Ubaldo, ob.	1520.—Bula de Leon X condenando los errores de Lutero.	7.26	4.15
		☉ Luna llena, á las 2 h. y 7 m. de la tarde.			
4.51	7.01	17 Viér. San Pascual Bailon, cf., stos. Adriano, y Tornetes, mrs., san Bruno, ob., y sta. Restituta, vg. y mr.	1755.—Ejecucion del jefe indio Tupac Amaru, en el Cuzco: fin de la revolucion promovida por este caudillo.	8.55 ^m	5.01
4.51	7.02	18 Sab. San Venancio, mr., y san Felix de Cantalicio, cf.	1532.—Descubrimiento de Chanarcillo, por Juan Gorfoy.	9.35	5.56
4.50	7.03	19 Dom. San Pedro Celestino, p., y sta. Prudencia, vg.	1520.—Ultima sesion de las primeras Cortes de Carlos V.	10.28	6.57
4.49	7.04	20 Lun. San Bernardino de Soma, cf.	1560.—Fallecimiento de Cristóbal Colon, en Valladolid.	11.10	8.01
4.49	7.04	21 Mart. Sta. Maria de Socors, vg.—(Solva Gómbala.)	1527.—Bautismo de Felipe II en San Pablo de Valladolid.	11.45	9.08
4.48	7.05	22 Miér. Sta. Rita de Casia, vda., y sta. Quiteria, vg.	1431.—Muere en una hoguera la heroína Juana de Arco.	12.11	10.08
4.47	7.06	23 Juév. La Aparicion de Santiago, ap.	1809.—Famoso ataque de las Colanas, contra los franceses.	12.59	11.09
4.47	7.07	24 Viér. San Juan Francisco Regis, cf., y sta. Afra, mr.	1871.—Incendio de Paris por los comunistas.	» »	12.06
		☾ Cuarto menguante, á la 1 h. y 17 m. de la madrugada.			
4.46	7.07	25 Sab. San Gregorio VII, y san Urbano, papas.	1810.—Independencia de la republica Argentina.	1.02 ^m	1.03
4.46	7.08	26 Dom. San Felipe Neri, cf., y san Elenorio, p.	1746.—Muere el pintor cordobés José Cobo y Guzman.	1.25	1.59
4.46	7.09	27 Lun. San Juan, p. y mr., y sta. Magdalena.	1774.—Fallecimiento del pintor Montaner, en Palma.	1.47	2.57
4.45	7.10	28 Mart. San Justo, cf., y san German, ob.—(Letanias.)	1804.—Autoriza Felipe III la Universidad de Oporto.	2.12	3.50
4.44	7.10	29 Miér. San Maximino, ob., y sta. Teodosia, mr.—(Letanias.)	1755.—Inauguracion de la nueva Catedral de Lima.	2.40	4.57
4.44	7.11	30 Juév. † LA ASCENSION DEL SEÑOR, San Fernando, rey de España, cf., y san Palatino, mr.	1795.—Muere el escultor barcelonés Pablo Serra, uno de los primeros académicos de San Fernando.	3.12	6.00
4.43	7.12	31 Viér. Santa Petronila, vg., y san Pascasio, ob. y mr.	† 1898.—Formacion del célebre Batallon Ultramarino de Santiago.	3.50	7.03

MAYO.

LAS FLORES DE MAYO.

I.

En mil ochocientos ocho,
 Como supondrán ustedes,
 Y como yo decir debo
 Aunque el rubor me avergüence,
 Madrid era, en punto á luces,
 Un pueblo de mala muerte.
 Desconocido el petróleo,
 El gas sin saber qué hacerse,
 Y siendo casi mal visto
 Estar despierto á las nueve,
 Sólo alumbraban las calles,
 Y eso en las fiestas solemnes,
 Algunas cuantas docenas
 De farolillos de aceite
 Con que el buen Carlos Tercero
 Quiso alegrar las paredes,
 Y los devotos candiles
 Que en cien sitios diferentes,
 A cuadritos y retablos
 Daban sombra casi siempre.
 De aquella edad la memoria,
 Que hoy un sueño nos parece,
 Aun hay quien viva conserva,
 Porque á la niñez le vuelve,
 Y sé por más de un testigo
 De aquel tiempo y á par de éste,
 Que el misterio y la poesía
 Tuvieron allí un albergue,
 Que hace ya bastantes años
 Les niegan nuestros hoteles.
 Y es en el Madrid de entónces,
 Sin luces y con franceses,
 En el Madrid de las majas
 Y los chisperos rebeldes,
 Donde á entrar nos atrevemos
 Por más que es de noche y llueve,
 Y que vamos á una calle
 Muy desierta y poco alegre,
 Que se llamó, y aún se llama,
 La calle de la Cruz Verde.

II.

Espiraba el primer día
 De Mayo, mes de las flores,
 Y en el reloj de San Plácido
 Sonaba la media-noche.
 Triste y empañado el cielo
 Por oscuros nubarrones,
 Dejaba paso á la lluvia,

Del viento juguete dócil,
 Que azotaba los cristales
 Con acompasados golpes.
 Sin duda á saber la causa
 De aquel extraño redoble,
 O de respirar ansiosa
 La fresca brisa que corre,
 O por algo que ella sabe,
 O porque á alguno le importe,
 A un balconcito muy bajo
 Está asomada una jóven.
 La luz que de adentro viene
 Ilumina en ocasiones
 Una cabellera rubia
 Que un lazo negro recoge,
 Y en un rostro nacarado
 Dos ojos como dos soles.
 Del cuerpo no se ve nada,
 Que del balcon hasta el borde,
 Ya en el suelo sostenidos,
 Ya atados á los barrotes,
 Cien búcaros diferentes
 Forman un espeso bosque.
 Rosas de nieve y de grana,
 Que ya sus capullos rompen,
 Amarillos alelies,
 Matas de claveles dobles,
 Confundidos y mezclados
 Con arrayanes y bojés,
 Ya entre los hierros se asoman,
 Ya junto al muro se esconden.
 Parece el balcon el marco
 Que á muchas vírgenes ponen,
 Y al ponérselo á la niña
 No anduvo el artista torpe.

Todo en torno era silencio,
 Pero de repente oyóse
 Al extremo de la calle
 El rápido andar de un hombre,
 Y de un farol moribundo
 A los tibios resplandores,
 Pudo verse á un guapo mozo,
 De aire y continente nobles,
 Terciada al hombro la capa,
 Y en la cintura el estoque,
 Llegar del balcon de enfrente,
 Y al sentir un «buenas noches»,
 Quedarse clavado en tierra,
 Ni más ni ménos que un poste.
 — ¿Eres tú, luz de mis ojos,
 Tú, mi querida Dolores?

Murmuró al punto el mancebo
 Más con suspiros que voces.
 — Sí, yo soy, Enrique mio;
 Mas por si álguien mira ú oye,
 Ponte donde no te vean
 Y háblame sin que me nombres.
 — ¿Me esperabas?

— Hace rato;
 Sé que siempre te recoges
 A estas horas, y queria
 Que, al par que de tus amores,
 Me hablaras de lo que ocurre,
 Pues, aun cuando no me importe,
 Por tí y por mi madre vivo
 Sufriendo penas atrocés.
 Ella no me dice nada,
 Pero algunas expresiones
 Que he cogido á las vecinas
 Me hace temer algun choque
 Que nuestra dicha destruya
 Antes que gozarla logre.
 — Tranquilízate, mi dueño,
 Y por nada te incomodes,
 Que ántes que se acabe el mundo
 Ya nos pondremos á flote.
 Hoy es primero de Mayo,
 Y aunque el demonio lo estorbe,
 Para el quince, Dios mediante,
 Nos echan las bendiciones.
 Cierto que algo se prepara,
 Yo no sé cómo ni dónde,
 Y que nadie está contento,
 Pues no hay huésped que no enoje;
 Pero las cosas politicas
 Son para gentes de córte,
 Y ya habrá alguno que arregle
 Lo que los otros embrollen.
 Yo, pobre oficial de guardias,
 Bailaré al són que me toquen,
 Y seré feliz en tanto
 Que cual te adoro me adores.
 — ¿Lo dudas?

— Fuera ofenderte.
 — Pues vete tranquilo.

— Voyme.
 — ¿Volverás luégo?

— Esta tarde.
 — Alegre te aguardo entónces.

— Retirate ya, bien mio,
 — ¿Y tú?

— Si es que no te opones,
 Voy á robarte una rosa.

— No es preciso que la robes:
 Las primeras que han abierto
 Bien es que tu pecho adornen,
 Para tí voy á arrancarlas.

— Bien, pero no las arrojes,
 Que por bellas y por tuyas
 No consiento que se enloden.
 En dos brincos las alcanzo....

— Cuidado, que madre tose.
 Tómalas, y adios, Enrique.
 — Adios.

— Y basta.

— A tus órdenes.

Y á la vez que se sentía
 De un beso el mágico acorde,
 En el inmediato huerto
 Cantaban dos ruiseñores.

III.

Noche fué aciaga y terrible
 La noche del dos de Mayo;
 Noche en que hasta el sueño esquivo
 Hizo duro el yugo blando.
 Sobre todo en Maravillas
 Nadie durmió con descanso,
 Que el ódio desveló á muchos
 Y á no pocos el espanto.
 Eran las nueve y estaban
 Los faroles apagados,
 Sin que en puertas ni balcones
 De una luz se viera el faro.
 Apénas un sér viviente
 Transitaba por el barrio,
 Y los pocos que lo hacian
 Iban solos, y á buen paso.
 Por eso se santiguaban
 Los que con asombro y pismo
 Por la calle del Tesoro
 Vieron, asidas del brazo,
 Dos mujeres encubiertas,
 Que cayendo y tropezando,
 De un postigo iban en busca.
 Junto al cual hicieron alto.
 — ¿Es aqui? Con triste acento
 Dijo la de ménos años:
 — Sí, hija mia; ésta es la casa
 Que yo soñé fuera de ambos.—
 La llave en la cerradura
 Metió con incierta mano,
 Y prontamente en la sombra
 Las sombras se evaporaron.

Y era aquella la morada
 De don Enrique Gallardo,
 Que del corazon altivo
 Al poderoso mandato,
 Despues de pasar el dia
 Combatiendo como bravo,
 Frente de su misma puerta
 Cayó de su madre en brazos.
 Y son su madre y su amada
 Las que en su alcoba velando
 Ven por la herida escaparse,
 Sin dolor y sin desmayo,
 El alma donde sus almas
 Amantes depositaron.
 Al ver entrar á Dolores,
 Y al ver en sus ojos llanto,
 Incorporóse el herido,
 Y atrayéndola á su lado,
 — Gracias, dijo, prenda mia;
 Siento el dolor que te causo,
 Pero no quiero morirne
 Sin que tú cierres mis párpados.
 — No querrá el cielo que mueras....
 — Es mi destino y lo acato,
 Que la gloria que en tí pierdo
 Para mi patria la gano,
 ¡Maldiga Dios al infame
 Que con hipócrita engaño
 Vino de lejanas tierras
 Nuestra ventura á robarnos,
 Y sorpréndale la muerte
 Léjos del trono y del campo,
 En suelo donde no nazcan

Ni flores el mes de Mayo!
 — Por favor, Enrique mio,
 Modera tus arrebatos,
 No aflijas más á dos pobres
 Mujeres que te adoramos.
 — Es verdad ; ya estoy sereno,
 Y bien necesito estarlo,
 Que de mi triste partida
 Siento que se acerca el plazo.
 ¿ Ves estas flores? No há mucho
 Que besadas por tus labios,
 Sobre mi pecho las puse,
 Símbolo de amor sagrado.
 Del perfume de tu aliento
 Borré con mi sangre el rastro:
 Guárdalas, y cuando secas
 Tornen á ese polvo vano,
 Arroja al aire ese polvo
 Como semilla de daños,
 Que del coloso á las plantas
 Produzca frutos amargos.
 ¿ Así lo harás?

— Te lo juro,
 Que á tí solo me consagro,
 Y vivas ó mueras, nadie
 Podrá romper estos lazos.
 — Sí, Dolores, sólo mia,
 Que este pensamiento grato
 Es de mis heridas todas
 El más saludable bálsamo.
 Mi madre será la tuya,
 Sé de su vejez amparo,
 Y mi bendición recibe
 De tus bondades en cambio.
 No puedo más.... de mis ojos
 Se va tu imagen borrando....
 ¡ Madre! ¿ de quién es la sombra
 Que apenas á ver alcanzo?
 — Don Gaspar el sacerdote
 Vino á verte y te lo traigo...
 — Bien hiciste, madre amada,
 Dejadme con él un rato.

Oyóse algunos minutos
 Un triste acento apagado,
 Luego un grito, uno tan sólo,
 Despues plegarias y llantos,
 Mientras el alma de Enrique
 Iba cruzando el espacio
 Viendo la ventura arriba,
 Dejando el dolor abajo.

IV.

Han pasado muchos meses
 Desde la anterior historia,
 Que ya ninguno recuerda,
 Pues todo el tiempo lo borra.
 Y es una tarde de otoño
 Serena y encantadora,
 Y están tocando á oraciones
 En un convento de monjas,

De los varios que hermocean
 Los arrabales de Córdoba.
 De la torre en lo más alto
 Se vislumbra humana forma:
 Es una jóven novicia
 Que arrodillada solloza,
 Al par que dirige al cielo
 Frases de angustia muy honlas.
 — ¡ Dios mio! exclama, tu fuiste
 Quien me llevó á la victoria,
 Y al fin me encuentro contigo
 Y con mi conciencia á solas.
 Cumplidos mis juramentos
 Nada ya que hacer me toca,
 Y á tí vengo sin que nuble
 Mi pensamiento una sombra.
 Me concediste dos madres,
 Y las dos en paz reposan ;
 Prometí ser fiel á un hombre,
 Y aun mi corazón le adora.
 Un encargo, uno tan sólo,
 Dió al olvido mi memoria,
 Que por el odio engendrado
 Me llenaba de zozobras.
 Hoy que del mundo me alejo
 Como quien vence y perdona,
 Dejar libre quiero el alma
 De este peso que me agobia.
 ¡ Flores primeras de Mayo,
 De mi amor tempranas rosas,
 Fuisteis robadas al aire,
 Y el aire es quien os recobra!
 Mas si en sus alas un día
 Os lleva la suerte loca
 De nuestro fiero verdugo
 Hasta rozar la corona,
 De una mujer desdichada
 No le conteis las congojas,
 Que suele ser el martirio
 Compañero de la gloria,
 Y yo trocar no quisiera
 Por la suya mi aureola.
 Partid á los cuatro vientos,
 Porque mañana á estas horas,
 La que hoy esposa de Enrique
 Será del Señor esposa.

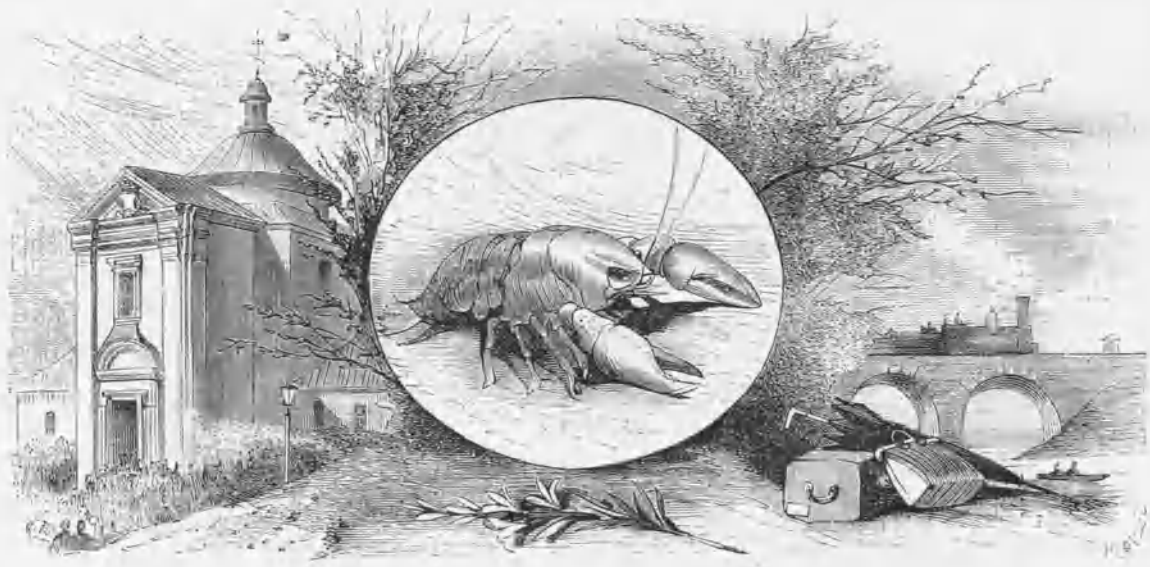
Quando nuevo Prometeo
 Encadenado á la roca
 Espiraba en Santa Elena
 El prisionero de Europa,
 Sobre la tierra movida
 Que en oprimirle se goza,
 Dos ó tres flores humildes
 Entreabrieron sus corolas.
 ¡ Cinco de Mayo era el día!
 Flores de Mayo preciosas,
 Hermanas quizá de aquellas
 Que absorbieron gota á gota,
 Con la sangre de un soldado
 Las lágrimas de una monja!

MANUEL DEL PALACIO.

15 de Mayo de 1877.



MOSCÚ.—CAMPANA GRANDE DEL KREMLIN.—(De fotografía.)



JUNIO.

SOL.		SANTORAL.	EFEMÉRIDES.	LUNA.	
Scale	Se punto			Scale	Se punto
H. M.	H. M.			H. M.	H. M.
4 43	7 12	1 Sáb. San Segundo, ob. y mr., y San Simón, monja. ☉ Luna nueva, á la 1 h. y 23 m. de la madrugada.	1518.—Ejecucion de Alvarez de Sotomayor, conde de.	4 36	8 04
4 43	7 13	2 Dom. Stos. Marcelino y Pedro, mrs., y san Juan de Ortega.	1512.—Donativo de Fernando el Católico á la catedral de Sevilla	5 32	9 00
4 42	7 14	3 Lun. San Isaac, mr., sta. Clotilde, reina, y sta. Paula, vg.	1753.—Fundacion de Santiago de Chile por el rio Mardocho.	6 35	9 49
4 42	7 14	4 Márt. San Francisco Caracciolo, fr., sta. Saturnina, vg. y mr. san Clotés, ob. y mr., y san Optato, ob. y cf.	1869.—Memorable batalla de Magenta ganada á los austriacos por franceses y sarlos, al mando de Napoleon III.	7 43	10 30
4 42	7 15	5 Miérc. San Bonifacio, ob. y mr., y stos. Nicomir y Sancho.	1653.—Muerte del pintor navarro Juan de Espinosa.	8 53	11 05
4 42	7 15	6 Juev. San Norberto, ob. y cf., y san Felipe de Cosara, cf.	1837.—Muerte del revolucionario chileno Diego Portales.	10 03	11 37
4 41	7 16	7 Viér. San Pedro Wistremundo y comps., mrs., y san Pablo.	1809.—Batalla y victoria de Puentes San Payo, en Galicia.	11 12	12 06
4 41	7 16	8 Sáb. San Salustiano, cf. san Melardo, ob.	1895.—Nacimiento de D. Salustiano de Olózaga en Oyón.	12 21	12 33
		☾ Cuarto creciente, á las 3 h. y 30 m. de la mañana.			
4 41	7 17	9 Dom. † PASCHA DE PENTECOSTÉS, y san Primo mr.	1627.—Famoso acto académico en la Universidad de Salamanca.	1 30	3 3
4 41	7 17	10 Lun. Sta. Margarita, reina, y stos. Crispulo y Restituto.	1841.—Pedro Valdivia es nombrado gobernador de Chile y Perú.	2 41	1 02
4 41	7 18	11 Márt. San Bernabé, ap. y stos. Fortunato y Parisio, mrs.	1497.—Concilio provincial celebrado en Vigo.	3 53	1 33
4 41	7 18	12 Miérc. San Juan de Sabagun, ob. y cf.—(Tempora.)	1609.—Fallece el célebre arquitecto D. Pedro Garcia Mazueco.	5 06	2 09
4 41	7 19	13 Juev. San Antonio de Padua.—(Anima.)	1752.—Junta de apertura de la Academia de San Fernando.	6 16	2 52
4 41	7 19	14 Viér. San Basilio el Magnó, ob. y dr., san Risco, prof., san Marcial, ob. y cf., san Rufino.—(Tempora.)	1748.—El rey D. Fernando VI manda edificar el palacio de Coruña, en el solar del antiguo alcazar.	7 21	3 42
		☉ Luna llena, á las 11 h. y 26 m. de la noche.			
4 41	7 20	15 Sáb. Stos. Vito y Modesto, mrs.—(Tempora.—(Anima.)	1828.—Entrada de D. Fernando VII y su familia en Cádiz.	8 17	3 40
4 41	7 20	16 Dom. † LA SANTÍSIMA TRINIDAD, y san Aureliano, ob.	1839.—Una escuadra francesa bombardea la ciudad de la Coruña.	9 04	5 44
4 41	7 20	17 Lun. Stos. Ismael, Manuel y comps., mrs., stos. Avito é Inesio, obs., y el beato Pablo de Arezzo, cf.	1818.—Enarbólese por primera vez la bandera republicana de Chile en la plaza de Santiago.	9 42	6 49
4 41	7 21	18 Márt. Stos. Marco y Marceliano, mrs., y sta. Paula, vg.	1844.—Primer ensayo de buque de vapor, por Bisca de Garay.	10 15	7 54
4 41	7 21	19 Miérc. Stos. Gervasio y Protasio, mrs., sta. Juliana de Falconeri, vg., y stos. Gaudencio y Lamberto, mrs.	1713.—Pension de Felipe V á su pintor de cámara Pedro Calabrya, de 72,000 maravedises anuales.	10 40	8 56
4 41	7 21	20 Juev. † SS. CORPUS CHRISTI, san Silverio, p. y mr., san Novato, presb., y san Macario, ob. y cf.	1809.—Evacua á Galicia el ejército frances: rellénse copia de Logo los 70,000 hombres que invadieron el pais.	11 04	9 55
4 42	7 21	21 Viér. Stos. Luis Gonzaga y Eusebio.—(Sol en Cáncer.—Eerío.)	1535.—Toma de Túnez por el Emperador Carlos V.	11 27	10 53
4 42	7 22	22 Sáb. San Paulino, ob., y san Acacio y comps., mrs.	1808.—Entran en Santander las tropas francesas.	11 50	11 49
		☾ Cuarto menguante, á las 6 h. y 50 m. de la tarde.			
4 42	7 22	23 Dom. San Juan, presb., y stas. Agripina y Ediltrudis, mrs.	1582.—Colócase la cruz en la aguja del cimborio del Escorial.	12 13	3 3
4 42	7 22	24 Lun. La Natividad de San Juan Bautista, san Fausto, mr., san Teodulfo, ob. y cf., y sta. Niceta, mr.	1128.—Bula de Calisto II erigiendo en Arzobispado la Sede compostelana.	12 39	1 44
4 43	7 22	25 Márt. Sta. Orosia, vg., stos. Guillermo y Adelberto, cfs.	1136.—Victoria de Suarez de Deza contra los musulmanes.	3 3	2 43
4 45	7 22	26 Miérc. Stos. Juan y Paulo, mrs., y sta. Perseveranda, vg.	1834.—Designacion del escudo de armas de Chile.	1 00	3 46
4 45	7 22	27 Juev. San Ladislao, rey, y stos. Zoilo y comps., mrs.	1843.—Desembarca en el Grao el general D. Ramon M. Narvaez.	1 45	4 49
4 44	7 22	28 Viér. El Sagrado Corazon de Jesus.—(Abstinencia de carne.)	1779.—Fallecimiento del famoso pintor alemán Rafael Mengs.	2 23	5 31
4 44	7 22	29 Sáb. † SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles y mrs.	1335.—Sitio de Gibraltar por el rey D. Alfonso XI de Castilla.	3 20	6 50
4 44	7 22	30 Dom. La Conmemoracion de San Pablo, ap., y san Marcial.	1360.—El rey D. Pedro I de Castilla manda dar muerte al arzobispo de Santiago D. Suero Gomez de Toledo, por conspiracion á favor de D. Enrique de Trastámara.	4 21	7 43
		☉ Luna llena, á las 12 h. y 6 m. del día.			

JUNIO.

I.

INTRODUCCION.

Mayo es un niño mimoso
 A quien se viste de nuevo ;
 Pero Junio es un mancebo
 Ya opulento y vigoroso.
 En almanaque cristiano
 Mal van uno de otro en pos ;
 Mayo es un mes que cree en Dios ;
 Pero Junio es aún pagano.
 Mayo amante , ingenuo , tierno
 Las almas al cielo eleva ,
 Junio impio se las lleva
 Embriagadas al infierno.
 Mayo á María alza altares ,
 Quema incienso y teje flores ;
 Junio en pos de oro y amores
 Abandona sus hogares :
 Y echándose atras fe y penas ,
 Capa al brazo y hierro al cinto ,
 Del templo turba el recinto
 Con el són de sus verbenas ;
 Y con influjo funesto
 Lo más santo echando á broma ,
 Para sus orgías toma
 En la religion pretexto.
 Mayo, inocente y sencillo,
 La tierra alfombra con hojas,
 Trébol y amapolas rojas
 Que perfuma con tomillo.
 Mayo es el amor primero ;
 La primer savia , el primer
 Césped ; y con gran placer
 Juega en él con un cordero :
 Hace á los pájaros nidos ,
 Soléa al buitro en las peñas ,
 Y á la torre á las cigüeñas
 Vuelve á traer con sus maridos.
 A los árboles da copa,
 Y con las brisas marinas
 Vuelve á traer las golondrinas
 A sus albergues de Europa.
 Junio es el primer amor
 Impuro y falso ; el primer
 Vicio , y convida al placer ,
 Hipócrita é impostor.
 Mayo da á Junio la tierra
 Fresca , rica , ingenua y moza ;
 Junio la abraza y la goza
 Con todo el placer que encierra.
 Mayo la tierra engalana ,
 Cree en Dios y le glorifica :
 Junio impio prevarica
 Y sus iglesias profana.
 Mayo amor , fe y paz respira ;
 Junio, pasion, lid y afan :
 Mayo es Fausto que delira ;
 Junio un infame don Juan.

Mayo, que por Junio aboga
 Y á todo para él da jugo,
 Con ello da á su verdugo
 El cordel con que le ahoga ;
 Y en cuanto por sí campea
 ¡ Ahí va Junio á San Antonio !
 Primer noche en que el demonio
 Consigo á Junio aparea.
 ¡ Ahí va Junio á la verbena :
 Y á las mozas más bizarras
 Lleva al són de las guitarras !
 ¡ Dios se la depare buena !

II.

SAN ANTONIO.

(*Stntesis.*)

A orillas del rio
 San Antonio está,
 Y á su soto umbrío
 Todo el mundo va.
 San Antonio es guía
 De quién de él se fia,
 Y él halla algun dia
 Lo perdido ya.
 Vamos, pues, nosotros
 Donde van los otros ;
 Que si nos perdemos,
 Él nos hallará.

Cándida es una morena
 Con dos luceros por ojos :
 La llevan á la verbena
 Por su bien su madre buena,
 Y por su mal sus antojos.
 Nunca á las verbenas fué
 Mientras su padre vivió :
 Su padre nunca el porqué
 La dijo : y claro se ve,
 Pues ella vá, que él murió.
 Su madre, que es bondadosa
 Y que á negar no se atreve
 Nada á la niña mimosa,
 La lleva porque la acosa
 Ella para qué la lleve.
 Cándida es una azucena
 De inconcebible candor ;
 Curiosa , mas simple y buena ;
 Pálida, un poca morena,
 De tez casi sin color.
 Y segun los pareceres
 De hombres doctos, estos seres
 A quienes Dios en piel tal
 Envuelve, si son mujeres,
 Frágiles como el cristal,
 Un hálito las empañá,

Una ráfaga las daña ;
 Y á modo de espejos viven
 De la accion y vida extraña
 Que del exterior reciben,
 Cedió, pues, su madre buena
 De Cándida á los antojos
 Y la llevó á la verbena :
 Y de la niña morena
 Se asomó el alma á los ojos.
 Y por el doble balcon
 De sus dos ojos sin par,
 Vió el mundo, y al corazon
 Llamó su alma la impresion
 De la verbena á gozar.
 Y asomados á sus ojos
 Su corazon y su alma,
 Creyeron que sus antojos
 Del mundo los trampantijos
 Podian mirar en calma ;
 Y sacando la morena
 De los ojos al balcon
 De su candor la azucena,
 Se expuso así en la verbena
 Con su alma y su corazon.
 Cree el vulgo santificar
 El pecado y el placer
 De esta fiesta popular,
 Con entrar el Santo á ver
 Y en su capilla á rezar,
 Y entraron ; y agua bendita
 Un jóven las ofreció,
 Quien al salir de la ermita
 Con cortesia infinita
 El brazo á la madre dió.
 Era un don Juan de Aguilar,
 Cuyos bienes supo el padre
 De Cándida administrar,
 Y obsequio que hacer le cuadra
 No hay medio de rehusar.
 Amigos los padres fueron,
 Sus intereses juntaron,
 Y aunque iguales no nacieron,
 Como iguales se trataron
 Sus niños, mientras lo fueron.
 Don Juan fué á tierra extranjera
 Mas amigos de muy niños
 Cándida y él, fácil no era
 A ésta esquivar los cariños
 Hijos de la edad primera.
 Don Juan á su hermana Juana
 Trajo en coche á la verbena ;
 Y porque tuvo su hermana
 De cenar en ella gana,
 Don Juan tiene en ella cena.
 Cándida y su madre hubieron
 En el convite lugar :
 Y cuando todo lo vieron
 Y en coche por Don Juan fueron
 Conducidas á su hogar,
 Dijo la niña morena
 Con candidez á su madre :
 « Siendo una cosa tan buena,
 » ¿ Por qué no queria padre
 » Dejarme ir á la verbena ? »
 La madre no respondió,
 O porque ingénua y sencilla
 Al padre no comprendió,
 O porque en la calle oyó
 Cantar esta seguidilla :
 A San Antonio se entra
 Por Soto Verde,
 Y el Santo en él encuentra

Lo que se pierde.
 Tu alma perdida
 Pídele á San Antonio
 De la Florida.

III.

SAN JUAN.

Don Juan vive en el espacio
 Que hay de obelisco á obelisco,
 En una casa-palacio
 Puesta entre un doble jardin :
 Muchas flores, mucha fruta
 Y una cascada en un risco
 Tiene en ellos, y una gruta
 Entoldada de jazmin.

Don Juan trajo unos millones
 De una tierra americana,
 Donde se pierde y se gana
 En cada noche un millon.
 Tiene buenas posesiones
 Buen porte, buena presencia,
 Valor, suerte, inteligencia,
 Todo, ménos corazon.

Don Juan con tacto exquisito,
 Sin demasia y sin falta,
 En el salon y el garito
 Hizo siempre buen papel :
 Flexible hasta lo infinito
 En amor, de baja ó alta
 Esfera, fascina, asalta,
 Vence, y abandona infiel.

Don Juan no da recepciones
 De mucha gente : sus fiestas
 Son de familia, dispuestas
 Para su placer no más ;
 Lleva á los nobles salones
 A su hermana, á quien exhibe
 Con lujo : mas no recibe
 Ni da festines jamas.

Tiene poca servidumbre,
 Dos doncellas y dos pajes :
 Seis caballos, dos carruajes,
 Servicio para este tren
 Sin ociosa muchedumbre ;
 Con conserje, camarero,
 Mayordomo y repostero,
 Vive, paga y come bien.

Por razones de intereses
 Casa en Setiembre á su hermana :
 Su novio es hombre en la Habana
 De ingenio y de capital :
 Con qué dentro de tres meses,
 Dándola el dote en dinero,
 Quedará él solo y soltero
 Poseedor de su caudal.

Tal es el Don Juan que á Cándida
 Halló en la primer verbena
 De Junio, y á quien su buena
 Primera edad recordó ;
 Y á quien por aquel cariño
 Que la tuvo cuando niño
 Para la verbena próxima,
 La de San Juan, invitó.

Don Juan de Aguilar el rico
 A su hermana Doña Juana
 Obsequia en la Castellana
 En la noche de San Juan :
 Cándida, en un abanico
 De nácar y malaquita,

Una invitacion escrita
 Recibió y un dón galan.
 Honra hecha á los padres muertos,
 Prenda de amor de la infancia,
 Dón hecho sin arrogancia,
 Franca ofrenda familiar,
 Casa y corazon abiertos
 De amistad en testimonio,
 Hallazgo hecho en San Antonio
 De un recuerdo del hogar,
 Excusar era imposible
 De aceptar agradecida
 Pruebas de amistad nacida
 Y basada en la niñez :
 Y con placer indecible
 Fué la Cándida morena
 A la segunda verbena
 Con la mayor candidez.

El palacio era el de una hada :
 De algun benéfico númen
 Era el templo : era un resumen
 De un mitológico eden :
 La luz en él derramada,
 El perfume que le aroma,
 El aire fresco que toma
 Del jardín por huecos cien ;
 El són de baile y cantares
 De aire alegre y verde letra,
 Que á bocanadas penetra
 De la cena en el salon,
 Los exquisitos manjares,
 Los dulces en compañía
 De la dulce malvasia,
 La dulce conversacion ;
 El cristal que centellea,
 El champaña que chispea,
 El moka ardiente que humea
 Y el tabaco embriagador,
 Que difunde en el ambiente
 Un veneno, al que la gente
 Que no fuma abre inconsciente
 Sus pulmones sin temor ;
 Todo lo que en un convite
 No hay medio que nadie evite,
 Ni nadie hay en quien no excite
 De los sentidos la accion,
 Fué poco á poco de Cándida
 Penetrando en el espíritu,
 Llevando á un mundo fantástico
 Su mente y su corazon.

Despues de cenar bajaron
 Al jardín, luego al paseo ;
 Y en medio de aquel marco,
 De aquel ruido é inquietud,
 Cándida y Don Juan vagaron,
 Como Fausto y Margarita,
 Tan á solas como en cita
 Por entre la multitud.

Y volvieron á la casa
 Y al jardín ; y allí en reposo
 Un coloquio delicioso
 Entablaron sin afan :
 La noche estaba serena,
 La luna de luz escasa.....
 ¡Deliciosa es la verbena
 De la noche de San Juan!

Y cuando todo lo vieron,
 Cuando todo lo gozaron,
 Cuando del coche bajaron

En su casa al penetrar,
 Preguntó su madre á Cándida :
 « Te ha gustado la verbena ? »
 Y la Cándida morena
 No supo qué contestar.
 Y mientras Cándida muda
 Ante su madre subia,
 Un buen hombre, ebrio sin duda,
 Rompió en la calle á cantar
 A voz en grito ; y se oia
 De sus endechas villanas
 La letra por las ventanas
 En la casa penetrar.

CANTAR DEL BUEN HOMBRE.

« Tiene Junio tres verbenas
 » Que empiezan con San Antonio ;
 » Y son tres noches muy buenas
 » Para dar gusto al demonio,
 » Comprar un saco de penas
 » Y hacer un mal matrimonio.

» Todo es blanco y todo es negro
 » En la noche de San Juan ;
 » Mas yo cobro y no reintegro,
 » Por nada me paso afan ;
 » Con los alegres me alegro ;
 » Me voy con los que se van.

» Débil caña ó fuerte cedro,
 » Lo que cae no se levanta ;
 » Mas yo por nada me arredro,
 » Yo soy un hombre que canta
 » Que á quien San Juan se la planta
 » No se la quita San Pedro. »

Esto en la calle berreaba
 El ebrio, abriéndose el pecho
 Con los berridos que daba ;
 Mientrás Cándida en su lecho
 En silencio se acostaba.

IV.

SAN PEDRO.

Don Juan pasa en tierra extraña
 Del verano la estacion,
 Y en Spa juega y se baña,
 Y con gente se acompaña
 De caudal y posicion.

Don Juan de Madrid se ausenta
 Con exactitud precisa
 De Junio en el dia treinta ;
 Ni da de su marcha cuenta
 Ni de su tornada avisa.

Don Juan con fortuna juega ;
 Y por su fortuna ciega
 Llámale en Madrid Fortunio ;
 Y hay quien á llamarle llega
 El don Juan del mes de Junio.

Y un traductor de frances
 En un fantástico cuento,
 De probar que don Juan es
 La encarnacion de este mes
 Tuvo el fantástico intento.
 De San Pedro á la verbena

Don Juan invitó otra vez
 Á Cándida la morena;
 Y á ella con su candidez
 La llevó su madre buena.

Don Juan á madre y á hija
 Prodigó esos mil cariños
 De continuidad prolija,
 Que está aceptado que exija
 En mozos trato de niños.

La madre era natural
 Que á su hermana acompañara;
 Ni nadie echar debió á mal
 Que él á Cándida llevara
 Á tal fiesta en noche tal.

Estaba limpia y serena
 La noche, la luna llena;
 Y henchido el Prado de gente
 Que gozaba alegremente
 Y alegraba la verbena.

Todo el Prado recorrieron,
 Todos los puestos miraron,
 Todo por do quier lo vieron,
 Por do quier se entretuvieron,
 Nada por gozar dejaron.

Cargados de chucherías
 Volvieron, de fruta y flores;
 Copiando las alegrías
 Infantiles de otros días,
 Por más ingenuos mejores.

Y ya tarde y fatigada
 Y un poco descolorida,
 Con su madre descuidada
 Por Don Juan á su morada
 Fué Cándida conducida.

Durmió inquieta y pocas horas,
 ¿Turbáronla aterradoras

Pesadillas, ó sus sueños
 La ofrecieron halagüeños
 Imágenes seductoros?

Pues ¿quién sabe?—El día treinta
 De los días de aquel mes
 Pasó cerrando la cuenta,
 Y fueron con marcha lenta
 De Julio pasando tres,
 Y pasó día tras día
 Pensando inquieta en Don Juan
 Cándida, y de él no sabía;
 Y viendo que no venía
 Palidecía de afán.

—
 Y este almanaque cogiendo,
 Regalo de su editor
 Abelardo, recorriendo
 Sus hojas, lloró perdiendo
 La esperanza y el color,
 Aquí este cantar leyendo,
 No recuerdo de qué autor.

CANTAR.

« Madres buenas, si quereis
 » Que vuestras hijas sean buenas,
 » Bueno es que no las dejes
 » Ir de Junio á las verbenas.
 » Junio es un mes de infortunio;
 » Palabras que en él se dan,
 » Vienen con San Juan en Junio
 » Y con San Pedro se van.»

JOSÉ ZORRILLA.

LA CARTA DE RECOMENDACION.

(DIBUJO DE V. BECQUER.)

Valeriano y Gustavo Becquer, cuya muerte nunca llorarán bastante las artes españolas, habían comenzado á recorrer varias provincias de España sin otro propósito que el de estudiar concienzudamente las costumbres y los tipos más característicos de cada una de ellas, y formar un magnífico álbum dibujado por el primero y explicado con artículos y poesías del segundo.

Llegaron ambos hermanos á Sopeña, pueblo de la provincia de Soria, provistos de una carta de recomendación que el gobernador les había entregado para que el alcalde les prestase la protección de que podían necesitar en el desempeño de la amenísima tarea que se habían impuesto: el grabado que en la pág. 64 publicamos, que lleva por título *La carta de recomendación*, representa la visita de los dos hermanos á la autoridad municipal del mencionado lugar. Valeriano encontró la escena digna de ser trasladada á su cartera, y así lo hizo con la gracia y carácter típico que eran sus mejores condiciones artísticas.

FRAGMENTO DE ARQUITECTURA ÁRABE, EXISTENTE EN LA ANTIGUA «CASA DEL PLANILLO», DE ALFARO.

No ignoran las personas ilustradas que en el siglo X, el califa de Córdoba Abderraman II, hijo de Mahomad y nieto de Abdallá, aumentó y embelleció notablemente las ciudades y pueblos de todo su reino.

Por eso nos inclinamos á creer que en aquella época se construyó en la antigua ciudad de Alfaro el edificio llamado hoy *Casa del Planillo*, sin duda para que sirviera de palacio á los rúgulos ó *acephas* del castillo de Guarín, feudatarios del califa de Córdoba y con cuyo castillo se comunicaban, según opinión general, por medio de una extensa galería subterránea.

Sin embargo, dudémos en el alma no haber podido averiguar de un modo cierto la época de la fundación del citado edificio, á que pertenece el precioso fragmento de arquitectura árabe que copiamos en la pág. 74, y el cual, con algunos artesanos en el interior, es lo único que resta del primitivo carácter arquitectónico de la *Casa*.

Ménos oscuras en adelante las noticias, se sabe que D. Alonso VII, el emperador, y Doña Berenguela, su mujer, se hospedaron en dicha casa en 1140, con motivo de la conferencia que á orillas del Ebro, entre Alfaro y Calahorra, tuvieron con D. García de Navarra para ajustar las paces y el casamiento de sus respectivos hijos.

En 1207 convocáronse en Alfaro los cuatro reyes de Castilla, Leon, Aragon y Navarra, y también los muros de la *Casa del Planillo* fueron testigos presenciales de la memorable Asamblea que firmó la paz entre los reyes cristianos de la península y un pacto de alianza para castigar la insolencia de los soberanos de Córdoba.

Posteriormente, y por cédula Real, fué nombrado en 1521 alcaide de la fortaleza de Guarín, D. Lope Gonzalez de Frias Salazar, en cuya fecha aquel histórico edificio pasó á ser de su propiedad, habiéndole habitado él y sus descendientes hasta principios del siglo pasado, en que le abandonaron definitivamente, sin duda por su estado ruinoso.

Al concluir estos apuntes, cúmplenos dejar consignado, como muestra de reconocimiento, que la señora doña Dolores Frias de Montenegro, amante del arte, nos ha proporcionado estas curiosas noticias, sacadas del archivo de su casa, y que debemos el crédito correspondiente á la amabilidad del Sr. D. J. H., vecino de la expresada ciudad de Alfaro.

EL VERANO.

I.

El tren partió de la estación machacando con sus patas de hierro las placas giratorias, como si gustara de expresar con el ruido la alegría que le posee al verse libre. Echaba sin interrupción y á compas bocanadas de humo, como los chicos cuando fuman su primer cigarro, y al mismo tiempo repartía á uno y otro lado salivazos de vapor, asemejándose á un jactancioso perdonavidas, ó á demonio travieso. Ni siquiera volvía la cabeza para saludar á los empleados de la línea, ni á las señoras y caballeros que poblaban el andén. Descortés y sin otro afán que perderse de vista, dejó atrás los almacenes, los muelles y oficinas de la pequeña velocidad, el cochero, los talleres, la casilla del guarda-agujas, y se deslizó por la Cortadura, un brazo de tierra cuya mano tiene la misión de asir á Cádiz para que no se lo lleven las olas.

Corriendo por allí veíamos el mar de Levante, las turbulentas aguas y aquel nebuloso horizonte, que bien podemos llamar *el campo de Trafalgar*; veíamos por otro lado la bahía, en cuya márgen se asientan sonriendo alegres ciudades y villas, y también á Cádiz, que daba vueltas lentamente, cual fatigada bolera, y tan pronto se nos presentaba por la derecha como por la izquierda.

Después el tren pisó las charcas salobres de la Isla, abriéndose paso por entre montes de sal. Franqueó los famosos caños en cuyos bordes España y Francia han dirimido sus últimas contiendas; cruzó las célebres aguas en que flotó el manto del último rey de los godos, y se dirigió tierra adentro avivando el anhelante paso. Llevábase sin duda tan aprisa el exquisito olor de las jerezanas bodegas, que más cerca estaban á cada minuto, y por último, la inquietada maquinaria dió resoplidos estrepitosos, husmeó el aire, cual si quisiera oler el zumo almacenado entre las cercanas paredes, y se detuvo.

Estábamos en la más colosal taberna que han visto los siglos: llena de lo más fino, delicado y corroborante que en materia de néctares existe. Al llegar á aquel punto del globo, ningún viajero puede permanecer indiferente. Ve un glorioso campo de batalla, sembrado de despojos; los despojos, el cadáver, los mutilados miembros de la sobriedad vencida y destrozada por su formidable enemigo. El triunfo de éste es completo. Su insolente orgullo ha poblado de emblemáticos trofeos el campo. Millones de vides coronan de verdes pámpanos la tierra. Toncles hacinados se alzan en pilas ó ruedan, como borrachos que han perdido la cabeza. Todo es bulla, animación, mareo.

No se puede resistir á la tentación del hijo de Noé. Es del color del oro y tiene el sabor de la lisonja. Beberlo es tragar un rayo de sol. Es el jugo absoluto de la vida, que lleva en sus luminosas partículas fuerza, ingenio, alegría, actividad. Su delicado aroma se parece á un presentimiento feliz; su gusto estimula la conciencia corporal. Engaña al tiempo, borra los años y aligera las cargas que nos hacen doblar el fatigado cuerpo. Lleva en sí un espíritu poderoso que se une al nuestro, y juntos forman una especie de seráfico genio, el cual, si se ensobarbecé puede trocarse en demonio.

Yo fui de los seducidos, y ántes de que el tren partiera, me llené el cuerpo de rayos de sol. Poco después admira-

ba las viñas, respetables madres de aquel insigne vencedor de las naciones, cuando sentí que me tocaban el hombro.

Sorprendiome esto, porque me creía solo en el coche; volvíme con presteza y

II.

.... en efecto, era una mujer; quiero decir, que al volverme, ví á una mujer. Al partir de Jerez hallábame solo en el coche. ¿Cómo, cuándo, —por dónde había entrado aquella señora? Hé aquí un punto difícil de aclarar, mayormente cuando mi cabeza, forzoso es confesarlo, no gozaba del beneficio de una perspicacia completa.

—Caballero...

A esta palabra siguieron otras que no pude entender bien. Tengo idea de haber dicho:

—Señora...

Pero no estoy seguro de lo que tras esta palabra balbucieron mis torpes labios, aunque debió de ser alguna frase de cortesía. Es indudable que yo estaba aturdido, no sé en realidad por qué, como no fuera por el maldito zumo de oro que había alojado en mí. Hallábame cortado y absorto, y seguramente contribuía mucho á esto el aspecto singularísimo, y por mí nunca visto, de aquella persona.

Causábanme estupefacción indecible su figura y su traje, del cual no podía apartar los asombrados ojos; y en verdad, no es fácil imaginar atavíos más originales. No podía decirse que el traje de la dama fuese extravagante, sino que no tenía traje alguno.

Tengo idea de haber dicho á medias palabras, teñida de rubor la cara y apartando los ojos:

—Señora: tenga usted la bondad de vestirse... del traje, mejor dicho, esa desnudez no es la más á propósito para viajar en pleno día dentro del coche de un ferro-carril.

Ella se echó á reír. Era de una hermosura sobrehumana. Yo recordaba vagamente haberla visto en pintura, no sé dónde, en techos rafaelescos, en cartones, dibujos, quizás en las célebres *Horas*, en relieves de Thorwaldsen, en alguna región, no sé cuál, poblada por la imaginación creadora de los dioses del arte.

Nada de cuanto modelaron griegos, ni de cuanto cincelaron florentinos, puede superar á la incomparable estructura de su cuerpo. Su rostro era como el que las tradiciones del arte dan á todas las ninfas acuáticas y terrestres, á las diosas que fueron y á las jubiladas matronas simbólicas que durante siglos han representado entre doradas archivolvas el pensamiento de los hombres. Más perfecta belleza no vi jamás; pero no era fácil contemplarla, porque sus ojos eran como pedazos del mismo sol, que deslumbraban y ofendían quemando la vista, de tal modo que perdería los suyos el observador si se obstinara en mirar sin vidrios ahumados la hermosa imágen. De sus cabellos no diré sino que me parecieron hilos del más fino oro de Arabia, perfumados con delicado aroma campesino, y que en él se entreteñían amapolas y espigas en graciosa guirnalda.

Su vestido era, más que tal vestido, una especie de túnica caliginosa, una vaporosa neblina que la envolvía, ocultando ó dejando ver, según las posturas de la dama, ésta ó la otra parte de su bello cuerpo. No tenía yo noticia

de aquella singularísima manera de presentarse en sociedad, y si he de decir verdad, el atavío de mi noble compañera de viaje parecióme en el primer momento escandaloso y desenvuelto en gran manera. Pero bastaron algunos minutos de observación para formar juicio más favorable. En las divinas formas, en la actitud graciosa y natural de la viajera, así como en sus palabras y ademanes, había la castidad más perfecta y la más irrepreñable decencia.

III.

Y eso que la señora, si no era el mismo fuego, lo parecía. Dígolo, porque despedía de su cuerpo un calor tan extraordinario, que desde su misteriosa entrada en el wagon empecé á sudar cual si estuviera en el mismísimo hogar de la máquina.

—Señora,—le dije respetuosamente, limpiando el copioso sudor de mi rostro,—permítame usted que me aleje todo lo posible de su persona, porque, ó yo no entiendo de verano, ó es usted la misma Canicula en cuerpo y alma.

Ella sonrió con bondad, y rebuscando en cierto morralillo que á la espalda traía, ofreciéndome un abanico. Felizmente yo llevaba espejuelos azules, con los que pude resguardar mi vista de los flamígeros ojos de la señora. A pesar de estas precauciones, cuando el tren se precipitó por las llanuras de la orilla izquierda del Guadalquivir, la irradiación calorífica de mi compañera de coche aumentó de tal modo que destruí el abanico sin poder refrescarme. Las perspectivas ora interesantes ora comunes del viaje, aburríanme soberanamente. Los pinos valsaban en mareantes círculos ante mi vista, marchaban en largas hileras los olivos de Utrera, como ordenados ejércitos que van al combate, sin que estos preciosos juegos de la óptica, ni el variado espectáculo de las sucesivas estaciones, ni la cercana presencia de Sevilla, que desde el último confin visible nos saludaba con su Giralda, aplacaran mi mal humor.

Sevilla nos vió al fin llegar junto á sus achicharrados muros, que quemaban como calderas puestas al fuego. Reposaba la placentera ciudad bajo mil toldos, adormeciéndose en la fresca umbría de sus patios. Las cien torres presididas por la veleidosa mujer de bronce que da vueltas á ciento veintidos varas del suelo, desafiaban al furioso sol. Cual condenados, cuyo itinerario de expiación ha sido invertido, *subían á los infiernos*.

No pude contenerme, y dije á la dama:

—Presumo que usted se quedará en esta estación que tan bien cuadra á su temperamento.

—No señor,—repuso con la timidez de una novicia de convento.—Voy á Madrid.

Y diciéndolo se acercó á mí. Creí hallarme de súbito en la proximidad de un incendio; porque no era ya calor, sino llamaradas insostenibles lo que el misterioso cuerpo de la endemoniada ninfa despedía.

—Señora, señora, por amor de Dios—exclamé.—Es muy doloroso para un caballero huir... Es un desaire, una grosería, pero...

Me hubiera arrojado por la ventanilla si la rapidez de la locomoción no me lo impidiese. Felizmente, la misma que tan sin piedad me achicharraba, brindóme con refrescos, que sacó no sé de dónde, y esto me hizo más tolerable su plutónica respiración y aquel tufo de infierno que de su herúnico cuerpo emanaba como de un femenino volcán.

Ibamos por la alegre comarca que separa las dos famosas hermanas andaluzas, á orillas del florido río, entre naranjales y olivos, saludando cada dos ó tres leguas á un buen amigo, tal como Lora, Peñafór, Palma. Ya cerca de Córdoba, mi sofocación puso á prueba mi paciencia, pues sintiendo que los sesos burbujaban como si hirvieran, y que mi sangre se iba pareciendo á un metal derretido, tomé la resolución de librarne de la molesta compañía que desde Jerez había traído, y al punto, una vez parado el

tren, apresuréme á poner en ejecución mi pensamiento, dando parte del caso á los empleados de la vía.

Yo no sé por qué se reían de mí aquellos malditos, oyéndome formular mis justas quejas. Podría colegirse que yo me habria expresado en incongruente discurso, diciendo cosas insensatas y desatinadas. Era para reventar de cólera. El mismo jefe de la estación tratóme como á un loco cuando le dije:

—Sí, señor, sí, señor. Va en mi coche una señora que echa fuego por los ojos, y por todo su cuerpo un calor tan vivo que se podrían asar chuletas y freir pescado sobre una de sus manos. Esto no se debe permitir... Es un abuso, un escándalo. Me quejaré al inspector del Gobierno, al Gobernador, al Gobierno mismo.

Movióles la curiosidad, más que otra cosa, á registrar el departamento. En él continuaba la dama. Yo la vi... era ella misma sin duda; pero no ya con aquellos ligerísimos ropajes que tanto llamaron mi atención, sino vestida con el habitual modo de nuestras damas. Sus ojos eran picarescos y vivos, mas no deslumbraban; su cuerpo no tenía rastro de haber pasado por el infierno; llevaba en la cabeza el vulgar sombrerillo adornado de espigas, mas todo conforme al arte de las modistas, sin nada que trajese á la memoria el tocador de las diosas.

IV.

Mudo y perplejo la contemplé, y no es dudoso que me deslice en cumplidos y excusas, achacando á desvanecimiento de mi cabeza la extraordinaria equivocación en que yo habia incurrido; mas apenas marchó el tren camino de las sierras, volvió la dama á presentarse en su primera forma, en la misma desnudez, con los mismos cenitales vaporosos que contorneaban sus bellas formas, con el mismo ornato de rústicas espigas, con la propia cabellera de oro, los mismos ojos que no se podían mirar, y la misma irradiación abrasadora de su cuerpo. El calor que despedía era ya un calor ecuatorial, intolerable, un calor que derretía mi persona, como se derrite la cera junto á la llama. Quise saltar del coche, llamar, vocear, pedir socorro; mas ella me detuvo. Yo caí exánime, sin fuerzas, todo sudoroso, desmayado, sin aliento; creo que mis facultades se alteraron visiblemente; perdí la noción de todas las cosas, se nubló mi juicio y apenas pude formular un pensamiento, diciendo para mí: «Estoy en las calderas infernales.»

Arrojado cual cuerpo muerto sobre el asiento, aspiraba con ansia el ardiente y rarificado aire. La endemoniada aparición llegóse á mí; sostuvo mi cabeza, dióme á beber no sé qué delicado y refrigerante licor que falió el trabajo de mis pulmones, difundiendo ligera frescura por todo mi cuerpo, y entonces me sentí mejor, mis excitados nervios se dilataron, dándome placentero reposo; y aclarándoseme los sentidos como al despertar de un sueño, pude oír el discurso que con dulce voz me dirigió la señora, y que si mi memoria no me es infiel fué de este modo:

V.

«Yo soy la plenitud de la vida, la cúspide del año natural; soy la ley de madurez que preside al cumplimiento de todas las cosas. Soy la realización de todos los conatos que bullen en el seno infinito de la Naturaleza. Antes de mí todo es germen, esfuerzo, crecimiento, aspiración: despues de mí todo decae y muere. Soy el logro supremo y la victoria que se llama *fruta*, victoria admirable de las múltiples fuerzas que luchan con la muerte. Por mi vive todo lo que vive, por mi tiene razon de ser la creación, que sin mi sería en vez de gloria y triunfo una especie de hostezo perenne, el fastidio de los elementos al verse sin objeto. En el hombre soy la edad del discernimiento y del trabajo;

en la mujer, la fecundidad y el amor conyugal; en la Naturaleza, el desarrollo de todos los seres que al verse completos se recrean en sí mismos, apreciando por su propia magnificencia la magnificencia del Creador. Mis cabellos son el sol; mis ojos la luz; mi cuerpo el ardoroso ambiente que al pasar reparte la existencia; mi sombra es el rocío que bautiza las nuevas vidas; mi habitación es el cielo con sus admirables ritmos; mi trono el zenit. Soy la Sazon universal.

«En mi curso infinito guíame el dedo de Dios que va marcando la hora de las fructificaciones. Cuando aparezco ya está todo preparado. Bástame sonreír para que el mundo se llene de frutos. El labrador me espera con ansia, porque de mi benignidad ó de mi cólera depende su suerte. Dóile abundantes mieses, regalados frutos; le anuncio los mostos que llenarán sus tinajas; multiplico sus ganados y sus colmenas; aumento para el pescador los inmensos baños de los mares, y al industrioso le ofrezco largos días, al enfermo alivio, al sano alborozo, al rico expansion, al miserable consuelo.

«Celebrenme los hombres de todas castas, y los que cultivan la tierra cantan mis días bendiciéndome. Junto á los repletos graneros se regocijan en mis clásicos días destinados al comercio, á la amistad, á los campesinos y joviales banquetes, á las regocijadas bodas. San Antonio, San Juan, San Pedro, el Carmen, Santiago, Santa Ana, San Lorenzo, la Virgen de Agosto, San Roque, la Virgen de Septiembre son en el orden religioso mis triunfales fechas.

«Mis días son fecundos, y la vida se duplica en ellos, porque vivo las pasiones de los hombres, y exaltando su entusiasmo hasta un alto grado, les llevo á las acciones más osadas. Acúsanme de incitar á las revoluciones y de seducir á las muchedumbres, agitando en mis manos de fuego la bandera roja de la emancipación. Me vituperan por mis triunfos populares, y yo, sin pronunciar sentencia sobre esto, tan sólo digo que derribé la Bastilla, que destruí al vencedor de Europa no lejos de estos sitios por donde vamos, que también aquí salvé al mundo cristiano de las huestes de Mahoma. Yo aboli la Inquisición de España; yo detuve á los turcos en las puertas de Viena; yo he realizado mil y mil altísimos hechos cuyo número no puede contarse, pues son más que las vueltas que en todo el discurso de nuestro viaje dan las ruedas del coche en que velozmente caminamos.»

VI.

Y era la verdad que caminaba con rapidez, traspassando ya la fragosa sierra que es muro de Castilla. Había caído mansamente la noche, y con la mudanza del cielo la señora había aplacado sus insoportables ardores, como una fragua en que mueren durmiéndose las brasas. Sus ojos seguían brillando, mas no con el resplandor del sol, sino con una dulce claridad blanquecina semejante á la de la luna. Su cuerpo despedía grata tibieza, que poco á poco se iba trocando en deliciosa frescura, y el más regalado aroma de flores y praderas era su aliento. De este modo la repulsiva diosa, cuyo contacto sofocaba, se convertía en el ser más bello y amable que imaginarse puede, y todo en ella convidaba á reposar con sosiego y descuido á su lado, viéndose rodar las horas y los astros, sintiendo pasar el aire rico en fragancias.

Sus miradas me causaban el más dulce arrobamiento, viendo en sus pupilas algo semejante al plateado reflejo de un lago tranquilo, y su sonrisa me sumergía en dulce éxtasis, haciéndome considerar en sus labios no sé qué cosa semejante á celestiales puertas que se abrían.

Así pasamos toda la noche, recorriendo de un cabo á otro la tierra ilustré que sirvió de campo para la imaginaria contienda de lo ideal con el positivismo. Pero la noche recogía sus oscuridades para huir á punto que salían á saludarnos los primeros árboles de Aranjuez, no lejos de

donde celebran pacto de amistad eterna Tajo y Jarama.

Rueda que rueda y silba que silba, entre polvo y ruido llegamos al fin á Madrid, donde mi compañera de viaje, profundamente aficionada á mi persona, no quiso dejarme y me siguió en el coche y se aposentó en mi mismo cuarto y se sentó á mi mesa, vuelta ya á su primitivo estado, ó sea á la desnuidez abrasadora en que se apareció; pero conservando siempre aquel natural fantástico que la hacía invisible para todos excepto para mí.

Por el día hizome sudar y me sofocó con sólo acercarse ó tocarme con las yemas de sus candentes dedos; mas llegada la noche, recobró su constitucion tibia y placentera, alcanzando de mí las amistades que no podía concederle en mitad del día.

Lo más extraño es que habiéndola obsequiado con una comida en los jardines del Buen Retiro, la bendita señora descubrió de súbito unas mañas que me pusieron en gran cuidado y desasosiego, y fué que en mitad del yantar, pretextando que su naturaleza volcánica lo exigía, empezó á menudear copas y á vaciar botellas con tanta presteza, que aquella no era mujer, sino más bien una bacante.

VII.

No bien habíamos concluido de comer cuando la dama, enteramente trastornada por todo aquel menurje que había metido entre pecho y espalda, empezó á hacer los más desafortunados desatinos que pueden verse. Agitó primero las palmas de las manos, al modo de abanico, haciendo correr un aire cálido y seco que tostaba. Despues rompió á reir con carenjadas de insensato, y cayó espantosa lluvia que puso como nuevos á los parroquianos de aquel hermoso sitio, obligándoles á dispersarse. Corrió despues la niña con tanta rapidez que parecía un vendaval, rompiendo las bombas de vidrio, alzando las faldas de las señoras, arrebatando sus sombreros á los galanes, desgarrando el telon del teatro, doblando los árboles, haciendo gemir las ramas y cubriendo de hojas los mecheros del gas. No he visto dispersión más precipitada, pánico más horrible ni confusion más grande. ¡Y cómo reía la pícara al ver tales estragos! Yo procuraba calmarla, mas esto no era posible. Temí que la llevarán á la prevención por las diabluras que había hecho tan descaradamente; pero la muy tunanta tuvo la suerte (como todos los pillos) de que no la viera la policía.

Despues que desató sobre Madrid la importuna lluvia que tanto molestó á los paseantes, sopló á diestro y siniestro, y hé aquí que comienza á sentirse un frio seco y disipante que hacía firitar á todo el mundo. Estirando los cuellos de sus ligeros gabancillos y abrigándose con pañuelos de mano á falta de otra cosa, los madrileños corrían á sus casas, y gruñendo murmuraban: «¡Qué demonio de clima! ¡Madrito sea Madrid y quien aquí puso la corte de España!»

La misma autora de tantos desastres andaba con capa aquella noche burlándose de los cortesanos y de su cólera. Yo no pude contenerme y le eché en cara su conducta diciéndole que no me parecía propio de personas bien educadas molestar al prójimo y turbar diversiones lícitas.

Ella se echó á reir de nuevo, y me dijo que en Madrid no pasaba día sin que hiciese alguna travesura de aquel jaez; que la alegría de la capital y su constante humor de bromas era contagiosa, por lo cual ella no podía resistir á la tentacion de dar chascos; que se complacía en deshacer las fiestas, en trastornar el tiempo, en soltar los frios del Norte despues de sofocantes horas, y que se divertía mucho viendo el descontento de la gente madrileña. Añadió que no pudiendo eximirse de asistir á francachelas y comilonas, la obligaban á empinar el codo, y que, una vez alterado el sentido, hacia las mayores locuras casi sin darse cuenta de ellas.

Yo le dije que la vía camino de Leganes si se repetían

sus pesadas bromas; pero ella, riendo más con mis sim-
plezas, me contestó que el día siguiente el calor sería más
insoportable.

Así fué en efecto, por lo cual tomé las de Villadiago há-
cia el Norte, metiéndome en el tren al pié de la Montaña
del Príncipe Pio; y hé aquí que no había andado dos me-
tros la máquina cuando mi compañera y amiga tomaba
asiento junto á mí.

VIII.

—Madrid es feliz, le dije, si V. le abandona.

—No, porque allí dejo mis delegados, que son como yo
misma.

Excuso decir que la señora, trasformada por la noche,
era la más grata compañera de viaje que puede concebirse.
De tiempo en tiempo sus ojos despedían lívidos relám-
pagos, lo que me puso algo intranquilo; pero no pasó de
allí, y á la claridad que difundían por todo el espacio sus
miradas, vi el Escorial, monte de arquitectura al pié de otro
monte; vi los extensos pinares, cuyo bailoteo y pasos de mi-
nuto me recordaron los olivos de Andalucía; traspasamos
la alta sierra en cuyo término Santa Teresa ha dejado su
impercibida memoria sobre un caserío amurallado que pa-
rece un montón de ruinas.

Arévalo, Medina, los graneros y las eras de Castilla nos
vieron pasar, y sobre el suelo amarilleaba la paja, recién
separada del grano. Pasábamos por los dormidos pueblos,
que ni al estrépito del tren despertaban, y cuando avanzó
la noche y aumentó el silencio de los campos, nuestro in-
menso vehículo articulado parecía un gran perro fantástico
que corria ladrando de provincia en provincia.

Valladolid la difunta se quedó á mano izquierda, os-
cura, grande, glacial, acariciada por su amante Pisnerga,
que anhela devolverle la vida y apenas lo consigue. Atra-
vesamos luego los frescos viñedos y deliciosas huertas de
Dueñas la troglodita, que vive en cuevas. Vino al poco
rato Venta de Baños, que es un meson puesto en una en-
crucijada de vías férreas en desierto campo. Torciendo li-
geramente á la izquierda tocamos en Palencia, ya inunda-
da de sol, sin soltar jamás el manto de polvo que la cubre,
y luego entramos en la tierra de Campos, surcada por el
arado de un cabo á otro, toda seca, llana, ardiente, tierra
que es la desesperación de la vista, verdadero mapa tra-
zado sobre un papel. Ninguna montaña grande ni chica ha
encontrado apetecibles aquellos sitios para fijar su residen-
cia; y ningún río caudaloso la ha escogido para pasearse;
ningun bosque arraiga en su suelo.

Más allá arroyos y lagunas, en cuyo espejo se miran lí-
leras de chopos, anuncian la frescura de próximos montes,
cuyas primeras estrabaciones acomete el tren sin que le es-
torbeu rocas ni pantanos. Venciendo las grandes masas de
la cordillera, que convidan á la ascensión, el tren se empeña
en subir á Reinosa la encapotada, vecina de las nubes, y
lo consigue.

Más allá, un monte hurafío se empeña en detenernos
el paso. ¡Pueril torquedad! En castigo de su impertinencia
es atravesado de parte á parte, y el tren pasa como la agu-
ja por la tela. Despues todo es fragosidad, aspereza, bos-
ques en declive que se agarran á la tierra y á las rocas con
sus torcidas raíces; arroyos que se precipitan gritando
como chicos que salen de la escuela. Pero ántes vimos al
Pisnerga, un miserable hilo de agua, que describiendo más
curvas que un borracho se dirige á Poniente, y el Ebro,
un niño que pronto será hombre y marcha hácia Levante.

Nosotros marchamos con las aguas que van hácia el Nor-
te. A poco de salir de aquel largo túnel, que parece una
pesadilla, se nos presenta á la derecha un chicuelo ju-
gueton que marcha á nuestro lado brincando, haciendo ca-
biéfolas, riendo y diciendo bromitas á todas las piedras y
troncos que en su camino encuentra. Es el Besaya, un mo-
desto río provinciano que nos acompañará gran trecho.

Mientras descendemos con no poco trabajo la gigantesca
escalera de Cantabria, el pillete, en vez de trazar curvas
como nosotros de monte en monte, baja á saltos, y le ve-
mos allá abajo riendo y jugando. Pero no quiere abandona-
rnos, y en Bárcena de Pie de Concha se nos pone al lado
izquierdo, y por todos aquellos valles y cañadas nos vá
dando conversacion con mucha cortesia y sosegado estilo.

En una garganta, tapizada de lozano verdor, hallamos
las Caldas, una gran tina entre dos montañas, y poco más
allá, agujereando montes y franqueando precipicios, sa-
limos á un ancho y hermoso valle. Allí el Sr. Besaya se
despide cortésmente de nosotros, diciendo que un su ami-
go (El Saja) le espera en Torrelavega para ir juntos á to-
mar baños de mar. Le damos las gracias por su atención y
seguimos.

Las praderas verdes y limpias á nada del mundo son
comparadas en belleza; los bosques de castaños se extienden
por las laderas, á cuya falda ricas huertas y frondosos
maizales recrean la vista y el ánimo con su lozanía. Atra-
vesamos por entre rejas un gran río que dicen Pas, y poco
despues olemos el mar. Sin duda está cerca. Anúnciase en
irregulares charcas, como dedos retorcidos; vemos despues
sus manos que agarran la tierra, y por último, un
enorme brazo que se introduce entre dos cordilleras.

X.

¿Y mi compañera de viaje?

Al llegar aquí, mejor dicho, desde que dejamos atras
aquellas fastidiosas llanuras castellanas, desaparecieron
los accidentés caniculares que tan aborrecible me la ha-
bían hecho. Amenguóse el resplandor molesto de sus ojos,
que brillaban, sí, pero empañados por delicados celajes;
dejó de echar fuego, como fragua, su hermoso cuerpo, y
pude acercarme libremente á ella, sintiendo ántes que cal-
or, un dulce y amoroso temple que á un tiempo confortaba
cuerpo y espíritu.

Despertóse de improviso en mí viva inclinacion hácia
ella. Hablamos, se animó mi conversacion con requiebros
y se salpimentó con suspiros, me entusiasmé, coqueteó, me
entusiasmé más, me declaré, le hice proposiciones de ma-
trimonio. ¡Ay! humanos, ¿sois mortales porque sois débiles,
ó sois débiles porque sois hombres?

Condújome la taimada á un delicioso lugar, nombrado
Sardinero, vecino al Océano, verde y cubierto de flores
como un jardín, reuniendo en sí la dulce tibieza de la tier-
ra y la frescura del mar, un vergel con playa de doradas
arenas, donde las holgazanas olas se tendían desperezán-
dose al sol, un montecillo encantado, primavera!, com-
pendio de todas las bellezas de la Naturaleza.

Mi compañera, á quien desde aquel instante llamé mi
esposa (porque consentió en serlo con pérdida complacen-
cia), me sumergió en el mar, me invitó despues á gozo-
sos paseos y meriendas. ¡Oh! qué felices días pasamos! ¡Qué
apacibles noches! ¡Cómo rodaban las horas sin que sus
pasos sonáran sobre aquel césped florido ni sobre las cari-
ñosas olas! Yo era el hombre más feliz de la creacion,
hasta que un día, ¡infausto día!... Nunca habia visto á mi
compañera tan hermosa ni tan alegre ni tan amable....
Nos bañabamos juntos, disfrutando del incomparable ha-
lago de las olas, asidos de las manos, mirándonos el uno
al otro, cuando de repente desapareció no sé cómo ni por
dónde, dejándome solo, espantado, lelo, lleno de deses-
peracion. Busquéla por todos lados, dentro y fuera del
agua. No estaba en ninguna parte. Me eché á llorar y
sentí frio, un frio que penetraba hasta mis huesos.

¡Triste, tristísimo día, horrible fecha! La recuerdo bien.
Era el 22 de Setiembre.

B. PEREZ GALDÓS.

TARDE DE ESTÍO.

CANZONETTA, POR D. T. FERNÁNDEZ GRAJAL.

Andante sostenuto.

PIANO.

The musical score is written for piano and consists of four systems of two staves each. The key signature is B-flat major (two flats) and the time signature is 12/8. The tempo is 'Andante sostenuto'. The first system includes dynamic markings 'pp' and 'p'. The music features a steady eighth-note accompaniment in the left hand and a melodic line in the right hand with various ornaments and phrasing.

First system of musical notation, featuring a treble and bass clef. The music consists of several measures with notes and rests, including a dynamic marking of *sf* (sforzando).

Second system of musical notation, continuing the piece with similar rhythmic patterns and a dynamic marking of *sf*.

Third system of musical notation, showing a change in tempo and dynamics. It includes a *rall.* (rallentando) marking and a dynamic marking of *pp* (pianissimo).

Fourth system of musical notation, marked *Allegretto* and *pp scherzando*. It includes a dynamic marking of *pp* and a tempo marking of *Allegretto*.

Fifth system of musical notation, concluding the piece with a steady rhythm and a dynamic marking of *pp*.

8^a

p *mf* *pp*

This system contains the first two staves of music. The upper staff features a melodic line with eighth-note patterns and trills, marked with *p*, *mf*, and *pp*. The lower staff provides a harmonic accompaniment with chords and moving lines. A dashed line above the first staff is labeled 8^a.

8^a

p *pp*

This system contains the next two staves. The upper staff continues the melodic line with trills and eighth notes, marked with *p* and *pp*. The lower staff continues the accompaniment. A dashed line above the first staff is labeled 8^a.

8^a

This system contains the next two staves. The upper staff features a melodic line with eighth-note patterns and trills. The lower staff continues the accompaniment. A dashed line above the first staff is labeled 8^a.

8^a

p

This system contains the next two staves. The upper staff features a melodic line with eighth-note patterns and trills, marked with *p*. The lower staff continues the accompaniment. A dashed line above the first staff is labeled 8^a.

8^a

rall. *pp* *p*

This system contains the next two staves. The upper staff features a melodic line with eighth-note patterns and trills, marked with *rall.*, *pp*, and *p*. The lower staff continues the accompaniment. A dashed line above the first staff is labeled 8^a.

This system contains the final two staves of music on the page. The upper staff features a melodic line with eighth-note patterns and trills. The lower staff continues the accompaniment.

8^a p p

8^a pp rall.

Andante sostenuto.

pp

8^a *tr*

8^a

This page of musical notation consists of six systems, each with a treble and bass staff. The key signature is three flats (B-flat, E-flat, A-flat), and the time signature is 8/8. The notation includes various musical elements such as slurs, ties, and dynamic markings.

- System 1:** Treble staff begins with a first ending bracket labeled *8a*. The bass staff features a continuous eighth-note accompaniment.
- System 2:** The treble staff has a first ending bracket labeled *8a*. The bass staff continues with the eighth-note accompaniment. A dynamic marking of *pp* is present.
- System 3:** Similar to the previous systems, with a first ending bracket labeled *8a* in the treble staff and *pp* dynamic marking.
- System 4:** The treble staff has a first ending bracket labeled *8a*. The bass staff includes a *tr* (trill) marking. The system concludes with a double bar line and a repeat sign.
- System 5:** The treble staff has a first ending bracket labeled *8a*. The bass staff includes a *rall.* (rallentando) marking. The system concludes with a double bar line and a repeat sign.
- System 6:** The treble staff has a first ending bracket labeled *8a*. The bass staff includes dynamic markings of *pp* and *ppp*. The system concludes with a double bar line and a repeat sign.

PRINCIPALES FAMILIAS REALES DE EUROPA (1).

ALEMANIA.

GUILLELMO I, emperador de Alemania y rey de Prusia. Nació el 22 de Marzo de 1797; regente del reino, en 9 de Octubre de 1858; rey, el 2 de Enero de 1861; emperador, el 18 de Enero de 1871; casado, el 11 de Junio de 1829 con

Maria Luisa Augusta-Catalina, nacida el 30 de Setiembre de 1811, hija del difunto Carlos-Federico, gran duque de Sajonia Weimar.

PRÍNCIPE HEREDERO.—*Federico-Guillermo-Nicolas-Carlos*. Nació el 18 de Octubre de 1831, y casó en Londres el 25 de Enero de 1858 con

Victoria-Adelaida-Maria-Luisa, princesa Real de la Gran Bretaña é Irlanda, nacida el 21 de Noviembre de 1840.

HIJOS DE ESTE MATRIMONIO.—*Federico-Guillermo-Victor-Alberto*, nació el 27 de Enero de 1859;

Victoria-Isabel-Augusta-Carlota, el 24 de Julio de 1860;

Alberto-Guillermo-Enrique, el 14 de Agosto de 1862;

Federica-Amalia-Victoria, el 12 de Abril de 1866;

Joaquín-Federico-Ernesto-Waldemar, el 10 de Febrero de 1868;

Sofía-Dorotea-Urbica-Allaia, el 14 de Junio de 1870;

Margarita-Beatriz-Tródora, el 22 de Abril de 1872.

AUSTRIA.

FRANCISCO JOSÉ I, emperador de Austria, rey apostólico de Hungría, de Bohemia, de Dalmacia, etc. Nació el 18 de Agosto de 1830; sucedió á su tío el emperador Fernando I en 2 de Diciembre de 1848; casó el 24 de Abril de 1854 con

Isabel-Amelia-Eugenia, nacida el 24 de Diciembre de 1837, hija de Maximiliano José, Duque de Baviera.

HIJOS.—Archiduquesa *Gisele-Luisa-Maria*, nacida el 12 de Julio de 1856 y casada con el príncipe Leopoldo de Baviera el 9 de Febrero de 1846;

Archiduque *Rodolfo-Francisco-Carlos-José*, príncipe imperial, nacido el 21 de Agosto de 1858;

Archiduquesa *Maria-Valeria-Matilde*, nacida el 22 de Abril de 1868.

BAVIERA.

LUIS II, rey de Baviera. Nació el 25 de Agosto de 1845; sucedió á su padre, el rey Maximiliano II, en 10 de Marzo de 1864.

HERMANO.—*Othon-Guillermo-Leopoldo-Adalberto-Waldemar*, nacido en Munich el 27 de Abril de 1848.

MADRE.—*Federica-Francisca-Augusta-Maria*, nacida el 15 de Octubre de 1825; casada el 12 de Octubre de 1842 con Maximiliano II de Baviera; viuda el 10 de Marzo de 1864.

BÉLGICA.

LEOPOLDO II, rey de los belgas. Nació el 9 de Abril de 1835; sucedió á su padre el rey Leopoldo I en 10 de Diciembre de 1865; casó en 22 de Agosto de 1853 con

Maria-Enriqueta-Ana, archiduquesa de Austria, nacida el 23 de Agosto de 1836.

HIJOS.—*Luisa-Maria-Amelia*, nacida el 18 de Febrero de 1858 y casada el 4 de Febrero de 1875 con el príncipe Felipe de Sajonia-Coburgo-Gotha;

Estefania-Clotilde-Luisa-Herminia, nacida el 21 de Mayo de 1864;

Clementina-Alberta-Maria-Leopoldina, nacida el 30 de Julio de 1872.

DINAMARCA.

CHRISTIAN IX, rey de Dinamarca, de los Vándalos y de los Gulos, etc. Nació el 8 de Abril de 1818; sucedió al rey Fede-

rico VII en 15 de Noviembre de 1863; casó en 26 de Mayo de 1842 con

Luisa-Guillermina-Federica-Carolina-Augusta, princesa de Hesse-Cassel, nacida el 7 de Setiembre de 1817.

HIJOS.—*Federico-Guillermo-Carlos*, príncipe heredero, nacido el 8 de Junio de 1843;

Luisa-Josefina-Eugenia, nacida el 31 de Octubre de 1851;

Alejandra-Carolina-Maria-Carlota, nacida el 1.º de Diciembre de 1844 y casada en 10 de Marzo de 1863 con Alberto-Eduardo, príncipe de Galles;

Christian-Guillermo-Fernando-Jorge, nacido el 24 de Diciembre de 1845 (véase Grecia);

Maria-Sofía-Federica-Dajmar, nacida el 26 de Noviembre de 1847 y casada el 9 de Noviembre de 1866 con el gran duque Alejandro de Rusia;

Thyra-Amelia-Carolina-Carlota, nacida el 29 de Setiembre de 1853;

Valdemar-Christian-Federico, nacido el 27 de Octubre de 1858.

GRAN BRETAÑA É IRLANDA.

VICTORIA ALEJANDRINA I, reina del reino Unido de la Gran Bretaña y de Irlanda y emperatriz de las Indias. Nació el 24 de Mayo de 1819; sucedió á su tío el rey Guillermo IV en 20 de Junio de 1837; casó el 10 de Febrero de 1840 con Francisco-Alberto-Augusto, príncipe de Sajonia-Coburgo-Gotha; viuda en 14 de Diciembre de 1861.

HIJOS.—*Victoria-Adelaida-Maria-Luisa* (véase Alemania);

Alberto-Eduardo, príncipe de Galles, nacido el 9 de Noviembre de 1841 y casado el 10 de Marzo de 1863 con la princesa Alejandra (véase Dinamarca);

Alivia-Matilde-Maria, nacida el 25 de Abril de 1843 y casada en 1.º de Julio de 1862 con Federico-Guillermo-Luis, príncipe de Hesse-Darmstadt;

Alfredo-Ernesto-Alberto, duque de Edimburgo, nacido el 6 de Agosto de 1844 y casado el 23 de Enero de 1874 con la princesa María-Alejandrovna de Rusia;

Helena-Augusta-Victoria, nacida el 25 de Mayo de 1846 y casada el 5 de Julio de 1866 con el príncipe Christian de Slesvig-Holstein;

Luisa-Carolina-Alberta, nacida el 18 de Marzo de 1848 y casada en 1871 con John Douglas Gutherland, marqués de Lorn;

Arturo-Guillermo-Patricio-Alberto, duque de Connaught, nacido el 1.º de Mayo de 1850;

Leopoldo-Jorge-Duncan-Alberto, nacido el 7 de Abril de 1853;

Beatriz-Maria-Victoria, nacida el 14 de Abril de 1857.

GRECIA.

JORGE I, rey de los Helenos, de la casa de Slesvig-Holstein-Sonderburg-Glücksburg. Nació el 24 de Diciembre de 1845; aceptó la corona de Grecia el 6 de Junio de 1863, que le ofreció la Asamblea Nacional griega, en virtud del protocolo firmado en Londres el 5 de Junio de 1863 por las tres potencias protectoras, Francia, Inglaterra y Rusia; casó en 15/27 de Octubre de 1867 con

Olga-Constantinowna, hija del gran duque Constantino de Rusia, nacida el 3 de Setiembre (21 de Agosto) de 1851.

HIJOS.—*Constantino*, príncipe real y duque de Esparta, nacido el 21 de Julio (2 de Agosto) de 1868;

Jorge, nacido en Corfú el 12/24 de Junio de 1869;

Alejandra, nacida en Corfú el 18/30 de Agosto de 1870;

Nicolas, nacido en Atenas el 9/21 de Enero de 1872;

Maria, nacida en Atenas el 20 de Febrero (3 de Marzo) de 1876.

(Concluye en la pág. 70.)

(1) Citamos únicamente, por falta de espacio, los soberanos reinantes y sus herederos directos.

LA CARTA DE RECOMENDACION. (Dibujo de V. Beauger.)





JULIO.

SOL.		SANTORAL.	EFEMÉRIDES.	LUNA.	
Salto.	Se pone.			Salto.	Se pone.
H. M.	H. M.			H. M.	H. M.
4.45	7.22	1 Lún. Stos. Custo y Secundino, mrs., y sta. Leonor, vg.	1109.—Fallecimiento del rey D. Alfonso VI, en Toledo.	5.29 ^m	8.27 ^a
4.45	7.22	2 Mart. La Visitación de Nuestra Señora, y san Urbano, mr.	1871.—Solemnne entrada del rey de Italia en Roma.	6.41	9.00
4.46	7.22	3 Miérc. San Trifón y comps. mrs., y san Helodoro, ob. y cf.	1791.—Muere el pintor Manuel Troncales, en Barcelona.	7.52	9.39
4.46	7.22	4 Juev. San Laureano, arz. de Sevilla, y el bto. Gaspar Bono.	1811.—Instalación del primer Congreso nacional en Chile.	9.03	10.08
4.47	7.22	5 Vier. Sta. Zoá, mr., y san Miguel de los Santos, cf.	1620.—Memorable batalla de Otumba.	10.13	10.37
4.47	7.21	6 Sáb. Stas. Lucia, Coelena y Dominica, vgs. y mrs., san Romulo, ob., y san Paladio, ob. y cf.	1854.—Inauguración del ferrocarril de Coquimbo, en Chile, el primero de la América del Sud.	11.23	11.05
4.48	7.21	7 Dom. San Fermín, ob. y mr., san Oton, ob., y san Claudio.	1631.—Horroroso incendio en la plaza Mayor de Madrid.	12.32	11.35
		☽ Cuarto creciente, á las 7 h. y 55 m. de la mañana.			
4.48	7.21	8 Lún. Sta. Isabel, reina de Portugal, vda., y san Aquilao.	1730.—Un terremoto destruye la ciudad de Compucon.	1.43	12.09
4.49	7.21	9 Mart. San Cirilo, ob. y mr., san Briceo, ob., y san Cenon, mr.	1800.—Terremoto que destruye á Santiago de Chile.	2.54	12.48
4.50	7.20	10 Miérc. Stas. Amalia y Rufina, herms., y Felicitá, mrs.	1563.—Inauguración de las obras para el monumento Murillo.	4.04	3 30
4.50	7.20	11 Juev. San Pio I. p., san Abundio, mr., y sta. Verónica, vg.	1078.—Comienzo la reedificación de la catedral de Compostela.	5.10	1.35 ^m
4.51	7.20	12 Vier. San Juan Gualberto, ob. y fr., y sta. Marcelina, vg.	1693.—Institucion de la dignidad del Patriarca de las Indias.	6.08	2.29
4.51	7.19	13 Sáb. San Anacleto, p. y mr., stas. Esdras y Joel, profs., y stas. Maximiliano, ob. y mr., y Mirps, mr.	1793.—Carlota Corday asesina al convencional Marat; pocos días despues fué guillotina en la plaza de la Revolución.	0.58	3.30
4.52	7.19	14 Dom. San Buenaventura, ob. y dr., y san Febea, ob. y mr.	1808.—Desgraciada batalla de Riosco.	7.39	4.34
		☾ Luna llena, á las 10 h. y 30 m. de la mañana.			
4.53	7.18	15 Lún. San Enrique, emperador, y san Camilo de Lelis, cf.	1825.—Sitio y bombardeo de la Coruña por los franceses.	8.13 ^a	5.39
4.53	7.18	16 Mart. Sta. Ana, del Carmén, y el Triunfo de la Sta. Cruz.	1813.—Independencia de los Estados unidos de Colombia.	8.41	6.42
4.54	7.17	17 Miérc. San Alejo, cf., sta. Generosa, mr., y sta. Marcelina.	1301.—Fundacion del <i>Estudio Público</i> en Santiago de Galicia.	9.05	7.43
4.55	7.17	18 Juev. Sta. Sinfarosa, mr., y san Federico, ob. y cf.	1870.—Proclamación del dogma de la <i>Infallibilidad pontificia</i> .	9.30	8.42
4.56	7.16	19 Vier. Stas. Justa y Rufina, mrs., y san Vicente de Paúl.	1702.—Ataca á Vigo una escuadra anglo-holandesa.	9.52	9.39
4.56	7.16	20 Sáb. San Elias, prof., y stas. Liberada y Margarita, vgs.	1554.—Médase guardar los decretos del Concello de Tronco.	10.15	10.35
4.57	7.15	21 Dom. Sta. Praxedis, vg., san Daniel, prof., y san Victor, mr.	1836.—Entra en Santiago el ejército del general Espartaco.	10.40	11.52
4.58	7.14	22 Lún. Sta. Maria Magdalena, penitenta, san Cirilo, ob., san Teófilo, mr., san Melanio, ob.—(<i>Sol en Leo</i> .)	1806.—Memorable combate naval de Fluisterro entre las escuadras hispano-francesa y la inglesa.	10.97	12.31
		☽ Cuarta menguante, á las 11 h. y 51 m. de la mañana.			
4.59	7.14	23 Mart. Stos. Apolinar y Liborio, vbs., y sta. Eudimia, vg.	1588.—Publicase en Londres el primer periódico inglés.	11.40	1.31 ^m
4.59	7.13	24 Miérc. Sta. Cristina, vg. y mr.—(<i>Vigilia</i> .)	1823.—Abolición de la esclavitud en Chile.	12.19	2.38
5.00	7.12	25 Juev. † SANTIAGO APOSTOL. pat. de España, y san Cristóbal, mr., sta. Valentina, vg. y mr., y san Félix, mr.	2097.—Des ábrase el sepulcro del apóstol Santiago en el Burgo de San Fiz de Sotovia (Galicia).	3 30	3.56
5.01	7.11	26 Vier. Sta. Ana, madre de Nuestra Señora, y san Jacinto.	1544.—Combate naval de Mirros, ganado por el insigne Bazan.	1.06 ^m	4.38
5.02	7.11	27 Sáb. Stos. Pantaleon y Gregorio, mrs., y sta. Natalia, vg.	1501.—Institucion de la famosa <i>Fiesta Miasred</i> , en Galicia.	2.03	5.31
5.02	7.10	28 Dom. Stos. Nazario, Victor, Celso y comps., mrs.	1821.—Independencia del Papá.	3.09	6.20
5.03	7.09	29 Lún. Stas. Maria, vg., y Beatriz, mr.—(<i>Eclipse de Sol, invisible en la Península y visible en las Antillas</i> .)	1363.—El pintor Diego de Urbina comienza á decorar el magnífico retablo del convento de Santa Cruz, en Segovia.	4.20	7.01
		☾ Luna nueva, á las 7 h. y 32 m. de la mañana.			
5.04	7.08	30 Mart. Stos. Ablon, Senen y Teodomiro, mrs., y san Ursó, ob.	1718.—Fallecimiento de W. Penn, fundador de Filadelfia.	5.33	7.37 ^a
5.05	7.07	31 Miérc. San Ignacio de Loyola, fund., y san Pablo, mr.	1660.—Cae enfermo en Madrid el insigne pintor Diego Velazquez.	6.47	8.09

JULIO.

— IDILIO. —

I.

¡Oh recuerdos, y encantos, y alegrías
De los pasados días!
¡Oh gratos sueños de color de rosa!
¡Oh dorada ilusión de alas abiertas,
Que á la vida despiertas
En nuestra breve primavera hermosa!

II.

¡Volved, volved á mí! Tended el vuelo
Y bajadme del cielo
La imágen de mi amor, casto y bendito.
Lucid al sol las juveniles galas,
Y vuestras leves alas
Refresquen ¡ay! mi corazón marchito.

III.

Era á principios del ardiente Julio.
Harta de Marco Tulio,
Ovidio y Plauto, *Anquises* y *Medea*,
Rompiendo su enojosa disciplina,
La turba estudiantina
Regresaba con júbilo á su aldea.

IV.

¡Hace ya tanto tiempo! era yo mozo:
Negro y sedoso bozo
Mi sonrosado labio sombréaba.—
Emprendí cuando todos mi camino
Galopando sin tino.
¡Mi bondadosa madre me esperaba!

V.

¿Y nadie más? ¡Ay! sí. Mi compañera
Alegre y hechicera
En los mejores años de la vida.
La inseparable amiga de mi infancia,
Flor de inmortal fragancia
Que llevo en mis recuerdos escondida.

VI.

Niña de corazón sencillo y puro,
En el rincón oscuro
De humilde pueblo se crió conmigo.
Encontróse al nacer huérfana y sola;
Pero mi hogar prestóla
Blando regazo y paternal abrigo.

VII.

No alteró nuestra dicha sombra alguna:
En nuestra honrada cuna
Nos durmió el mismo beso, el mismo canto.
Juntos como dos pájaros crecimos,
Y juntos compartimos
La pena, el gozo, la inquietud y el llanto.

VIII.

—¡Cuán hondo surco en mi memoria labra!—
La primera palabra
Que balbució su labio fué mi nombre.
Yo la enseñé con fraternal cariño
Las plegarias del niño,
Que suele á veces olvidar el hombre.

IX.

Desde el alba hasta el término del día
La gente nos veía
Vagar sin rumbo en infantil concierto.
¡Siempre andábamos juntos! Siempre unidos
Buscábamos los nidos
En los frondosos árboles del huerto.

X.

¡Cuántas veces con sustos y congojas
Entre las verdes hojas
Crujir sentimos la insegura rama,
Y ántes de aprovecharnos del aviso,
Hallamos de improviso
Lecho impensado en la mullida grama!

XI.

¡Cuántas veces corriendo descuidados
Por viñas y sembrados
Nos postró la fatiga del camino,
Y á la luz del crepúsculo, ya escasa,
Volvíamos á casa
En el carro de mies de algun vecino!

XII.

Rápidas al pasar y halagadoras
Las no contadas horas
Nos hallaban tranquilos y risueños.

Hasta cuando la noche negra y fria
Piadosa nos rendía,
Juntos los dos jugábamos en sueños.

XIII.

El tiempo delizóse dulcemente
Como mansa corriente
Que cruza el hondo valle, limpia y clara.
Pero ya tuve edad, y como es uso,
Mi buen padre dispuso
Que mis graves estudios empezára.

XIV.

¡Conservaré el recuerdo mientras viva!
Sin pena á dejar iba
Por vez primera los paternos lares:
Mi amante madre preparaba inquieta
La estudiantil maleta,
Y sin querer llorar, lloraba á marcs.

XV.

Mi padre enternecido, aunque severo,
Ensilaba el overo
Que ya esperaba indócil á la puerta.
La hermosa niña, casi adolescente,
Inclinaba la frente,
Callada y sin color como una muerta.

XVI.

En confusion ruidosa, pero grata,
La loca cabalgata
De otros muchachos á buscarme vino.
— Rayaba apénas la rosada aurora —
— «¡Vamos, Juan, que ya es hora!» —
Gritó la turba, y prosiguió el camino.

XVII.

Mi madre entónces con abrazo estrecho
Me atrajo hácia su pecho,
Devorándome á besos trastornada.
Y mi padre decia, ahogado en llanto:
— ¡Mujer, no es para tanto.
¡Siempre has de ser así! Lloras por nada. —

XVIII.

Puse fin á la triste despedida,
Monté, tendí la brida
Y seguí en pos del bullicioso bando.
Aun escuché gritar: — «¡Que escribas, hijo!» —
La niña nada dijo,
Mas se abrazó á mi madre sollozando.

XIX.

¡Fué terrible y patético el momento!
Yo, hasta entónces contento,
Conmovido lloré, perdí la calma.
La ansiada libertad me sonreía;
Pero ¡ay de mí! sentía
Que en aquel pobre hogar dejaba el alma.

XX.

Pocos meses despues, de amor henchido,
Tornaba al patrio nido,
Fija en su santa paz mi única idea.
¡Oh ventura! á los últimos reflejos
Del sol, y ya no léjos,
Alcancé á ver la torre de mi aldea.

XXI.

Doblaba lentamente la campana;
Ancha franja de grana
Tenía el cielo de matices rojos;
Sepultábase el sol en el ocaso....
¡Ay! yo detuve el paso,
Y el llanto del placer cegó mis ojos.

XXII.

No tardé en reponerme, y ya sereno
Solté á mi potro el freno,
Dejándole correr á su albedrío.
Volaba envuelto en nube polvorosa;
Pero una voz gozosa
Me contuvo diciendo: — «¡Ay, hijo mio!» —

XXIII.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
De la Virgen bendita,
Que sobre loma desigual descuella,
Dándole gracias por mi vuelta al cielo,
Con impaciente anhelo
Me aguardaba mi madre, y ¡tambien ella!

XXIV.

Quedéme al verla estático y absorto.
Roto habia en tan corto
Plazo el boton de rosa su clausura,
Hiriéndome de pronto como un rayo,
Aquella flor de Mayo
En todo el esplendor de su hermosura.

XXV.

Ella estaba encendida, yo confuso.
Por fin mi madre puso
Término á mi ansiedad apasionada:
Observó nuestro tímido embarazo,
Y con amante abrazo
Nos oprimió á los dos enajenada.

XXVI.

En la santa explosion de su alegría
Sus besos repartía
Entre nosotros, anhelante y loca.
Y con afan mi corazon sediento
Aspiraba el aliento
De la púdica virgen en su boca.

XXVII.

Mezquino y débil el lenguaje humano
Pretenderia en vano
Pintar nuestra emocion intensa y viva.
No es posible decir lo que sentimos;
Pero al lugar volvimos,
Yo cabizbajo y ella pensativa.

XXVIII.

Mas ¡ay! mi encanto se deshizo en breve.
 Duró lo que la nieve
 Que no llega á cuajar en la llanura.
 ¡Un instante no más! Sólo un instante
 Animó su semblante
 Fugitivo destello de ternura.

XXIX.

No acertaba á explicarme su mudanza :
 La ingénuu confianza
 De la edad infantil trocó en desvío,
 Y los alegres juegos que animaron
 Nuestra niñez, pasaron
 Como pasan las ondas por un río.

XXX.

Apuré la amargura hasta las heces :
 A veces grave, á veces
 Adusta, y pronta siempre en sus enojos,
 Me hablaba sin razon con gesto esquivo,
 Y sin ningun motivo
 Se llenaban de lágrimas sus ojos.

XXXI.

Desde el alba hasta el término del día
 Ya nadie nos veía
 Vagar sin rumbo en fraternal concierto.
 Ya no andábamos juntos, ni ya unidos
 Buscábamos los nidos,
 En los frondosos árboles del huerto.

XXXII.

Ya no me acompañaba, y yo, alterado,
 Pasaba por su lado,
 Tranquilo en la apariencia y satisfecho.
 Era oponer la indiferencia al dolor;
 Mas al quedarme solo
 Se me saltaba el corazón del pecho.

XXXIII.

Entónces ¡ay de mí! pensando en *ella*
 Dirigia mi huella
 Hácia las ruinas del feudal castillo,
 Que sobre estéril y ondulada mota
 Alza su frente rota
 Sin almenas, sin puente ni rastrillo.

XXXIV.

Elévase fantástica y disforme
 Aquella mole enorme
 Que muestra de los siglos el estrago :
 Crece en las hendiduras de la piedra
 La trepadora hiedra
 Y al pié del muro el triste jaramago.

XXXV.

Sólo las bulliciosas golondrinas
 Turban de aquellas ruinas
 La paz solemne con sesgado vuelo,

Y alguna alondra al ascender inquieta,
 Símbolo del poeta,
 Que cuando canta se remonta al cielo.

XXXVI.

En muda calma y soledad medrosa
 Parece que reposa
 Aquel gigante por la edad rendido.
 Hasta un arroyo que á sus plantas corre,
 Y la vetusta torre
 Proyecta en su cristal, pasa sin ruido.

XXXVII.

Para vencer mi insoportable tedio,
 Y hallar algun remedio
 A mis ansias prolijas y secretas,
 Con brazo vigoroso y pié seguro
 Subia por el muro
 Buscando apoyo en sus profundas grietas.

XXXVIII.

Agil, robusto, dueño de mí mismo,
 A través del abismo
 Alzábame hasta el fin, no sin trabajo,
 Para ver en confusa perspectiva
 La inmensidad arriba,
 Y la tristeza del silencio abajo.

XXXIX.

Las aves que en la torre se acogían,
 Al acercarme huían,
 Y sólo con mis penas en la altura,
 De codos en el ancho parapeto,
 Miraba con respeto
 El cielo azul y la feraz llanura.

XL.

¡Cuántas veces mi espíritu errabundo,
 Apartado del mundo
 En aquel torreón del homenaje,
 Con íntima y tenaz melancolía
 Se engolfaba y hundía
 En la infinita calma del paisaje!

XLI.

Ni aislada roca, ni escarpado monte
 Del diáfano horizonte
 El indeciso término cortaban:
 Por todas partes se extendía el llano
 Hasta el confin lejano
 En que el cielo y la tierra se abrazaban.

XLII.

¡Oh tierra en que nací, noble y sencilla!
 ¡Oh campos de Castilla
 Donde corrió mi infancia! ¡Aire sereno!
 ¡Fecundadora luz! ¡Pobre cultivo!.....
 ¡Con qué placer tan vivo
 Se espaciaba mi vista en vuestro seno!

XLIII.

Cual dilatado mar, la mies dorada
A trechos esmaltada
De ya escasas y místicas amapolas,
Cediendo al soplo halagador del viento
Acompasado y lento,
A los rayos del sol mueve sus olas.

XLIV.

Cuadrilla de atezados segadores,
Sufriendo lo rigores
Del sol canicular, el trigo abate,
Que cae agavillado en los inciertos
Surcos, como los muertos
En el revuelto campo de combate.

XLV.

Corta y cambia de pronto la campiña
Alguna hojosa viña
Que en las umbrías y laderas crece,
Y entre las ondas de la mies madura,
Cual isla de verdura,
Con sus varios matices resplandece.

XLVI.

Serpean y se enlazan por los prados,
Barbechos y sembrados,
Los arroyos, las lindes y caminos,
Y donde apenas la mirada alcanza,
Cierran la lontananza
Espesos bosques de perennes pinos.

XLVII.

Por angostos atajos y veredas,
Los carros de anchas ruedas
Pesadamente y sin cesar transitan,
Y sentados encima de los haces,
Rapazas y rapaces
Con incansable ardor cantan ó gritan.

XLVIII.

Lleno de majestad y de reposo
El Duero caudaloso
A través de los campos se dilata:
Refleja en su corriente el sol de estío,
Y el sosegado río
Cinta parece de bruñida plata.

XLIX.

Ya oculta de improviso una alameda
Su marcha mansa y leda;
Ya le obstruye la presa de un molino,
Y como potro á quien el freno exalta,
Párase, el dique salta
Y sigue apresurado su camino.

L.

En las tendidas vegas y en las lomas,
Cual nidos de palomas,
Se agrupan en desórden las aldeas,

Y en la atmósfera azul pura y tranquila,
Ligeramente oscila
El humo de las negras chimeneas.

LI.

En las cercanas eras reina el gozó.
Con íntimo alborozo
Contempla el dueño la creciente hacina,
Y mientras un zagal apura el jarro,
Otro descarga el carro
Que bajo el peso de la mies rechina.

LII.

Otro en el trillo de aguzadas puntas,
Que poderosas yuntas
Mueven en rueda, con afán trabaja,
Y cual premio debido á su fatiga
Desgránase la espiga,
Y salta rota la reseca paja.

LIII.

Una pesada tarde en que el bochorno
Como el vapor de un horno
Caldeaba la tierra, embebecido
Y suspenso ante el vasto panorama,
Que al pié se desparrama
De la alta torre, me quedé dormido.

LIV.

Ignoro el tiempo que postrado estuve.
Caliginosa nube
Encapotó el espacio, ántes sereno.
Dominábame el sueño blandamente,
Hasta que de repente
Me despertó sobresaltado un trueno.

LV.

Era de noche ya. Con hondo espanto
Vi que el lóbrego manto
De las densas tinieblas me envolvía.
Recordé el sitio, calculé la altura,
É insólita pavora
Deshizo como sombra mi energía.

LVI.

Quise medir la elevación del muro,
Y se perdió en lo oscuro
Del fondo impenetrable mi mirada.
Grité, volví á gritar: todo fué en vano.
Estaba mudo el llano,
Muda la inmensa bóveda enlutada.

LVII.

Mi invencible terror iba en aumento:
Convulso, sin aliento,
La señal de la cruz besé contrito.
En aquella ocasión volvíme loco,
Y empecé poco á poco
A bajar por la mole de granito.

LVIII.

¡Un siglo para mí fué cada instante!
Bregaba jadeante,
Hincando con furor en la muralla
Manos y piés, tan ciego y trastornado
Como el pobre soldado
Que por primera vez entra en batalla.

LIX.

Volaban junto á mí, tristes y graves
Las temerosas aves
Que despertaba al descender yo mismo.
¡Ya escuchaba el murmullo del arroyo!.....
Mas ¡ay! perdí el apoyo,
Y oscilando quedé sobre el abismo.

LX.

Me así al ramaje respirando apénas.
La sangre de mis venas
Corrió con ritmo acelerado y duro.
Desvanecido, horripilado, incierto,
Y de sudor cubierto,
Buscaba en vano con mis piés el muro.

LXI.

¡Aun el recuerdo abrumador me arredra!
Crujió la débil hiedra
Entre mi mano trémula y crispada.
Súbitamente atravesé el sombrío
Espacio, sentí frío,
Luégo un dolor agudo, luégo.... ¡nada!

LXII.

Piadoso el cielo en mi socorro vino.
Recogióme un vecino
Al pié del muro, exánime y maltrecho.
Cuando volví de mi mortal letargo,
Vertían llanto amargo
Las prendas de mi amor, junto mi lecho.

LXIII.

—«¡ Vive! »— Mi padre alborozado dijo.
—«¡ Vive! »— con regocijo
Mi madre repitió, mirando al cielo,
Ella en silencio se enjugó los ojos.—
Postráronse de hinojos,
Y la santa oracion levantó el vuelo.

LXIV.

Penosa fué mi curacion y lenta.
Tan recia y violenta
Sacudida sufrí, que estuve inerte,
Postrado y sin hablar noches y días,
Esperando las frias
Y espantosas caricias de la muerte.

LXV.

¡Cuántas veces en horas de martirio,
Cuando tenaz delirio
Mi razon y mis miembros embargaba,

Cuando la abrasadora calentura
Mi soledad oscura
De visiones terríficas poblaba,

LXVI.

Con la sedosa cabellera suelta,
Forma gentil y esbelta
Parecióme entrever en mi extravío,
Que se acercaba pálida, intranquila,
Clavando su pupila
Con honda angustia en el semblante mio.

LXVII.

¿Era ficcion ó realidad? ¡Quién sabe!
¿Soñaba cuando el suave
Calor sentia de furtivo beso
Que se posaba en mí, como se posa
La leve mariposa,
Sin que la débil flor se doble al peso?

LXVIII.

¿Soñaba cuando triste ó satisfecha,
En lágrimas deshecha
O risueña y feliz, segun mi estado,
Mirábala sumisa á mis menores
Caprichos y dolores,
Como un ángel de Dios, siempre á mi lado?

LXIX.

No sé, ni importa ya; verdad ó sueño,
¿Qué saca el pobre leño,
Despojo inútil de la mar bravía,
Sino hacer más pesadas sus congojas,
Con recordar las hojas
Que le vistieron de verdor un dia?

LXX.

Al cabo pude abandonar el lecho;
Mas ¡ay! no sin despecho.
Porque á medida que la sangre ardiente
Daba á mis miembros el vigor perdido,
Mi dulce bien querido
Recobraba su aspecto indiferente.

LXXI.

Cierto dia, en las horas de la siesta,
Cuando la luz molesta,
Y un viento sin rumor todo lo arrasa,
Al pié tendido en la agostada alfombra,
De un árbol cuya sombra,
El sol marchita, pero no traspasa,

LXXII.

Dejaba un perezoso enervamiento
Vagar mi pensamiento,
Atormentado de traidora duda.
Ella, cerca de mí, dándome enojos,
No apartaba los ojos
Del bastidor, ensimismada y muda.

LXXIII.

— ¿Qué causa su cariño me enajena? —
 Con indecible pena
 Me preguntaba yo. — ¿Por qué me trata
 Con tal rigor y tan esquivo ceño? —
 De mí no era ya dueño,
 Y exclamé sin pensar: — «¡Ingrata, ingrata!»

LXXIV.

Sin duda percibió mi ahogado grito.
 Miróme de hito en hito
 Breves instantes, levantóse incierta
 Cual si hiciese un esfuerzo sobrehumano,
 Y me tendió su mano,
 Que á un tiempo estaba temblorosa y yerta.

LXXV.

— ¡Sufres! Me dijo con afán. — ¿Que tienes?
 ¿Con tan fieros desdenes
 Paga tu afecto la mujer que adoras?
 Tu incurable aflicción me causa miedo.
 ¡Ay de mí! que no puedo
 Sino llorar contigo cuando lloras. —

LXXVI.

Fijéme en ella con sorpresa y pasmo.
 ¿No era unir el sarcasmo
 A la traición? ¿Las burlas al desvío?
 La indignación profunda que me ahogaba,
 Rompió al fin como lava
 Que se convierte en inflamado río.

LXXVII.

— «¡Goza, gózate! — dije — fementida,
 En enconar la herida
 Que con tu injusta indiferencia has hecho.
 ¡Ojalá fuera fácil olvidarte!
 Que por dejar de amarte
 Me arrancaría el corazón del pecho. —

LXXVIII.

Yo la vi entonces fascinada y ciega
 Llegar á mí, cual llega
 La enamorada tórtola al reclamo.
 Era débil su voz como un gemido,
 Y murmuró á mi oído:
 — «¿Es cierto? ¡No me engañes, que te amo!

LXXIX.

Quebrante la pasión que me sofoca
 La cárcel de mi boca.
 ¡He llorado en silencio tantos días!
 ¿No me roban tu amor otras mujeres?
 ¿Es verdad que me quieres?
 ¡Si me engañaras, Juan, me matarías!

LXXX.

No sabes que esta bárbara sospecha,
 Como acerada flecha
 Me ha traspasado el corazón. ¡Ay! ¡cuánto,
 Cuánto he sufrido!... — Hablábame gozosa,
 Y en su mejilla hermosa
 La risa se mezclaba con el llanto.

LXXXI.

Yo la escuchaba estático... ¡Aun la veo!
 ¡Aun en el alma creo
 Que resuena su voz, su voz bribante
 Como el último acorde de una lira!
 ¡Aun me llama, aun suspira,
 Apasionada siempre y siempre amante!

LXXXII.

Desbordó mi cariño cual desborda
 La mar rugiente y sorda,
 Y con febril ardor de que me acuso,
 Quise estrecharla entre mis brazos, cuando
 De súbito llegando,
 Entre los dos mi madre se interpuso.

LXXXIII.

Bajé la frente de vergüenza lleno.
 En el materno seno
 Cortió á ocultar su rostro la doncella.
 Clavó mi madre en mí sus ojos graves,
 Y dijo: — «Cuando acabes,
 Si la mereces, Juan, vuelve por ella.» —

LXXXIV.

Marché á estudiar con redoblado brío.
 Ni el ocio ni el hastío
 Mitigaron un punto mi ardimiento.
 No tuve un solo instante de desmayo,
 ¡El rayo, el puro rayo
 De su amor me encendía el pensamiento!

LXXXV.

¡Terminé al fin!... Mas triste y abatido
 Regresé al patrio nido,
 Como el que nada busca ni desea.
 A los fugaces últimos reflejos
 Del sol, y ya no léjos,
 Alcancé á ver la torre de mi aldea.

LXXXVI.

Doblaba lentamente la campana.
 Ancha franja de grana
 Teñía el cielo de matices rojos.
 Sepultábase el sol en el ocaso...
 ¡Ay! yo detuve el paso
 Y el llanto del dolor cegó mis ojos.

LXXXVII.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
 De la Virgen bendita,
 A cuyos muros me llegué temblando,
 Aguardábame sola y enlutada
 Mi madre idolatrada,
 Que se arrojó en mis brazos sollozando.

LXXXVIII.

La estreché desolado y convulsivo.
 — ¡Murió! ¿para qué vivo? —
 Grité con ansia inacabable y fiera.
 Mi madre dijo señalando al cielo:
 — Dios calmará tu duelo.
 Es la vida tan corta!... ¡Ora y espera! —

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Mayo, 1877.

EXPLICACION DEL ECLIPSE DE SOL

QUE DEBE SUCEDER EL 29 DE JULIO DE 1878.

Principio del eclipse, para la Tierra en general, á 6^h 53,^m 4, tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 151° 3' al E. de San Fernando y latitud +41° 21'.

Principio del eclipse central, para la Tierra en general, á 7^h 59,^m 6, tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 123° 56' al E. de San Fernando y latitud +54° 14'.

Eclipse central á mediodía á 8^h 58,^m 0, tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 132° 57' al O. de San Fernando y latitud +60° 26'.

Fin del eclipse central, para la Tierra en general, á 10^h 44,^m 8, tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 63° 32' al O. de San Fernando y latitud +17° 36'.

Fin del eclipse, para la Tierra en general, á 11^h 51,^m 0, tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 84° 58' al O. de San Fernando y latitud +3° 38'.

Las circunstancias principales del eclipse, para los lugares que á continuacion se expresan, son las siguientes :

PARA LA HABANA (*visible como total*).

Principio.	4	36	35,4	} Tpo. med. ast. de la Habana.
Principio del eclipse total.	5	35	3,8	
Medio.	5	36	2,6	
Fin del eclipse total.	5	37	1,4	
Fin.	6	30	14,0	

La primera impresion de la Luna en el disco solar se verificará en un punto que dista 46° del vértice inferior del Sol hácia la derecha (vision directa).

PARA SANTIAGO DE CUBA (*en parte visible como total*).

Principio.	5	9	27,7	} Tpo. med. ast. de Santiago de Cuba.
Principio del eclipse total.	6	5	3,6	
Medio.	6	5	54,7	
Fin del eclipse total.	6	6	45,8	
Fin.	6	57	35,5	

La primera impresion de la Luna en el disco solar se verificará en un punto que dista 43° del vértice inferior del Sol hácia la derecha (vision directa).

En Santiago de Cuba el Sol se pone eclipsado á 6^h 38^m.

PARA SAN JUAN DE PUERTO-RICO (*en parte visible como parcial*).

Principio.	5	49	36,2	} Tpo. med. ast. de San Juan de Puerto-Rico.
Medio.	6	42	40,4	
Fin.	7	31	36,5	

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada del Sol, 0,968: tomando como unidad el diámetro del Sol.

La primera impresion de la Luna en el disco solar se verificará en un punto que dista 40° del vértice inferior del Sol hácia la derecha (vision directa).

En San Juan de Puerto-Rico el Sol se pone eclipsado á 6^h 36^m.